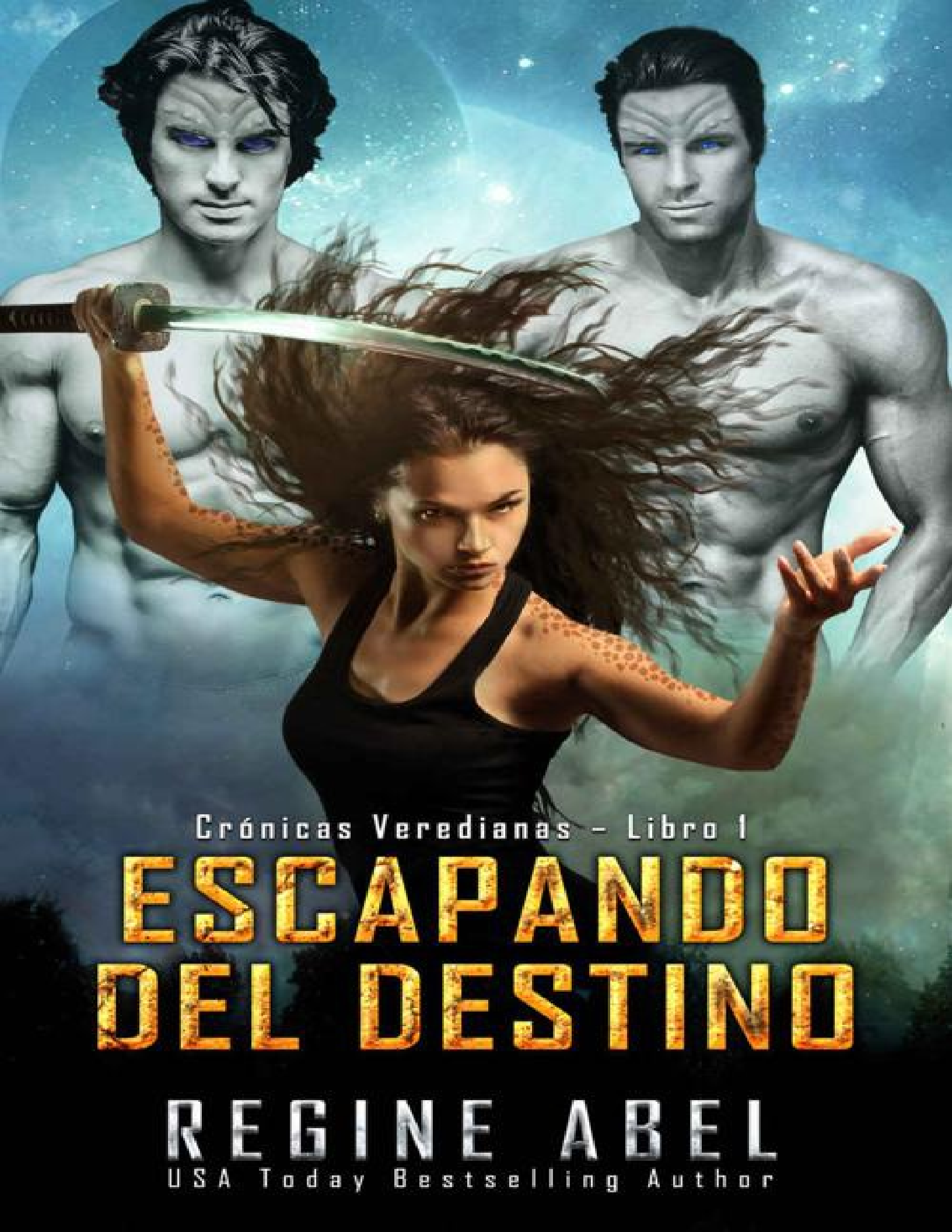

Crónicas Veredianas – Libro 1
ESCAPANDO DEL DESTINO
REGINE ABEL
USA Today Bestselling Author

ESCAPANDO DEL DESTINO

Crónicas Veredianas – Libro 1



REGINE ABEL

DISEÑO DE PORTADA POR
Regine Abel

ILUSTRADO POR
Hugo
Vvevelur

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
Copyright © 2024

ADVERTENCIA: La reproducción o distribución no autorizada de esta obra con derechos de autor es ilegal y está penada por la ley. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida electrónicamente o en forma impresa sin el permiso escrito del autor, excepto en el caso de breves citas plasmadas en reseñas.

La autora prohíbe expresamente a cualquier entidad el uso de esta publicación con fines de entrenamiento de tecnologías de inteligencia artificial (IA) para generar texto, incluyendo sin limitación tecnologías capaces de generar obras del mismo estilo o género que esta publicación. La autora se reserva todos los derechos de licencia de uso de esta obra para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Este libro utiliza un lenguaje adulto y contenido sexual explícito. No está dirigido a menores de 18 años.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

La Ceremonia De Unión
Otras Obras de Regine Abel
Acerca De Regine

ESCAPANDO DEL DESTINO

Esclavizado. Explotado. Cazado.

Nacida y criada en una nave esclavista, Amalia es una de las pocas supervivientes de la raza Verediana. Como todas las hembras Veredianas, Amalia posee una habilidad psíquica única que la convierte en la preciada mascota de su amo Gruuk. Escapa a Xelix Prime, un planeta guerrero donde la esclavitud está prohibida. Allí, participa en la Unión para elegir a uno de los innumerables guerreros esperanzados como su compañero y protector. Pero está dividida entre dos primos.

Para Khel y Lhor, el tiempo corre. Como la mayoría de los machos Xelixianos, están Manchados. Además de marcarlos como una clase inferior de la sociedad, la enfermedad estropea sus cuerpos y reduce su esperanza de vida a menos de cuarenta años. Solo una hembra compatible puede frenar o revertir la Mancha. Pero las hembras de la Unión rechazan a los machos con síntomas visibles. Hasta Amalia...

Entre la tenaz persecución de Gruuk, las rivalidades mortales, los asesinos y los nobles corruptos, ¿podrán los primos mantener a salvo a Amalia o sus respectivos sentimientos por ella los separarán?



DEDICATORIA

A Sara Thomas, por abrirme los ojos a lo mucho que me quedaba por aprender. A algunas increíbles lectoras beta: Kathryn Schieber, Kathy Hackett y Donna Williams, que hicieron más de lo que debían.

Emma Jaye, siempre estaré en deuda contigo por haberme hecho darme cuenta de qué era lo que me molestaba de mi libro. Gracias a ti, por fin es lo que siempre debió ser. Nero, ¡eres mi héroe! Realmente estaba perdiendo la esperanza con la portada del libro hasta que llegaste tú y salvaste el día. Anita Gray, ¡eres mi hada madrina! Gracias por creer siempre en mí.

Tracy St-John, gracias por ser una gran inspiración en mi deseo de convertirme en escritora. Gracias por la gran amabilidad y los generosos consejos que me diste cuando contacté contigo.

Y, por supuesto, a mi loca familia, que siempre está ahí cuando más importa. Los quiero a todos, ahora y siempre.



CAPÍTULO 1

KHEL

Incapaz de concentrarme, dejé el datapad con disgusto. Pensaba en la próxima Unión y en el dolor sordo y palpitante de la Mancha.

Sentí que Lhor se acercaba mucho antes de que abriera la puerta de mi despacho.

—Pasa, hermano.

No era mi hermano, sino mi primo por parte de madre. Sin embargo, éramos como gemelos fraternos. Lhor cerró la puerta y tumbó su esbelto cuerpo en mi sofá. Cerró los ojos y soltó un suspiro cansado antes de dirigirme la mirada.

Lhor señaló el datapad con la barbilla.

—¿Qué opinas del informe?

Resoplé.

—Ni idea de lo que dice, a pesar de que lo he leído al menos tres o cuatro veces.

Asintió con la cabeza, y su expresión se tornó de simpatía.

—¿La Unión?

—Sí —me recliné en la silla y me pasé las manos por la cara—. Se me acaba el tiempo. Mañana y el mes que viene son mis últimas oportunidades de ser elegido antes de que tomen nuestras tierras.

Me levanté y me coloqué junto al gran ventanal que daba a mi huerto de ryspak. Se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Esta tierra había pertenecido a mi familia durante doce generaciones. El ryspak, una fruta muy codiciada por sus propiedades medicinales y anabólicas, era el centro de la dieta Xelixiana y constituía la principal exportación de nuestro planeta. Poseíamos la mayor parte de las tierras del distrito de Xelhan, o de cualquier otro. Una tierra perteneciente a un no Manchado, significaba que la cosecha se vendía a precios significativamente más altos. No hace falta decir que las nuestras eran muy codiciadas. Con los años, las ofertas de compra fueron cada vez menos amistosas. Sin embargo, no podían intimidarme para que vendiera. Después de todo, yo era el General del Ejército Xelixiano.

A pesar de ser el primogénito, no debía heredar las tierras de mi familia. Como Lhor, y la gran mayoría de los machos Xelixianos, yo estaba Manchado. Las toxinas se acumulaban bajo

mi piel, extendiendo zarcillos venosos negros por todo mi cuerpo. La esperanza de vida de un Manchado era de cuarenta años de media, por lo que la mayoría nos alistábamos en el ejército para tener una vida mejor y una muerte gloriosa.

Mi padre declaró a mi hermano menor, Vahl, su heredero. Al no estar manchado, podría encontrar fácilmente una pareja para eludir las Leyes de Propiedad. Sin embargo, hace unos meses, Vahl y mis padres murieron en un accidente en su transbordador. El investigador forense concluyó que no hubo alguna manipulación mecánica en el transbordador. Lhor y yo éramos los últimos consanguíneos con derecho legal a las tierras de mi familia, ambos con pocas posibilidades de encontrar pareja antes de que las Leyes de Propiedad nos obligaran a renunciar a ellas.

Me volví para mirar a mi primo. El sofá crujió cuando se incorporó.

—Quiero que tú también participes en la Unión.

Los ojos de Lhor se abrieron de par en par.

—¿Quieres que haga qué?

—Quiero que tú también participes en la Unión —repetí con calma.

—¡No puedes hablar en serio! Mírame, Khel —se quitó la camisa con capucha—. Hace años que no salgo a la calle sin capucha. ¡Años! Eres el heredero de una de las casas más importantes de Xelix Prime, el respetado General de la Primera División, extremadamente rico, y tu Mancha no está ni la mitad de avanzada que la mía. ¿Por qué, en nombre de Gharah, una hembra me elegiría a mí, el huérfano indigente? Sabes que te quiero como a un hermano de sangre, y que haría cualquier cosa por ti, incluso esto si me lo exiges. Pero, ¿por qué someterme a esta humillación? ¿Por qué obligarme a exhibir este cuerpo torturado a cambio de nada? —abrió los brazos y se miró el pecho.

Dejé que mi mirada recorriera a Lhor. Respiraba con dificultad, temblando de angustia. Bajo la Mancha, Lhor era un macho de aspecto impresionante. Su *Crihnin*—las crestas subcutáneas en forma de chevrón que escalonan nuestra frente—estaba finamente cincelado y era elegante. Como todos los Xelixianos de sangre pura, sus ojos almendrados no tenían pupilas, pero su color azul eléctrico era llamativo.

Sin embargo, él tenía razón. La Mancha se había apoderado de su cuerpo con más fiereza que en el mío. Su piel gris clara estaba cubierta por una red de venas negras. En la cara, el cuello y el pecho, unas coloraciones oscuras indicaban que algunos capilares se habían roto.

Cerré los ojos y bajé la cabeza con un suspiro.

—Necesitas liberarte.

Lhor resopló.

—Ya no recuerdo lo que se siente. Y sí —me detuvo cuando abrí la boca para discutir—, lo he intentado. Ya ni siquiera puedo excitarme, así que olvídate de la liberación.

Fruncí el ceño, asentí y dejé el tema. Al cabo de unos segundos, sonreí.

—Tú me enseñaste la tuya, ¿significa eso que esperas que yo te enseñe la mía?

Se rio.

—Idiota. Yo te vencí con eso —sobrio, Lhor cruzó los brazos sobre el pecho desnudo y volvió a preguntar—: ¿Por qué me pides esto?

Me acerqué a la pared frente a mi escritorio, donde colgaba un gran retrato de mi familia. Pasé un dedo por el rostro de mi madre.

Diosa, cómo la echo de menos.

—Porque eres más joven que yo. Porque, si para el mes que viene no he conseguido pareja, te transferiré todos los títulos y tierras como último pariente consanguíneo elegible de la familia Praghan —apartando los ojos del retrato, miré a Lhor—. Si no fuera por tu Mancha, serías aclamado como el macho más hermoso de todo Xelix Prime. Una de las hembras alienígenas podría reconocerlo y pasar por alto tu Mancha. Y haré lo que sea para evitar que Zhul Dervhen ponga sus garras en la herencia de nuestra familia.

Lhor me sostuvo la mirada por un momento, luego asintió. Odiaba que hablara de su belleza. Se veía a sí mismo como una criatura repulsiva y monstruosa. Qué equivocado estaba.

Lhor se acercó a mí.

—Siempre estaré a tu lado, Khel. Sea cual sea el desafío, cueste lo que cueste. Somos sangre.

Puse mis manos sobre sus hombros, dándoles un apretón de agradecimiento. Nos abrazamos, y le di dos golpecitos en la espalda antes de soltarlo.

Nuestra gente frunciría el ceño ante esta muestra de afecto. Por la Mancha, los Xelixianos no se tocaban, excepto sus parejas durante la intimidad. La Mancha no era contagiosa. Sin embargo, los signos visibles de enfermedad solían repeler a la gente. Lhor ansiaba el contacto físico, aunque no se diera cuenta. Quería que lo miraran y lo vieran como realmente era, pero temía la mirada de los demás por el asco y la repulsión que encontrarían al mirar su Mancha.

Lhor recogió su camisa y se la volvió a poner, saliendo. Al volver a mirar por la ventana, dejé que mi mirada se perdiera de nuevo en los extensos huertos, tratando de ignorar el sordo dolor palpitante de la Mancha. Cerré los ojos y elevé una plegaria silenciosa a la Diosa. No era especialmente devoto, pero en aquel momento aceptaría cualquier ayuda.



CAPÍTULO 2

AMALIA

Desconecté mi mente de la red del puerto espacial en cuanto se encendieron las luces. Los otros cautivos de la bodega de carga de El Revenant—una nave de esclavistas Guldanos—se despertaron de su letargo. Los imbéciles que nos custodiaban llegarían en veinte minutos con el desayuno. No era buena idea seguir en la cama cuando llegaran. Lo consideraban una invitación.

Dentro de unos meses cumpliría veintitrés años estándar. Toda mi vida había transcurrido a bordo de El Revenant o de diversas encarnaciones del mismo. Las únicas excepciones eran las pocas horas durante los aterrizajes en puertos espaciales o planetas aleatorios en los que Gruuk, mi amo Guldan, necesitaba mis habilidades. La tonta idea de escapar me había traumatizado la única vez que lo intenté. Gruuk nunca nos hizo daño físico ni a mí ni a mi Nana Maheva, pero me obligó a ver cómo torturaban y violaban a otras esclavas como castigo.

A partir de entonces, Nana y yo compartimos habitación con las cautivas, aunque las mantenía enjauladas para evitar que nos hicieran daño a nosotras, sus mascotas favoritas. Él esperaba que el vínculo con aquellas hembras nos disuadiera de hacer nada que pusiera en peligro su bienestar. Había sido una medida innecesaria. Los gritos de dolor y las súplicas desesperadas de las hembras castigadas por mi intento de fuga habían dejado una cicatriz permanente en la psique de la niña de quince años que una vez fui. Nunca más arriesgaría la vida de las demás en mi propio beneficio.

Aunque la bodega rectangular era bastante grande, no parecía especialmente maciza con las nueve grandes jaulas que cubrían las paredes laterales y trasera. Cada una podía contener algo más de una docena de prisioneras. Las jaulas estaban divididas en grupos de tres que compartían una ducha de partículas. El mecanismo de cierre impedía que las cautivas intercambiaran las jaulas a través de las instalaciones de limpieza. Nana y yo no estábamos enjauladas. Nuestras literas estaban colocadas cerca del lado izquierdo de la entrada de la bodega. Unas ventanas cortas y anchas en la pared del fondo nos permitían vislumbrar el infinito espacio exterior. Las paredes gris oscuro y el suelo de metal cuadriculado completaban el lúgubre espacio, pero al menos estaba limpio y libre de óxido—Nana y yo nos aseguramos de ello.

A lo largo de este viaje, sesenta y ocho esclavas habían sido entregadas a sus compradores. Aparte de mi Nana, solo quedaban otras tres cautivas, que compartían la bodega con nosotras. Estaban enjauladas en la parte trasera y serían entregadas hoy a su nuevo amo en Xelix Prime cuando aterrizáramos en una hora. Según las órdenes de Gruuk, la tripulación no podía meterse con las esclavas a menos que requirieran medidas disciplinarias *justificadas*. Justificadas mi culo... Enjaulaste a una chica contra su voluntad con la intención de venderla como mascota a algún pervertido—¿qué esperabas que hiciera? ¿Que te dijera que estaba mareada de la alegría? No. Ella trataría de joderte y sacar su culo de allí. Pero una vez que fallaba, y siempre lo hacían, las medidas disciplinarias estaban *justificadas*. Menuda sarta de estupideces.

Eché un vistazo rápido a las cautivas. Sus literas estaban alineadas al fondo de la jaula. Shannon, una exuberante terrícola pelirroja, ya se había levantado. Había sido engañada por un agente corrupto del Programa de Apareamiento Alienígena, que permitía a las hembras—y más raramente a los machos—encontrar un compañero de vida en otros mundos plagados con problemas de fertilidad o de falta de parejas compatibles. En lugar de llevar una vida cómoda con un comerciante Dantoriano con quien había sido asignada, el agente la había vendido a Gruuk. No era más que una de las innumerables hembras vulnerables que no tenían a nadie que se preguntaran sobre su repentina desaparición.

Las hermanas gemelas Aveanas, Ishin y Balah, personificaban el cliché de las viajeras incautas. Durante una parada en la estación marginal de Belevar para echar combustible, las gemelas se tomaron una copa en uno de los muchos bares de la estación. Se despertaron encarceladas en El Revenant. A diferencia de las Veredianas, que podían hacerse pasar fácilmente por Terranas cuando las marcas de nuestras piernas y brazos estaban ocultas, la piel azul claro de las Aveanas las delataba, al igual que sus barbillas puntiagudas, narices estrechas y grandes ojos azules brillantes, rasgos que fácilmente son muy llamativos. Sus rostros de muñeca estaban enmarcadas por suaves rizos plateados que les llegaban hasta los hombros. Las gemelas Aveanas eran exóticas, lo que probablemente atraía a los esclavistas.

Ahora mismo, una de ellas estaba deseando ser castigada.

Salí de mi litera, cogí mi taza de metal vacía y me dirigí a la jaula. Al igual que Shannon, Ishin ya había utilizado la sala para refrescarse contigua y se dirigía a la ducha de partículas. Ya había sacudido a Balah dos veces para sacarla de la cama, pero Balah se había encogido de hombros, acurrucándose más en su catre. En quince minutos llegarían los guardias. No quería presenciar otro castigo. Me acerqué a los barrotes más cercanos a su cabeza y los golpeé con la jarra.

—Levántate, Balah. Vístete.

—¡Ya basta, *virsha*! —Balah me fulminó con la mirada—. No te pertenezco.

—¿Quieres ser violada y golpeada en tu último día? —pregunté, fingiendo que no acababa de llamarme puta.

La cama crujió mientras ella se apoyaba en el antebrazo, con las manos apretando la fina

manta beige.

—¿Y a ti qué te importa? Déjame en paz.

—A tu hermana le importa. No quiere ver cómo abusan de ti otra vez, y luego ser violada por intentar defenderte porque no sabes lidiar con la situación —señalé con el dedo a Maheva que nos robaba miradas mientras hacía su cama—. A mi Nana le importará una mierda cuando tenga que curarlas a las dos cuando ellos acaben para que puedan estar guapas para su nuevo amo. ¿Vale la pena todo esto por tu pequeña rebelión?

Me gruñó, se quitó la manta de encima y salió de la cama. Me encontré con la mirada agradecida de su hermana y respondí con una sonrisa comprensiva. Shannon negó con la cabeza a Balah. Odiaba ser brusca con las cautivas. Odiaba aún más animarlas a someterse. La desobediencia no era una muestra de fortaleza si no había posibilidad de victoria—solo se ganaba un sufrimiento inútil. Muchas nos guardaban rencor a mi Nana y a mí porque consideraban que nos daban un trato preferente. No tenían ni idea de nuestras verdaderas vidas ni de la culpa que cargábamos.

Éramos Veredianas, las raras supervivientes de una especie casi extinguida, ya que todos nuestros machos habían perecido tras el cataclismo natural que destruyó nuestro mundo. Como todos los Veredianos, tenemos habilidades psíquicas únicas que se activan con el tacto, lo que nos convirtió en las mascotas más preciadas de Gruuk. Mi Nana era una sanadora. Podía curar cualquier herida, cicatriz o hueso roto, más rápido que cualquier nanotecnología. Yo era una hacker y podía desencriptar, anular y tomar el control de cualquier cosa accesible vía uplink o usando cualquier tipo de software.

Hice muchas cosas horribles para Gruuk, como conseguirle acceso a las casas o naves de las hembras que secuestraba, y cubrir a su tripulación cuando se fugaban con ellas desactivando cámaras y sistemas de seguridad. Una cosa era realizar actos moralmente cuestionables. Otra muy distinta era compartir tu vivienda con las víctimas de esas acciones. Así que durante su estancia a bordo, intenté ayudarles a evitar que sufrieran un dolor innecesario. No compensaba mi sentimiento de culpa, pero era algo.

Nana y yo teníamos nuestro propio aseo y una ducha de partículas cerca de nuestras literas. Las utilizamos rápidamente y nos vestimos con nuestros vestidos de esclava marrones hasta la rodilla y sandalias de cuero oscuro. La puerta se abrió con un ruido seco, dejando ver a Doruk, la mano derecha de Gruuk, y a otros dos compañeros de tripulación Guldanos: Zaluk y Piruk. Odiaba a Doruk con pasión. A veces deseaba poder lanzarle al espacio cuando menos se lo esperaba. La cara que pondría cuando se abriera la escotilla y se quedara fuera de los controles no tendría precio. Me reí internamente al imaginármelo.

Si no fuera por la constante malicia de su rostro, Doruk sería guapo. Los Guldanos eran una versión más alta y ancha de los Terranos, pero con cuernos y orejas puntiagudas. Su piel tenía los mismos tonos, pero su pelo solo era blanco plateado, castaño o negro azabache. Sus gruesos cuernos comenzaban justo por encima de la ceja y se inclinaban sobre la cabeza con la punta

hacia arriba. Aunque les crecía vello facial, la mayoría se lo afeitaba para lucir gruesos tatuajes tribales en forma de remolino en la cara, el pecho y los brazos.

Los machos fruncieron el ceño al ver que las cautivas estaban listas, y sus ojos se detuvieron en Balah. Normalmente, un solo guardia traía comida. Hoy nos han despertado antes de lo habitual. Que aparecieran los tres, Doruk incluido, significaba que esperaban divertirse un poco y se habían dado un margen de maniobra en el horario. Balah, con su vena rebelde, probablemente había sido su objetivo. Pero esta vez no...

¿Qué les parezco ahora, zorras? sonreí a los descontentos Guldanos.

La suave mano de Maheva apretó la mía y frunció el ceño en señal de advertencia. Borré la sonrisa de mi cara. Bien... ¿Provocar a Doruk mientras estaba molesto? No era buena idea. No me castigaría; Gruuk no lo permitía. Pero Doruk presionaría a las cautivas hasta que una le contestara. Entonces se vengaría de ella y me obligaría a mirar.

Zaluk, uno de los guardias, llevaba el carro aerodeslizador a la jaula y pasaba las bandejas de comida a las chicas. Maheva y yo íbamos a buscar las nuestras al comedor.

—Tienen diez minutos para comer, luego Zaluk las preparará para entregarlas a su nuevo amo —dijo Doruk a las cautivas. Luego me dio un escabroso repaso. Le sostuve la mirada y levanté la barbilla en señal de desafío—. Y tú, pequeña mascota, hemos encontrado a tu Korletheano. Lo recogeremos en cuanto salgamos de esta roca. Vamos a ver lo orgullosa que te sientes cuando te someta y te meta la polla en ese coñito tuyo. Estaré en primera fila viendo cómo te ponen en tu sitio; a cuatro patas como una buena perrita.

Se me heló la sangre mientras me miraba con suficiencia, retándome a que lo insultara. Tragué saliva y me mordí la lengua. Con una última mirada lasciva, se marchó con sus secuaces. Había tardado mucho en llegar. Las Veredianas alcanzaban su pico reproductivo a los veintidós años, mi edad actual, aunque éramos fértiles desde la pubertad. Gruuk poseía muchos bastiones por toda la galaxia donde criaba Veredianas con Korletheanos para asegurarse el nacimiento de una descendencia dotada que pudiera utilizar o vender. Las reclusas Korletheanas tenían poderosas habilidades psíquicas, principalmente telepatía, telequinesis y previsión, lo que las hacía difíciles de capturar y esclavizar.

Menos mal que estábamos listas para poner en marcha nuestro plan de huida. No estaría aquí el tiempo suficiente para que me criaran como a un animal. Nana intercambió una mirada recelosa conmigo y me apretó la mano. Enderezé los hombros y salí de la bodega para ir a buscar nuestro desayuno. Como era de esperar, las cautivas se habían ido cuando regresé. No verlas partir era la salida más cobarde, pero era demasiado duro.

Estábamos entrando en la atmósfera de Xelix Prime y pronto atracaríamos en el puerto espacial. En menos de una hora, descargaríamos nuestra carga, incluidas las chicas. Ya casi era la hora. Coloqué las bandejas de comida en una mesita y Maheva se unió a mí para nuestra última comida en esta nave.

—¿Pudiste hackear los sistemas del puerto espacial? —preguntó Maheva en cuanto nos

sentamos.

—Sí. Tengo nuestra ruta de escape, pero no será fácil. Hemos atracado en hora punta. Escabullirnos del puerto espacial sin ser detectadas va a ser... un reto.

La miré con timidez. Ella sonrió y me dio una palmadita en la mano. Yo y mi boca sucia...

—Pero no imposible —Maheva se comió un bocado de huevos revueltos y me hizo un gesto para que comiera—. Me preocupan más nuestras vestimentas y marcas.

Mis ojos se centraron en el patrón de manchas a lo largo de sus brazos. El pelo largo ocultaba las marcas del cuello y la espalda. Sin embargo, los patéticos sacos sin mangas que nos servían de vestidos de esclava no cubrían en absoluto las marcas de nuestros brazos y piernas.

—Hay un vestuario para el personal justo fuera del muelle de atraque. Solo tenemos que llegar hasta allí. Seguro que allí encontraremos algo —recé a la Diosa para que los esquemas no estuvieran obsoletos.

—¿Y qué hay de Lord...?

Maheva fue interrumpida por la puerta que se abría. Casi me meo encima cuando vi el alto cuerpo de Gruuk en la puerta. No podía habernos oído.

No, ¿verdad?

Sus ojos negros como el carbón me miraron antes de posarse en Nana. Hizo rodar su medallón fetiche de celesio entre los dedos. Era una buena señal y respiré un poco más tranquila. Si rozaba con una uña el borde del medallón, tendríamos serios problemas.

La voz profunda y retumbante de Gruuk resonó en la habitación.

—Maheva, dos invitados embarcarán en breve. Bradok los operará. Tú le ayudarás.

¡Noooooo!

Nuestros planes se hacían añicos ante nosotras. Mi corazón se tambaleó en mi pecho al pensar que no escaparíamos de este infierno. ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Por qué ahora? En los siete años transcurridos desde mi único intento de fuga, era la primera vez que Maheva y yo seríamos las únicas prisioneras a bordo, sin esclavas que pudieran usar contra nosotras. Nunca habría otra oportunidad como esta. Mi angustia debió de manifestarse porque Gruuk se volvió hacia mí. Las arrugas de la edad junto a sus ojos se hicieron más profundas cuando los estrechó hacia mí. Rápidamente corregí mis rasgos.

—¿Pasa algo, Mascota?

—No, amo. No pasa nada —bajé la mirada. Gruuk no exigía sumisión, pero era demasiado perceptivo. Una mirada a mis ojos y sabría que estaba tramando algo.

Levanté la vista y vi que escrutaba la habitación antes de volver a posarla en mí. Dejó de hacer rodar el medallón entre sus dedos. Sentía su mirada fija en mí, pero estaba hipnotizada por su pulgar, que recorría lentamente la cara del medallón. Después de unos segundos que me parecieron eternos, volvió a girar el medallón. Casi lloro de alivio. Se volvió hacia Maheva.

—Dejarás una cicatriz en cada una de ellas —dijo Gruuk—. Bradok te indicará dónde. Por lo demás, sánalas por completo. Estate en la enfermería en veinte minutos.

—Sí, Amo —dijo Maheva, con tono apagado.

Gruuk lanzó el medallón al aire y lo cogió con la palma de la mano antes de salir. Cuando la puerta se cerró, exhalé un suspiro tembloroso. Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Qué demonios me pasaba? Casi nos delato.

La mano de Maheva se posó en mi brazo como buscando apoyo. La estreché en un fuerte abrazo y hundí la cara en las hebras rizadas de su suave cabello. Habíamos estado tan cerca. Me agarró del pelo y me estrechó contra ella. Al cabo de unos instantes, respiró hondo y me mantuvo a distancia. Sus ojos se clavaron en los míos.

—Nada ha cambiado, Amalia. Esperarás quince minutos a que me vaya a la enfermería y te escaparás.

Retrocedí, horrorizada.

—¡No me iré sin ti! ¿Cómo puedes siquiera sugerir...?

—Amalia —me interrumpió, poniendo dos dedos sobre mis labios—, sé que estás asustada niña, pero esta es tu mejor oportunidad para un nuevo comienzo. No permitiré que te condenes a la vida que yo he tenido.

—¡No puedes esperar que te deje aquí! —dije, señalando la habitación.

—No solo lo espero, Amalia; lo exijo —el tono de Maheva parecía prohibitivo—. ¿No has oído a Doruk?

Hice una mueca de dolor y bajé los ojos.

—¿Qué crees que te ocurrirá cuando capturemos al Korletheano? —me sacudió suavemente los hombros para que la mirara—. Sé lo que pasará porque lo he vivido más de una vez. No seré la razón por la que te pase a ti también.

Lágrimas silenciosas resbalaron por mi cara.

—No quiero dejarte. ¿Y si me atrapan otra vez?

—No te atraparán. Llevas mucho tiempo preparando esta fuga. Ya no eres la joven despistada de hace siete años. Mantente alejada de las autoridades hasta que sepas con seguridad en quién puedes confiar.

Cuando tenía quince años, pedí asilo a las autoridades de Belevar, pero me entregaron directamente a Gruuk. Debería haber sabido que él había comprado su lealtad hace años. Y aquí, en Xelix Prime, a pesar de que la esclavitud estaba prohibida, Gruuk había contrabandeado innumerables esclavas durante años sin ningún problema. Esto significaba que había comprado al personal de seguridad aquí también. No cometería el mismo error dos veces.

—Y asegúrate de contactar con Lord Praghan lo antes posible —dijo Maheva.

—Lord Praghan está muerto, Nana —me sequé las lágrimas con el dorso de la mano—. Anoche, mientras conseguía los planos del puerto espacial, le pregunté cómo localizarle. Él y su familia murieron en un accidente hace unos meses.

Los hombros de Maheva se hundieron.

—Entonces irás a la Unión. Te buscarás un compañero, un guerrero fuerte que te mantendrá

a salvo y te enseñará las costumbres de tu nuevo pueblo.

—Pero...

—¡No, Amalia! —Maheva interrumpió—. No hay más tiempo para discusiones. Nunca has estado fuera de esta nave más que unas pocas horas para misiones específicas. No sabes vivir en el mundo real. Necesitas a alguien que cuide de ti hasta que aprendas a desplegar tus alas. No lo olvides; Gruuk te cazará. Estamos tres días más temprano de nuestra llegada programada a Xelix Prime. Si hubiéramos llegado a tiempo, te habrías perdido la Unión de este mes por dos días. Es una señal de la Diosa que hayamos llegado un día antes. Se supone que debes asistir.

—Pero elegir a un completo extraño en una fila como mi compañero de vida...

—Mejor un extraño que tú elijas que uno que te impongan —dijo pacientemente—. He sido esclava durante sesenta y un años, obligada a procrear con extraños. He tenido cuatro hijas, todas desaparecidas; tu madre muerta, las gemelas vendidas y la más joven perdida. Tú eres todo lo que me queda, y esta no es vida para ti.

Me quedé mirando el hermoso rostro de mi Nana. Yo era una versión más joven de ella, con la misma piel cobriza y desafiantes motas verdes en nuestros ojos castaño claro. Había visto esa cara todos los días de mi vida. Mi mayor apoyo. Mi roca. No sabía cómo me las arreglaría sin ella.

Volví a abrazarla con fuerza, luchando contra las lágrimas que amenazaban con ahogarme. Me acarició el pelo y me susurró palabras tranquilizadoras al oído, pero temblaba de emociones reprimidas.

—Volveré a por ti. Te lo juro, Nana. Aunque sea lo último que haga, volveré a por ti.



Como era de esperar, salir de la nave fue fácil. Lo desconocido, el inmenso mundo extranjero que me esperaba me acobardaba. Pero, sobre todo, me aterrorizaba separarme del único ser que me había amado incondicionalmente a lo largo de los años, a pesar de las cosas horribles que había hecho por orden de mi amo.

Me arrastré fuera del tubo de lanzamiento de la cápsula salvavidas. Agazapada en las sombras, me apoyé en la escotilla de la esclusa. El corazón me latía con fuerza; no recordaba haber sentido nunca tanto miedo. Ya se habían llevado a las esclavas lejos de miradas indiscretas. Sin embargo, preocuparme por su destino era una distracción que no podía permitirme. Al otro lado de la nave, la tripulación de Gruuk descargaba los últimos contenedores de su comercio legítimo con Xelix Prime.

Al asomarme por el borde de la escotilla, observé el enorme muelle de atraque. Estaba limpio y bien organizado, con mucha gente trasteando y naves de todos los tamaños bien aparcadas. Las turbias actividades de Gruuk le obligaban a atracar en la zona más apartada del hangar. Solo había otra nave cerca de la nuestra, un pequeño y elegante esquife estelar vacío. En marcado

contraste, la zona central donde estaban atracadas las demás naves estaba completamente abierta y casi vacía. Sus paredes grises parecían casi blancas bajo el techo brillante y las luces montadas en las paredes. A pesar del gran número de personas y trabajadores Xelixianos del muelle que rondaban por ahí, el sonido de la charla era un leve zumbido acentuado por el tintineo de la maquinaria, el silbido de las escotillas liberadas y el ligero zumbido de los aerodeslizadores. Sin embargo, la distancia atenuaba bastante los sonidos. Nuestro apartado rincón era excesivamente silencioso. Tendría que extremar las precauciones.

Me agaché y me aplasté contra el casco cuando Zaluk cruzó mi línea de visión. Se detuvo junto al ascensor situado en la pared lateral del esquife estelar. Allí recogió un aerodeslizador antes de regresar a El Revenant. El olor de los gases de escape, aunque no abrumador, me picó en la nariz y luché contra las ganas de estornudar. Apoyada en el casco, estiré el cuello para mirar más allá del ascensor. Había un pozo de mantenimiento y, más allá, la puerta de la rampa secundaria que conducía a la sala de personal y a la salida secundaria. Ese era mi destino. Un montón de cajas metálicas y rincones sombríos detrás del esquife me ofrecían la cobertura que necesitaba para llegar a la puerta.

Me llamó la atención un trabajador del muelle que se dirigía al pozo de mantenimiento. Se detuvo ante una serie de cajas cerca del esquife. Pasar desapercibido con tanta gente alrededor sería casi imposible, pero tenía otro as bajo la manga. Mi padre Korletheano me había dado una versión mutada de su capacidad de premonición. A diferencia de él, yo solo podía ver los acontecimientos del futuro próximo, es decir, de los próximos cinco a veinte minutos. Mis acciones en el tiempo previo a esos acontecimientos podían influir en su resultado. Al igual que él, no podía ver mi futuro directamente, pero había encontrado una solución.

Me concentré en el trabajador del muelle y abrí mi mente. Pronto me vinieron a la mente vívidas instantáneas de posibles resultados en un futuro próximo.

El trabajador entró en el pozo cuando un fuerte ruido le sobresaltó. Se dio la vuelta y vio un tubo aislante rebotando en el suelo. El ruido también llamó la atención de Zaluk. Gritó sorprendido mientras miraba hacia la parte trasera del esquife. Alertado, Doruk salió corriendo mientras Zaluk hacía un gesto al trabajador para que se ocupara de sus asuntos. El trabajador se volvió hacia el pozo de mantenimiento cuando oyó un grito estrangulado y la risita malvada de Doruk.

—Llevamos mucho tiempo esperando a que metas la pata, mascota. Te voy a coger de primero.

Dejé a un lado aquella visión y tragué con fuerza. Aunque eso no había ocurrido, la voz de Doruk me hizo un nudo en el estómago de miedo. Había una razón por la que Doruk era la mano derecha de Gruuk. Era despiadado, implacable y cruel. Levanté la vista y vi a otro trabajador del muelle realizando tareas de mantenimiento en una pasarela suspendida. Unos metros por delante de él, una tubería colgaba del borde. En unos minutos, algo la haría caer. Así que intentar escabullirme detrás del esquife no era una opción porque la tubería me delataba. ¿Y si esperaba a

que cayera para acercarme al esquife?

El trabajador entró en el pozo cuando un fuerte ruido le sobresaltó. Se dio la vuelta y vio un tubo aislante rebotando en el suelo. El ruido también atrajo la atención de Zaluk. Al ver la tubería caída, volvió a su tarea. El trabajador notó algo más allá de la tubería.

—¡Oye! ¿Qué haces ahí escondida?

Alertado, Doruk se acercó a investigar y vio algo que primero le sobresaltó antes de que una sonrisa depredadora se dibujara en su rostro. Corrió hacia la parte trasera de la nave.

Bien. Esperar tampoco funcionaría. Esta vez, opté por fijarme en Doruk para ver qué pasaba si intentaba rodear a El Revenant y colarme entre las cajas junto a la tripulación.

Doruk gritó a uno de los tripulantes que había manipulado mal la mercancía cuando un fuerte ruido metálico le sobresaltó a él y a los dos machos que estaban a su lado. Levantaron el cuello para ver a qué se debía el alboroto. De repente, Doruk volvió la cabeza para mirar por encima del hombro. Durante un rato, sus ojos escrutaron las sombras y las cajas apiladas junto a la pared. Se encogió de hombros, descartando lo que creía haber visto y reanudó la amonestación a su tripulante.

¡Eso es! Mi camino seguro lejos de la nave. No pude ver quién alarmó a esos machos tras la caída de la tubería en cada escenario. Pero como sabía dónde estaría yo cuando se produjera cada uno de esos acontecimientos, era seguro suponer que había sido yo. Solo tenía que recorrer lo más rápidamente posible las distintas opciones hasta encontrar la más segura. Y ahora mismo, necesitaba moverme porque aquella tubería estaba a segundos de caer.

Abrazada al casco, me puse de puntillas hacia el otro lado de la nave, donde Doruk reprendía a su compañero. Justo a tiempo, el fuerte estruendo seguido de gritos de sorpresa me dio la pequeña ventana que necesitaba. Corrí detrás de las bombas de combustible y me detuve, sabiendo que Doruk miraba en mi dirección.

Evaluando nuevos escenarios, seguí los caminos más seguros, arrastrándome o corriendo agachada de una cubierta a otra, evitando cámaras, trabajadores del muelle y miembros de la tripulación. Intenté ignorar el dolor ardiente en los músculos de las piernas por la posición en cuclillas. Una vez alcanzada la pared, volví al lado opuesto del muelle. No podía pasar por la salida principal de la tripulación sin que me descubrieran. Pero la rampa secundaria debería estar cerrada. Planeé hackearla para abrirla y poner las cámaras de vigilancia en bucle para ocultar mi paso. Luego, saldría por la puerta del personal, justo antes de la salida principal.

Estaba a unos metros de la puerta de la rampa secundaria cuando un sonido de campanilla me indicó que había llegado el ascensor del pozo de mantenimiento. Me lancé detrás de un banco de trabajo y aterricé dolorosamente sobre la cadera con un ruido sordo. El frío metal del suelo me mordió las piernas desnudas. Me agaché rápidamente por miedo a que el frío me acalambrara los músculos, ya de por sí tensos. Las puertas se abrieron. El corazón me martilleaba en el pecho. No tuve oportunidad de ver quién salía, así que no pude fijarme en ellos para vislumbrar su futuro. Unos pasos venían en mi dirección, así que me arrastré más hacia las sombras. Se me hizo un

nudo en el estómago, esta nueva persona podría arruinar mi huida.

Me obligué a calmarme. Me fijé en Doruk y pasé por varios escenarios, pero todos acabaron con mi recaptura. El trabajador regresó con un aerodeslizador y trasladó al ascensor algunas de las cajas tras las que me había escondido. Incluso con él transportando contenedores de un lado a otro, no había forma de escabullirme sin ser detectada. Si retrocedía hasta El Revenant, no tendría el tiempo suficiente para llegar a la rampa secundaria una vez que el trabajador se marchara. Tenía que hacer algo antes de que desaparecieran todas las cajas.

Cuando cundió el pánico, temblé de miedo mientras la voz de mi cabeza gritaba en bucle que nunca debería haber intentado escapar. Escudriñando el suelo y las paredes, vi un panel de control a unos metros de distancia. Corrí hacia él para ver a qué sistemas me daría acceso.

Por favor, que esto funcione...

Era un circuito cerrado.

¡MIERDA!

Eso significaba que solo podía controlar el ascensor, las luces, las puertas y la pasarela. Tendría que apagar muchas luces para ocultar mi huida. Me delataría. Ya solo quedaba una caja y pronto quedaría al descubierto. Aterrorizada, hice lo único que se me ocurrió. Inutilicé los mecanismos de seguridad y los frenos de emergencia del ascensor y le ordené que cayera libremente. El ascensor sonó, pero sus puertas no se cerraron mientras el vagón caía en picado al nivel inferior. El pobre trabajador gritó horrorizado y corrió hacia la puerta abierta del ascensor. Con las prisas, abandonó la última caja en el aerodeslizador, lo que me dio el tiempo suficiente para correr hacia la rampa.

En cuanto la puerta de la rampa secundaria se cerró tras de mí, las placas de la cubierta temblaron y el ruido sordo del metal retorciéndose me informó de que el ascensor había tocado fondo. Sonó una alarma y corrí por la rampa hasta una de las tres salas de descanso del personal. Según el horario que había visto al hackear los sistemas del puerto espacial, esta sala permanecería cerrada hasta mañana a media tarde. Pero mi pequeño numerito implicaba que alguien se daría cuenta de mi desaparición. En mi pánico, había olvidado hackear las cámaras. Mirando por la sala, vi un panel de control en la pared y corrí hacia él. Puse la mano sobre él y me conecté a la red. La información inundó mi mente como el fantasma de una imagen en el borde de mi visión; una comprensión instantánea como si me la hubieran infundido en el cerebro. Borré los segundos que me mostraban corriendo por la rampa y me desconecté del sistema.

Pasé corriendo junto a las mesas del comedor y la pequeña cocina hasta el fondo de la sala. Se abría al vestuario del personal. Allí volví a hackear la red a través de los paneles luminosos y busqué cualquier locker con cerradura activa. De más de cien lockers, obtuve una docena de resultados.

Mierda...

Eran demasiados. No tenía tiempo para esta mierda. Pero necesitaba ropa local. De ninguna manera saldría de allí con esta bolsa como vestido, mi piel cobriza y mis marcas Veredianas

gritando a todo el mundo: “¡Eh, mírenme! ¡Soy diferente!”

El tiempo se deslizaba entre mis dedos temblorosos mientras luchaba con los desdichados lockers. Respirando hondo, intenté calmarme. Era tan difícil concentrarse con esa maldita alarma que no se callaba. Rebuscando en los lockers lo más rápido posible, no encontré mucho de interés. Empezaba a temer que, después de todo, hubiera pocos lockers activos. Entonces, para mi inmortal alivio, uno de ellos contenía una larga capa negra con capucha. Muchos Xelixianos las llevaban en la parte más concurrida del muelle. Cubriría mis rasgos y me permitiría mezclarme entre la multitud. La capa era un poco grande, probablemente hecha para un macho. Sin embargo, con mi metro ochenta de estatura, era más alta que la media de las hembras de la mayoría de las especies, y la longitud casi me parecía adecuada.

Tiré con fuerza de la capucha para ocultar mi rostro y abrí la puerta del bullicioso pasillo que conducía a la plataforma del transbordador. Gracias a Dios, todo el mundo me ignoró. Yo era una más de los encapuchados sin rostro que iba a lo mío. Me obligué a caminar a paso tranquilo para no llamar la atención. Según mis averiguaciones previas, el puerto espacial ofrecía un servicio de transporte gratuito al ajetreado centro de la ciudad. Me dejaría a menos de un kilómetro y medio de la Sala de Unión, en el corazón del Distrito Capital. Perderme a mí misma, y a mis posibles seguidores, entre el enjambre de gente sonaba como un plan sólido.

Unos cientos de personas esperaban en la plataforma del transbordador. Era asombroso ver cómo los clientes Xelixianos estaban perfectamente divididos en tres grupos. El primer grupo, más pequeño que los otros dos, vestía elegantes prendas blancas o plateadas sin mangas que llegaban hasta las rodillas y complementaban a la perfección la piel gris claro de los Xelixianos. La mayoría eran parejas y parecían conocerse, ya que charlaban alegremente y se mezclaban. Me inquietaban, me recordaban demasiado a los amos que venían a recoger a sus nuevas “mascotas” en la bodega de El Revenant. Apestaban a esa misma aura de arrogancia y sentido del derecho. Un aire que transmitía que los que no eran como ellos estaban por debajo de ellos.

El segundo grupo era casi el doble de grande que el primero. Sus atuendos eran similares a los del primer grupo, salvo que cubrían más piel y eran de varios tonos de gris, hechos de telas parecidas al algodón. A diferencia del primer grupo, que parecía estar celebrando una reunión social, el segundo apenas hablaba y, cuando lo hacía, susurraba. Quería quedarme con ellos para ser de los primeros en subir al transbordador cuando llegara, pero destacaría demasiado con mi capa oscura.

El tercer grupo, el más numeroso con diferencia, se amontonaba detrás de los dos primeros, a lo largo de la pared trasera del andén. Todos vestían ropas negras que cubrían cada centímetro de sus cuerpos. La mayoría llevaba la misma capa con capucha que yo, y sus rostros estaban envueltos en la oscuridad. Aquel grupo estaba en silencio absoluto y muy juntos. La anchura de sus hombros y sus pechos planos daban a entender que todos eran machos. Aunque las hembras Xelixianas eran en promedio una cabeza más altas, más delgadas y más musculosas que las Terranas, sus amplios pechos eran impresionantes. Había leído algo sobre un cortejo fúnebre, y

este grupo parecía uno.

Varios extraterrestres con coloridos atuendos se dispersaban a lo largo del andén y chocaban con el orden casi clínico de los lugareños. Me abrí paso entre la multitud hasta el tercer grupo, lamentando que mi atuendo no luciera el velo que algunos de ellos llevaban bajo la capucha. Aunque la mayoría de los machos eran al menos diez centímetros más altos que yo, unos pocos eran más o menos de mi estatura. Crucé los brazos sobre el pecho para ocultar mis pechos. Nadie cuestionó mi presencia ni pareció reparar en mí. Casi me sentía segura: otra don nadie en un mar de gente sin rostro.

Habían pasado al menos treinta minutos desde mi huida, aunque me parecieron horas. Por fin dejó de sonar la alarma. Una relajante voz femenina nos dijo en Xelixiano, y luego en Universal, que la avería técnica que había provocado la alerta ya estaba controlada. En los interminables minutos que siguieron, me sorprendí a mí misma buscando perseguidores por la sala incolora que rodeaba la plataforma. Mi alivio al ver llegar la lanzadera duró poco cuando un movimiento en el límite de mi visión captó mi atención. Doruk y sus dos secuaces entraron en la plataforma, escudriñando a la multitud.

Casi gimoteé y luché contra mi instinto de correr. Me acurruqué junto a las otras figuras encapuchadas mientras mis perseguidores se abrían paso entre la densa multitud. Sus ojos miraban en todas direcciones, sin duda buscándome. La lanzadera se detuvo con una lentitud angustiosa antes de que se abrieran las escotillas. El primer y el segundo grupo se precipitaron hacia delante, acompañados por varios extraterrestres. Mi grupo no se movió hasta que todos estuvieron a bordo. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no girar la cabeza en busca de Doruk.

Ante mis ojos aparecieron manchas oscuras que me hicieron darme cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Inspiré hondo varias veces, mareada. El transbordador lucía los mismos colores blancos y grises del andén. Aunque estaba abarrotado, aún quedaban muchos asientos disponibles. Estuve a punto de sentarme, pero me di cuenta de que solo estaban sentadas las personas del primer y segundo grupo. Los encapuchados estaban de pie, apiñados. Aquello era pura mierda, pero tenía cosas más urgentes de las que preocuparme. Cuando la escotilla se cerró y la lanzadera se puso en marcha, casi lloro de gratitud. Hasta que, a través de una ventana, vi a Doruk de pie, solo, en la plataforma.

¿Dónde demonios estaban sus secuaces?

No podían atraparme aquí, ya que les resultaría difícil explicar su presunta propiedad sobre un ser sensible. Por un momento, me entraron unas ganas estúpidas de quitarme la capa y burlarme de ellos. Por todo lo que había leído sobre los Xelixianos, eran tremendamente protectores con las hembras y la esclavitud era ilegal aquí. Si aquellos Guldanos me atacaban, recibirían la paliza de sus vidas. Contuve una risita nerviosa al imaginarme propinándoles un par de patadas certeras mientras mis compañeros encapuchados les daban una lección.

Me serené. No era momento para tonterías. Mis perseguidores no serían tan estúpidos. Si me

veían, harían que sus funcionarios sobornados me atraparan en la ciudad. Quería fijarme en uno de ellos para atisbar su futuro, pero mientras tenía visiones, era ciega y sorda a lo que me rodeaba. Había demasiada gente a mi alrededor como para arriesgarme.

El viaje al Distrito Capital duró unos insoportables veinte minutos. Fue un viaje tranquilo, ya que la lanzadera flotaba a gran velocidad sobre el raíl con un ligero sonido agudo. En mi angustia, el hermoso paisaje Xelixiano al otro lado de las ventanillas, con su cielo verde y su hierba beige, pasó casi desapercibido. Por fin llegamos a nuestro destino. Me mantuve cerca de mi grupo mientras salíamos, lanzando miradas furtivas a mi alrededor en busca de señales de persecución—suponiendo que las hubiera. Por suerte, la marea de gente que se agolpaba en el centro de la ciudad haría prácticamente imposible que me encontrara cualquier perseguidor.

El Distrito Capital era tan monocromático como el puerto espacial y el transbordador. La ciudad estaba formada por elegantes e imponentes edificios blancos y plateados. Era una construcción inteligente. Con los dos brillantes soles de Xelix Prime brillando sobre sus superficies, esperaba quedar cegada. Sin embargo, cada edificio brillaba con un suave halo. El único toque de color lo daban las frutas rojas de forma ovoide que crecían en los árboles ryspak. También llenaban el aire de un aroma dulce y cítrico.

Aunque había muchos otros encapuchados en la zona, permanecer expuesta a miradas indiscretas no era una buena idea. Me uní a la pequeña multitud de extraterrestres que consultaban un tablón de información turística automatizado. Me apoyé discretamente en él y me conecté a su red. Lo primero era encontrar un lugar donde esconderme y pasar la noche.

Por fin había asimilado la realidad: había escapado. Era libre.



CAPÍTULO 3

AMALIA

La suerte quiso que me tocara la lotería mientras hackeaba el tablón de información turística cuando encontré este salón de costura cerrado a solo dos manzanas. Era una pintoresca boutique para ricos. La costurera vivía en un acogedor apartamento arriba de la tienda. Abrí la puerta hackeándola. Una vez dentro, me apoyé en el lateral de una gran ventana y miré a mi alrededor para comprobar que nadie me había seguido. Comprobé que no había nadie más en el lugar, cerrando persianas y cortinas por el camino, antes de explorar el lugar al que llamaría hogar durante la noche.

El apartamento de cuatro habitaciones tenía los mismos blancos y grises insípidos a los que me estaba acostumbrando. Los muebles eran escasos, pero de gran calidad. Después de casi veintitrés años durmiendo en la litera de El Revenant, casi me muero del susto cuando caí en la suavidad de la cama. Me desparramé sobre el divino colchón con un gemido de placer, agitando los brazos y las piernas sobre las sedosas mantas. Me puse boca abajo, enterré la cara en una de las almohadas de felpa e inhalé su aroma floral. Pateé los pies y solté un grito liberador amortiguado por la almohada. La apreté contra mi pecho y rodé por la cama riendo como una niña. Caer de la cama y caer de culo con un sonoro golpe me hizo recuperar la sobriedad.

Me levanté con una mueca de dolor y miré el suelo duro. Frotándome la llaga con una mano, arrojé la almohada a la cama con la otra y me dirigí a la habitación contigua. La sala para refrescarse reveló otra deliciosa sorpresa: una pequeña bañera y una ducha de agua separada. *¡Oh, sí!* Había oído hablar antes de las duchas de agua de verdad, pero nunca había llegado a probar una. Tenía la sensación de que nos conoceríamos muy bien esta noche.

Resultó que buscar ropa para ponerme mañana en la Unión era cualquier cosa menos una tarea. Al principio pensaba robar algo de la tienda, pero todo era demasiado lujoso. Eso no me impidió pasarme un par de horas probándome la mitad de su contenido.

Y los zapatos... ¡Oh Diosa, los zapatos!

En su lugar, elegí del armario personal de la costurera un vestido gris claro sin mangas con un par de zapatos grises oscuros... Bueno, tal vez no los zapatos. No podría caminar con ellos. Me rompería los tobillos en tres pasos. Unas zapatillas planas de color gris oscuro eran el

sustituto perfecto. Tanto los zapatos como el vestido me quedaban un poco holgados, pero eran cómodos.

Hecho esto, rebusqué en la cocina algo de comer. De repente, oí un extraño golpeteo que se multiplicó y amplificó en segundos, como si mil guijarros golpearan las ventanas. Cogí un cuchillo de la encimera y me acerqué a la ventana más cercana con pasos vacilantes, dispuesta a salir corriendo a la primera señal de peligro.

De pie junto a la ventana, abrí la cortina con mano temblorosa para asomarme al exterior. Mis ojos se abrieron de par en par ante las pequeñas perlas de agua que chocaban contra la ventana antes de escurrirse por ella.

¡Lluvia! Oh, Diosa, ¡lluvia de verdad!

Necesité toda mi fuerza de voluntad para no abrir de par en par las cortinas y contemplar el fenómeno. Peor aún, quería salir corriendo y experimentarlo en carne propia. ¿Haría frío? ¿Me dolería o me haría cosquillas al tocarme la piel? ¿Tendría un sabor extraño? Y los olores. ¿A qué olería la lluvia? Mi Nana tenía razón. Yo no sabía nada de la vida fuera de la nave. Mi corazón se apretó de nuevo al pensar en ella. Si no fuera por esas malditas cirugías, ahora estaría aquí conmigo.

Apartándome de la hipnotizante vista de la lluvia, volví a la cocina. Preparé una taza de té con las hojas de flexina que encontré en un recipiente cerrado. Sus propiedades calmantes me tranquilizarían. Yo no sabía cocinar, así que agradecí que la costurera también tuviera un replicador de comida. Tenía una lista de comidas tanto en Xelixiano como en Universal, aunque no me sirvió de mucho. No tenía ni idea de lo que era un *rhomak a la parrilla* o un *khelfis asado*. Elegí el rhomak.

Me senté en la pequeña mesa y bebí un sorbo de té mientras mordisqueaba una tira de carne oscura y carnosa, untada con mantequilla de hierbas. La acompañaba una mezcla de verduras azules, verdes y amarillas cuyo sabor agridulce aliviaba el picante de la carne. Tuvimos comida decente en El Revenant, al igual que la tripulación, pero esto era más que lujoso en comparación.

A Nana le encantaría esto.

Mi corazón se apretó de nuevo, y la comida perdió todo su sabor. Gruuk no descargaría su ira contra ella. Solo lastimaría a Maheva para castigarme porque sabía que nada podría aplastarme más. Herirla sin que yo lo presenciara no tenía sentido, y Gruuk era práctico. Necesitaba sacarla de esa nave. Terminé de comer con menos entusiasmo que cuando empecé, me limpié y me senté en el sofá con el datapad.

Mi viaje en lanzadera me había dado tiempo para procesar lo que había visto en Xelix Prime, y me preocupaba. Su población parecía segregada, y el comportamiento casi servil de los machos encapuchados era inquietante. ¿Había escapado de la esclavitud para aterrizar en una sociedad que imponía otra forma de esclavitud? Busqué toda la información que pude sobre los Xelixianos. Mañana tenía que tomar una decisión importante, y no podía hacerlo a la ligera.

La información sobre Xelix Prime era escasa y, en su mayoría, antigua. Los artículos que

encontré hablaban de sus impresionantes fuerzas militares y sus exportaciones de ryspak. Finalmente, me topé con un ensayo escrito por un xenoarqueólogo dos años atrás.

Los machos Xelixianos están desesperados por encontrar hembras compatibles, y no es que no haya hembras Xelixianas. Sin embargo, dado que los machos superan significativamente en número a las hembras, la Mancha les ha obligado a volver sus ojos a las estrellas. Esta enfermedad no transmisible afecta a ambos sexos, pero se manifiesta de forma diferente. Los Xelixianos han dejado de producir oxitocina, una hormona con diversas funciones sexuales y reproductivas. Sin embargo, la pérdida de deseo sexual y la disfunción eréctil son las preocupaciones menores. Las hembras infectadas también tienen más dificultades para concebir y rara vez llevan a término fetos femeninos. Cada hijo macho que consiguen dar a luz tiene un ochenta por ciento de probabilidades de estar Manchado.

Los machos sufren en mayor medida. Además de la falta de oxitocina, su producción de dopamina ha caído en picado. La carencia de este neurotransmisor provoca una lenta degeneración de su sistema nervioso. La progresión del daño se manifiesta por la acumulación de una toxina negra en los capilares de todo el cuerpo que provoca un dolor sordo y punzante. Si no se controla, las venas acaban reventando y la toxina ataca órganos vitales. La esperanza de vida de un macho Manchado es de cuarenta años, en lugar de los ciento treinta y cinco habituales.

Sus científicos han intentado sintetizar la hormona y el neurotransmisor, e inyectar a los pacientes fármacos para estimular su producción natural en el organismo. Todos los esfuerzos han fracasado. En el momento de escribir estas líneas, no existe cura, pero los efectos de la Mancha pueden mitigarse o incluso invertirse en los machos. El esfuerzo físico intenso o la liberación sexual pueden ralentizar, y en ocasiones incluso detener, la propagación de la toxina. El intercambio de fluidos durante el coito, especialmente durante el clímax, es el método más eficaz, de ahí a que los machos Manchados se apareen a menudo con Norms, quienes tienen poca toxina bajo la piel y triplican la esperanza de vida de los machos solteros afectados por la Mancha.

Menos del cinco por ciento de la población Xelixiana es inmune a la Mancha. Se les conoce como Primes. Las hembras Prime son tesoros nacionales, ya que son las únicas capaces de dar a luz a bebés de sexo femenino. Se aparean exclusivamente con machos Prime, pero no hay suficientes para abastecer la demanda. Por eso, en los últimos años, se ha añadido a la Unión el Programa de Apareamiento Alienígena. Aunque la compatibilidad sexual es el único requisito para que una hembra alienígena participe en la Unión, las especies que también producen oxitocina, como las Terranas, las Dantorianas y las Aveanas, son muy codiciadas por los machos Prime.

Esta información me daba vueltas en la cabeza, pero explicaba la división de clases que había visto antes. Una cosa tenía clara—elegiría a un macho Manchado. Los Primes estaban demasiado en el foco de atención, y yo ni siquiera sabía si producía oxitocina. Además, me habían

incomodado en el puerto espacial. Para un macho Manchado, mi elección era una cuestión de vida o muerte. Él me aceptaría sin importar los horribles crímenes que había cometido por orden de Gruuk. Como muchos de ellos eran guerreros, aumentaban las posibilidades de que pudiera protegerme si Gruuk me perseguía e incluso podría ayudarme a liberar a mi Nana.

En realidad, no quería atar mi futuro a un completo extraño. Hoy era mi primer día de libertad. Toda mi vida había estado encerrada en una bodega de carga, donde me decían cuándo comer, dormir, lavarme y qué hacer. Mis deseos, esperanzas y aspiraciones no tenían importancia para mi amo. En comparación con las demás esclavas, la mía era una vida de lujo rodeada de una familia cariñosa.

Tanto mi Nana como mi madre habían sido obligadas a aparearse con Korletheanos cautivos cuidadosamente seleccionados por Gruuk. Mamá había sido la primogénita de Nana. Como cinética, Mamá podía manipular cualquier materia inerte. Resultó útil para crear puertas en cualquier pared sólida durante las misiones, abrir cajas fuertes no hackeables o sellar una brecha en el casco.

Nana tuvo luego gemelos. Gruuk las vendió porque no tenían habilidades que le fueran útiles. Su cuarta hija, mi tía Aleina, era cinética como mamá. Tan pronto como sus habilidades fueron confirmadas, la envió a una de sus fortalezas. Después de que el Korletheano de Nana muriera durante un intento de fuga, Gruuk no forzó ninguna otra cría en ella. En su lugar, dirigió sus ojos a Mamá. En su vigésimo segundo cumpleaños, fue emparejada con otro Korletheano, dándome a luz. Nunca conocí a mi padre. Estaba recluido en una de las fortalezas de Gruuk, ya que su capacidad de premonición no requería su presencia en El Revenant, a diferencia de Nana, Mamá y yo.

Hasta que concibió de nuevo, Mamá sería enviada con mi padre durante su período. Empezó a quererle y a hablarle de mí, y a mí de él. Según ella, mi vena traviesa y mi boca sucia venían de él. No tengo ni idea de qué fue de Papá después de que Mamá muriera al dar a luz. Si no hubiera escapado hoy, ese también hubiera sido mi destino.

Miré el acogedor apartamento con nostalgia. En otras circunstancias, esto podría haber sido mío. Sin embargo, aquí estaba, ¿recién liberada de un amo y considerando otro a través de la Unión? Los Xelixianos eran una sociedad patriarcal. Las hembras no eran serviles ni tratadas como personas inferiores, pero no poseían tierras ni títulos. Aunque podían tener una carrera propia, se esperaba que los machos las mantuvieran.

El problema era que yo no tenía carrera. Las habilidades y la experiencia que poseía, aunque prácticas, no me conseguirían el tipo de trabajo del que se habla en sociedad. Podía ver la escena desde aquí:

—Hola oficial, me gustaría solicitar un trabajo en el departamento de policía.

—Bueno. ¿Qué sabes hacer? —preguntaría el agente.

—Oh, puedo hackear cualquier cosa. Y una vez dentro, no podrás evitar que espíe incluso en las cosas más seguras.

—Ya veo... ¿y tienes experiencia?

—¡Mucha! He ayudado a esclavistas a secuestrar y esclavizar a miles de hembras hackeando sus casas. He realizado espionaje industrial, he plantado pruebas falsas para incriminar a gente inocente, algunas de las cuales acabaron en ejecución, y he robado secretos gubernamentales utilizados para chantajear a poderosos individuos, por nombrar algunos. ¿Debo continuar?

Apenas entendía la política intergaláctica y las normas culturales de la mayoría de los planetas que visitaba durante las misiones. Con mi herencia Verediana, destacaría como un pulgar dolorido. Los rumores sobre una hembra de una especie extinguida se extenderían como la pólvora y los coleccionistas me perseguirían con saña. Podría acudir a las autoridades locales y pedir asilo, pero era paranoica. Gruuk tenía un largo alcance. Sus tratos durante décadas con Xelix Prime me convencieron de que tenía muchos peones aquí.

A través de la Unión, tendría un compañero que podría enseñarme a vivir fuera de una jaula. Las hembras eran el orgullo y los mayores tesoros de un hogar Xelixiano. Sería su deber tratar de protegerme de Gruuk. Tampoco me sentiría tan sola y desamparada.



Me desperté renovada en la cama de la costurera. Tras una ducha excesivamente larga—¿he dicho ya que me gusta el agua?—y engullir huevos khelfis revueltos del replicador, me vestí. Mi atuendo era más revelador que la capa para Manchados que llevaba ayer; dejaba al descubierto mis marcas Veredianas. Me arreglé el pelo largo para ocultar las marcas alrededor del cuello y me puse un abrigo gris claro brillante hasta los tobillos para cubrir el resto. Me eché una última mirada crítica al espejo. Satisfecha de poder pasar por una hembra Terrana, me dirigí a la Sala de Unión.

Fue un paseo tenso de diez minutos, ya que no sabía si tenía perseguidores al acecho en la ciudad. Afortunadamente llegué a la Sala sin incidentes y me introduje en un grupo de seis hembras Terranas que charlaban animadamente mientras entraban en las instalaciones.

La entrada tenía un aspecto imponente, con una gran sala rectangular y techos altos. Como era de esperar, las paredes eran grises. En el centro había una gigantesca escultura de metal que representaba a una pareja Xelixiana mirándose con devoción a los ojos, con las manos entrelazadas.

En el centro de la pared del fondo había una gran puerta. Encima de ella, un panel rezaba *UNIÓN* en negrita y debajo *Solo Participantes*. A ambos lados, unos aerodeslizadores elevaban a la multitud hacia el balcón. Solo podía suponer que se trataba de asientos para las personas que presenciarían la Selección.

El grupo al que seguía se detuvo frente a la puerta central. Se abrazaron y besaron, compartiendo palabras de ánimo. Solo dos entraron en la zona de los participantes. Respiré

hondo y seguí a la pareja al interior.

Nos guiaron hacia la derecha y nos presentaron al Asesor Fihn, un macho Xelixiano que nos prepararía para el acto. Éramos catorce hembras: seis Xelixianas, cuatro Terranas, tres Aveanas y yo. A la izquierda, había otro asesor Xelixiano bastante intimidante. Estaba allí para saludar a los aspirantes masculinos. Volví a centrar mi atención en Fihn y escuché cómo repasaba las normas y los procedimientos.

—Primero —Fihn dijo—: Os haré pruebas para determinar si sois sexualmente compatibles con los Xelixianos y si producís oxitocina —algunas de las hembras se erizaron ante aquel anuncio—. No os preocupéis, *Sehas*, no es invasivo. Una gota de sangre en la punta de vuestro dedo será suficiente.

Eso pareció calmar a todo el mundo, excepto a una de las Aveanas que continuó mirándole fijamente.

Fihn señaló una alcoba semicircular a la izquierda de la zona principal.

—Allí, los aspirantes machos Prime darán la bienvenida a las Perlas: las que deis positivo en oxitocina —luego señaló una serie de pedestales repartidos por la periferia de la sala principal—. El resto de ustedes estáis invitadas a considerar a los demás aspirantes que se encuentran en los pedestales. Tendréis una hora para hacer vuestra selección.

¿En serio? ¿Una mísera hora para comprometerse de por vida?

—Los machos no pueden hablaros hasta que hayáis iniciado la conversación. Podéis terminarla cuando queráis y pasar a otro aspirante —continuó Fihn.

No hablar significaba que los machos no podían presionarnos para que los eligiéramos—eso me gustaba—pero elegirlos solo por su aspecto me parecía un error.

—Si encontráis un macho de vuestro agrado, hacedle una propuesta formal y si acepta, entonces el trato está hecho. Podéis volver al altar central, donde el Magíster Zhef oficiará la ceremonia de unión cuando haya pasado una hora.

—¿Y si no acepta? —preguntó una hembra Aveana.

—El macho tiene derecho a negarse, aunque eso solo ha ocurrido una vez cuando una hembra Norm intentó reclamar a un macho Prime.

—¿Y si más de una quiere el mismo macho? —preguntó una Terrana.

—La primera en llegar es la que tiene más prioridad. Así que no lo penséis mucho —sonrió Fihn.

Algunas de las hembras nos examinaron, evaluando la competencia. Sentí que se avecinaba una pelea de gatas en el horizonte y no quería participar en ella.

Por fin, Fihn terminó su discurso y nos invitó a acercarnos de una en una. La primera fue una Terrana. Soltó una risita nerviosa cuando él pinchó la punta de su índice con una aguja blanca. La miró fijamente durante un segundo y luego le dedicó una amplia sonrisa, toda llena de dientes.

—Enhorabuena, *Seha*. ¡Sois Perla! —le dijo, colocándole un largo colgante de perlas de plata

alrededor del cuello—. Por favor, paraos allí —señaló una línea blanca y luminosa en el suelo, junto a la entrada—. Una vez que todas hayáis sido examinadas, los machos se dirigirán a sus respectivos pedestales. En ese momento podréis ir hacia ellos, para que nadie tenga una ventaja injusta.

No fue ninguna sorpresa que todas las Terranas y Aveanas dieran positivo, a las que solo se unió una Xelixiana. Las hembras que dieron negativo recibieron un colgante con una gema oscura. Cuando solo quedaba una Xelixiana, me tocó a mí.

—Hola, *Seha*. Vuestro dedo, por favor —dijo Fihn, dándome la bienvenida.

Obedecí y le dediqué una sonrisa temblorosa.

—Hola.

Apenas sentí el aguijón. Me soltó la mano y me dio un sutil repaso mientras esperaba el resultado. Sus ojos se entrecerraron en la parte derecha de mi cuello y el corazón me dio un vuelco.

Tras echar un rápido vistazo a su aguja, dijo,

—Enhorabuena, *Seha*. Sois una Perla —cogió un colgante de perla del escritorio y se volvió hacia mí—. ¿Puedo? —preguntó, señalando mi cuello.

Esperaba que llegara ese momento, pero no tan pronto. Asentí y me levanté el pelo con manos temblorosas para que pudiera abrocharme el collar. Sus ojos se fijaron en las marcas de mi cuello y su sonrisa vaciló. Cuando el collar encajó en su sitio, volví a cubrir las marcas con el pelo.

—Fascinante —Fihn me miró el cuello un rato más, aunque mi pelo ocultaba las marcas, antes de mirarme a los ojos—. No sois Terrana. ¿Puedo preguntaros de qué especie sois? Creo que nunca había visto unas marcas así. Son muy bonitas. No deberíais ocultarlas.

—Soy una híbrida... huérfana... así que… —dije con lo que esperaba que pareciera un encogimiento de hombros despreocupado.

—Ya veo —dijo. Repasó mi atuendo con el ceño ligeramente fruncido—. Es un abrigo precioso, pero oculta vuestra figura. Los machos no son los únicos que están siendo evaluados. Hoy tenemos un número inusualmente alto de Perlas. La competencia será feroz. Si se debate entre dos opciones, un macho podría elegir lo que ve en lugar de lo que tiene que imaginar —dijo, extendiendo una mano expectante.

Tenía razón. Ya no tenía por qué ocultar mis marcas. Sin embargo, por alguna tonta razón, me sentía cohibida. Me bajé el abrigo por los hombros y se lo puse en la mano antes de armarme de valor para mirarle.

Sus ojos se fijaron en las marcas que tenía en el cuello, los brazos y la parte exterior de las piernas. Se desviaron hacia el dobladillo de mi falda por encima de la rodilla, probablemente preguntándose hasta dónde llegaban las marcas. Por alguna extraña razón, me alegré de que su mirada solo pareciera curiosa, sin el trasfondo lascivo que normalmente recibía de la tripulación. Fihn parecía un buen tipo.

—Mucho mejor. Por favor, pasad a la fila.

No tuvo que decirlo dos veces. Me coloqué en el extremo derecho de la fila porque no me interesaban los Primes. Todas las Perlas se agruparon lo más cerca posible de la izquierda. Me preguntaba si saldrían en estampida hacia el nicho o intentarían mostrar un poco de decoro. Las Norms estaban más dispersas en el centro. La última Xelixiana se unió a nosotros junto a la fila. También era una Norm.

Fihn pasó junto a nosotras y se colocó al otro lado de la fila, frente a nosotras.

—Recordad que hoy solo hay dos machos Prime. Es por orden de llegada, si lográis su consentimiento.

Haciéndose a un lado, señaló con la cabeza a un colega situado cerca de la pared.

—Aquí están vuestros machos.

Se me revolvió el estómago de inquietud cuando una puerta invisible se abrió, dejando ver a los aspirantes. Entraron en fila, caminando en línea recta, los dos Primes al frente. Sus cegadores calzones plateados los delataban. Todos los demás machos llevaban pantalones grises oscuros.

Los machos caminaron hacia nosotras antes de girarse hacia la zona principal, donde estaban sus pedestales. Ninguno nos miró a los ojos, ni siquiera en nuestra dirección. Supongo que eso también formaba parte de sus normas. Los calzones eran su única prenda. Les llegaban a medio muslo y eran tan ceñidos que se me calentó la cara.

Pasaron demasiado deprisa como para verles bien la cara. Sin embargo, cuanto más nos acercábamos al final de la fila, más evidentes eran los signos de la Mancha. Cuando llegó el duodécimo macho, algunas hembras se encogieron o apartaron la mirada. Una parte de mí quería abofetear a esas perras sin corazón. Es cierto que había temido que el estado del macho me repugnara, pero no fue así en absoluto. Su forma física era extraordinaria y, desde mi punto de vista, su Mancha solo parecía venas oscuras tatuadas sobre su piel. ¿Qué tiene eso de repugnante?

Los aspirantes llegaron a sus respectivos pedestales y adoptaron sus posiciones. Fihn volvió a colocarse delante de la fila.

—*Sehas*, vuestros futuros compañeros os esperan. La Selección de la Unión está oficialmente abierta.

La fila a nuestros pies desapareció. La multitud estalló en vítores.

¡Que empiece el juego!



CAPÍTULO 4

KHEL

Cuando Lhor y yo llegamos a la antesala de la Sala y vimos a tantos aspirantes, estuve a punto de marcharme. Pero, por supuesto, no pude. Al descubrir que había catorce hembras, recuperé una pizca de esperanza. Hasta que las hembras se encogieron de hombros cuando los más Manchados de entre nosotros se acercaron a ellas. La culpa se instaló en la boca de mi estómago; Lhor no se merecía esta humillación.

Fihn finalmente convocó la apertura de la Selección. No sabía quién era el más ruidoso, si la multitud o el grupo de Perlas chillonas que caían sobre sí mismas para llegar al nicho de los Prime. Era risible, aunque ya no me sorprendía. Algunos de los Testigos vinieron aquí específicamente para apostar cuántas caídas, lesiones o peleas se producirían mientras los machos Prime se regodeaban. Todo esto era tan desagradable.

Cuando las hembras se acercaron a la zona principal, reconocí a un par de Xelixianas entre ellas. No estaban aquí para elegir. Ya habían intercambiado promesas con los machos y solo asistían a la Unión porque era la ley. Las otras hembras Norm se dirigieron a los pedestales más cercanos al nicho. Esos machos eran los menos Manchados. Me acerqué al final de la sala.

Me fijé en una hembra solitaria que estaba en la entrada principal. Miraba fijamente el nicho de los Prime, con la boca abierta ante la estampida de hembras. Estuve a punto de resoplar. Desde esta distancia, no podía distinguir sus rasgos. Sin embargo, parecía Terrana. Sacudió la cabeza y entró en la zona principal.

Tenía el pelo negro, largo y rizado, que rebotaba alrededor de una cara en forma de corazón. Tiró de un mechón y lo retorció con ambas manos. Su piel cobriza estaba salpicada de manchas más oscuras en un elegante patrón rectilíneo que iba desde los hombros hasta las muñecas. Me recordaban a las manchas de la piel de los guepardos. El mismo patrón podía verse a lo largo de sus piernas. Y Diosa, ¡qué piernas! Era más alta que la mayoría de las hembras Terranas y sus curvas me hacían agua la boca. Sus pechos redondos y turgentes cabrían perfectamente en mis manos. Y esa boca ancha con labios gruesos y carnosos... Hmmm...

Estaba tan ocupado disfrutando de su belleza mientras intentaba pasar desapercibido que no me había dado cuenta de que se dirigía hacia nosotros. Me sobresalté, intentando mantener el

rostro neutro. Mi pedestal era el decimoquinto de la fila, una cortesía debida a mi rango. Lhor era el decimosexto porque éramos parientes.

Apenas echó un vistazo a los muchos machos Norms que tenía delante, como si buscara a alguien en concreto. A pesar de su evidente nerviosismo, caminaba con un propósito. ¿También tenía un acuerdo preestablecido? ¡Por supuesto que sí! ¿Por qué si no una Perla tan despampanante iba a desairar descaradamente a dos Primes de casas prominentes? Se me encogió el corazón. No me había hecho ilusiones de que una hembra me eligiera hoy, pero, por primera vez, la idea de que otro macho reclamara a una hembra—a *esta* hembra—me llenó de una sensación de pérdida. Ni siquiera tenía sentido que ella despertara en mí una reacción tan fuerte.

Estaba casi delante de mí cuando sus pasos vacilaron. Sus ojos se clavaron en mi cara. Me dio un vuelco el corazón cuando dio otro paso vacilante y se detuvo. Sus manos torturaron aquel sedoso mechón de pelo, pero su movimiento se ralentizó mientras dejaba que sus ojos me recorrieran. Intenté quedarme quieto, mirando a un punto aleatorio en la distancia, por encima de su hombro. Sin embargo, no pude evitar ponerme un poco más erguido, contrayendo los músculos abdominales y pectorales con la esperanza de que viera que, aunque estropeado por la toxina, mi cuerpo estaba en forma y era fuerte.

Cuando terminó de examinarme, volvió a mirar hacia mi cara. Durante medio segundo, mantuvimos el contacto visual, antes de que yo volviera a desviar la mirada hacia aquel punto distante más allá de su hombro. El breve contacto me provocó un ardiente pulso en la ingle. De repente, sentí que me pesaban los huevos y se me puso la polla dura.

Diosa, ¡mátame ya!

Aquellos ridículos calzones no ocultarían nada. Supe en cuanto se dio cuenta de mi excitación por el suave jadeo que escapó de sus deliciosos labios. Abrió la boca varias veces, como si quisiera decir algo, y empezó a morderse el labio inferior.

¡Dilo! ¡Dilo!

No sabía qué demonios quería decir, pero aceptaría cualquier cosa que me permitiera iniciar una conversación con ella. Sus ojos se desviaron hacia el macho de mi derecha y lo descartó de inmediato, deteniéndose en mí un segundo antes de mirar a Lhor a mi izquierda. Luego hizo una doble mirada. Dejó de morderse el labio. Nos miró a Lhor y a mí. Dio un paso vacilante hacia él.

¡Noooooooo!

Luego un segundo paso, con su vestido corto ondeando. Luego un tercer paso decidido hasta que se plantó frente a él. Cerré los ojos, intentando evitar que la amarga decepción se reflejara en mi rostro.

No sé cuánto tiempo lo examinó. Me pareció una eternidad. Mis palabras de que una hembra alienígena podría ver la belleza de Lhor más allá de la Mancha parecían proféticas. Podía sentir que sus ojos se posaban en mí de vez en cuando, pero quería que *toda* su atención se centrara en mí.

Los pensamientos que cruzaban mi mente me avergonzaban. Le arrastré hasta aquí cuando él no quería venir. Y ahora la idea de que ella pudiera elegirlo a él antes que a mí era devastadora. La parte respetable de mí se dio cuenta de que si ella lo elegía, no solo lo salvaría de la Mancha, sino también a nuestras tierras familiares. Debería alegrarme ante esa perspectiva. Pero en este momento, no podía importarme menos la respetabilidad, las tierras o cualquier otra tontería. La deseaba con una ferocidad que desafiaba cualquier lógica.

Volvió a moverse. Esta vez, sus pasos la llevaron más lejos. Con cada uno, mi corazón se hundía aún más. Le rogué a la Diosa que pusiera fin a este tormento rápidamente. Como en respuesta a mi súplica, oí los suaves pasos de la Perla regresar. Estaba sola. Mi ritmo cardíaco se aceleró cuando se detuvo justo fuera de mi vista. Se detuvo entre el pedestal de Lhor y el mío, estudiándonos a cada uno por turno, como si tratara de decidirse.

Oh, Diosa, ¿podría ser?

Le sostuve deliberadamente la mirada, desnudándole mi alma. Parpadeó sorprendida. Miró el nombre de nuestras líneas de sangre y se puso rígida cuando leyó la mía. Una expresión indefinible cruzó su rostro mientras sus hermosos ojos amarillos me devolvían la mirada.

Por favor, elígeme a mí.

Apartó los ojos de los míos, dirigió una última mirada a Lhor y se acercó a mí con paso decidido.

—Hola —dijo con voz ronca—. Me llamo Amalia. ¿Os gustaría conversar conmigo?

¡Oh Diosa! ¡Esto estaba sucediendo de verdad!

—Sería un honor, *Seha* —respondí, agradeciendo a la Diosa que mi voz saliera tranquila y firme. Hice un gesto hacia el suelo junto a ella—. ¿Puedo? —pregunté, tratando de mantener un tono amable y una actitud poco amenazadora.

Asintió con una sonrisa de alivio y dio un paso atrás para dejarme bajar del pedestal. Bajé de un salto e intenté no acercarme demasiado a ella. No quería intimidarla.

Amalia era aún más hermosa de cerca. Su pelo no era negro, como pensé al principio, sino castaño oscuro con un ligero tinte rojizo. Sus ojos tampoco eran amarillos, sino de un marrón muy pálido con ligeras motas verdes.

—Mi nombre es Khel, hijo primogénito y heredero de Dhak y Vhena de la Casa Praghan —puse la mano derecha sobre el corazón e incliné la cabeza en una leve reverencia, en un saludo formal Xelixiano—. ¿Queréis sentaros? Sería más cómodo para hablar —hice un gesto con la mano hacia el pedestal que había detrás de mí.

—Este… bueno —ella lo miró, pero no se movió.

Con la esperanza de tranquilizarla, me senté primero y le hice un gesto para que se sentara también. Ella tenía que decidir si se sentía físicamente cómoda conmigo. Si fuera por mí, se sentaría en mi regazo. Pero quería que supiera que entre nosotros no pasaría nada que ella no aprobara primero. Eso pareció funcionar, ya que se acercó y se sentó a medio metro de mí. Entonces, para mi sorpresa y deleite, se acercó hasta que nuestros codos se tocaron. Tragó saliva

y volvió sus ojos luminosos hacia mí con una sonrisa.

—Encantada de conocerte, Kel —dijo jugueteando de nuevo con un mechón de pelo.

Evité hacer una mueca de dolor al oír cómo decía mi nombre. Era Khel, no Kel. Por desgracia, a los extranjeros les costaba pronunciar la *h* de los nombres Xelixianos. Khel significaba inquebrantable. Kel, en cambio, se refería a unas bonitas flores arbustivas que crecían junto a la base de los edificios. Mis guerreros y mi personal se desmayarían de la risa. Y Lhor, que Dios se apiade de mí, nunca me dejaría olvidarlo.

—Khel. Se pronuncia Khel —corregí suavemente.

—¡Oh, lo siento! —parecía mortificada—. ¿Khel? —repitió tímidamente.

—Khel, sí. Así está bien —no era ni mucho menos bueno, pero lo suficientemente pasable como para evitarme burlas. Además, no quería arriesgarme a distanciarme de ella empezando nuestra primera conversación con una crítica. Me tomé la libertad de tutearla ya que ella lo había hecho conmigo, de lo contrario, pensé que se ofendería—. Es un sonido difícil de reproducir para los que no son Xelixianos, así que no te preocupes demasiado.

—Me temo que no tengo ni idea de gran parte de tu cultura —dijo, avergonzada—. Estoy aprendiendo todo lo que puedo, pero me llevará un tiempo. Tú y el Asesor Fihn me han llamado *Seha*. ¿Qué significa esa palabra?

—En Universal, *Seha* se traduciría como “señora”. Es la forma educada de dirigirse a una hembra sin mostrar una familiaridad impropia —sonreí ante el evidente esfuerzo que hizo para pronunciar correctamente la *h* de *Seha*—. Sería para mí un gran placer enseñarte todo sobre este mundo. Solo tienes que pedírmelo.

—Muchas gracias por tu ofrecimiento. Pero podrías arrepentirte el día que acepte.

—Nunca podría arrepentirme de que aceptes mi oferta. Todo lo que quieras es tuyo, Amalia. Como te he dicho, solo tienes que pedírmelo —estaba siendo un poco duro, pero el tiempo se acababa y ella necesitaba saber que estaba dispuesto a comprometerme.

Dejó que sus ojos recorrieran como una caricia fugaz mi rostro, fijándose en cada detalle. Yo era razonablemente atractivo si se miraba más allá de la Mancha. Sin embargo, sentí alivio cuando su sonrisa se ensanchó, aparentemente complacida por lo que veía. La tensión pareció desaparecer de los hombros de Amalia y soltó su mechón de pelo.

—Háblame de ti, Khel.

—Veamos. Tengo veintinueve años, pronto cumpliré treinta. Mi hermano pequeño, Vahl, nació Prime. Cuando mi Mancha se manifestó durante la pubertad, me alisté en el ejército como la mayoría de los machos en mi situación. Siempre quise ser un guerrero, así que, en cierto modo, funcionó bien. Vahl era el intelectual experto en negocios, así que eso lo convirtió en el heredero perfecto en mi lugar —tragué saliva, intentando superar el dolor que siempre me producía recordar a mi hermano—. Mi familia posee vastas tierras agrícolas que nos han hecho muy confortables económicamente. Mi carrera militar también ha sido exitosa. Soy General del Ejército Xelixiano desde hace seis años.

—¡Un General! —sus ojos se abrieron de par en par—. Vaya —susurró. Se mordió el labio y bajó la mirada durante unos segundos. Una mirada indefinible volvió a cruzar sus rasgos, casi como una mezcla de esperanza y asombro—. Por favor, continúa.

—Hace unos meses, mis padres y mi hermano murieron en un accidente en un transbordador —me aclaré la garganta para acallar el dolor de su pérdida, que se colaba en mi voz—. Como último macho de mi estirpe, vuelvo a ostentar el título familiar y las tierras. Pero soy un soldado, no un granjero. Por suerte, mi primo ha estado a mi lado. Desde que mi padre tenía un puesto en el Consejo, como su heredero, mi tiempo se divide entre administrar la hacienda de mi familia, mis obligaciones generales y mis deberes en el Consejo —intenté mantener la naturalidad de mi voz. Quería impresionarla, pero no quería parecer un imbécil pomposo y egoísta.

Puso suavemente su mano sobre la mía y le dio un apretón electrizante. Aquel contacto inesperado me encantó. Los Xelixianos no se tocaban en público, pero me daba igual. Ella me tocó por voluntad propia y no le repugné. Amalia ladeó la cabeza y me dedicó una sonrisa comprensiva.

—La familia lo es todo en tiempos difíciles. Como tú, soy la mayor de dos hermanos. Mi madre y mi hermana pequeña murieron. Mi Nana me ayudó a superar la pérdida.

Con cautela, giré la mano para que su palma se apoyara en la mía. Su mirada se desvió hacia nuestras manos, pero no se apartó. Entrelacé los dedos con cuidado, estudiando su rostro para ver si se oponía. Cuando me detuve, se quedó mirando nuestras manos un segundo más antes de doblar sus dedos sobre los míos.

—¿Por qué quieres una compañera? —susurró.

Eso me golpeó en las tripas. Era el momento de ganarla o perderla. Se me pasaron por la cabeza varias hipótesis sobre lo que podría decir, pero su mirada inquebrantable me dijo que no querría prosa florida ni tonterías halagadoras. Por fea o interesada que fuera la razón, querría la verdad. Respiré hondo y me lancé.

—Hay muchas razones por las que quiero una compañera. La más obvia es que una compañera me ayudaría a detener o incluso revertir mi Mancha —señalé mi cuerpo—. En lugar de una esperanza de vida de cuarenta años, podría aspirar a superar los ciento treinta. Otra razón importante tiene que ver con la Ley de Propiedad. Los machos sin descendencia deben renunciar a todas las tierras y títulos una vez alcanzada cierta edad, para la que solo faltan dos meses en mi caso. También soy el último macho de mi casa. Debo aparearme y tener herederos para continuar nuestro linaje. Esas son las razones prácticas.

Puse mi mano izquierda sobre la suya y acaricié suavemente sus nudillos con el pulgar.

—Luego están las razones personales. Quiero a alguien a quien amar y que me ame a cambio; no porque el deber lo diga, sino porque ella lo elige. Quiero una compañera y una amiga con la que pueda ser como me siento por dentro, no el rígido general o consejero que se espera que sea. Quiero besar su vientre redondeado cuando se hinche con mi vástago nonato. Quiero oír las risas de nuestros hijos mientras ella grita indignada por sus travesuras, exigiéndome que los

discipline. Cosa que no haré, por supuesto —enmendé con una sonrisa traviesa—. Quiero el mismo tipo de felicidad que tuvieron mis padres. Quiero amar a mi descendencia con el mismo fervor con el que mis padres nos amaron a nosotros y quiero que experimenten el mismo amor fraternal que yo compartí con Vahl. Todas estas razones, Amalia, prácticas y personales, son por las que quiero una compañera.

De todas las formas en que podría haber reaccionado a mi declaración, poner su mano contra mi mejilla era la menos esperada. Cerré los ojos y me incliné hacia ella. Abrí los ojos lentamente cuando su pulgar rozó mis labios. Cubrí su mano con la mía y la apreté más contra mi cara. Giré la cara para besarle la palma. Ella se puso rígida. Por un momento temí que mi atrevimiento la ofendiera, pero no parecía molesta. Su rostro acalorado y su tímida sonrisa hablaban más bien de inocencia.

Sus facciones se suavizaron y soltó su mano.

—¿Deseas hacerme alguna pregunta?

Todas las preguntas no formuladas bullían en mi interior.

—Esas marcas son increíbles. Al principio pensé que eras Terrana. ¿Podrías hablarme de ti y de tu gente? Creo que nunca me había topado con tu especie.

Abrió la boca para responder, pero dio un grito ahogado, sobresaltada por el brillante tintineo que resonó en la Sala.

—¿Qué ha sido eso?

—Es la campana de aviso de que la Selección concluye en los próximos quince minutos.

Sus ojos se abrieron de par en par. Mirando alrededor de la sala, se dio cuenta de que todas las hembras estaban reunidas alrededor del altar central con sus elegidos. O mejor dicho, las que quedaban, ya que cuatro de ellas se marcharon sin elegir pareja una vez que los Primes se habían comprometido con otras hembras. Se retorció las manos.

—Pero... pero... ¿estamos... estamos fuera de tiempo? —preguntó, alzando la voz.

Intenté tranquilizarla.

—Aún estás a tiempo, Amalia, si deseas hacer una selección.

—¡Quiero! Sí, quiero. Pero... ni siquiera he respondido a ninguna de tus preguntas. No sabes nada de mí —volvió a echar un vistazo a la habitación, agitada.

¿Creía que no la aceptaría por eso? Habría sido entrañable si yo no hubiera entrado también en pánico y luchado por ocultarlo. Necesitaba, más que nada, que dijera esas benditas palabras. Aunque no era nuestro camino, tomé sus dos manos entre las mías y la miré fijamente a los ojos, deseando que se calmara.

—Sé bastantes cosas sobre ti en realidad —dije con convicción—. Sé que no eres materialista ni estás hambrienta de poder, porque una Perla tan hermosa y exótica como tú habría sido la primera en elegir a los Primes. Sin embargo, ni siquiera les dedicaste una mirada. Sé que eres compasiva porque no apartaste la mirada ni te escabulliste con disgusto cuando los machos Manchados desfilaron ante ti. Y cuando me miras, sé que ves a un macho, no a una enfermedad

andante. Sé que compartes algunos de mis sueños por la forma en que se iluminaron tus ojos cuando te conté mis razones personales para querer una compañera. No te conozco del todo, Amalia, pero me encanta lo que sé hasta ahora. Cualquier otra cosa que quieras que sepa, puedes tener toda una vida para enseñármela si lo deseas.

Por un momento, sus ojos se llenaron de lágrimas que rápidamente enjugó. Sus labios temblaron antes de convertirse en una sonrisa temblorosa.

—Lo deseo —dijo temblorosa antes de respirar hondo—. Khel de la Casa Praghan, me uniría a ti si me aceptaras. ¿Lo concientes?

Casi me trago la lengua al oír las palabras que creía que nunca me diría, y menos una belleza así. No me molesté en ocultar en mi voz la emoción que amenazaba con ahogarme.

—Amalia, me uniría a ti y te reclamaría como mi compañera, desde este día hasta el último.



CAPÍTULO 5

AMALIA

Cuando entré por primera vez en la Sala de Unión, no sabía si podría seguir adelante con esto. Ver a Khel y hablar con él lo cambió todo. Sentí una conexión instantánea y me encantó el cuidado con el que convirtió mi gesto de consuelo en un momento íntimo en el que nos cogíamos de la mano. Me sentí segura con él. También me sorprendió que fuera General. Me pareció una señal de la Diosa. Su franqueza cuando le pregunté por qué quería una compañera acabó por convencerme. Me necesitaba para su beneficio personal, igual que yo le necesitaba para el mío. Sin embargo, ambos queríamos algo más profundo: amistad, amor y familia. Mi instinto me decía que podíamos tener eso juntos. Así que lo reclamé, y luego caminé aturdida de vuelta al altar central.

La Ceremonia de Unión fue decepcionante. No esperaba esta formalidad acelerada. Todas las parejas se enfrentaron en semicírculo en el altar central alrededor del Magíster Zhef, que presidía la ceremonia. A continuación, repetimos simultáneamente una serie de frases insípidas sobre el compromiso, el deber y la lealtad. Por último, se acercó a cada pareja y nos hizo repetir la afirmación de la Unión. Envolvió un paño de plata sobre nuestras manos unidas simbolizando la unión de nuestras vidas.

Fin.

Los Xelixianos deberían aprender de los Terranos. Sus bodas eran impresionantes.

Los machos fueron conducidos de vuelta a la antecámara, donde los no elegidos ya habían salido para vestirse. Mientras tanto, el Magíster Zhef se explayó explicando las leyes y los derechos de las hembras casadas. Necesité toda mi fuerza de voluntad para concentrarme en sus palabras, aturdida como estaba por mis nuevas circunstancias.

Lo esencial: una vez apareados, los machos nunca podían repudiar a la hembra, salvo si ésta ponía en peligro su vida al negarse a aparearse con él al menos una vez a la semana. Además, él debía cubrir todas las necesidades básicas, independientemente de que ella obtuviera o no ingresos profesionales por su cuenta. Me sentí un poco mal por los machos. Parecía bastante unilateral, pero a mí me servía.

La hembra estaba obligada a permanecer con el macho durante dos meses de Prueba. Se

esperaba que consumara su unión una vez al día durante la primera semana, y después al menos una vez a la semana. Sin embargo, podía abandonar a su pareja después de la Prueba por cualquier motivo, perdiendo cualquier derecho a su patrimonio. Dicho esto, si la hembra era maltratada, la Prueba podía anularse inmediatamente.

Todo esto sonaba muy bien en teoría, pero la parte de consumar la unión me dio una patada en las tripas. Había ignorado deliberadamente esa parte de la Unión porque no estaba preparada para afrontarla. Sin embargo, la realidad tenía otras ideas y me estaba pasando factura.

Por fin, los machos volvieron con nosotras para el último paso: firmar el Contrato de Unión para el Salón de los Récords. Khel y yo esperábamos nuestro turno cuando noté que uno de los Primes me miraba con insistencia. Su compañera era la hembra Xelixiana Prime. Cuando nuestras miradas se cruzaron, su expresión se tornó lasciva. ¡Ese imbécil! Miré con odio, levanté la barbilla desafiante y me pegué al costado de Khel. Su brazo me rodeó al instante, tirando de mí.

—¿Perdiste algo, Dervhen? —gruñó Khel, clavando una mirada asesina en el imbécil lascivo.

—¿Yo? En absoluto, Praghan —respondió con una sonrisa burlona—. Pero apuesto a que lo harás cuando acabe tu Prueba. Disfrútalo mientras puedas —añadió, lanzándome una última mirada antes de acercarse al altar para responder a las preguntas del secretario.

Su compañera me lanzó una mirada venenosa antes de pavonearse tras él. La ira en el rostro de Khel me asustó e instintivamente apreté una mano tranquilizadora sobre su pecho. Apretó los dientes, pero, para mi alivio, lo dejó pasar. No quería montar una escena. Nos acercamos al secretario después de Dervhen. Me di cuenta de que se quedó cerca de nosotros. Una sensación de inquietud me revolvió el estómago.

—Decid vuestro nombre completo y vuestro linaje —indicó el secretario sin levantar la vista de su escritorio.

—Khel Praghan, hijo primogénito de Dhak Praghan, mi padre Xelixiano, y Vhena Trebahn, mi madre Xelixiana.

—Gracias. Por favor, decid vuestro nombre completo y vuestro linaje —me pidió el secretario.

Por un momento pensé en mentir. Pero no conocía ninguna otra especie con mis marcas. Solo sería cuestión de horas, como mucho de días, que me descubrieran. No quería arriesgarme a que invalidaran mi Unión por un tecnicismo.

—Amalia Valis, primogénita de Sevina Fein, mi madre Verediana, y Eryon Valis, mi padre Korletheano.

El secretario parpadeó y me miró en un silencio incómodo. Noté que Dervhen también miraba con una expresión de asombro que rápidamente se tornó especulativa. Esto no presagiaba nada bueno. El secretario se aclaró la garganta y volvió a centrar mi atención en él.

—¿Habéis dicho Verediana? —preguntó, con voz demasiado educada. Sus ojos se detuvieron

en mis marcas—. Creía que esa especie se había extinguido hace más de dos generaciones.

—Mi compañera dijo Verediana. Habéis oído bien —dijo Khel en tono cortante—. ¿Hay algún problema? ¿Estáis cuestionando su declaración? —apoyó los puños sobre el escritorio del secretario.

Podía imaginarme a Khel con este aspecto durante sus funciones como General. Sus musculosos hombros se alzaban sobre el secretario, que retrocedía asustado. Tartamudeando una disculpa, introdujo rápidamente la información en el formulario para que lo firmáramos. Sentí una punzada de orgullo cuando miré a Khel. Una parte de mí pensó que debería sentirme intimidada, pero en lugar de eso, sentí un agradable calor en la boca del estómago y un extraño cosquilleo en mis partes femeninas. Reprimí mis facciones para no parecer engreída, pero la muestra instintiva de Khel de "no te metas con mi hembra" había tocado algo vulnerable en mí que ansiaba un campeón.

Khel me puso la mano en la espalda para guiarme hacia la salida. Todo el tiempo, los ojos del Prime Dervhen nos seguían. El corazón me dio un vuelco cuando vi que el aspirante Kirnhan estaba de pie en la entrada, visiblemente esperando a alguien. Estaba cubierto con un manto de Mancha, pero con la capucha bajada. Nunca sabría lo cerca que había estado de escogerlo. Al verlo de pie sobre su pedestal, me quedé anonadada por su impresionante belleza y por lo completamente destrozado que parecía. Había algo en él que me llegaba al alma. Tenía esa mirada que había visto tantas veces en las cautivas de El Revenant. Una mirada que dice que estás atrapado, pero que no tienes más remedio que aguantar. Esa en la que suplicas a la Diosa que te dé fuerzas para soportar la crueldad de un amo, la mordedura de su látigo o el abuso de un capataz porque pronto se acabaría, al menos por hoy.

Me entristeció verle solo. No me arrepentí de haber elegido a Khel. Mi conversación con él y su actitud protectora habían reforzado mi convicción de que había tomado la decisión correcta. Sin embargo, al mirar al aspirante Kirnhan, deseé que... No estoy segura de lo que deseaba.

Hice una pausa cuando Fihn me devolvió el abrigo. Mientras le daba las gracias, me sorprendió ver al aspirante Kirnhan acercarse a nosotros con una sonrisa afectuosa. La mano de Khel se apartó de mi espalda mientras marchaba hacia él. Me quedé boquiabierta cuando se estrecharon en un fuerte y feroz abrazo. Otros fruncieron el ceño ante la demostración física. ¿No estaba bien mostrarse afecto en público?

—¡Felicidades, primo! —dijo el aspirante Kirnhan—. Ningún otro macho se merece esta felicidad tanto como tú.

—Gracias, hermano. Gracias por todo —Khel se volvió hacia mí, tendiéndome la mano—. Amalia, te presento a Lhor. Es mi primo de sangre, pero hermano de mi corazón.

—*Seha* Amalia, es un honor —Lhor colocó su mano derecha sobre su corazón e inclinó ligeramente la cabeza—. Larga vida y la bendición de la Diosa sobre vos.

Cogí la mano de Khel.

—El honor es mío, Lhor —agradecí que no me hiciera sentir incómoda por no haberle

elegido yo. Así que Lhor era su nombre de pila. Hermoso nombre para un hermoso macho. ¿Por qué no ponían también los nombres de pila encima de los pedestales? No estábamos eligiendo solo una línea de sangre, estábamos eligiendo un macho. Se me revolvió el estómago cuando nuestras miradas se cruzaron, así que aparté rápidamente la mía. Mi mente se estremeció al darme cuenta de que era pariente de Khel.

Lhor lanzó una mirada inquisitiva a Khel.

—Si los dos están listos, puedo llevarnos volando a casa.

—Sí, vamos. Estoy deseando enseñarte tu nuevo hogar, Amalia.



Lhor pilotó la elegante lanzadera privada que nos llevó a la hacienda de Khel, en el Distrito de Xelhan. Tardamos una hora en llegar a nuestro destino. Lhor volaba despacio y daba rodeos para que Khel pudiera mostrarme distintos puntos de interés. Cuando vi la hacienda, me quedé boquiabierta. Era enorme. Altas vallas de color gris claro rodeaban la inmensa propiedad. La hacienda en sí era una elegante mansión de tres plantas con relucientes paredes blancas y enormes ventanas gris oscuro. Más allá, hasta donde alcanzaba la vista, interminables hileras de frutales rojos susurraban al viento.

Cuando aterrizamos, tres docenas de guerreros vestidos con uniformes oscuros nos recibieron en la pista. Por primera vez, me sentí intimidada y fuera de lugar. En la nave de Gruuk, en las distintas estaciones espaciales que visitamos e incluso en el Distrito Capital, había una gran variedad de alienígenas. Por primera vez, yo era la única diferente. Aquí estaba, emparejada con un extraño, en un planeta extranjero, en una hacienda vallada en medio de quién sabe dónde, y rodeada de un escuadrón de alienígenas de aspecto feroz y piel gris. Sentía la garganta demasiado seca para tragar.

—Ven, mi Amalia —dijo Khel en voz baja, sintiendo mi creciente angustia—. No hay nada que temer. Este es tu nuevo hogar —volviéndose hacia sus guerreros, alzó la voz—. Estos machos son los mejores del ejército Xelixiano y hasta el último de ellos daría su vida por mantenerte a salvo. ¡Guerreros, les presento a mi compañera, Amalia Praghan!

Los guerreros prorrumpieron en un fuerte rugido, sobresaltándome. El grupo de guerreros se separó, abriendo un camino para que Khel me acompañara a través de sus filas hasta la mansión. La puerta se abrió y una pareja de ancianos Xelixianos nos recibió con una reverencia deferente.

Khel señaló a la pareja mayor.

—Amalia, te presento a Jhola, nuestra ama de llaves, y a su compañero Sivh, nuestro jardinero. Jhola, Sivh, por favor, den la bienvenida a mi compañera, Amalia.

—*Seha* Praghan, encantada de conoceros —los ojos verde oscuro de Jhola se empañaron de alegría. Su rostro delgado y enjuto se volvió hacia Khel con una expresión orgullosa y maternal —. Oh, General, es increíblemente encantadora.

Se me encendieron las mejillas al oír el cumplido y me mordí los labios, avergonzada. Khel sonrió ante el elogio y me lanzó una mirada orgullosa y posesiva. La intensidad de su mirada me hizo un nudo en la garganta. Al entrar en la casa, Lhor saludó a la pareja mayor.

—¡Jhola, algo huele de maravilla! Por favor, di que tienes algo para nuestras pobres almas.

—¡Claro que sí! —dijo ella con una sonrisa de suficiencia—. ¡Deben de estar hambrientos después de un día tan ajetreado! *Seha* Praghan, espero que disfrutéis de la comida.

Fruncí el ceño.

—Por favor, llámame Amalia y puedes tutearme. No me gustan mucho las formalidades y estoy segura de que lo que hayas preparado estará delicioso —no me gustaba que me trataran con deferencia. Me hacía sentir demasiado como los amos—. Lhor tiene razón, algo huele bien.

Mi estómago eligió ese momento para gruñir de acuerdo.

Todos nos reímos—yo con un poco de vergüenza.

—Entonces también me puedes tutear cuando hables conmigo, Amalia —dijo Jhola antes de conducirnos al comedor.

Le tomé cariño al instante. La calidez de su acogida, su afecto maternal hacia Khel y Lhor y su carácter juguetón me recordaron a mi Nana. Se me apretó el pecho, deseando que estuviera conmigo al empezar esta nueva vida.

El vestíbulo era una habitación espaciosa, circular e inundada de luz. Al igual que en el apartamento de la costurera, los muebles y la decoración eran escasos, pero refinados. Como era de esperar, todo, desde las paredes hasta el suelo y el mobiliario, era de un tono grisáceo, de muy claro a semioscuro. Tenía que preguntarle a Khel por la obsesión de los Xelixianos por el monocromo.

Un amplio pasillo nos condujo a un gran comedor formal. Una inmensa mesa con capacidad para veinte comensales ocupaba el centro de la estancia. Unas ventanas que llegaban hasta el techo revelaban un impresionante estanque-piscina natural que recorría toda la casa. El agua verde y cristalina caía en cascada por las enormes rocas blanqueadas por el sol y daba un bonito toque de color al césped beige claro. Yo no sabía nadar, pero una mirada a la piscina me convenció de que tenía que aprender.

Este no puede ser mi nuevo hogar, ¿verdad?

Me sentía abrumada. Khel me llevó de la mano a uno de los dos asientos de la cabecera de la mesa. Me sentó a su izquierda mientras Lhor se sentaba a la mía. Vi cómo Jhola y Sivh desaparecían detrás de una pared estampada que se deslizaba para revelar una reluciente cocina. Minutos después, Jhola y Sivh nos ofrecieron una comida deliciosa. Había un enorme plato de carne blanca con una espesa salsa rojiza y las mismas verduras azules que comí ayer, una mezcla de verduras salteadas y un plato de brochetas de rhomak a la parrilla. Por si fuera poco, llegó una gran fuente de sabrosos pasteles hojaldrados y una variedad de guarniciones. Sivh nos sirvió a cada uno un vaso alto de vino azul Xelixiano.

Al ver el festín, supe sin lugar a dudas que Khel había llamado con antelación para avisar a

Jhola de mi llegada. Aquel vuelo lento y la visita guiada también habían sido una excusa para darle tiempo a preparar esto. Volví a mirar a Khel, profundamente conmovida por su consideración. Que un macho mostrara tanta amabilidad era algo que nunca había experimentado. Me decepcionó que la pareja de ancianos no nos acompañara en la comida, pero ya lo preguntaría en otra ocasión.

La comida estaba divina. Me sentí bastante aliviada de que los platos Xelixianos fueran tan agradables a la vista como deliciosos al paladar. La cocina Aveana parecía papilla regurgitada y la mitad de las veces también olía y sabía así. Del vino azul, sin embargo, me reservaría el juicio para más adelante. Nunca había bebido alcohol, así que no estaba segura de cómo me sentaría su acidez. No era desagradable, pero tampoco me hizo saltar de alegría. Sin embargo, el mareo que me sobrevino de la nada me hizo pensar que debía ir con cuidado con la traicionera bebida.

Khel y Lhor demostraron ser unos conversadores muy entretenidos, hablándome de la hacienda y de los negocios familiares, entretejiendo varias anécdotas en las que se burlaban cariñosamente el uno del otro o revelaban secretos embarazosos. La comida terminó y Lhor se excusó, dejándome a solas con la penetrante mirada de mi compañero.



CAPÍTULO 6

AMALIA

Mi mente me decía que la mirada de Khel debería incomodarme, pero en lugar de eso, hizo que un calor difuso se extendiera agradablemente por mi región inferior. Su cara era alargada, con pómulos prominentes y una mandíbula fuerte. Las crestas en forma de chevrón que escalonaban su frente eran más pronunciadas que las de Lhor y desaparecían bajo el corto cabello negro. No dejaba de preguntarme qué sentirían mis dedos bajo las crestas. El blanco de sus ojos apenas era visible, engullido por sus iris púrpura oscuro, casi negro. Sus sensuales labios eran carnosos y dejaban ver unos dientes blancos y rectos cuando sonreía. Los machos Xelixianos tenían colmillos retráctiles, pero yo aún no había visto los suyos.

Me recogí el pelo detrás de la oreja, nerviosa, antes de cruzar las manos sobre la mesa. La ley establecía que debía aparearme con él hoy y todos los días de la semana siguiente. Podía exigírmelo ahora mismo y esperar que accediera. La idea no me repugnaba porque, gracias a Dios, era atractivo. Pero no estaba preparada.

A pesar de ser virgen, no era frígida ni ingenua. A lo largo de los años, había presenciado a regañadientes demasiados matrimonios forzados como para no entender la mecánica. El sexo entre parejas que dan su consentimiento puede ser algo placentero y hermoso; había visto muy pocos casos de ese tipo y mi cuerpo anhelaba experimentarlo también. El hecho de que siempre hubiera sido entre hembras cautivas que buscaban un poco de consuelo no ayudaba. Pero me resultaba difícil bloquear los innumerables recuerdos de hembras aterrorizadas y luchando mientras la tripulación las violaba.

Como si percibiera mi creciente tensión, Khel relajó su postura. Miró por las ventanas hacia el estanque y el cielo verde Xelixiano, de un tono más claro que el verde del estanque. Era la última hora de la tarde, pero el sol estaba en lo alto. Pasarían un par de horas más antes de que la luz se desvaneciera. Volvió a mirarme y se levantó, ofreciéndome una mano para ayudarme a levantarme.

—Permíteme que te enseñe tu nuevo hogar, Amalia. Espero que la encuentres adecuado. Aquí eres la nueva señora. Cualquier cambio que desees, solo tienes que pedirlo.

Me levanté rápidamente, aliviada por el indulto temporal. Eché una mirada culpable a los

platos vacíos de la mesa, pero él me arrastró. La casa parecía aún más espaciosa por dentro. Khel me guió por cinco habitaciones principales que, según me explicó, estaban reservadas para ocasiones formales y para recibir invitados. El comedor donde comimos era una de ellas. Normalmente comían en un comedor más íntimo adyacente a la cocina. Una gran sala de estar daba a la parte delantera de la casa. Junto a ella, había un amplio salón de baile y un imponente despacho para actos más oficiales. En la parte trasera, había cinco habitaciones de invitados con acceso aterrazado al patio trasero y la piscina. Y frente a ellas, una impresionante sala de entrenamiento de alta tecnología.

Toda la planta baja era de los habituales tonos blancos y grises, así que me quedé perpleja cuando la familiar segunda planta estalló en marrones oscuros, rojos profundos y azules vibrantes. Las paredes y el suelo, aún en tonos monocromáticos, estaban cubiertos de coloridas alfombras y piezas artísticas. Me quedé mirando las acogedoras habitaciones. Khel me llevó orgulloso de una habitación a otra, complacido por mi reacción.

Me enseñó su despacho, situado a la derecha de la sala de estar familiar. Esperaba algo más bien austero para su trabajo de general, pero los retratos familiares y los recuerdos eclécticos le daban calidez y carácter. Khel me explicó que allí pasaba la mayor parte del tiempo. El despacho de Lhor estaba al otro lado del pasillo. En el lado opuesto de la sala de estar, había una preciosa suite de tres habitaciones con la que podía hacer lo que quisiera.

—Estas habitaciones son maravillosas, pero ¿por qué la mayor parte de Xelix Prime es tan incolora? —pregunté, sin poder contener mi curiosidad.

—Es por la Mancha. Como probablemente sepas, la Mancha fue causada por una reacción tóxica entre semillas ryspak bioingenierizadas y el uso descuidado de pesticidas y fertilizantes sintéticos. El viento, la lluvia y las aguas subterráneas propagaron las toxinas a nuestra flora, fauna e incluso minerales. Algunas plantas y animales eran inmunes por naturaleza y no lo absorbieron. Ellos se han convertido en nuestra principal fuente de alimento. La mayoría de nuestros tintes estaban hechos de plantas, raíces y bayas. Algunos tintes sintéticos se hacían con minerales, todos los cuales contenían cantidades excesivas de toxinas que no podíamos eliminar. Como la cepa original de la Mancha podía transmitirse incluso a través de productos artesanales, se prohibieron los tintes de cualquier tipo.

Khel me llevó de la mano al tercer piso.

—Se destruyeron todos los muebles, la ropa, la decoración e incluso casas enteras fabricadas durante aquella época. Esta tierra ha pertenecido a mi familia durante doce generaciones. Hace cuatro generaciones fue arrasada por la ley, a pesar de que mi familia nunca utilizó bioingeniería ryspak ni pesticidas tóxicos. Nuestra tierra es una de las pocas que siguen limpias. Todo se reconstruyó con materiales seguros y sin tintes. Con los años, la gente olvidó que no elegimos este mundo monocromático. Mientras un gran número de huertos de ryspak se asientan en tierras en recuperación, la mayor parte de la flora y la fauna se ha curado. Podríamos volver a teñir las cosas y fabricar muebles con materiales orgánicos. Pero nos hemos convencido de que la falta de

color de nuestro mundo es un símbolo de nuestras aspiraciones de pureza, encarnadas por los Primes, intentadas por los Norms y fracasadas por los Manchados.

Asentí en silencio, comprendiendo. La tristeza y la rabia se enfrentaron en mi interior al pensar en cómo las vidas de toda una especie habían descarrilado dramáticamente por la codicia de unos pocos. A todos estos machos se les negó un futuro, una familia o incluso un mínimo de respeto. Recorrer la fila de la Sala de Unión había sido una tortura. Cada vez que miraba a uno de los Manchados, veía la misma esperanza desesperada, hambre y dolor.

Un rápido vistazo por la ventana me dijo que el recorrido había durado mucho más de lo que pensaba. El sol se estaba poniendo. Khel había contado varias anécdotas humorísticas sobre cada habitación, muchas de ellas sobre sus travesuras con Lhor y Vahl en sus años juveniles. Aunque se esforzaba por ocultarlo, el dolor de Khel por la pérdida de su hermano se reflejaba a veces en su voz o en su rostro. Yo quería abrazarlo, pero me sentía demasiado intimidada, sin saber cómo respondería a ese contacto. Vahl parecía un joven maravilloso.

Ahora estábamos en el dormitorio de la familia. Había seis dormitorios, cuatro de ellos vacíos. El del extremo derecho pertenecía a Lhor. Hasta esta mañana, el dormitorio central pertenecía a Khel. Tras la Unión, Jhola trasladó sus objetos personales al dormitorio principal, que ocupaba una cuarta parte del ala oeste. Una cama gigantesca estaba situada junto a la pared. Un imponente conjunto de puertas dobles daba a un balcón con vistas a la piscina. Las puertas se interponían entre la cama y una cómoda zona de estar. Había una elegante mesa de desayuno junto a unos ventanales que daban al jardín.

Oí cerrarse la puerta del dormitorio. Los suaves pasos de Khel se detuvieron justo detrás de mí, lo bastante cerca como para sentir su calor en mi espalda, aunque no me tocó. Tragué saliva, respiré hondo y me volví lentamente hacia él.

—Bueno, pues aquí estamos —susurré con voz temblorosa.

—Aquí estamos —repitió él, con voz suave y cascajosa—. Jhola nos ha preparado unos refrigerios por si tienes hambre —señaló una pequeña mesa cargada con una botella de vino Xelixiano, frutas, quesos y panes crujientes.

Abrumada, no había notado su presencia cuando miré la mesa por primera vez. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Gracias, pero no tengo hambre.

Tomé otra bocanada de aire y exhalé lentamente. Desviando la mirada, empecé a despojarme de la ropa. Al oírle jadear, me detuve y le miré a la cara, insegura. Tragué saliva, confundida por su ceño fruncido.

—¿Qué haces, *Falihna*?

—Yo... Nosotros... La ley dice que tenemos que....

—A la mierda la ley —interrumpió bruscamente, con el ceño cada vez más fruncido.

Sobresaltada por la fuerte reacción, me subí el hombro del vestido y me rodeé el torso con los brazos. Confundida, me estremecí con el aguijón del rechazo.

¿No me quería? ¿Tan mal lo había interpretado?

Cerró los ojos y suspiró con fuerza. Al abrirlos, me soltó los brazos y me cogió las manos con ternura.

—*Falihna* —articuló con cuidado, como si hablara a un animal asustado—, siento si te he asustado. No estoy enfadado contigo. Pero la ley no tiene cabida en esta habitación ni en nuestro vínculo. Eres mi compañera porque me elegiste y yo acepté. Nadie, ni el Magíster, ni la ley, ni el Consejo puede dictar lo que pasa o no pasa entre nosotros.

Llevó una de mis manos a su labio y la besó suavemente antes de soltarme.

—No dudes ni por un momento de que te deseo, *Falihna* —dijo con voz ronca—. Te deseo muchísimo. Pero tu felicidad es más importante para mí que cualquier otra cosa. Olvídate de la ley. Tú y yo creamos nuestras propias reglas. Nunca pasará nada entre nosotros que tú no quieras o no hayas aceptado libremente. Solo tienes que decir que no, y lo que sea se detendrá, al instante. Siempre estarás a salvo conmigo. Te lo juro.

—¿Qué significa *Falina*? —pregunté, luchando contra el impulso de abrazarle en agradecimiento por su comprensión.

Se rio suavemente. Sabía que era porque había vuelto a meter la pata con la *h*. Esa maldita letra sería mi perdición. Era imposible pronunciarla. En los nombres de Jhola y Lhor era pan comido. Antes de una O, la *h* se pronunciaba como una E, así que era Jeola y Leor. Súper fácil. Pero no el nombre de mi compañero. No. Él tenía que tener la pronunciación rara que yo destrozaría en los años venideros. Ahora mismo, sin embargo, solo esperaba que mi mala pronunciación no hubiera convertido el término cariñoso en una horrible palabrota.

—*Falihna* —dijo con un ligero énfasis en la *h*—, significa tesoro o preciosa.

—Oh... —se me calentó la cara—. Eso es muy dulce.

No sabía qué hacer conmigo misma. Me sentía como una mierda por negarle lo que le correspondía. Me estaba dando todo: seguridad, comida, refugio, más riqueza de la que jamás podría soñar. Y aquí estaba yo, negándole lo único que podía pedir a cambio, que además le salvaría la vida.

Como si percibiera mi confusión interna, sonrió y dijo,

—Deja de preocuparte, mi compañera. Todo va bien. Debes de estar cansada después de este día de locos. Te prepararé un baño caliente. Te ayudará a relajarte.

Se dirigió hacia las primeras puertas que daban a la sala para refrescarse. Le seguí, apoyándome en la puerta mientras le observaba. En la pared había un largo tocador con un lavabo y una cascada activada por movimiento. Encima, un enorme espejo reflejaba a Khel cuando entraba en la habitación. En el suelo había una impresionante bañera, lo bastante grande para alojar a cuatro machos Xelixianos adultos. Frente a ella, un conjunto de controles táctiles descansaba contra la pared que rodeaba la zona de la ducha.

Khel tocó los controles junto a la bañera y el agua se vertió en ella. Al mismo tiempo, un azulejo de la pared se abrió, mostrando una estantería empotrada con productos de baño. Cogió

un par de perlas del estante y las dejó caer en el agua. Segundos después, una increíble fragancia floral llenó la habitación. Cogió una toalla grande y mullida del armario de la ropa blanca y la colocó sobre la encimera.

Señaló los mandos.

—Pulsa aquí para ajustar la temperatura y allí para detener el agua al nivel que desees —se dirigió a la puerta y dijo—: Vuelvo enseguida —unos segundos después, regresó con un camisón brillante que colocó encima de la toalla—. Ya está, debería estar todo listo. Tómate todo el tiempo que necesites.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Gracias, Khel.

—Es un placer satisfacerte, mi compañera —Khel sonrió y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Me entraron ganas de cerrar la puerta, pero me parecía una falta de respeto, dada su comprensión. Con la ropa tirada en la cesta, me sumergí en el agua caliente. No pude evitar que se me escapara un gemido de placer. Me encantaba sentir el agua caliente y sedosa sobre mi piel. Después de cerrar el grifo, me quedé demasiado tiempo en la bañera. Una vez que el agua se enfrió y mis dedos se arrugaron hasta quedar irreconocibles, dejé de perder el tiempo y salí. El camisón era increíble. No sabía qué tela era, pero también me hizo gemir por su suavidad. No llevaba ropa interior. Me sonrojé.

Me armé de valor, abrí la puerta y me asomé al dormitorio por la estrecha rendija. Los ojos de Khel se clavaron en mí y volví a sonrojarme por haber sido descubierta. Empujé la puerta y entré en la habitación, revolviéndome un mechón de pelo. Estaba sentado en la cama, trabajando en un datapad. Llevaba una camiseta oscura, el resto de su cuerpo estaba oculto bajo las sábanas. Supuse que se había duchado y cambiado en su antiguo dormitorio, ya que yo había acaparado la sala para refrescarse durante tanto tiempo.

—¿Te ha gustado el baño? —preguntó con una sonrisa cómplice.

Asentí, sintiéndome cohibida. Las sábanas del otro lado de la cama, el mío, estaban bajadas. Debería meterme, pero no conseguía mover los pies.

—La bata te sienta de maravilla, Amalia —Khel dejó el datapad sobre la mesilla.

Se levantó de la cama y caminó hacia mí. Para mi alivio, llevaba pantalones cortos. Debería agradecerle el cumplido, pero tenía la lengua trabada.

—Ven —me llevó de la mano a la cama.

El corazón me dio un vuelco cuando me obligó a tumbarme. Esperaba que intentara tocarme o forzarme. En lugar de eso, me tapó con las sábanas y me arropó. Me quedé mirándole con los ojos muy abiertos cuando me apartó el pelo y se inclinó hacia delante. Pensé que iba a besarme, pero se detuvo a una distancia no amenazadora y me miró con seriedad.

—Recuerda lo que te dije; nunca pasará nada entre nosotros que tú no quieras o no hayas aceptado libremente. Duerme, mi compañera. Siempre estarás a salvo conmigo.

Sin esperar mi respuesta, se enderezó y fue a su lado de la cama. Se metió bajo las sábanas,

se tumbó boca arriba y dijo,

—Luces apagadas.

Me volví hacia él en la oscuridad. Como todas las Veredianas, tenía una visión nocturna perfecta. Contemplando su noble perfil, volví a encontrar mi voz.

—Dulces sueños, Khel.

Él sonrió.

—Dulces sueños, Amalia.

Khel cerró los ojos, y yo sonreí también antes de cerrar los míos.

Tenías razón, Nana. Gracias a la Diosa, he encontrado a mi protector.



CAPÍTULO 7

KHEL

Me desperté primero y pasé un tiempo insano mirando a Amalia, tan tranquila mientras dormía. Parecía tan inocente y vulnerable que todos mis instintos protectores se dispararon. Su belleza me dejaba sin aliento; aún no podía creer que me hubiera elegido a mí. Como no quería que me considerara un cretino si me descubría, me obligué a salir de la cama y a usar la sala para refrescarse. Se sentiría menos intimidada si me encontraba ya vestido cuando se despertara. Aunque entendía su nerviosismo, no me gustaba que se sintiera nerviosa a mi alrededor como la noche anterior. Cuando salí, Amalia estaba levantada y arreglando la cama.

—Buenos días, mi compañera.

—Buenos días, Khel —se recogió el pelo detrás de la oreja con una sonrisa tímida.

Señalé la cama.

—No tienes que hacer eso, ¿sabes?

Se encogió de hombros.

—No me importa.

—Toma, esto es para ti —le di un vestido Xelixiano que Jhola le había proporcionado. Amalia lo cogió agradecida antes de dirigirse a la sala para refrescarse. Para mi decepción, no hizo ningún comentario sobre el hecho de no tener pertenencias personales.

Desde que salimos ayer de la Sala de Unión, no dejaba de mirar por encima del hombro, y solo se relajó una vez que estuvimos a salvo en el vuelo. Esperaba que Amalia se abriera por su propia voluntad y me contara qué secreto la atormentaba, pero no lo hizo. Teníamos que hablar. Mis instintos me decían que corría algún tipo de peligro. No tenía nada, ni siquiera una bolsa de viaje. Además, era la primera vez que veíamos a una especie que se daba por extinguida desde hacía más de cincuenta años. ¿De dónde venía?

No creía que fuera una criminal, pero creía que alguien podría estar cazándola. Nadie le haría daño a mi compañera. Tenía que saber que no había razón para ocultarme nada. Estaría a su lado pasara lo que pasara y la mantendría a salvo de todo y de todos. Era mi deber como su compañero.

Jhola nos preparó el desayuno y lo puso fuera, en la mesa junto a la piscina. Amalia y yo

disfrutamos la comida, manteniendo una conversación ligera. Con el estómago lleno, aparté el plato y me recosté en la silla con un suspiro de satisfacción. Esperé a que terminara de comer para abordar el tema que me quemaba la lengua.

—Tengo que asistir a unas reuniones. En mi ausencia, Jhola te llevará al Distrito Capital a comprar ropa y todo lo que necesites. Ella tiene un chip de crédito con todos los fondos que puedas necesitar. Estarás bien hasta que te abra una cuenta —como sospechaba, se puso tensa ante la mención de volver al Distrito Capital.

Frunció el ceño.

—Es muy generoso por tu parte, pero ¿no sería un inconveniente para Jhola? Seguro que tiene muchas otras tareas que hacer.

—Aún no he conocido a ninguna hembra que prefiera las tareas domésticas que ir de compras —dije rotundamente.

—Pero también podría comprar por Internet —dijo, esperanzada.

Asentí con la cabeza.

—Sí, puedes. O podrías decirme por qué tienes miedo de que te vean en el Distrito Capital, quién te persigue y en qué lío te has metido.

Pareció encogerse contra la silla. Agarró un mechón de su sedoso cabello y empezó a torturarlo con ambas manos mientras se mordía los labios. Me invadió una sensación de déjà vu que casi me ablandó. Pero no nos haría ningún favor a ninguno de los dos retrasando la conversación.

—S… Sí... Su… supongo que debería, ¿eh? —su voz temblaba.

—Eres mi compañera, Amalia —dije con suavidad—. Para que esto funcione, no puede haber secretos entre nosotros. Si estás en peligro, no puedo protegerte cuando no sé cuál es.

—Pero, ¿y si...? ¿Y si piensas mal de mí? —susurró, con los hombros caídos.

Desenredé sus dedos de su pelo y tomé sus manos entre las mías.

—Nunca podría pensar menos de ti, *Falihna*. En las últimas veinticuatro horas, me has dado más bienestar emocional y psicológico que nadie en los últimos veinte años. No hay nada que no haría por ti. Según nuestras leyes, soy tuyo hasta el día de mi muerte. Es mi deber protegerte, mantenerte y velar por tu felicidad. Lo que haya pasado en tu pasado, lo que hayas hecho o te hayan obligado a hacer pertenece al pasado. Nuestras vidas empiezan aquí y ahora. Pero si tu pasado amenaza el futuro que estamos construyendo, debo saberlo para poder arreglarlo. Necesito que confíes en que siempre estaré a tu lado.

Con una respiración entrecortada, asintió. Entrelacé mis dedos con los suyos y esperé a que empezara.

—Veredia empezó a morir hace más de un siglo tras una violenta tormenta solar y su lluvia radioactiva. Fue fatal para nuestros machos. Murieron por millones. Los que sobrevivieron eran estériles o tenían semillas dañadas. Hubo muchos partos de niños muertos después. Todos los machos recién nacidos murieron y solo el diez por ciento de las hembras recién nacidas

sobrevivieron. Noventa años después del desastre, murió el último macho. Las hembras Veredianas eran consideradas hermosas en el Cuadrante Oeste. Que todas poseamos una habilidad psíquica nos hacía aún más atractivas.

Espera, ¿qué? ¿Habilidad psíquica?

Me miró fijamente, esperando mi reacción. Asentí, animándola a continuar, manteniendo una expresión neutra.

—Con nuestro ejército diezmado y nuestros machos desaparecidos, estábamos a merced de los forasteros. Esclavistas y comerciantes de carne invadieron Veredia. Mi pueblo se defendió, pero fue invadido.

Había oído hablar del desastre natural que aniquiló Veredia. Pero nos habían dicho que tanto machos como hembras eran estériles debido a la radiación, por lo tanto la muerte de su raza. Era la primera vez que oía hablar de esclavistas.

—Hace sesenta y un años, durante la guerra que destruyó Veredia, mi Nana Maheva fue capturada junto con docenas de otras Veredianas por un joven esclavista Guldano llamado Gruuk. Ella tenía seis años. Dependiendo de sus habilidades, las hembras eran vendidas a compradores privados o enviadas a una de las fortalezas de Gruuk para su uso personal, o para la cría. Mi Nana fue una rara excepción. Ella es una poderosa sanadora. Con un toque, ella puede sanar cualquier contusión, heridas abiertas y huesos rotos. Es muy útil en la línea de trabajo de Gruuk. Así que la mantuvo a bordo de su nave, El Revenant.

Sabía adónde iba esto y me obligué a enterrar la rabia que se agitaba en mi interior. Gran parte de mi carrera militar la había dedicado a combatir a los esclavistas y comerciantes de carne que amenazaban a nuestros aliados más débiles. Pensar que mi compañera había vivido semejante horror...

—A través de su programa de cría, Gruuk descubrió que apareándonos con Korletheanos obtenía las habilidades más poderosas en sus híbridos. Con estos apareamientos forzados, mi Nana tuvo cuatro hijas. Mi madre fue la primera. Una vez que cumplió veintidós años, Mamá fue apareada con otro Korletheano, dándome a luz a mí. Antes de escapar ayer, descubrí que Gruuk había capturado un Korletheano para mí.

Necesité todo mi control para no rugir de rabia. La lástima por su familia, la repugnancia por la crueldad de Gruuk y la ira luchaban dentro de mí. Encontraría a ese Gruuk y lo desgarraría miembro a miembro. Pero tuve que refrenar mis emociones por su bien. Su agarre se había tensado. Pasé mis pulgares suavemente por los suyos y ella relajó la tensión de sus dedos, que seguían entrelazados con los míos.

—Nací y crecí en El Revenant. Como mi Nana, soy útil para Gruuk. Soy una hacker. Con un toque, puedo usar y controlar cualquier tecnología accesible vía uplink o software. Me utilizaba en misiones de cibersabotaje e infiltración para adquirir datos sensibles, objetos valiosos o cubrir su rastro cuando secuestraba hembras para esclavizarlas.

De todos los escenarios que había imaginado, este no era uno de ellos. ¿Cómo se atrevía a

utilizar así a una hembra tan dulce, o a cualquier hembra? En cuanto le pusiera las manos encima —y lo haría—le haría daño de formas indescriptibles. Ella me miró con recelo, sin duda temiendo encontrar condena en mis ojos.

—Fuiste explotada por un monstruo, *Falihna*. Te obligó a hacer cosas que nunca habrías hecho de otro modo. No te culpes por los crímenes de otro.

—¡Pero cientos de hembras fueron esclavizadas por mi culpa! —su voz estaba llena de vergüenza y dolor—. Sin mí, serían libres y disfrutarían de vidas normales.

Apreté suavemente sus manos.

—Sin ti, seguirían capturadas. Esa alimaña habría encontrado otra forma de conseguir su objetivo, como hizo antes que tú. No te culpes, Amalia. Yo desde luego que no lo hago.

Sus labios temblaron al mirarme. Se lanzó inesperadamente sobre mí, enterrando su cara en mi cuello. La rodeé con los brazos y afloraron todos mis instintos protectores.

—Escapé una vez cuando tenía quince años, pero me volvieron a capturar —dijo Amalia con voz temblorosa—. Gruuk nunca me hizo daño físico. Como castigo, me obligó a ver cómo su tripulación torturaba y violaba a las demás cautivas. Luego Nana tuvo que sanarlas. Prometió que si volvía a huir, torturaría a las cautivas desde el momento en que se percataran de mi desaparición. Y una vez que me recapturaran, seguiría torturándolas el doble del tiempo que yo hubiera desaparecido.

Que un macho pudiera ser tan monstruoso desafiaba toda lógica. Controlar mi respiración era lo único que impedía que mi fachada de calma se resquebrajara. Le acaricié el pelo, con la esperanza de tranquilizarla. Ella se acurrucó más en mí. Se me partió el corazón.

—El martes entregamos a las tres últimas cautivas aquí, en Xelix Prime. Era la primera vez en siete años que no quedaba ninguna cautiva para que Gruuk la usara contra mí. Se suponía que mi Nana y yo escaparíamos juntas, pero Gruuk necesitó su ayuda en el último minuto. Me vi obligada a irme sin ella. Con la Unión, esperaba encontrar un guerrero que me necesitara, que me protegiera. Tal vez incluso me ayudaría a liberar a mi Nana y a las otras hembras. Escapé cuando estaban descargando, y aquí estamos.

Acunando su rostro bronceado entre mis manos, le sostuve la mirada.

—Sí, aquí estamos. No solo has encontrado a un guerrero, has encontrado al oficial de más alto rango del ejército Xelixiano. No solo te protegeré, aniquilaré a cualquiera que se atreva a amenazarte. Encontraremos y liberaremos a tu Nana, a tus tías, y a cualquier otra esclava y hembra Verediana que podamos. En cuanto a ese pedazo de mierda de Gruuk, recorreré la galaxia para encontrarlo. Destruiré cada una de sus fortalezas y luego lo mataré con mis propias manos. Te lo juro, Amalia.

Me cogió la cara con manos suaves y temblorosas.

—Me alegro de haberte elegido —dijo, con los labios temblorosos en torno a una sonrisa acuosa.

—Y agradezco a la Diosa que me hayas elegido, *Falihna*. Tu tiempo de dolor ha terminado.



CAPÍTULO 8

LHOR

Era de madrugada cuando Khel irrumpió en mi despacho, furioso. Me ladró que teníamos que hablar ahora mismo y salió furioso, dejando la puerta abierta de par en par para que le siguiera. Atónito, al principio pensé que había recibido otro mensaje de Zhul Dervhen con la absurda exigencia de que Khel renunciara a la propiedad por "un precio justo", pero Zhul sabría que Khel ya estaba apareado, ya que su primo Whil había participado ayer en la Unión.

Entonces me di cuenta: Amalia. ¿Se habían torcido ya las cosas? Sin embargo, había una química evidente entre ellos. Me apresuré a seguirlo y traté de bloquear el recuerdo de ella de pie, nerviosa, ante nosotros en la Sala de Unión. Había estado a punto de elegirme. En el último momento, algo inclinó la balanza a favor de Khel. Me destrozó. No recordaba la última vez que una hembra no emparentada me miró como a un macho y no como a un monstruo. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí un reconocimiento instantáneo, como si me estuviera viendo de verdad.

Me avergoncé de mis pensamientos codiciosos hacia Amalia. Había soñado con este día para Khel desde el momento en que apareció su Mancha. Era el mejor resultado posible. Pero aún así, me dolía.

Khel no lo sabía, pero del mismo modo que él podía sentir mi presencia dentro de un cierto rango, yo podía sentir sus emociones si estaba cerca, lo que a su vez potenciaba las mías. Durante la Selección, cuando Amalia se había apartado de él para mirarme, había sentido su desolación, sus celos y la vergüenza de que se sintiera así. Si supiera que mis emociones habían reflejado las suyas cuando ella se apartó de mí y se volvió hacia él.

Podía influir en las emociones de Khel, tanto involuntaria como deliberadamente. En nuestra juventud, a menudo me habían acosado por ser escuálido y enclenque. La ira de Khel, cuando salía en mi defensa, era formidable. Yo le calmaba para evitar que hiciera algún daño irreversible. Khel se habría metido en serios problemas, y yo no podía permitirlo.

Mis pasos vacilaron cuando me di cuenta de que nos dirigíamos al Cuartel General temporal de Khel. ¿De qué, en nombre de Gharah, teníamos que hablar que implicara a la Primera División? Tras la muerte de sus padres hace cuatro meses, Khel construyó barracones, campos de

entrenamiento y una sala de situación en la propiedad para poder continuar con sus deberes militares sin dejar de atender sus obligaciones familiares. Desde entonces, las instalaciones temporales habían empezado a convertirse en un complejo más bien permanente.

Aunque yo era un luchador experto, nunca me había alistado en el ejército; no me atraía. Las leyes y los negocios eran mi pasión, así que dirigía los huertos de ryspak y la hacienda para Khel. Nunca vine aquí. ¿Qué estaba pasando?

Lo alcancé cuando llegó a la entrada principal del complejo. Su Escuadrón de Élite observaba nuestra aproximación mientras se ocupaban de sus asuntos. Tenían tanta curiosidad como yo, pero ninguno cuestionó a Khel. Confiaban plenamente en él. Ordenó a uno de sus guerreros que dijera a Ghan, su primer oficial, que se reuniera con nosotros en la Sala de Situación. Khel entró en la sala y cerró la puerta tras de mí. Se dirigió a los grandes ventanales tintados que daban a los campos de entrenamiento donde entrenaba su escuadrón. No lo había visto tan agitado desde la muerte de sus padres.

—¿Va todo bien, Khel? —le pregunté con cautela.

—¡No!

—¿Le pasa algo a Amalia?

—¡Sí! Quiero decir, no —Khel se frotó las manos por la cara.

—Estoy... confundido.

—Claro que lo estás. Lo siento —suspiró—. Todo está bien entre Amalia y yo. Pero no todo está bien con Amalia. Te lo contaré todo cuando llegue Ghan. Quiero sangre, hermano. Mucha. Y necesitaré ayuda de los dos para conseguirlo.

Me alivió escuchar que las cosas estaban bien entre ellos.

Mentiroso.

Khel merecía tener por fin un poco de felicidad.

¿Y yo no?

Khel era el primogénito de Dhak Praghan. El verdadero heredero del huerto y la hacienda de la familia.

Que a él no le importaba una mierda, pero a mí sí.

Eso era mentira. A Khel sí le importaba el huerto, pero no para administrar un negocio. Mis celos eran mezquinos. Eché un vistazo a la Sala de Situación. La última vez que vine, aún estaba en obras. Ahora, una enorme mesa de conferencias ocupaba el centro de la sala rectangular, con capacidad para veinte personas. Grandes pantallas de video cubrían las paredes, excepto en los lugares en los que las ventanas tintadas daban al campo de entrenamiento. Una elegante consola con varios controles parpadeantes y una interfaz holográfica descansaba contra una pared lateral.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta, seguido de la entrada de Ghan. Era una bestia; alto, ancho, grueso y todo músculos. Ghan era temible y no solo por su Mancha. Una viciosa cicatriz le recorría desde la mitad de la frente, pasando por el puente de la nariz, hasta el lateral de la mandíbula, haciendo aún más duro su ya duro rostro. Fue un milagro que no perdiera un ojo, o la

vida, cuando esquivó a duras penas la hoja que pretendía decapitarlo. Se convirtió en una leyenda entre sus compañeros cuando desarmó y mató a su presunto asesino antes de masacrar a otra docena de enemigos como si no tuviera la cara abierta y regara sangre por todas partes.

Cabría esperar que aquel monstruo anduviera a grandes zancadas, pero su andar era grácil, mesurado y letal. Podía acercarse sigilosamente a un objetivo sin que éste se percatara de su presencia hasta el momento en que su espada le cortaba la garganta.

Ghan me saludó con una inclinación de cabeza y se encaró con Khel.

—¿General?

—Descansa, Ghan —Khel hizo un gesto desdeñoso—. Sin títulos. Ahora mismo, necesito a mi amigo, no a mi Primer Oficial. Aunque puedo usar las habilidades de ambos.

—Muy bien. ¿Qué está pasando?

—Siéntense —dijo Khel.

Ghan y yo intercambiamos una mirada, y luego obedecimos. Khel procedió a relatar la historia que Amalia había compartido con él durante el desayuno. Ahora comprendía su furia. Ghan permanecía impasible, y el temblor cerca de su sien era el único indicio de la rabia latente bajo su fría fachada. Los machos Xelixianos eran protectores con las hembras. Nos lo inculcaron desde la infancia. Por supuesto, sabíamos que existían los criminales y la esclavitud, pero que la propia compañera de Khel fuera una víctima lo llevaba a otro nivel. Y para colmo, una casa de esclavos prosperaba en nuestro propio distrito, sin que nosotros lo supiéramos.

—Necesito toda la información posible sobre Gruuk y su nave —dijo Khel—. Si sigue atracada, lo cual es dudoso, cuándo partió, su destino, cuánto tiempo lleva haciendo negocios en Xelix Prime y quiénes son sus contactos comerciales, tanto aquí como fuera del planeta.

—Ya se ha corrido la voz de tu apareamiento, Khel —advertí—. Gruuk debe saber que Amalia está bajo la protección del General Xelixiano, a quien no puede comprar. Se esconderá hasta que se calme la situación. También debes tener cuidado con sobrepasar tu jurisdicción o ser percibido como que utilizas a los militares para tu venganza personal.

—¡*Es* mi puta jurisdicción! —Khel golpeó la mesa con el puño. Se levantó y se paseó por la habitación—. Cayó bajo mi jurisdicción en el momento en que se introdujeron esclavas de contrabando en Xelix Prime. Una puta casa de sangre en mi patio trasero, delante de mis putas narices. ¡Y ha estado ocurriendo durante años! ¿Cómo es posible que no lo supiéramos?

Proyecté mis emociones calmadas y tranquilizadoras en Khel. Su respiración volvió a la normalidad y parpadeó, como si saliera de un aturdimiento. En el límite de mi visión, vi que Ghan se volvía hacia mí. Le miré y sus ojos se entrecerraron. No podía saberlo con seguridad, pero creía que sospechaba de mi influencia en las emociones de Khel. Ghan era demasiado perspicaz para su propio bien.

—Cazar a Gruuk no es más que yo poniendo fin a un cártel de esclavistas —dijo Khel con voz más controlada—. Que además sirva para vengar a mi compañera es una ventaja añadida. Siempre ha habido rumores de esclavitud sexual ilegal en Xelix Prime, pero nunca de esclavitud

de sangre.

—Sigue siendo una línea muy fina, Khel, pero lo investigaré. Tendré que hablar con Amalia —dije con tono conciliador—. Necesitamos detalles específicos sobre el muelle en el que aterrizó. Algunas casas nobles tienen contratos exclusivos de transporte que les otorgan un control casi total sobre los muelles secundarios. Si identificamos el muelle, localizaremos al posible culpable.

—Me encargaré de que hables con Amalia —aceptó Khel asintiendo con firmeza—. Ella hará lo que sea necesario para acabar con Gruuk. Su gran madre, la única familia superviviente que conoce, sigue siendo su prisionera. Y también están las instalaciones de cría y los complejos de esclavitud de Gruuk.

Sonreí.

—En realidad, *esa* es tu justificación. Las fortalezas de Gruuk te otorgan la legitimidad que necesitas para convertir esto en una operación militar. Ya no es una investigación sobre un crimen local, sino una misión para desmantelar una red interplanetaria de esclavistas.

—Me temo que tenemos un problema mayor —dijo Ghan—. Sospecho que Lhor tiene razón al decir que hay un noble implicado. Si Amalia lo desenmascara, no solo caerá su casa, toda la red de apoyo a Gruuk se derrumbará.

—Eso significa que muchos nobles y organizaciones criminales la querrán muerta —dije con pavorosa comprensión.

Khel apretó la mandíbula.

—No se acercarán a ella.

—Tienes muchos enemigos, Khel —recordó Ghan—. Hace dos días, tus detractores estaban calculando los beneficios que obtendrían una vez se apropiaran de tus tierras. Todo esto, gracias al demasiado conveniente “accidente” de tu familia. Y ayer, tu inesperado apareamiento arruinó esos planes. Aún no tienes treinta años. Si algo le ocurriera a tu pareja antes de eso, resolvería los problemas de mucha gente.

—¿Crees que los que codician mis tierras podrían unir fuerzas con los esclavistas para eliminar a mi compañera?

—No exactamente —dijo Ghan—. Aunque esa es una posibilidad remota, creo que es más probable que, combinadas, sus acciones independientes contra ella ejerzan una presión significativa sobre nosotros al tiempo que crean oportunidades adicionales para ellos.

Khel y yo asentimos con gravedad ante esta afirmación y un silencio lleno de tensión se apoderó de la sala, mientras cada uno de nosotros reflexionaba sobre nuestro próximo curso de acción.

Khel suspiró.

—Amalia solo tiene la ropa que llevaba cuando llegó aquí. Hemos acordado que lo más prudente por ahora es encargar por Internet lo que necesite. Pero no permitiré que esté prisionera en su propia casa por culpa de esos hijos de Gharah. Hasta que tengamos una mejor evaluación

de la situación, quiero dos guerreros con ella en todo momento.

—Khel, lo siento, pero a la luz de estas revelaciones, ahora como tu Primer Oficial, hay una pregunta que debo hacerte.

—¿Sí? —preguntó Khel, frunciendo el ceño.

—Las probabilidades de que un Manchado sea elegido durante la Unión son escasas —dijo Ghan con cautela—. Sin embargo, tú, un macho severamente Manchado, que además eres el oficial de más alto rango en Xelix Prime, fuiste elegido por una Perla. Ella ignoró a todos los Primes y Norms, y puede hackear sin ser detectada cualquiera de nuestros sistemas más seguros. La pregunta es: ¿es realmente una víctima fugada o es un topo?



Acompañé a Khel de vuelta a su despacho. Fue un paseo tranquilo y sombrío. La pregunta de Ghan sacudió a mi primo hasta la médula. Ninguno de nosotros creía realmente que Amalia hubiera sido enviada para infiltrarse en nuestro ejército. Sin embargo, sería irresponsable descartar la posibilidad. Escuché su conversación con Khel durante la Selección y su sorpresa al descubrir que era un general me pareció genuina. Además, ¿por qué revelar una habilidad que ninguno de nosotros habría sospechado? Ella debía saber que él borraría cualquier información crítica que ella pudiera obtener. Por otra parte, tal vez fuera exactamente por eso. Si ya había accedido a nuestros sistemas, podría haberles puesto una trampa para informarle de cualquier cambio en los archivos.

Cuando entramos en su despacho, no pude evitar reírme al ver su cara de asombro.

—¿Qué demonios es todo esto? —exclamó ante los diversos paquetes que llenaban su despacho.

—Regalos por tu nueva compañera —me tumbé en mi sitio habitual en su sofá.

Él gimió y cerró los ojos como si le doliera. Al cabo de un rato, se acercó al escritorio y los examinó.

—Son cosas impresionantes —dije.

—En algunos casos, demasiado —replicó con disgusto—. La mayoría de estas personas no me han dado ni la hora desde que Vahl fue nombrado heredero. La mitad de ellos no enviaron condolencias por el fallecimiento de mi familia. Y el resto concluyó sus compasivas palabras con una oferta para comprar nuestras tierras.

—Sí, pero tus circunstancias han cambiado radicalmente. Ayer, eras un desheredado que pronto se convertiría en un muerto andante. Como indigente, tu voz en el Consejo se desvanecería y finalmente te pedirían que cedieras tu puesto, suponiendo que no murieras antes por la Mancha.

—O me enviarían a luchar en alguna guerra aleatoria para acelerar el proceso si me demoraba demasiado —dijo Khel con voz sombría.

—Pero al aparearte con una Perla, te has convertido en el macho más poderoso de Xelix Prime.

Khel frunció el ceño.

—¿El macho más poderoso? ¿Qué te hace decir eso?

—Piénsalo —dije sentándome. Me incliné hacia delante, cruzando las manos sobre el regazo —. Como a mí, a la mayoría de los nobles solo les queda su título. Algunos también forman parte del Consejo. Unos pocos poseen tierras de primera calidad y solo unos pocos podrían considerarse verdaderamente ricos. Tú no solo tienes todo lo anterior, también tienes a todo el ejército a tu entera disposición. Y gracias a tu unión, nadie puede usurparte lo que es tuyo y tienes la oportunidad de vivir mucho tiempo para establecer tu dominio, si así lo decides. Cualquiera con un mínimo de instinto de supervivencia querrá estar en tu lista de amigos.

Khel resopló.

—No me conquistarán con baratijas.

—Más les vale —sonreí—. Pero eso no les impedirá intentarlo. Has recibido un gran número de comunicaciones de audio y video. Te aconsejo que ni tú ni Amalia las respondan personalmente, salvo los pocos que siempre te fueron leales.

—De acuerdo —asintió—. Me han bombardeado con invitaciones a actos sociales y cenas privadas. Algunos han pedido venir a la hacienda a presentar sus respetos. Pero no quiero exponer a Amalia hasta que tengamos una idea más clara de quién la persigue.

—Sabia decisión —dije.

~

Khel había vuelto al complejo. Pasé un par de horas recopilando información sobre los diversos contratos exclusivos del puerto espacial, pero necesitaba más información de Amalia. La encontré con Jhola de compras en el portátil del jardín. Como no quería interrumpir, decidí esperar, ya que solo faltaba una hora para el almuerzo.

Fui a la sala de entrenamiento para una de mis múltiples sesiones diarias. Como todos los machos Manchados no apareados, el esfuerzo físico intenso era la única forma de obligar a nuestros cuerpos a producir trazas de dopamina. La mayoría de los otros machos realizaban trabajos pesados, que a menudo era el único trabajo que un Manchado podía conseguir. Pero yo no. Hace diez años, con la bendición de sus padres, Khel construyó esta sala de entrenamiento de última generación como regalo de mi decimoctavo cumpleaños. La usaba cuatro veces al día. Hoy era la segunda.

Tras el calentamiento y los estiramientos habituales, puse en marcha el Programa de Cazadores. El simulador de grado militar escaneó la sala antes de mostrar proyecciones holográficas de enemigos dentro de un frondoso bosque. La inteligencia artificial del programa hizo que los enemigos utilizaran inteligentemente las coberturas naturales que ofrecía la

configuración de la sala y coordinaran sus ataques. Lucharon contra mí tanto con espadas como con blásteres. Cada vez que me golpeaban, recibía un zapping a través de uno de los parches neuronales de mi piel.

Esta versión civil del programa no infligía dolor grave. Los zaps eran simplemente desagradables, aunque varios a la vez era otra historia. La versión militar era dolorosa y estaba pensada para aumentar la resistencia. Esta era una de las muchas razones por las que no me había inscrito con Khel. Le gustaba el juego duro y tenía un umbral de dolor alto. Con mi capacidad para sentir sus emociones, sus sesiones de entrenamiento más intensas me dejaban lisiado. Por supuesto, podía bloquear sus emociones, pero solo durante un breve período de tiempo, antes de que el esfuerzo resultara demasiado agotador, sobre todo porque yo le bloqueaba las mías.

Odiaba ocultarle mi habilidad, pero Khel me sobreprotegía. En cuanto se daba cuenta de los inconvenientes de mi habilidad, se privaba de muchas cosas que le gustaban para evitar el impacto negativo en mí. Yo ya era una sanguijuela en su vida, me negaba a convertirme en una carga aún mayor.

Cuando llevábamos poco más de treinta minutos de simulación, parpadeé para disipar el sudor que me entraba en los ojos mientras intentaba controlar mi respiración agitada. Era uno de los pocos momentos en los que no sentía el doloroso latido de la Mancha. Esquivando disparos de bláster y rodando para esquivar cuchilladas, disparé, ensarté y decapité a innumerables enemigos virtuales. Sin embargo, no se podía vencer al programa. La dificultad aumentaba progresivamente, lo que garantizaba que, de una forma u otra, acabaría abrumado.

Me giré para hacer frente a un enjambre de enemigos cuando vi que Amalia estaba de pie en la puerta abierta, con los ojos entornados. Una oleada de placer se apoderó de mí ante aquella flagrante admiración. Fue rápidamente sustituida por un intenso dolor cuando más de veinte descargas simultáneas me atravesaron. Grité de dolor y caí de rodillas. Las medidas de seguridad se activaron automáticamente y la simulación terminó.

—¡Lhor! —Amalia corrió a mi lado.

Me arrodillé, encorvado, con las palmas de las manos apoyadas en el suelo, jadeando. Amalia se arrodilló a mi lado. Me puso una mano en el hombro y me acarició el pelo de la nuca.

¡Por los dientes de Gharah!

Casi gimo al contacto. Sí, envió una oleada de lujuria directa a mi polla, pero esa era la menor de mis emociones. Aparte de mi madre, mi tía y, ocasionalmente, Jhola, ninguna hembra me había tocado nunca. Ninguna lo consideraría siquiera; la Mancha me hacía demasiado repulsivo.

—¿Estás bien? —dijo Amalia.

Su mano recorrió un camino hasta la parte baja de mi espalda. Me frotó la espalda un par de veces antes de posar la mano entre mis omóplatos. Casi me desmayo del placer de su tacto.

—Sí —dije con voz entrecortada—. Estoy bien, gracias. Yo...

Una oleada de ira, celos y preocupación me golpeó y me sacó de la bruma pecaminosa en la

que me había sumido el contacto de Amalia. *Khel*. Levanté la cabeza y lo vi de pie a unos metros de la habitación, mirándonos fijamente a Amalia y a mí. Ella siguió mi mirada y le hizo un gesto para que se acercara.

—Khel —dijo con voz preocupada—, Lhor acaba de ser masacrado por un grupo de guerreros virtuales. Dice que está bien, pero parece que le ha dolido mucho.

—No me han masacrado. Alguien me desconcentró —dije, frunciendo el ceño.

—¡Ups! Lo siento.

Bajó la mirada, pero no sin antes percibir en ella un atisbo de diversión. Así que... ¿Amalia tenía una vena traviesa? Pondría a prueba esta teoría a la primera oportunidad.

Khel me tendió la mano y me levantó. Mis piernas temblorosas sufrieron espasmos, pero no vacilé. Amalia caminó a su lado. Eso le complació, sus emociones anteriores se desvanecieron.

—Intenté llamarte por el comunicador, pero no respondiste —me dijo Khel.

—¡Yo también! —dijo Amalia—. Jhola quería saber si ibas a almorzar con nosotros.

—Mis disculpas —dije, secándome el sudor de la frente—. Me temo que me lo dejé en el despacho.

—No importa, venía a decirte que me voy a la Sala del Consejo —dijo Khel, rodeando a Amalia con el brazo—. No asistiré a la comida, pero volveré dentro de tres horas.

—De acuerdo —dijo Amalia.

Parecía genuinamente decepcionada y aplasté la punzada de envidia que resurgía. Sentí que Khel quería darle un beso de despedida, pero se contuvo. En lugar de eso, le sonrió, me saludó con la cabeza y se marchó. Me pregunté hasta dónde había llegado su intimidad anoche. Sabía que Khel tenía experiencia. Pero no sabía hasta qué punto.

—Por favor, dile a Jhola que sí, que almorzaré contigo después de ducharme.

—¡Genial! —dijo Amalia con una dulce sonrisa—. Hasta pronto.

Mientras se alejaba, me pasé una mano por la cabeza donde ella me había tocado, tratando de recuperar una pizca de aquel momento.



CAPÍTULO 9

AMALIA

Cuando volví, Jhola estaba llevando los platos al comedor. Me sentí culpable y me apresuré a ayudarla. Me dio una palmadita en la mano y me acercó a una de las sillas para que me sentara. Me mantuve firme. No quería que me atendieran, así que cedió.

—Me temo que no podré acompañarte —se disculpó Jhola cuando terminamos de preparar el banquete—. Hace unos minutos, mi compañero me invitó a comer en la ciudad.

—No te preocupes y disfruta —le devolví la sonrisa—. Eso solo significa más comida para mí.

—¡Oye! —dijo Lhor con fingida indignación, entrando en la habitación—. Para mí también.

—Será mejor que se comporten mientras estoy fuera —Jhola rio entre dientes, marchándose.

Sonreí antes de encontrarme con la mirada de Lhor. Era la primera vez que estábamos a solas desde la Selección. Había temido este momento. Lhor había sido muy amable desde que salimos de la Sala, pero sabía que casi lo había elegido a él.

—Hola —dije tímidamente.

—Hola —dijo en voz baja.

Tenía una forma de mirarme que me hacía sentir muy rara. Desvié la mirada. Lhor me indicó que tomara asiento. Comimos en silencio. No era incómodo, pero tampoco me sentía bien del todo.

—Lo que hiciste allí fue increíble —dije cuando el silencio se prolongó demasiado.

En realidad, increíble se quedaba corto. Fue más como “oh por mi Diosa, qué rudo más malote”. Pero no iba a decírselo. Se le calentó la cara y caí en la cuenta de que no estaba acostumbrado a los cumplidos.

—Me halagas, Amalia. Pero solo merezco una parte del mérito —dijo Lhor.

Fruncí el ceño.

—No vi a nadie más pateando culos ahí dentro.

Se rio, y creo que no se dio cuenta de que había hinchado el pecho. Eso me hizo sonreír. No me gustaba la mirada de derrota que acechaba de vez en cuando en sus ojos cuando pensaba que nadie le prestaba atención.

—Cierto. Me refería a que he tenido un profesor fenomenal que patea incluso más culos que yo —dijo guiñándome un ojo.

Eso también me gustó. Era muy fácil hablar con Lhor. Con Khel también, pero intimidaba más, no es que me asustara de verdad. Pero Khel era mi compañero, y sus expectativas no eran las mismas.

—¿Creo que el susodicho profesor es Khel?

Me dedicó su impresionante sonrisa con hoyuelos, lo que hizo que mi estómago diera un vuelco.

—¡Correcto! La puntuación de Khel en el Programa de Cazadores se sale de la tabla. Dos vidas no me bastarían para alcanzarle.

—Khel y tú son muy unidos, ¿verdad?

No necesitó responder. La forma en que su rostro se suavizó, la sonrisa afectuosa que estiró sus labios me dijeron todo lo que necesitaba saber.

—Khel es mi Gem —ante mi mirada de confusión, Lhor especificó—: Él es mi Geminado. Bueno, técnicamente somos Geminado, pero oficialmente no estamos registrados como tales. Los Gems son raras en Xelix Prime, pero lo bastante frecuentes como para tener una clasificación oficial. Por definición, un Geminado es una persona cuya alma está dividida en dos cuerpos separados. Cada uno tiene su propia vida, pero solo se sienten completos cuando están juntos.

No sabía qué pensar al respecto. Tu pareja debería hacerte sentir completo, no un tercero, ni siquiera un Gem...

—¿Por qué no son Gems oficiales? ¿Y qué te hace pensar que lo son?

—Los Gems son siempre gemelos idénticos, y Khel y yo no lo somos. Ni siquiera compartimos la misma madre, aunque nuestras madres eran gemelas idénticas. Por eso se nos niega la clasificación —hizo una pausa para beber un sorbo de vino—. Khel nació primero. Yo nací exactamente un año después que él, el mismo día y a la misma hora. Yo era un niño enfermizo. Solo la presencia de Khel me hacía mejorar. Es un rasgo común entre los Gems. Si los separas, la salud del segundo nacido flaquea. El primogénito es el Ancla.

Apoyé los codos en la mesa y crucé las manos bajo la barbilla, fascinada.

—Pero Khel está lejos ahora. ¿Te hace daño eso?

—No. La necesidad de proximidad se desvanece con la edad. Pero nos unen otros lazos. Khel puede sentir mi presencia y señalar mi ubicación exacta sin tener que verme. Eso hace que jugar al escondite con él sea totalmente inútil —sonrió Lhor—. Puedo proyectarle mis emociones más extremas, como el dolor intenso o el miedo, independientemente del alcance. Eso me salvó la vida cuando tenía ocho años. Mientras intentaba atrapar una mariposa arcoíris para mi proyecto de ciencias del colegio, tropecé con el borde del estanque y me rompí la cabeza con el lateral antes de caer al agua.

Lhor se volvió para mirar el estanque a través de las ventanas del techo del comedor. Señaló

uno de los bordes.

—Sucedió justo ahí.

Mi mirada siguió su dedo señalado, intentando imaginar la versión infantil de Lhor perdida en el placer de cazar.

—Khel estaba enseñando a Vahl a jugar al Bakhol. Empezó a ahogarse y gritó mi nombre. Intentaron inmovilizarlo, creyendo que tenía un ataque. Pero luchó contra ellos y corrió hacia la piscina, poniéndose azul por la falta de aire. El tío Dhak me vio en el fondo del estanque y me sacó. Solo entonces Khel pudo volver a respirar. Aquel suceso, más que ningún otro antes o después, me convenció de que éramos las dos mitades de una misma persona.

Incliné la cabeza.

—Si tú hubieras muerto, ¿también habría muerto Khel?

—No. Khel es el Ancla. El primogénito siempre sobrevive a la muerte del segundo. Pero si el Ancla muere, el segundo nacido también lo hace poco después, sobre todo si aún son jóvenes.

Lo del Gem me pareció asombroso y se lo dije. En el fondo, sin embargo, me molestaba saber que mi compañero ya tenía un alma gemela, aunque fuera de distinta naturaleza. Tampoco podía evitar preguntarme cómo se sentiría Lhor al tenerme en la vida de Khel. ¿Creía que yo podría interponerme entre ellos? ¿Intentaría interponerse entre nosotros?

Hacía más de una hora que habíamos terminado de comer, pero no podíamos dejar de charlar. Estaba en medio de una descripción de la mascota alienígena más extraña que había visto nunca, agitando los brazos en mi entusiasmo, cuando me golpeé el antebrazo contra la mesa. La boca de Lhor se crispó mientras intentaba reprimir una sonrisa burlona.

—Acabas de ser derrotada por una mesa —bromeó.

—Le di una bofetada juguetona en el brazo.

Gimió con falsa agonía.

—¡Ay! Todavía me estoy recuperando de la embestida de un enjambre de guerreros sedientos de sangre.

—No seas una florecilla tan delicada. Eran holográficos.

—¿Yo? ¿Una florecilla? —dijo con indignación burlona—. Vaya, mi querida Amalia, debes haberme confundido con tu compañero, *Kel*.

¡No puede ser que haya dicho eso!

Jadeé, con los ojos desorbitados por la sorpresa. Cada vez pronunciaba mejor el nombre de Khel, pero de vez en cuando se me escapaba. Jhola me explicó la diferencia cuando omití esa desgraciada *h*. La mirada de dolor de Khel cada vez que lo hacía delante de Lhor o de sus guerreros tenía mucho sentido. Los labios de Lhor se estiraron en una sonrisa lenta y diabólica mientras sus ojos brillaban.

Me lancé sobre él.

—Calla, pequeño...

Aulló de risa, esquivando mi ataque. Me estremecí al ver lo rápido que se había movido al

otro lado de la mesa. Tenía tantas ganas de patearle el culo, pero nunca atraparía a ese mocoso burlón. Se rio. El ardiente deseo de reír amenazó con borrar la fingida expresión ofendida de mi rostro.

—Oh, vamos, *Seha*. No hay necesidad de tanta violencia —dijo con tono conciliador—. Desde luego, a Jhola no le gustaría.

—A ella tampoco —Jhola llamó desde la entrada del comedor—. ¿Qué está pasando aquí? ¿No les dije que se comportaran?

Crucé los brazos sobre el pecho con un mohín.

—Él empezó.

—Es cierto —confesó hinchando el pecho con una sonrisa.

—¡Lhor, qué mal portado eres! —dijo Jhola, extendiendo hacia él las bolsas que llevaba en las manos—. Ve a hacer algo útil y ayuda a mi compañero a llevar los paquetes a la habitación de Amalia.

—Sí, *Seha*. Tus deseos son órdenes —Lhor hizo una florida reverencia, cogió las bolsas y se marchó.

Jhola me miró con una sonrisa.

—El restaurante estaba cerca de dos de las boutiques en las que pediste. Sivh y yo hicimos un pequeño desvío para recoger tus cosas.

Chillé de alegría, aplaudiendo. Luego, sin pensarlo, la abracé con fuerza y le di un beso en la mejilla. Coreé una retahíla de agradecimientos. Al darme cuenta de que quizá no se sintiera cómoda con tanta familiaridad, estaba a punto de retirarme cuando sus brazos me rodearon en un abrazo maternal.

—No, mi niña —me susurró al oído—, soy yo quien te da las gracias —se apartó y me acunó la cara entre las manos—. Hacía años que no oía a Lhor reír con tanto desenfreno. En el poco tiempo que llevas aquí, has traído tanta alegría a mis chicos. Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Sivh y yo solo tuvimos un hijo. Murió de la Mancha hace unos años. Khel y Lhor no son de nuestra sangre, pero bien podrían serlo. Son todo lo que nos queda. Así que, gracias.

Me apretó fuerte por última vez, me dio un suave beso en la frente y me despidió para que fuera a organizar mis compras.

Lhor estaba colocando el último paquete sobre mi cama cuando llegué al dormitorio. Se giró al oír mis pasos. Me miró durante unos segundos con la misma expresión indefinible que antes. En mi impaciencia por ver mis cosas nuevas, no había pensado en lo incómodo e inapropiado que sería que Lhor y yo estuviéramos solos en mi dormitorio. Incluso con la puerta abierta de par en par, era... raro. Sin embargo, dar marcha atrás ahora sería aún más incómodo.

—Parece que vas a estar ocupada —señaló las bolsas y cajas que cubrían la mesa, las sillas y la mitad de la gigantesca cama.

—Claro que sí —me sonrojé de culpabilidad por la cantidad de créditos gastados en comprar todo esto—. Es más de lo que he tenido en toda mi vida o de lo que jamás pensé que tendría.

—Bien —dijo—. Khel se lo va a pasar en grande mimándote como un loco.

—Es un buen macho.

—Es más que bueno. Es el mejor macho, el más honorable y desinteresado. Mantenlo feliz, Amalia.

—Tengo la intención de hacerlo.

—Bien. Ahora, sé que estás ansiosa por abalanzarte sobre esto, pero ¿puedo convencerte de que retrases un poco organizar todas tus compras?

—Hmmm, claro. ¿Qué necesitas?

—Estoy rastreando los contactos de Gruuk aquí en Xelix Prime y fuera del planeta. Ya me han confirmado que El Revenant abandonó la órbita menos de una hora después de tu huida. Pero necesito toda la información que puedas darme para acotar esto.

—¡Por supuesto! Ahora mismo —dije saltando sobre las puntas de los pies. Estaba más que agradecida de que me creyeran. Pensar que pronto podría ver a Nana y abrazarla de nuevo...

—Prometo intentar no demorar mucho en esto.

Pasamos las dos horas siguientes en su despacho repasando todo lo que podía recordar sobre las distintas estaciones espaciales y planetas que visitamos, los invitados que subieron a bordo de nuestra nave, las misiones que realicé, mis objetivos y el tipo de datos que recuperé. Cuando terminamos, estaba agotada, pero mi corazón rebosaba de esperanza de ver a mi Nana sana y salva.

~

Hacía tiempo que había terminado de organizar las cosas, pero aún estaba probándome algunos conjuntos cuando volvió Khel. Sobresaltada, miré por la ventana y las posiciones de los soles me hicieron darme cuenta de que ya era por la tarde. Qué compañera tan patética era. Él me daba tanto y no recibía nada a cambio. Ni siquiera podía saludarle cuando llegaba a casa porque estaba demasiado ocupada acicalándome frente al espejo. Si seguía así, él me repudiaría, y con razón.

Cenamos con Lhor, Jhola y Sivh. Lhor sonreía cada vez que yo pronunciaba el nombre de Khel. Todavía estaba en deuda con Lhor por aquella cuestión de “Kel” y estaba tramando una broma para devolvérsela. Después de cenar, Khel me enseñó el huerto y me llevó a pasear por el bosque que bordeaba la hacienda. Un suave viento silbaba entre los densos árboles mientras el sol dibujaba sombras en el sendero del bosque. Incluso pude visitar la casa del árbol que él, Vahl y Lhor habían construido en su juventud.

Cuando regresamos a la casa, los soles se estaban poniendo, pintando el horizonte cada vez más verde con vetas de un rojo ardiente. Khel y yo nos cogimos de la mano, con los dedos entrelazados. Nos hemos cogido mucho de la mano esta tarde. Incluso nos cogimos por la cintura mientras admirábamos la impresionante vista de la hacienda desde la casa del árbol. Era

agradable... muy agradable.

Estábamos cruzando el jardín que conduce a la terraza junto a la piscina cuando algo húmedo me salpicó la frente. Me la limpié con dos dedos y los examiné.

Agua

Levanté la vista hacia el cielo cada vez más oscuro y otra gota cayó sobre mi mejilla, apenas a un palmo de mi ojo derecho. Me detuve en seco, al sentir que Khel tiraba de mi mano. Se detuvo y me dirigió una mirada interrogante.

—¿*Falihna*?

Solté mi mano de la suya y levanté los brazos delante de mí. Los miré fijamente y esperé a que otra gota cayera sobre mis brazos. La sensación del agua rebotando en mi piel a medida que caían más gotas era maravillosa.

—Está empezando a llover, Amalia —la voz de Khel estaba llena de confusión—. Deberíamos darnos prisa en volver a casa, o te empaparás.

Me cogió de la mano e intentó arrastrarme tras él, pero me resistí.

Separé los brazos y eché la cabeza hacia atrás. Cerré los ojos y saqué la lengua para recoger las gotas. Solté una carcajada y giré sobre mí misma mientras empezaba a llover a cántaros. El olor a tierra mojada y a hierba me llenó la nariz. El tamborileo del agua al golpear las distintas superficies era como una orquesta para mis oídos. Abrí los ojos y todo se balanceó a mi alrededor. Tardé un segundo en orientarme. Más adelante, se formaban charcos de agua en la terraza. Por instinto, corrí hacia los charcos y chapoteé en uno. El profundo estruendo de la risa de Khel me sacó de mi trance.

Me volví para mirarle. Los dos estábamos completamente empapados. La mirada que me dirigió estaba llena de tanta ternura y comprensión que el corazón se me agarrotó en el pecho. Sin pensarlo, me lancé sobre él y le hundí la cara en el cuello. Él me devolvió el abrazo.

—Gracias —susurré, y luego froté la cara contra su cuello.

Sus dedos se enredaron en mi pelo y sus brazos me rodearon con fuerza. Permanecimos en silencio abrazados bajo la intensa lluvia. Dejó de llover minutos después, casi tan repentinamente como había empezado. Levanté la mirada hacia su rostro y en ese momento, cuando nuestros ojos se conectaron, algo encajó. Khel bajó la cara, sus labios estaban a escasos centímetros de los míos. Acorté la distancia y rocé sus labios con los míos. Apretó nuestras bocas antes de apartarse, con sus ojos recorriendo los míos. Sonreí y la tensión se desvaneció. Me devolvió la sonrisa y me besó apasionadamente. Gemí y separé los labios cuando su lengua me acarició la boca. Nuestras lenguas lucharon un instante y me estremecí. Inmediatamente se separó y apoyó la frente en la mía.

—Vamos dentro, *Falihna*. Vamos a secarte antes de que te enfermes.

Asentí y froté mi nariz contra la suya antes de soltarle. Me rodeó el hombro con el brazo y me condujo al interior de la casa.

De vuelta a nuestra habitación, no podíamos ocultar lo desastrozos que estábamos. Teníamos la ropa mojada y pegada a la piel. Teníamos los pies llenos de barro y el pelo me colgaba como fideos mojados alrededor de la cara.

—Parece que necesitamos otra ducha —dije con una risita nerviosa.

—Sí... Es costumbre entre mi pueblo que los compañeros se limpien mutuamente —dijo Khel con voz suave—. Se considera un ritual purificador. Me gustaría hacerlo contigo, si tú lo consientes.

Tragué saliva y le miré en silencio. Tomando mi silencio por una negativa, me dedicó una suave sonrisa y dijo,

—Está bien, Amalia. Tenemos tiempo. Iré....

—No —dije, sintiéndome pequeña—. No quiero que te vayas. Es que nunca... Ya sabes... Tengo miedo.

Se acercó más a mí y apoyó su áspera palma en mi mejilla. Me miró fijamente durante unos segundos, con ojos escrutadores. Su pulgar acarició mis labios.

—No tienes por qué tener miedo, Amalia. Puedo enseñarte todo lo que necesitas saber, y tú puedes decirme lo que quieras. No olvides que entre nosotros no pasará nada que tú no quieras. Solo tienes que decir basta.

Asentí lentamente, apoyando la cara en la palma de su mano como había hecho durante la Selección. El estómago se me revolvió de expectación e inquietud. Me soltó, dio un paso atrás y empezó a desnudarse. Me quedé mirando, con la boca abierta. A pesar de la Mancha, era hermoso. Medía casi dos metros y medio frente a mi metro ochenta, tenía los hombros y el pecho anchos, los brazos gruesos y los abdominales esculpidos. Su piel era de un gris claro ahumado, como la plata quemada.

Terminó de desvestirse y soportó mi mirada, que le recorrió la cara hasta la ingle. Dios mío, ¡era enorme! Mis ojos se desorbitaron al contemplar su pene semierecto. Era largo y grueso, con crestas ondulantes a lo largo. Me encantó cómo había sentido su cuerpo cuando me abrazó bajo la lluvia, con nuestros cuerpos perfectamente alineados. Quería volver a tocarlo, preguntándome cómo se sentiría su piel contra la mía.

—Eres precioso, Khel.

Una emoción poderosa y cruda cruzó sus facciones antes de recuperar la compostura. Empecé a desvestirme, sintiéndome cohibida al quitarme el vestido. Sus ojos me devoraban. El hambre y la mirada de asombro me dejaron sin aliento. Mis pezones se endurecieron en respuesta a su evidente deseo. De repente, ya no me ponía tan nerviosa desvestirme. Me encantaba cómo me miraba y me tomé mi tiempo para quitarme la ropa interior, disfrutando de su fascinación por mi cuerpo. Cuando terminé, estaba completamente erecto y sus colmillos habían descendido.

—Eres impresionante, *Falihna* —dijo con voz ronca.

Me llevó de la mano a la ducha situada frente a la bañera. Khel accionó los mandos que revelaban los productos de limpieza.

El agua tibia goteó sobre nosotros. Khel cogió una de las botellas de la estantería y se echó en la mano una pequeña cantidad de líquido fresco y perfumado. Hizo espuma. Después de ponerme de espaldas a él, me enjabonó la espalda con movimientos lentos y sensuales. Allí donde los músculos se tensaban a lo largo del cuello, entre los omóplatos y la parte baja de la espalda, se detuvo y frotó los nudos con los pulgares. Sus manos eran mágicas.

Cuando me relajé del todo, tiró de mí hacia él. Apoyé la espalda en su cálido pecho y sentí su dureza presionándome el trasero. Era a la vez aterrador y excitante, y me producía un cosquilleo en el estómago. Sus manos se deslizaron lentamente por mi pecho, frotándome los pechos con movimientos circulares. Un suave gemido se escapó de mis labios cuando mis pezones volvieron a estremecerse bajo su contacto. Un calor abrasador se extendió en mi región inferior. Nunca habría imaginado que sus manos grandes y callosas pudieran ser tan suaves contra mi piel o que el simple hecho de que me acariciaran los pechos pudiera ser tan placentero.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su hombro. Con suavidad, pero con firmeza, me apretó el pecho y luego me pellizcó el pezón. Se me estremeció el vientre cuando su otra mano me acarició el ombligo, provocándome un extraño dolor entre las piernas. Me acarició el cuello, dejando un rastro de suaves besos a lo largo de la mandíbula. Mientras me chupaba el lóbulo de la oreja, su mano se aventuró entre mis piernas. Se me escapó un gemido.

Khel apretó con más fuerza, apretándose contra mí. Su pecho vibró contra mi espalda con un gemido retumbante.

—Amalia... Mi compañera —gruñó suavemente en mi oído, con una voz cargada de lujuria.

Sentía su férrea longitud rozándome la costura del culo. La fricción de las crestas a lo largo de su vástago me producía ondas de placer.

¿Cómo se sentirían esas crestas dentro de mí?

Sus dedos separaron delicadamente mis labios inferiores y me exploró en círculos con dos gruesos dedos, arrancándome un gemido hambriento y prolongado. Las suaves caricias iban a la par con el movimiento de su polla.

—Estás mojada, *Falihna*. Ya estás mojada para mí —susurró.

Me giró hacia él y me metió bajo el agua, enjuagando los restos de espuma. Después de apagar la ducha, me inmovilizó contra la pared y me besó. Sus labios eran suaves, pero firmes contra los míos. Le pasé los pulgares por las crestas óseas de las orejas. Se estremeció al contacto con un gemido profundo y yo me deleité en mi poder sobre él. Me soltó la boca, me salpicó el cuello de besos y me rozó la tierna carne de los hombros con los dientes, con cuidado de no romperme la piel con los colmillos.

Mis dedos peinaron su corto pelo negro, suave y sedoso al tacto. Para mi sorpresa, me di cuenta de que las crestas óseas de su Crihnin no se detenían en la línea del nacimiento del pelo, sino que continuaban bajo él, a medio camino del cráneo.

Khel lamió las marcas de mi hombro y me estremecí violentamente. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo erógenas que podían ser. La humedad se acumuló entre mis piernas y Khel introdujo cuidadosamente un dedo en mi interior. Gritando de placer, arqueé la espalda contra la pared, apretando mi pecho contra el suyo. El calor de su cuerpo duro y fibroso se filtró en mí. Quería envolverme en él, tocar y lamer cada centímetro de su piel plateada. Mis palmas se deslizaron por sus músculos ondulantes, sus abdominales de acero y sus pezones erectos. Me maravillaba cómo un cuerpo tan duro y firme podía tener una piel tan suave.

Su dedo se hundió más dentro de mí mientras su pulgar atormentaba mi bulbo hinchado, haciendo arder mi sangre. Abrumada por la vorágine de sensaciones que me recorría, empujé ligeramente su mano hacia atrás.

—Déjate sentir —susurró contra mi cuello.

—Demasiado... Khel, es demasiado —jadeé.

Se calmó al oír mis palabras y empezó a separarse de mí.

¿Pero qué...? ¡Oh, no!

Khel debió de interpretar mis palabras como una petición de que parara. Cerré las piernas de golpe, bloqueando su mano dentro de mí.

—No pares —le ordené con voz entrecortada, estrechando mi abrazo en torno a él—. No te atrevas a parar ahora.

Respondió con una risita ronca, relajándose una vez más contra mí.

—Esto es solo el principio, Amalia. Pronto te haré gritar de placer, una y otra vez.

Sin detener el movimiento de su mano dentro de mí, sus labios me mordisquearon la garganta y luego besaron mi pezón endurecido. Se liberó de mi agarre y se arrodilló frente a mí, deteniéndose lo suficiente para acariciarme el ombligo con la lengua antes de besarme hasta la parte más secreta de mi cuerpo.

Creí que me iba a estallar la cabeza al sentir su boca sobre mí. Obviamente, ya había oído hablar del sexo oral, incluso había visto a una de las cautivas practicárselo a otra. Recuerdo que entonces me pregunté qué sentiría si alguien me lo hiciera. Ni en un millón de años habría imaginado esta sensación increíblemente cálida y húmeda, realzada por la textura áspera de su lengua.

Khel levantó mi pierna por encima de su hombro, abriéndome. Unos dedos callosos separaron suavemente mis pliegues antes de lamerme con movimientos largos y deliberados. Grité ante el intenso placer que me invadió. Gimiendo, apoyé la cabeza en la pared de la ducha. Estaba fría contra mi espalda y deseé volver a sentir su cálido y musculoso pecho.

Unos labios perversos se aferraron a mi clítoris. Se me cortó la respiración y le agarré el pelo corto, apretando su cabeza contra mi núcleo ardiente. Recordando lo sensibles que eran las crestas de sus orejas, las rocé con la punta de los pulgares en un lento vaivén. Los efectos de mis caricias en él fueron instantáneos, confirmados por un siseo y un temblor estremecedor.

Khel introdujo un segundo dedo, entrando y saliendo de mí. Se sentía apretado, pero no

incómodo. Cada caricia parecía avivar el fuego que crecía en mi vientre. No pensaba dejarme llegar rápidamente al clímax. Cada vez que me acercaba, reducía la velocidad para alejarme del borde. Gemí en señal de protesta, deseando abrazar el éxtasis que me acechaba. Eso me valió una risita, pero él continuó con su exquisita tortura. Finalmente, introdujo un tercer dedo. Me puse rígida, estremeciéndome ante el dolor y la increíble plenitud. Me succionó el capullo con renovado vigor y detuvo el movimiento de su mano para que pudiera adaptarme a la incomodidad.

Cuando mi tensión disminuyó, Khel volvió a estirarme. La presión se reconstruyó en mi vientre. Mi piel ardía y un enjambre de mariposas recorrió mi estómago. El orgasmo que me arrastró fue tan repentino como violento, enviando hormigueos eléctricos a mis extremidades. Jadeante, me sacudí sobre mis pies, montada en la ola del éxtasis. Khel seguía acariciando suavemente mis entrañas mientras yo aterrizaba lentamente de la euforia.

Sentí un ligero escozor en la cara interna del muslo, donde su boca tocaba mi piel.

Sus colmillos... ¿Está bebiendo mi sangre?

Unos instantes después, sentí que su lengua me lamía dos veces el muslo donde me había mordido. Mi sensible protuberancia palpitaba y notaba cómo mis paredes internas se cerraban espasmódicamente con voluntad propia. Por la Diosa, comprendí por fin a qué venía tanto alboroto.

Levantándose, Khel me dio un largo y tierno beso mientras me abrazaba con fuerza. Podía saborearme en él y era extrañamente emocionante. Me soltó y frotó su nariz contra la mía.

—Ha sido... Ha sido increíble —dije con una risita nerviosa.

Sus ojos se iluminaron y una sonrisa se dibujó en su rostro, dejando al descubierto sus afilados colmillos. Bajé los ojos hacia ellos. No me había dolido. Instintivamente, me pasé los dedos por el lugar donde me había perforado la piel. No había rastro de herida. Desconcertada, le miré a los ojos.

—Me has mordido —le dije—. ¿Te has bebido mi sangre?

Retrocedió, con los ojos desorbitados.

—¡Dios mío, no! No bebemos sangre —de repente parecía bastante avergonzado—. Cuando llegas al clímax, liberas mucha oxitocina en la sangre. Mis colmillos absorben parte de ella y me la transfieren. Mi saliva puede curar pequeñas heridas. Pero fue muy grosero por mi parte beber de ti sin tu permiso. Debería haber preguntado primero. Por favor, perdóname.

—¡Oh! Está bien. Quiero que bebas —dije—. Es lo que te cura, ¿verdad?

Su sonrisa era tierna.

—Sí, mi Amalia. Es lo que detiene la Mancha. Pero no necesito beber más en este momento. Habrá muchas más ocasiones para beber de ti. ¿Recuerdas que dije que esto era solo el principio? Solo has gritado una vez y te prometí hacerte gritar una y otra vez—añadió con una sonrisa depredadora.

Se me revolvió el estómago. Estaba totalmente dispuesta a más. Una rápida mirada hacia

abajo confirmó mis sospechas de que no había encontrado su liberación. Con la intención de devolverle el favor, me acerqué a él, pero se apartó para coger una toalla grande. Primero me secó a mí, tomándose su tiempo, y luego aceleró el proceso para sí mismo.

Me acercó a su pecho.

—Abrázame con las piernas, *Falihna*.

Le rodeé el cuello con los brazos y la cintura con las piernas. Khel me puso las manos en las nalgas para sujetarme, me miró fijamente y nos sacó de la sala para refrescarse para llevarnos al dormitorio.

Se detuvo junto a nuestra cama. Me desenvolví y él me bajó suavemente al colchón antes de unirse a mí.



CAPÍTULO 10

KHEL

Amalia me dejó alucinado. Era suave y sensible a mis caricias. Incluso ahora, mi compañera me miraba con calidez, con brasas de deseo ardiendo en sus ojos. Era como si estuviera ciega a los oscuros zarcillos que corrían bajo mi piel, desfigurándome. Por primera vez en mi vida, me sentí un macho deseable. El corazón se me apretó con un dolor sordo cuando ella me abrió los brazos, sus labios se entreabrieron en una sonrisa sensual.

Me tumbé sobre ella, apoyándome en los antebrazos. Abrió las piernas para que yo pudiera acomodarme entre ellas. Levantó la cabeza y rozó los labios con los míos. Metí la mano por debajo de ella y le agarré la nuca para profundizar el beso. Sus besos eran algo torpes, pero entusiastas. Amalia me acarició la espalda con las uñas, pero no con tanta fuerza como para hacerme daño. Al romper el beso, siseé ante el exquisito ardor. Envió un relámpago de lujuria a mi entrepierna, que aún pedía a gritos ser liberada. Una sonrisa traviesa se dibujó en sus deliciosos labios.

—Mi compañera —gemí hambriento.

Me acunó la cara entre las manos y me rozó con los pulgares las crestas de las orejas. El aire salía a toda velocidad y mi pene se agitaba en respuesta a su tacto sedoso. Me pregunté si se daba cuenta de lo erógenas que eran esas crestas para los Xelixianos.

—Mi Khel —susurró—. Estoy tan contenta de que fueras tú. Estoy tan contenta de haberte elegido.

Mi garganta se contrajo, ahogada por la violenta emoción que amenazaba con arrastrarme.

—Amalia, te deseo tanto, pero tengo miedo de hacerte daño. Temo que ya estés demasiado dolorida.

—¡De ninguna manera! —resopló—. Estoy bien. Fuiste suave conmigo. Quiero sentirte dentro de mí.

—Pero...

—¡Nada de peros! Antes dijiste que esto era solo el principio. Que me harías gritar una y otra vez. Según mis cuentas, cumpliste en la primera, así que aún me debes una. Ahora retribúyeme —dijo con expresión malhumorada.

Parpadeé y me eché a reír por la incongruencia del argumento. Sus facciones se suavizaron y sus labios esbozaron una sonrisa juguetona. Me atrajo hacia ella y me lamió la parte inferior de la oreja izquierda, provocándome un estremecimiento agónicamente dulce.

—Te deseo, Khel. No me hagas suplicar —me susurró al oído, derribando mis últimas defensas.

Aplasté sus labios con un beso abrasador. Sabía dulce, a bayas trituradas. Deslicé una mano entre nosotros para acariciarla suavemente, asegurándome de que estaba preparada para mí. Ella gimió y abrió más las piernas para facilitarme el acceso. Me llegó el aroma almizclado de su excitación, que me hizo desearla aún más. Sus caderas se balancearon suavemente en respuesta a mis caricias. Cuando volví a tomar aire, clavé mis ojos en los suyos.

—¿Me aceptas, Amalia? —le pregunté.

—Sí, mi compañero. Te acepto —murmuró, deslizando las manos por mi espalda hasta posarlas en mis nalgas.

Me coloqué en su abertura y empujé. Cerró los ojos y exhaló un gemido tembloroso.

—No —gruñí, cogiéndole la cara mientras abría los ojos, sobresaltada—. Quiero que me mires mientras te reclamo —era una tontería, pero quería que no tuviera ninguna duda de quién la estaba tomando. Quería que me viera, que estuviera *conmigo*...

Tragó saliva y se lamió los labios, respondiendo a mi petición con un movimiento seco de cabeza. Separó los labios y empezó a respirar agitadamente. Uní mi cuerpo al suyo con movimientos lentos, dentro y fuera. Centímetro a centímetro, superé la resistencia y sentí que su calor me acogía. Estaba increíblemente tensa y suave. Le di un momento para que se adaptara a mi grosor.

—¡Khel! —jadeó con lujuria cuando empecé a sacudirme dentro y fuera de ella.

—Eres mía, Amalia —gruñí, luchando por no perder el control—. Eres mía, y yo soy tuyo.

Sus jadeos y gemidos sensuales me volvían loco. Me agarró el culo con fuerza y levantó la pelvis para recibir mis embestidas. Su descaro me hizo aumentar el ritmo. Temía que fuera una cosita débil y remilgada a la que habría que engatusar mucho para sacarla de su caparazón. En lugar de eso, obtuve una zorra fuerte y salvaje. Tuve un atisbo de esa fuerza cuando miró fijamente al imbécil de Dervhen, pero nunca imaginé que esta diosa me volviera loco.

Las ganas de estar aún más dentro de ella, de hacerla parte de mí, me abrumaban. Pasé un brazo por debajo de su rodilla y levanté la pierna para abrirla más. Su cuerpo se dobló de buena gana. Empecé a penetrarla. Su piel cobriza, cubierta de sudor, brillaba bajo la suave luz de la habitación. Arqueó la espalda y cerró los ojos con un grito a medio camino entre el placer y el dolor. Me perdí en un mundo de sensaciones, el apretado agarre de sus paredes acariciándome con cada movimiento de caricia. El sonido de la carne al chocar con la carne se mezclaba con los gemidos prolongados de mi compañera.

Me sentía tan bien que no quería que terminara. Se me erizaron las pelotas, suplicando que las liberara. Podía sentir que estaba cerca, con los ojos agitados. Necesitaba que llegara al clímax

antes de buscar mi propio alivio. Cambié el ángulo de mis embestidas para alcanzar su punto más dulce. Un grito estrangulado salió de su garganta mientras clavaba las uñas en mi espalda, marcándome. Tras unas cuantas embestidas más, Amalia gritó de éxtasis, devastada por el orgasmo que la envolvía. Sus paredes internas se cerraron casi dolorosamente alrededor de mi miembro y yo rugí mi propio clímax. Con las manos aferradas a sus caderas, mi semilla estalló en lo más profundo de su ser. Reclamé sus labios en un beso hambriento, nuestras respiraciones estaban entrecortadas.

Bajé los labios hasta la palpitante arteria de su cuello y hundí mis colmillos en ella. Una euforia envolvente me invadió cuando la potente hormona de su sangre pasó a mí. Mientras se apresuraba a neutralizar la toxina, un cosquilleo de felicidad recorrió mi cuerpo. Quería sacarle hasta la última gota, pero me obligué a retraer los colmillos y cerré las heridas con un lametazo. La fina capa de sudor de su piel añadía un toque salado a su dulce sabor. Era cierto, cuanta más oxitocina absorbiera de ella, más rápido me libraría de la Mancha. Pero la hormona también era responsable de la sensación de éxtasis que perduraba tras el orgasmo femenino. Cada gota que tomaba de ella disminuía la intensidad de su éxtasis. Si se la quitaba toda, se sentiría entumecida y apática.

Sujetándola con fuerza, nos giré para tumbarme boca arriba con ella encima y evitar aplastarla. Susurré su nombre con fervor.

—Eres mío, Khel. Y yo soy tuya —dijo ella, con la cara hundida en el pliegue de mi cuello, haciéndose eco de las palabras que yo había pronunciado antes.

Con eso, reclamó otra parte de mí, llenándola de una emoción que aún no estaba preparado para nombrar. La abracé con fuerza y cerré los ojos.

~

No había palabras para describir la maravilla de despertar con Amalia envolviéndome. Como todos los soldados Manchados, mi única experiencia con la intimidad eran breves revolcones con trabajadoras del placer siempre ansiosas por ver nuestra cartera—eso cuando incluso nos aceptaban. Los encuentros eran mecánicos y carentes de calidez. Anoche, Amalia me había deseado y se había deleitado con mis caricias. Nunca soñé que una hembra exploraría mi cuerpo con manos tan tiernas. Volví a sentir hambre de ella, pero acallé mi deseo. Como no quería presionarla, le preparé un baño. Parecía complacerla. Mi intención era seguir complaciéndola.

Jhola acababa de dejar el desayuno cuando salimos al patio. Levantó la mano en señal de saludo, pero se quedó inmóvil, con los ojos desorbitados. Se tapó la boca abierta con la mano levantada.

—¿Pasa algo? —preguntó Amalia, ladeando la cabeza.

—No —Jhola negó con la cabeza, con los ojos llorosos—. Todo va bien. Todo es perfecto.

La Diosa bendijo este hogar cuando te concedió a ti.

Me miró con afecto, con una sonrisa temblorosa en los labios, y volvió a entrar corriendo. Amalia me miró perpleja.

—¿Qué acaba de pasar? —ella preguntó mientras caminábamos hacia la mesa.

—¿Has notado algo diferente en mí esta mañana? —era una pregunta un poco injusta teniendo en cuenta que solo nos conocíamos desde hacía dos días.

—Err.. —dudó, inspeccionándome de pies a cabeza.

—Mi Mancha, *Falihna* —dije cuando me miró perpleja.

Sus ojos se centraron en mi cara mientras examinaba los capilares oscuros. Ladeó la cabeza, buscando la respuesta. Volví a darme cuenta de que realmente no veía mi Mancha a menos que se lo indicara. Sus ojos se abrieron de repente en señal de comprensión.

—Se está desvaneciendo —susurró asombrada—. ¡Está funcionando!

—Es algo más allá que eso, Amalia. Un macho Manchado normalmente solo espera que una compañera detenga su evolución. Si su pareja puede producir oxitocina, puede esperar que algunos de los síntomas, pero nunca todos, desaparezcan durante un largo período de tiempo. No me conoces lo suficiente para darte cuenta de cuántos zarcillos desaparecieron por completo de mi piel en una sola noche. Y los otros son menos prominentes de lo que eran. Parece que lo estás revirtiendo.

Sonrió.

—¡Así es! Soy así de increíble.

Sacudí la cabeza, riendo. Desayunamos, charlando un poco. Mi mente volvía una y otra vez a la tarde de ayer: Amalia dando vueltas bajo la lluvia. Hasta ese momento, no había comprendido cuántas de las cosas que dábamos por sentadas ella nunca había experimentado. Me rompió el corazón y me enfureció. Pero también me llenó de alegría saber que sería yo quien pondría el mundo a sus pies.

Después del desayuno, le di una vuelta por el complejo. No se daba cuenta de cómo honraba a mis guerreros haciendo contacto visual y saludándolos con una sonrisa. Las Perlas e incluso las Norms solían tratar a los machos Manchados como fantasmas, invisibles y totalmente repulsivos. Mis soldados estaban practicando el combate cuerpo a cuerpo, la mayoría de ellos vistiendo únicamente calzones. La apresuré a través del campo de entrenamiento, convenciéndome de que era por las miradas angustiadas de mis guerreros. Se preguntaban si debían detenerse y cubrirse. Pero si era sincero conmigo mismo, la expresión de asombro de su rostro me molestaba. Seguramente se debía a las habilidades de mis guerreros, pero no podía evitar preguntarme si aquel extenso despliegue de musculosa y sudorosa carne masculina tenía algo que ver.

La llevé a mi despacho. Era típicamente Xelixiano, gris y clínico, ya que a menudo recibía aquí a otros oficiales militares. Nos interrumpió un golpe seco en la puerta. Yhan, uno de mis mejores soldados, estaba en la puerta. Me saludó y se inclinó respetuosamente ante Amalia.

—General, os ruego me disculpéis, pero el Primer Oficial Ghan requiere vuestra presencia en

la sala de conferencias.

—Estaré allí en un minuto —Yhan saludó de nuevo, hizo una reverencia a Amalia y se marchó. Me volví hacia Amalia—. No tardaré mucho, *Falihna*. Puedes esperar aquí mi regreso o puedo llevarte con Lhor a la Sala de Situación.

—¿Lhor está aquí? —preguntó sorprendida.

—Sí. Ghan y yo tenemos asuntos que tratar con él dentro de un rato.

Me molestaba lo bien que se llevaban Amalia y Lhor. Diosa, yo estaba siendo una mierda. No dudaba de la lealtad de Lhor, pero estaba inseguro con mi apareamiento. Amalia casi lo elige a él y yo seguía sin saber qué inclinaba la balanza a mi favor. Quería preguntar, pero temía la respuesta. Peor aún, me asustaba que cada día que pasábamos bajo el mismo techo, ella nos comparara a los dos y me encontrara falto. Yo no tenía el carisma y el carácter desenfadado de Lhor. ¿Y si al final de la Prueba decidía que él le gustaba más?

—Vale —dijo Amalia, sacándome de mis oscuros pensamientos—. Si no vas a tardar mucho, te esperaré aquí.

Eso me complació.

Soy una mierda.

—Volveré pronto, mi corazón —le di un suave beso en los labios.

Me apresuré a la sala de conferencias para averiguar qué necesitaba Ghan. Había dos fabricantes de armas Dantorianos y nuestro intendente con él. Necesitaban que diera el visto bueno a una ligera modificación de nuestro nuevo conjunto de armas. Era más bien una formalidad, puesto que yo ya había revisado las especificaciones, pero no dejaba de ser una formalidad legal. Firmé y saludé a los Dantorianos de mi parte antes de abandonar la sala. Ghan me siguió.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó.

—Amalia me está esperando en mi despacho —dije.

Ghan se detuvo en seco y su rostro se apagó. Mis pasos vacilaron y volví hacia él, confuso por su reacción.

—¿Amalía está qué? —preguntó en un tono mortalmente frío.

Parpadeé, con una sensación de inquietud en el estómago.

—He dicho que Amalia me está....

¡OH, MIERDA!

Mi cara se quedó sin color y los dos corrimos hacia mi despacho. Nos movimos rápido, pero en silencio para que no nos oyera llegar. Había estado tan concentrado en mis inseguridades que había olvidado los protocolos de seguridad más básicos. Como General, esto era imperdonable. Recé a la Diosa para que las sospechas de Ghan estuvieran equivocadas.

Cuando llegué a mi despacho, la puerta estaba cerrada. Se me cayó el estómago—la había dejado abierta. ¿Por qué necesitaba privacidad, a menos que estuviera tramando algo? Abrimos la puerta sin hacer ruido. Amalia no estaba revolviendo en mi escritorio, sino inclinada sobre la

mesa de conferencias, a la izquierda de la habitación. Casi se me parte el corazón cuando vi su mano apoyada en el panel de control integrado. La intensa expresión de concentración de su rostro no dejaba lugar a dudas de que estaba hackeando nuestros sistemas. Mis colmillos descendieron cuando Ghan y yo echamos mano de nuestras pistolas al mismo tiempo.

—¡Te tengo! —susurró, con la voz teñida de emoción—. En tu pantalla.

La gran pantalla de video montada en la pared frente a Amalia se iluminó, mostrando la Sala de Situación donde Lhor estaba sentado en la mesa de conferencias, trabajando en su datapad.

¿Pero qué coño...?

Ghan y yo intercambiamos una mirada confusa.

—A ver cómo superas esto —dijo ella.

Lhor retrocedió sorprendido y frunció el ceño ante su datapad. Dio un par de golpecitos en la pantalla y se encogió de hombros, volviendo a leer lo que se mostraba. Al cabo de unos segundos, volvió a retroceder y levantó una mano interrogativa hacia el datapad. Se enderezó en la silla en la que estaba reclinado y golpeó varias veces la pantalla, frunciendo el ceño.

Finalmente tiró el datapad sobre la mesa y levantó las manos.

—En el nombre de Gharah, ¿qué le pasa a este trasto?

Amalia rio. Se puso en pie de un salto y aplaudió.

—¿Qué te parece, Señor Kirnhan? ¡Eso te pasa por burlarte de mi Xelixiano!

Le estaba gastando una broma a Lhor. No había palabras para expresar el alivio que me invadió, aunque eso no probaba que no hubiera manipulado antes nuestros secretos militares. Empezaba a preocuparme mucho por ella, más aún después de lo de anoche. Se me revolvió el estómago al pensar en interrogarla por espionaje y meterla en una celda.

Las luces de la Sala de Situación parpadeaban. Lhor se levantó de la silla y miró a su alrededor con expresión perpleja. Amalia echó la cabeza hacia atrás, riendo hacia el techo. El desconcierto de Lhor sería cómico si no fuera por el frío pavor que recorría mi espina dorsal.

Ghan entró en la habitación en un silencio sepulcral. Amalia casi se sobresalta cuando su enorme mano tomó el mando del panel de control. A pesar de su metro ochenta, Amalia apenas llegaba al pecho de Ghan. Tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarle a la cara.

—Vaya, eres grande —chilló, antes de lanzarme una mirada culpable.

La miró fijamente, con rostro impasible, antes de encender la pantalla de video de la Sala de Situación. Lhor se asomó a la pantalla, sorprendido de vernos.

—Todo va bien, Lhor —dijo Ghan por el comunicador—. Parece que *Seha* Praghan quería ajustar cuentas contigo respecto a sus habilidades lingüísticas.

Lhor se quedó boquiabierto mirando a Amalia. Ella le dedicó una sonrisa tímida, retorciéndose las manos. Él cerró la boca e inclinó la cabeza en señal de respeto. Pero la sonrisa que se dibujó en sus labios después decía mucho de sus planes para vengarse.

—Nos reuniremos contigo en breve —le dijo Ghan a Lhor antes de cortar la comunicación.

Él me dirigió una mirada severa y parpadeé. Puse la mano sobre los hombros de Amalia y

clavé mis ojos en los suyos. Mi expresión seria le hizo perder la diversión.

—Sé que le estabas gastando una broma a Lhor, pero has hackeado el sistema más seguro de nuestro ejército. Eso se considera alta traición. ¿Entiendes lo que te digo?

Sus ojos se abrieron de par en par y miró alrededor de la habitación como si se diera cuenta por primera vez del entorno en el que se encontraba. Jadeó y me miró horrorizada. Se tapó la boca abierta con ambas manos, sin duda consciente de las implicaciones. Al cabo de un rato, sacudió la cabeza en señal de negación y me puso las manos en el pecho.

—Yo no... Yo nunca... ¡Oh, Dios, Khel, ni siquiera se me había ocurrido! —dijo en tono suplicante—. Nunca lo haría. Quiero decir... Nunca haría nada que te hiciera daño.

Lanzó una mirada temerosa al rostro inexpresivo de Ghan y pareció marchitarse. Todos mis instintos protectores se dispararon. Quería decirle que todo estaba bien, pero no podía actuar simplemente como su compañero. Todo esto era culpa mía. Tuve que arrestarla bajo sospecha de espionaje, y Ghan debería apartarme del mando por negligencia grave.

Con el estómago revuelto, abrí un canal de comunicaciones.

—Yhan, preséntate inmediatamente en mi despacho.

Ghan sacó su comunicador personal y tecleó algunas instrucciones. Leyó algo en su pantalla, que no pude ver, y luego sus ojos volvieron a posarse en Amalia.

—Asumo toda la responsabilidad —dije.

—Deberías —respondió Ghan antes de volver a mirar a Amalia—. No vuelvas a acceder a nuestra red militar sin nuestro permiso expreso... Jamás.

—No lo haré, lo prometo —ella asintió frenéticamente—. Lo siento mucho. No lo pensé.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta, que seguía abierta de par en par.

Apreté los dientes y me volví hacia Yhan.

—Por favor, lleva a *Seha* Praghan...

—De vuelta a la hacienda —interrumpió Ghan.

Fruncí el ceño. Por mucho que lo deseara, el General que había en mí sabía que no podíamos dejar pasar esto con un tirón de orejas. Teníamos que arrestarla y aplicarme medidas disciplinarias. Lo que vimos no significaba que no hubiera hecho otras cosas antes de que llegáramos. Amalia se dirigió a Yhan con una última mirada de preocupación hacia mí. Le dediqué mi sonrisa más tranquilizadora y asentí para que continuara. Eso pareció calmarla. Me dedicó una sonrisa temblorosa, lanzó una mirada cautelosa a Ghan y se marchó. Ghan cerró la puerta tras ellos y se volvió hacia mí.

—Debería relevarte del mando o ponerte en suspensión administrativa —dijo Ghan.

Era de esperar, pero aún así dolió.

—¿Por qué me impediste que la arrestara?

Encendió la pantalla de video y proyectó en ella el informe de su sistema de comunicaciones personal.

—Cuando me hablaste por primera vez de la habilidad de Amalia, preparé una serie de

trampas para que parecieran subrutinas de mantenimiento. Amalia activó cuatro. Tres de ellas eran el camino más directo al datapad de Lhor. El cuarto la llevó a un centro que contiene datos sensibles. Ella dio marcha atrás sin acceder a un solo archivo. Por ello, Yhan la está llevando a casa en lugar de al calabozo.

Y esta fue la razón por la que le había pedido a Ghan que se convirtiera en mi primer oficial. Mi respeto por él subió otro escalón. Pero joder, esto era humillante; un error de novato.

—No te vas a librar de nuestra amistad —dijo Ghan—. Considera esto una advertencia formal, General. Otro desliz de esta magnitud dará lugar a medidas disciplinarias inmediatas.

—Entendido, Primer Oficial.

—Khel, eres el único macho al que he llamado amigo. Por favor, no vuelvas a cagarla. Mi deber siempre será lo primero.

—Esto no volverá a suceder.



CAPÍTULO II

LHOR

Tres días después de la torpe metedura de pata de Amalia, las cosas empezaron a normalizarse. No creíamos que fuera una espía y, de no ser por la pequeña prueba de Ghan, las cosas se habrían puesto feas. Pero el susto enseñó a Amalia una valiosa lección. En cierto modo, su vida en El Revenant había sido protegida. Tenía mucho que aprender sobre lo que se debe y no se debe hacer en el mundo real. Las repercusiones, tanto para ella como para Khel, podrían haber sido trágicas.

Dicho esto, la mocosa se había portado bien conmigo y había demostrado ser una oponente digna. No se me había pasado por la cabeza que ella estuviera detrás de la avería de mi datapad. Tenía que vengarme. No... tenía que superarla... una vez que se me ocurriera un plan. Esto iba a ser divertido.

Khel se fue a la Sala del Consejo. Me avergonzó que me alegrara de su ausencia. Había renunciado a desayunar con ellos porque estar en su presencia era difícil. Las dudas que tenía sobre su intimidad eran cosa del pasado. La Mancha de Khel estaba desapareciendo a una velocidad récord. Nunca había visto una recuperación tan espectacular. A este ritmo, parecería un Norm en unos días y un Prime en una semana. Podría haber sido yo.

Debería haber sido yo. Yo lo necesitaba mucho más que él.

Reprimí la viciosa idea, odiando que tales pensamientos se me pasaran por la cabeza. Temía que creara una brecha insalvable entre nosotros.

Los cambios físicos no eran los únicos signos de su intimidad. Alrededor de ella, las emociones de Khel ya no parecían el hambre reprimida que uno siente por el objeto inalcanzable de su deseo. Eran las lentas brasas de la satisfacción mezcladas con la lujuriosa anticipación. Ya era bastante difícil luchar contra la atracción que sentía por Amalia sin que el afecto que Khel sentía por ella la potenciara.

La delgada línea que separaba sus sentimientos de los míos se difuminaba en lo que a ella se refería. Pero lo peor era que su intensidad había aumentado en los dos últimos días. Podía sentir sus emociones desde una distancia mayor que antes. Lo noté por primera vez hace dos noches, cuando sentí el eco sordo de su clímax. Fue una sorpresa tan grande que pensé que eran

imaginaciones mías. Pero anoche, en dos ocasiones, los suaves susurros de su placer me recorrieron y se convirtieron en el fantasma de sus orgasmos. Fue suficiente para hacerme desear más. Yo tampoco podía bloquearlo, lo que me dejaba torturado.

Jhola estaba dando a Amalia su primera lección de cocina. La sonrisa de Amalia cuando me declaró su catador oficial me preocupó. Tarde o temprano, me daría de comer algo asqueroso... a propósito. La cara de angustia de Jhola cuando visité la cocina no presagiaba nada bueno.

Terminé mi sesión de entrenamiento y me di una ducha rápida. Estaba ansioso por terminar de recopilar la información que había reunido sobre el paradero de Gruuk. Khel, Ghan y yo nos reuniríamos mañana por la mañana para repasar nuestros hallazgos. Esto estaba resultando mucho más grande de lo que había imaginado.

Mientras me dirigía a mi despacho, sonó el timbre de la puerta. Intrigado, miré por la ventana de la sala de estar y vi a Sohr y Yhan escoltando a una hembra Xelixiana hasta la puerta.

Mi comunicador personal emitió un pitido.

—¿Sí?

—Aquí Yhan. Estamos trayendo una Asesora de Bienestar Familiar a la entrada principal. Su identificación arrojó positivo.

—Gracias.

¿Qué demonios hacía aquí una asesora? Nunca había oído hablar de ellos visitando parejas recién casadas sin invitación. Una sensación de malestar me invadió. Consideré la posibilidad de ponerme un velo para cubrir mi Mancha, como era de rigor, pero lo pensé mejor. Muchos nobles estaban molestos porque Amalia había elegido a un Manchado. Si la Asesora estaba aquí para causar problemas, yo quería desestabilizarla. Marché hacia la puerta y la abrí mientras la Asesora y su escolta subían las escaleras. Me coloqué en medio de la puerta, bloqueándola.

—Hola, *Seha* —dije, mi cara y mi tono eran neutros—. ¿En qué puedo ayudaros?

Me abstuve de sonreír cuando ella hizo una mueca al ver mi cara Manchada. Desvió la mirada con incomodidad. Miró a un lado y a otro entre la puerta abierta y yo, esperando a que la invitara a entrar. Fingí no entender.

Se aclaró la garganta.

—Estaríamos más cómodos dentro para hablar del objeto de mi visita.

—Y creo que yo he preguntado: "¿En qué puedo ayudaros?"

Se puso furiosa.

—Vuestro guardia os informó de que soy Asesora de Bienestar Familiar.

—Así es.

—Pues ahí lo tenéis.

—Oh. Pero eso seguís sin contestar "¿en qué puedo ayudaros?"

—¡Argh! Quiero hablar con *Seha* Praghan —siseó, con sus dedos flacos tirando con rigidez del dobladillo del chaleco gris claro de su uniforme.

—Mi primo Khel está ausente en este momento, lo que me deja a cargo. Su compañero está

ocupado. Dejadme que os lo diga de otro modo: ¿de qué va todo esto?

Sus fosas nasales se encendieron con indignación.

—Estoy aquí para verificar la salud y el bienestar de *Seha* Praghan.

Entrecerré los ojos.

—¿Su salud y bienestar? ¿Qué os hace pensar que cualquiera de los dos os exigiría investigar su situación?

—Me estáis impidiendo verla —replicó—. ¿Y eso por qué? ¿Tenéis algo que ocultar, *Sehr*?

—¿Estáis insinuando, ante testigos —señalé a Yhan y Sohr—, que Khel Praghan haría daño a una hembra, nada menos que a su compañera recién unida?

Se estremeció ante la amenaza apenas velada. La calumnia y la difamación eran delitos graves en Xelix Prime. Por eso fuimos tan cuidadosos con la sospechosa implicación de Zhul en la muerte de la familia de Khel.

Enderezó su rostro huesudo hasta adoptar una expresión neutra.

—Por supuesto que no. Solo digo que *la Ley* exige que Bienestar Familiar se asegure de que las hembras recién apareadas reciban los cuidados adecuados, conozcan sus derechos y tengan un contacto fuera de su nuevo hogar por si necesitaran ayuda externa. Es el procedimiento habitual.

—Nunca he oído hablar de esas visitas. ¿Qué nos da esta consideración especial?

—Rara vez hacemos visitas cuando se trata de hembras Xelixianas, puesto que ellas ya conocen las leyes y tienen parientes locales que velan por su bienestar. Pero lo hacemos con regularidad con hembras extranjeras, ya que están solas, son vulnerables y, en su mayoría, desconocen sus derechos —dijo con un suspiro de sufrimiento.

No creía ni una palabra de lo que decía, pero sus argumentos eran sólidos. Mi instinto me decía que tenía intenciones ocultas. Sin embargo, desafiarla le daría motivos para crear un mundo de problemas a Khel y Amalia. Los ojos de la Asesora se abrieron de par en par cuando me miró por encima de los hombros.

—¿Lhor? —llamó Amalia.

Me giré para ver a Amalia de pie en el vestíbulo, unos metros detrás de mí.

—¿*Seha* Praghan? —exclamó la Asesora, colándose junto a mí en la casa.

Se dirigió rápidamente hacia Amalia. Los guardias se tensaron y echaron mano de sus espadas cuando la Asesora puso una mano en el antebrazo de Amalia y la otra en el brazo, en el tradicional saludo de los guerreros.

—¡Hola, *Seha* Praghan! Soy Letha Colbhen, vuestra Asesora de la oficina de Bienestar Familiar —soltó, lanzando miradas cautelosas a los guardias gruñones y a mí.

Atónita, Amalia retrocedió ante el contacto. En cuanto se dio cuenta de que la hembra no la estaba atacando, Amalia rodeó con sus dedos vacilantes el antebrazo de Letha y completó el saludo.

—Ho… Hola —Amalia lanzó una mirada insegura.

Amalia sacó el brazo del agarre de Letha, que parecía reacia a soltarlo. Se frotó las zonas en

las que las manos de la consejera habían tocado su piel desnuda, inquieta. ¿Qué demonios era eso? Los Xelixianos no se tocaban así, y menos las hembras. Por un momento me pregunté si así se saludaban los Veredianos.

—¿Mi asesora? ¿Por qué necesito una asesora? —preguntó a Letha, aunque sus ojos estaban fijos en mí.

—Quizá podríamos sentarnos mientras os explico el propósito de esta primera visita —sugirió Letha, con una sonrisa demasiado brillante.

—Por supuesto. Por aquí —Amalia señaló hacia la sala de estar contigua—. ¿Qué queréis decir con *primera* visita?

Eso era lo que yo también quería saber. Lancé una mirada significativa a los dos guardias, que asintieron en señal de comprensión. Yhan salió para informar a la puerta de que él y Sohr se quedarían en la casa con la Asesora. Volvió a entrar y ambos tomaron posiciones junto a la puerta.

Entré en la sala de estar con los ojos clavados en Letha. Amalia señaló a Letha el sofá de tres plazas y se sentó frente a ella en un sillón de felpa. Me coloqué junto a la ventana, directamente en el campo visual de Letha, y me apoyé en la pared. Mi presencia la irritó.

—Se espera que haya intimidad en estas conversaciones —dijo Letha, dirigiéndome una mirada mordaz.

—No, está bien —dijo Amalia—. Me gustaría que Lhor se quedara.

Le guiñé un ojo a Amalia antes de mirar a la Asesora. De ninguna manera iba a dejar a Amalia sola con aquella hembra. Ni el mismísimo Gharah podría arrastrarme lejos.

—Esto es por vuestro bien, *Seha*. Tenéis que poder decir cualquier cosa sin temor a repercusiones.

Amalia levantó las manos interrogante.

—¿Qué podría tener que deciros que desearía ocultar a Lhor o a Khel? ¿De qué se trata todo esto?

—De asegurarme de que conocéis la ley y vuestros derechos —la sonrisa de Letha, aunque pretendía ser amistosa, era espeluznante—. Velar por vuestro bienestar físico y mental también está entre mis obligaciones.

—Como podéis ver, gozo de buena salud y estoy bien cuidada... mimada, de hecho —sonrió Amalia saludando a su fastuoso entorno.

—¿Lo estáis? —desafió Letha—. ¿Estáis bien provista de todas las necesidades básicas?

—¡Claro que sí! —dijo Amalia—. Vivo en una casa magnífica, con un personal extremadamente acogedor, uno de los cuales resulta ser la cocinera más asombrosa. En los últimos días, he gastado una cantidad obscena de los créditos que Khel me proporcionó en ropa, zapatos, accesorios y cualquier otra cosa que se me antojara. Me han dado una fabulosa suite de tres habitaciones para que haga lo que quiera. Así que sí, estoy más que bien provista en lo que se refiere a necesidades básicas.

Mi corazón se hinchó de orgullo. La pequeña Amalia tenía fuego. Estaba claro que la Asesora quería causar problemas y yo la quería fuera de aquí. Ya. Ahora mismo. No tenía ninguna duda de que alguien la había enviado. Zhul, sospechaba, aunque demostrarlo sería todo un reto.

Letha apretó los labios.

—Eso suena adecuado. Entonces deberíamos discutir las leyes de apareamiento.

Amalia frunció el ceño.

—El Magíster Zhef fue bastante minucioso. ¿Omitió o tergiversó algo?

—Bueno... no —admitió Letha a regañadientes.

—Entonces, ¿de qué hay que hablar?

—¿Tenéis alguna pregunta o duda sobre las leyes, su aplicación o su cumplimiento?

Amalia tamborileó con los dedos en el reposabrazos.

—No, todo estaba bastante claro. Como ya he dicho, el Magíster Zhef fue muy minucioso.

—Quiero asegurarme de que sepáis que vuestra Unión no es definitiva —dijo Letha—. Al final de vuestra Prueba, podéis solicitar su disolución, sin necesidad de justificaros. Las hembras extranjeras suelen sentirse solas y vulnerables. Algunas temen poner fin a una Unión porque no tienen adónde ir. Ahí es donde entro yo. Cuando llegue el momento, os proporcionaremos alojamiento cómodo y gratuito en Distrito Capital y recibiréis una asignación de crédito hasta la próxima Unión. Como Perla exótica, encontraréis fácilmente una pareja más adecuada entre los Primes que elijáis —rebuscó en su bolso—. Ah, y aquí tenéis algunos anticonceptivos para evitar... sorpresas desafortunadas antes de eso.

Amalia y yo miramos atónitos a la Asesora. ¡Qué atrevimiento! ¿Irrumpió en nuestra casa sin invitación para incitar a Amalia a disolver su vínculo a menos de una semana? Me enfurecí, aunque Amalia no era mi compañera.

Debería haberlo sido.

Amalia se enderezó en la silla, cruzó las piernas y juntó las manos sobre la rodilla. Haciendo caso omiso de los anticonceptivos que Letha le tendía, se inclinó hacia delante y la fulminó con la mirada.

—¿*Seha*...? —preguntó Amalia con frialdad.

—Colbhen. Letha Colbhen.

—Asesora Colbhen —articuló Amalia lentamente—. No puedo creer la mierda que acaba de salir de vuestra boca. ¿Llevo apareada menos de una semana y estáis alabando la facilidad y comodidad con la que podría abandonar a Khel al final de la Prueba? Me molesta que habléis de la disolución de mi Unión no como un *quizás*, sino *cuando* llegue ese momento. Me molesta aún más que digais *un compañero más adecuado*. ¿Y de dónde coño sacáis que llaméis *desafortunada sorpresa* a cualquier hijo que Khel y yo pudiéramos concebir?

Letha retrocedió ante la diatriba de Amalia, con su cara alargada aún más por la boca abierta.

—Yo esperaría que un asesor me aconsejara sobre cómo garantizar el éxito de mi

apareamiento; que promoviera formas de acelerar mi integración en esta sociedad; no que intentara venderme otra oportunidad de tener un Prime. Si quisiera un Prime, habría ido a por uno. Tengo exactamente el macho que quería y no solo es adecuado, es jodidamente impresionante en todos los sentidos, incluyendo en la cama. Así que vuestros convenientes servicios *no serán* requeridos. Mi Unión *es* definitiva y lo seguirá siendo. Al diablo los juicios. Y en cuanto a esos anticonceptivos, puedo sugeriros unos cuantos sitios donde metéroslos.

Amalia se levantó de la silla, con el pelo cayendo en cascada sobre su ágil espalda. Se alzaba por encima de la Asesora, con los ojos encendidos de desprecio. Era magnífica: elegancia entrelazada con duro acero.

—Ya habéis dicho lo que veníais a decir. Vuestro deber está cumplido. No volváis más.

—Pero... —Letha balbuceó.

—Lhor, ¿te importaría acompañarla fuera?

—Será un placer —dije con una sonrisa salvaje.

—Jhola servirá el almuerzo en breve. Nos encantaría tu compañía, Lhor.

Letha extendió la mano para otro saludo guerrero, pero Amalia la ignoró y se alejó. Me obligué a no quedarme mirando su elegante figura cuando dobló la esquina. Letha dejó caer la mano, con la boca apretada. Sonreí satisfecho y pedí a Yhan y Sohr que sacaran la basura.

Tenía que ir a comer.



CAPÍTULO 12

AMALIA

¡Qué descaro! Necesité toda mi fuerza de voluntad para no echarla a patadas de la casa. Supe que era una mala noticia en cuanto vi su cara de amargada. La sensación húmeda de sus manos en mi brazo me había dado escalofríos. Había algo raro en todo aquello. A pesar de que se había ido, sentí un malestar en la boca del estómago. Intenté atisbar su futuro.

Letha se sentó en una lanzadera privada con el logotipo de Bienestar Familiar. Ordenó al piloto que regresara a la Sala. El transbordador despegó mientras ella sacaba su datapad y escribía un mensaje a un contacto llamado V.

"Contacto con la Perla. Mensaje entregado. No ha cooperado. Rechaza futuras visitas. Tarea completada".

Dejó el datapad en el asiento contiguo y apretó los labios.

La desventaja de mi don apareció cuando la visión se desvaneció: estaba fuera de mi alcance. Sin embargo, cuanto más familiarizada estaba con alguien, mayor era la distancia que podía mantener. La visión no había revelado mucho. ¿La había enviado Gruuk en misión de reconocimiento? Nada en mi visión indicaba juego sucio, así que tal vez solo era intolerante y pésima en su trabajo.

Si tan solo pudiera hackear los sistemas en mis visiones. Sería increíble poder rastrear el mensaje hasta el receptor y husmear en su sistema. El sonido de unos pasos me devolvió al presente. Lhor entró en el comedor. Su andar grácil me recordó la forma hipnotizadora en que se movía su cuerpo en la sala de entrenamiento—fluido, controlado, letal.

—Gracias por no dejarme a solas con esa hembra —dije cuando Lhor se sentó a mi lado en la mesa—. Me hizo sentir muy incómoda. Había algo en ella...

—Fue un honor, Amalia. Ahora eres de la familia. Y tienes razón, había algo raro en ella. Pero los guardias investigaron sus antecedentes mientras hablabas y su historia concuerda.

Asentí lentamente. Mi visión indicaba lo mismo.

—No puedo creer que me dijera que dejara a Khel cuando acabara la prueba y eligiera a un Prime. ¿Crees que ya tiene a alguien en mente?

Lhor se encogió de hombros.

—Ella estaría en la posición perfecta para hacerlo.

Mientras hablaba, Lhor llenó mi plato con varios platos que Jhola puso para nosotros. Lo examiné discretamente, asombrada de nuevo por sus rasgos impecables. Khel también era guapo, aunque sus rasgos no eran tan refinados. Si no fuera por la Mancha, Lhor tendría a todas las hembras en kilómetros a la redonda rogando por su atención. Esos ojos azul eléctrico eran hipnotizantes y sus labios... ¡Que la Diosa se apiade de mí! Regordetes y sensuales, no podía evitar preguntarme cómo serían de suaves.

—No sabía que los Xelixianos se saludaran entrelazando los antebrazos —dije, apartándome de mi peligrosa línea de pensamiento—. Parece que mantienen el contacto físico al mínimo.

—A mí también me sorprendió. No tocamos a los desconocidos. El saludo estándar de los Xelixianos es colocar la mano derecha sobre el corazón y hacer una leve reverencia. Juntar el antebrazo es un saludo de guerrero. Cuando le agarraste el antebrazo en respuesta, me pregunté si esa era la forma de tu gente.

—Nop —negué con la cabeza—. Los Veredianos saludan a los amigos íntimos y a la familia colocando la mano derecha sobre el corazón de la otra persona mientras se miran fijamente a los ojos. La persona dirá *de mi corazón al tuyo* y la otra se lo repetirá.

—Entonces es bastante extraño —dijo, con sus ojos recorriendo la longitud de mi brazo donde la asesora lo agarró.

No quise darle más vueltas a la asquerosa hembra. Aparte de molestarme, no me había hecho ningún daño.

—Cuéntame algo de ti, Lhor.

Sonrió, con esos adorables hoyuelos guiñándome un ojo, haciendo que mis partes femeninas se animaran con interés.

—Creo que es tu turno de contarme algo sobre ti, Amalia.

Era justo. Lástima que mis propias historias no tuvieran finales felices como las suyas. No había habido un “Tío Dhak al rescate” el día que murió mi madre. Le conté a Lhor cómo crecí en El Revenant con mi madre, Sevina y Nana Maheva. Habíamos encontrado un trozo de felicidad juntas.

—Es irónico que la codicia de Gruuk matara a mi madre —dije, sumida en mis pensamientos —. Llevaba bien entrado el quinto mes de embarazo cuando Gruuk se enteró de la localización de un gran cargamento de celesio. Estábamos lo bastante cerca como para robar el cargamento antes de que llegara su dueño. A pesar de su estado, envió a Mamá con el equipo de recuperación. Con su habilidad cinética, podía abrir el contenedor y cerrarlo sin dejar rastro. Pero cuando lo hizo, dentro no había celesio, sino kaledio, un metal altamente radiactivo. En su estado, la radioterapia la habría matado a ella y al bebé, así que Gruuk decidió esperar.

Respiré hondo. Después de diez años, aún me dolía pensar en mi madre. Los ojos de Lhor se llenaron de compasión.

—Mi Nana puede curar cualquier herida, pero no puede curar la enfermedad. La salud de

mamá empeoró tan rápido que tuvieron que inducir el parto, pero ya era demasiado tarde. Mamá y mi hermanita murieron —después de eso, Gruuk recordó a la Tía Aleina; tenía la misma habilidad que mi madre. La nave que la transportaba a El Revenant nunca llegó. Envió una señal de socorro, diciendo que estaba siendo atacada por una nave camuflada. Nunca supimos qué le pasó a mi tía ni a la tripulación.

La muerte de Mamá fue mi primera visión premonitoria. Soñé que se ponía de parto. Nana y el médico jefe de El Revenant le practicaban una cesárea. Mi madre estaba bajo anestesia local y entraba y salía del delirio.

—Mamá, dile a Amalia... dile a mi niña que la quiero —dijo Mamá, con el rostro tenso por el dolor—. Dile que lo siento. Que no quería dejarla. Prométeme que la cuidarás. Ella no lo entenderá. Prométemelo, Mamá.

—Te lo prometo, Vina. En cuerpo y alma, prometo cuidar de ella mientras la Diosa me permita respirar —dijo Maheva.

El médico liberó el cuerpo inerte y sin respuesta de mi hermana del vientre de mi madre. Intentó reanimarla mientras Nana utilizaba su habilidad para sellar la incisión a lo largo del vientre de Mamá. Estaba claro que el bebé se había ido y Nana hizo un gesto al médico para que se detuviera.

Nana limpió a mi hermana y la puso en brazos de Mamá. Las dos lloraban mientras Mamá acariciaba los rizos castaños de mi hermana.

—¡Oh, Eryon! Ojalá pudieras ver lo guapa que es nuestra niña. Es igualita a ti —sollozaba mi madre—. Ojalá pudiera verte por última vez. Mi Eryon...

El oficial médico cogió al bebé de los brazos de mi madre mientras la luz se desvanecía de sus ojos.

Fue entonces cuando salí del sueño, asustada al ver que las literas de Mamá y Nana estaban vacías. Corrí a la enfermería, con los pies descalzos golpeando la fría superficie de los pasillos de la nave. Cuando irrumpí en la habitación, Nana se estaba lavando las manos para quitarse la sangre de Mamá. Me puse completamente histérica, pataleando y gritando para que Mamá volviera. A pesar de mi pequeño tamaño, habían sido necesarios dos miembros de la tripulación para sujetarme antes de que el oficial médico consiguiera sedarme.

—¿Amalia? ¡AMALIA! —la voz de Lhor me sacó de mi ensoñación.

Mis ojos volvieron a enfocarse.

—Las echo de menos, Lhor —una lágrima resbaló por mi mejilla—. Echo de menos a mi madre. Echo de menos a mi Nana —le rodeé los hombros con los brazos y lloré a lágrima viva.

Lhor me atrajo hacia él y me sentó en su regazo, acariciándome la espalda.

—No llores, Lia. Encontraremos a tu Nana. Te prometo que la encontraremos.

enamos con Lhor, Sivh y Jhola en el jardín. Lhor mencionó la extraña visita de la Asesora. Aunque no quería ocultarle secretos a mi compañero, una parte de mí deseaba que no lo hubiera hecho. Como era de esperar, Khel estaba furioso. Me costó un poco de esfuerzo volver a calmar los ánimos, pero al final lo conseguí.

Mientras terminábamos de comer, admití que no sabía nadar. Jhola me dijo que, como ya tenía unos cuantos bañadores que me había regalado, había que darles un buen uso. Khel se ofreció amablemente a enseñarme.

Una hora más tarde, Khel se unió a mí en la piscina con un par de pantalones cortos. Pecaminosamente, deseé que fueran los ajustados que llevaban los machos durante la Selección. La naturaleza de mis pensamientos debió de reflejarse en mi rostro, porque sus ojos echaron chispas.

Me levanté de la silla y me pavoneé hacia él. El bañador de dos piezas favorecía mi figura. Me encantaba el contraste de la tela blanca con mi piel cobriza. Aunque me abrazaba los pechos, la parte de arriba ocultaba poco de mis pezones granulados y dejaba al descubierto un amplio escote. La parte inferior de corte alto dejaba entrever las curvas de mi trasero y enmarcaba las marcas de mis caderas. Era lo bastante decente como para llevarlo en público, pero lo bastante travieso como para inspirar imaginaciones salvajes.

Cuando estuve a su alcance, Khel me puso la mano en la espalda y se apretó contra mí. Aunque sus calzoncillos no eran reveladores, la dureza que se tensaba contra mí revelaba su estado de excitación. Me pasó los dedos por el pelo y me dio un beso abrasador. Un gemido hambriento retumbó en su garganta. Su otra mano se deslizó hasta mi trasero, apretándome aún más contra su rigidez. Me separé del beso y apoyé los dedos en sus labios mientras él se inclinaba para darme un segundo beso.

—Nada de esto ahora, querido compañero —dije con un aplomo que no sentía, tratando de ignorar el palpitar entre mis piernas—. Estás aquí para enseñarme a nadar, ¿recuerdas?

Khel gimió con dolorosa frustración.

—Claro.

Me cogió de la mano y me ayudó a meterme en la parte menos profunda de la piscina. El agua estaba agradablemente templada. Había imaginado que estaría bastante fría con la puesta de sol. Para mi alegría, Khel demostró ser un profesor muy paciente y comprensivo. Yo no lo hacía fatal—bueno, quizá un poco—pero nunca sería una superestrella de la natación.

Cuando me dispuse a dejarlo, el sol se había puesto. La casa estaba a oscuras, Sivh y Jhola se habían retirado a sus habitaciones y Lhor probablemente estaba en su despacho. Las únicas luces del oscuro jardín estaban empotradas y dispersas por los bordes de la piscina. Khel y yo estábamos frente a frente, con el agua lamiendo la curva inferior de mis pechos.

—Es hora de recompensar tu duro trabajo, profesor —le pestañeé. Le rodeé el cuello con los brazos y le rodeé la cintura con las piernas.

Me cogió las nalgas con las dos manos y apretó contra mí su miembro ya despierto.

—Ha sido un trabajo duro —gimoteó bruscamente—. Merece una compensación sustancial.

Mientras me besaba, Khel me quitó ágilmente el top y lo arrojó al borde de la piscina. Bajó su boca caliente y húmeda hasta mis sensibles pechos y succionó un pezón. Sin interrumpir sus ministraciones, vadeó el agua tibia y me sentó en el borde de la piscina. Empujándome suavemente sobre la espalda, con las piernas colgando en el agua, me bajó la parte inferior del bañador. Levanté el culo para librarme de la incómoda obstrucción, que él tiró en la misma dirección que la parte de arriba.

Su lengua me lamió, sorbió y acarició, extendiendo un cálido cosquilleo por todo mi cuerpo. Colocó mis piernas sobre sus hombros y me abrió de par en par para su boca perversa. Grité su nombre cuando un rayo de placer me atravesó el vientre y me hizo doblar los dedos de los pies. Largos gemidos sollozantes brotaron de mí mientras le frotaba el pelo corto y lo mantenía pegado a mi cuerpo. Khel me hizo el amor con la lengua. Era larga, áspera, y entraba y salía de mí con furioso ardor. Estaba al borde de un orgasmo inminente cuando tuve una visión.

Lhor estaba de pie en las sombras de su balcón. Contemplaba el jardín con tristeza y anhelo. Lo observó durante unos segundos antes de volverse hacia su habitación. Su mano se detuvo en el marco de la puerta y sus nudillos se blanquearon. Temblando, se volvió hacia el jardín. La expresión afligida de Lhor se desvaneció mientras su mirada se llenaba de un calor descarnado.

Salió al balcón, adentrándose en las sombras de la noche sin luna. Al cabo de unos instantes, se estremeció como golpeado por una intensa oleada de placer, y su rostro adoptó una expresión de éxtasis. Se apoyó con una mano en el balcón y la otra en la pared. Le recorrió otro temblor. Su mandíbula se aflojó y echó la cabeza hacia atrás, extasiado.

Khel me frotó el clítoris con el pulgar, sacándome de la visión mientras me convulsionaba en la agonía de un orgasmo estremecedor. Mi cuerpo se retorcía de felicidad, tendido en el borde de la piscina. Sentí los colmillos de Khel en el interior de mi muslo. En una lánguida bruma, miré hacia la casa y vi la puerta del balcón de Lhor abierta. No tenía ni idea de que yo tenía una visión nocturna perfecta.

Con la mente nublada, me pregunté si debía decir algo. Una parte de mí sabía que la sociedad educada no vería con buenos ojos que él mirara. Pero yo no me había criado en esos círculos. En mi mundo... Bueno, en mi mundo anterior, la gente follaba o era follada cuando y donde fuera. Algunos a la fuerza, otros buscando consuelo. Mi brújula moral era diferente. Pensar en Lhor mirándonos me excitaba. El hecho de que pudiera sentir el placer de Khel me hizo desear que el clímax de Khel fuera aún más fuerte.

Khel interrumpió mis cavilaciones saliendo del agua junto a mí. Se acercó a la tumbona y tiró el cojín acolchado al suelo. Me levantó y me tumbó suavemente encima para protegerme la espalda del áspero patio de piedra. Abrí las piernas y él se arrodilló entre ellas. Mirando a la derecha, vi a Lhor volviendo a su dormitorio, igual que en mi visión.

Khel se introdujo lentamente en mi interior hasta envainarme por completo. Pronunció mi nombre en un gemido largo y reverente mientras empezaba a mecerse dentro y fuera de mí.

—Amalia... Amalia... Mi compañera. Me siento tan bien dentro de ti —su voz sonaba entrecortada por un placer abrasador.

Aumentó la velocidad. Gemí su nombre, agarrándome a su trasero para meterlo más dentro de mí.

—Me encanta cómo suenas... cómo dices mi nombre, con esa voz ronca. Me la pones tan dura.

Las crestas de su pene me producían ondas de placer. Le chupé el cuello, saboreando la salinidad del sudor de su piel. Khel cambió de ángulo y la cabeza roma de su polla rozaba mi punto dulce cada dos por tres, enviando ardientes espirales de placer desde mi vientre hasta mis piernas. Le mordí el hombro con un grito ahogado.

—¿Te gusta, *Falihna*? ¿Te gusta mi polla dentro de ti? —me susurró al oído.

A mi compañero le gustaba decir cosas sucias durante el sexo. Me excitaba.

—Sí... Sí, Khel. Más fuerte...

Estaba al borde de otro orgasmo cuando de repente me sacó, dejándome hueca. Me puso boca abajo y, antes de que me diera cuenta, me puso a cuatro patas, me abrió las piernas con la rodilla y volvió a penetrarme de un solo golpe.

Grité de éxtasis ante la increíble plenitud y él marcó un ritmo de castigo. Me mecí contra él, correspondiendo a cada una de sus embestidas. Su mano se arrastró hasta mi pecho, arqueando mi espalda hacia él. Su aliento caliente y entrecortado sopló en la base de mi cuello segundos antes de que su lengua lamiera las marcas entre mis omóplatos. Gemí mientras un rayo de fuego me recorría la columna vertebral hasta estallar en una llamarada ardiente en la ingle. Khel me rodeó el cuello con la mano y me levantó la cabeza.

Mis ojos se clavaron en Lhor, que parecía luchar por mantenerse en pie, con las manos aún agarradas a la barandilla. Su rostro se tensaba bajo lo que parecía una mezcla de placer y dolor. La visión de su lengua lamiéndole el labio superior casi me hizo correrme.

Por la Diosa, era hermoso.

—Córrete para mí, Amalia —me gruñó Khel al oído—. Quiero sentir cómo te corres en mí. Ahora mismo.

Metió las manos entre mis piernas y frotó febrilmente mi nódulo, llevándome al límite. El clímax me alcanzó como un rayo y mi boca se entreabrió en un grito silencioso. Khel gritó su propia liberación, llenándome con su semilla. La cara de Lhor se disolvió en éxtasis. Se soltó de la barandilla y se agarró la entrepierna como si quisiera contener la mancha oscura que se extendía por sus calzones.

Volví a alcanzar el clímax...

Destruida, me desplomé sobre el cojín. Khel estrechó mi cuerpo tembloroso entre sus brazos mientras me cubría la cara, el cuello y los hombros con besos apasionados. Cuando hundió sus colmillos en mí, me incliné hacia el mordisco, perdida en un dichoso olvido. Poco después, Khel me llevó tiernamente a nuestra habitación. Mientras me acurrucaba en él, recuerdo vagamente

haber pensado que habíamos dejado nuestros bañadores esparcidos por el jardín. Jhola descubriría lo que hicimos.

¿Ups?



CAPÍTULO 13

KHEL

Me tumbé en la cama con Amalia, los dos estábamos desnudos. Ella seguía durmiendo, tumbada sobre mí. Acaricié perezosamente su regordete trasero mientras trazaba con un dedo las marcas de su brazo.

¿Ella sabía que las manchas más grandes se oscurecían cuando se excitaba? En cuanto lo hacían, se volvían muy sensibles y el más mínimo roce la volvía loca. La forma en que se estremecía y los sonidos que emitía cuando se las lamía me volvían loco. Sentí que se me ponía duro de solo pensarlo. Deseaba sentir sus manos y sus labios alrededor de mi pene. La forma en que me había hecho sentir anoche...

¡Que la Diosa se apiade de mí!

Esto, a su vez, me trajo un recuerdo más perturbador. Me ablandó. Sentí la presencia de Lhor en cuanto salió de su habitación al balcón. No podía verle entre las sombras, pero sabía que estaba allí, observándonos. Nunca lo había sentido a tanta distancia, ni con tanta fuerza. Nuestro vínculo parecía haberse reforzado últimamente. Lhor era mi Gem, la otra mitad de mí que de algún modo había aterrizado en otro cuerpo. Él había sido un bebé enfermizo. Solo mi presencia lo hacía mejorar. Así que sus padres vinieron a quedarse con nosotros durante sus primeros años.

Su indiscreción me dejó desgarrado. Me indignaba que otro macho observara a Amalia en un momento tan íntimo. Sin embargo, también me sentía culpable por alardear de algo que Lhor nunca habría hecho. No podía reprocharle que viera lo que debería haberse hecho a puerta cerrada, pero él también debió haberse marchado.

Cuando sentí su presencia por primera vez, casi arrastré a Amalia de vuelta a nuestra habitación. Supuse que se marcharía, así que lo dejé pasar. Cuando me di cuenta de que no se iría, ya tenía las pelotas dentro de ella. El cielo podría haberse caído, el suelo abrirse a nuestro alrededor, no había forma de que me detuviera. Se sentía demasiado bien. Después, no me importó. Ahora, me sentía culpable por no mantenerla a salvo de miradas indiscretas.

Se revolvió contra mí. Su mano se deslizó por debajo de la mía y se posó justo debajo de mi ombligo. *¡Sigue!* gemí internamente mientras la sangre se me agolpaba en la ingle. Suspiró dulcemente contra mi pecho y se estrechó contra mí en un tierno abrazo.

Me rozó el pezón con un suave beso.

—Buenos días, *Sehr* Praghan.

—Buenos días, *Seha* Praghan —le di un suave apretón en el trasero.

Reanudando su viaje hacia abajo, su mano de seda se posó en mi polla palpitante, rodeándola con sus delicados dedos.

—Parece que alguien más se ha despertado. Supongo que también se merece un beso de buenos días —se arrastró hasta mi entrepierna, dejando un rastro de besos por el camino.

Contuve la respiración cuando se arrodilló entre mis piernas, con la cara a escasos centímetros de mi polla. La cabeza brillaba con una perla de semen. Mirándome fijamente, lamió lentamente la humedad salada de su raja, haciéndome sisear de placer. Me guiñó un ojo y rodeó mi polla con la boca.

¡Oh, Diosa!

~

Por la mañana hacía un poco de frío, así que desayunamos dentro. Lhor se unió a nosotros. Tardé un rato en superar mi propia torpeza después de la noche anterior y unirme a la conversación informal sin parecer forzada. Lhor se comportaba con su jovialidad habitual, deleitando a Amalia con anécdotas embarazosas de los momentos menos gloriosos de mi juventud. Se habían caído bien al instante. Me asustaba que las dos personas más importantes de mi vida se llevaran tan bien. Había verdadera química entre ellos. Si ella le hubiera elegido a él, la habría hecho feliz.

Lhor era guapo. Corriendo por la ciudad cuando éramos niños, me sentía cohibido porque la gente me encontraría escaso. No era feo ni mucho menos, pero donde yo era brusco e intimidante, él era refinado y carismático.

Lhor quería a mi compañera. ¿Quién no lo haría? No podía sentir sus emociones, aunque de vez en cuando las vislumbraba. Pero por mucho que la deseara, Lhor nunca traicionaría mi confianza. Sin embargo, cuando ella lo miró con ojos llenos de asombro, no pude evitar que una pizca de miedo se me encogiera en las entrañas. Las palabras de Dervhen en la Unión se colaron en mi mente. ¿Y si ella decidía abandonarme al final de la Prueba? ¿Y si decidía que quería más a Lhor? Yo no era juguetón como él. Mis dotes para el humor apenas superaban a las de Ghan, que eran inexistentes. El trabajo me mantenía alejado durante horas y pronto las misiones me llevarían fuera del planeta durante días, si no semanas. Mi personalidad rígida y fácil de enfadar estaba destinada a acabar aburriéndola o incluso asustándola.

Ahuyentando mis pensamientos sombríos, cogí un trozo de ryspak fresco y se lo di a Amalia. Ella gimió cuando el sabor de la dulce fruta explotó en su boca. Me alegré de que le gustara el ryspak. Era fundamental en la dieta de los Xelixianos. Una hembra no podía llevar a término un feto Xelixiano si no consumía cantidades sustanciales a diario.

Tras el desayuno, dejé a Amalia en las hábiles manos de Jhola. Empezarían a decorar su suite de tres habitaciones. Amalia quería un despacho para estudiar la lengua Xelixiana, entre otras cosas. También quería hacer algún tipo de profesión. Aún no sabía cuál y creía que el hackeo no era una profesión adecuada. Era una pena. En el ámbito militar o policial, su habilidad sería una herramienta poderosa. Sin embargo, estaba traumatizada por la forma en que Gruuk había aprovechado su habilidad y quería tener lo menos posible que ver con ella. No quería presionarla, pero esperaba que lo reconsiderara.

Por primera vez, ella tenía la posibilidad de decidir su futuro y no quería desperdiciar su destino holgazaneando todo el día alrededor de una piscina. Me habría parecido bien. Al fin y al cabo, era mi deber mantenerla. Dicho esto, creía que la falta de objetivos mataba el alma. Era bueno que Amalia quisiera esforzarse y desafiar sus límites.

Gracias a la Diosa, el dinero no era un problema. Bajo la hábil dirección de Lhor, nuestro negocio de ryspak prosperó. Teníamos varias inversiones sólidas y un gran colchón de créditos acumulando polvo, que por fin llegaría a gastar, dándole a Amalia todo lo que antes se le había negado.

Lhor y yo volvimos al recinto, donde Ghan nos esperaba con una actualización de la situación.

—Cuéntamelo todo —le dije.

Ghan mostró un mapa con el puerto espacial del Distrito Capital.

—He escuchado la grabación de Lhor de su conversación con tu compañera. Siguiendo los pasos de su huida, pudimos determinar que la nave de Gruuk estaba en la Terminal C de la Bahía de Acoplamiento secundaria 285A. Pero según el manifiesto de la nave y los registros oficiales del puerto espacial, El Revenant nunca atracó allí el martes. Las reparaciones de emergencia de su nave tras un ataque pirata les obligaron a retrasar su llegada. Nueva fecha pendiente. Los registros también dicen que la Terminal C estuvo vacía todo ese día.

Llegué a la conclusión más obvia.

—Los registros fueron falsificados.

—Sí —dijo Lhor—. Un trabajo interno muy bien hecho. Mi primera consulta indicó que El Revenant abandonó el puerto espacial una hora después de que Amalia escapara y atracó en el muelle principal, en el terminal E. Incluso antes de que tuvieran motivos para esperar una posible investigación, ya habían falsificado los registros.

¿Hasta dónde llega esta corrupción?

—¿Sabemos si realmente abandonó el planeta?

—El Revenant definitivamente dejó Xelix Prime —dijo Ghan—. Pero no podemos garantizar que Gruuk estuviera a bordo o que no haya regresado al lado del planeta en una nave diferente. Solo hay cuatro personas con el nivel de autorización para modificar los registros. Una estaba fuera del planeta, la otra está en Xelhin celebrando el nacimiento de su primera bisnieta. Esto deja a Sahl Kerlhan y Yhul Mirvhen que estaban ambos de servicio martes y miércoles.

—No encontré nada destacable en los registros financieros de ninguno de los dos machos —Lhor se reclinó en su silla y cruzó las piernas—. Salarios medios, saldos de crédito medios, estilo de vida medio y ninguna compra lujosa reciente. Sin embargo, Mirvhen estaba en las últimas fases de la Mancha. Hace cuatro años, a pesar de no estar casado, se recuperó milagrosamente poco después de ser ascendido. Ahora está clasificado como un Norm.

—Tenemos que hablar con Mirvhen —miré a Ghan que asintió—. Lhor, ¿qué hay de la Terminal C? ¿Algo sobre los titulares de contratos de exclusividad?

—Hay dos titulares. Uno es una pequeña cooperativa de agricultores del distrito de Xelhin. El otro es el Hospital del Distrito Capital. Ghan y yo estamos seguros de que ninguno está involucrado.

—Además, la actividad de Gruuk comenzó mucho antes de que ninguno de los dos adquiriera los contratos —dijo Ghan.

—Excelente trabajo. ¿Tenemos...?

Una llamada de emergencia zumbó en mi comunicador.

—¿Jhola? —pregunté con una sensación de temor.

—¡Khel, ven rápido! —sollozó—. Amalia se ha desmayado. Está teniendo un ataque.

Se me paró el corazón. Corrí hacia la casa. A través del comunicador oía gorgoteos de dolor y miembros golpeando contra una superficie dura.

—¡Sujétala para que no se haga daño! —grité por el comunicador.

—¡Sivh, ayúdame! —oí gritar a Jhola.

Oí a Ghan en el comunicador llamando a Minh Volghan, el médico de mi familia. La corta distancia hasta la casa nunca me había parecido tan interminable. Entré en la habitación y encontré a Sivh y Jhola sujetando a Amalia. Las convulsiones ya habían pasado. Miraba al techo, con los ojos brillantes y la boca llena de babas. Cuando me arrodillé a su lado, su cuerpo se sacudió con un violento espasmo, y luego otro. Sus ojos se pusieron en blanco.

—¡AMALIA! —la cogí en brazos y la sacudí, deseando que abriera los ojos—. *Falihna*, despierta. ¡Despierta! Por favor, no te mueras. Por favor, no me dejes.

Levanté uno de sus párpados. Todavía tenía los ojos en blanco. Estaba tumbada en mis brazos. El único indicio de que aún vivía era su débil respiración entrecortada. Miré a la habitación conmocionado. Lhor estaba de rodillas a sus pies, con una expresión de absoluta devastación en el rostro. Sivh sostenía a una llorosa Jhola. Ghan hablaba por el comunicador.

—¿Qué coño ha pasado? —le limpié las babas de la cara, meciéndola suavemente.

—Estábamos mirando el datapad cuando Amalia preguntó por qué sentía tanto calor. No sabía a qué se refería, la temperatura no había cambiado. Empezó a sudar y seguía preguntando por qué hacía tanto calor. Luego dijo que no podía respirar. Fue entonces cuando te llamé, pero cuando contestaste ya se había desmayado —dijo Jhola con lágrimas en los ojos.

—Khel —dijo Ghan con tono tranquilizador—, Yhan está en la entrada listo con el transbordador. Tenemos que llevarla al hospital inmediatamente.

—¿Dónde coño está el médico? —grité.

—Khel —repitió Ghan con calma, pero con fuerza—, tienes que escucharme. Volghan está en Xelhon realizando una operación. Pasarán horas antes de que llegue. Vendrá en cuanto pueda, pero tu compañera morirá si le esperamos. Tienes que llevarla al transbordador para que podamos llevarla al hospital inmediatamente.

Mi cerebro no podía funcionar correctamente. Decía palabras razonables, pero yo no podía procesar lo que decía. Me sentí abrumado por olas aplastantes de desesperación. A lo largo de toda mi carrera he tomado decisiones que podían significar la vida o la muerte de cientos o miles de personas. Ni una sola vez había fallado. Pero ahora mismo, sosteniendo el cuerpo apático de mi compañera, me estaba ahogando.

—¡KHEL! ¡LEVÁNTATE! —me gritó Ghan. Se enfrentó a Lhor y le dijo con los dientes apretados—: ¡Ya basta!

Volví de golpe, el miasma de angustia abandonó de repente parte de su poder sobre mí. Me puse en pie, la levanté y, entumecido, seguí los pasos de Ghan.

Ghan se adelantó para avisar de nuestra llegada. No recuerdo cuánto tardamos en llegar al hospital. El Dr. Lurphin, una enfermera y dos camilleros nos recibieron. Yo quería tener a Amalia en mis brazos, pero accedí a la petición del médico. Al ver su dificultad respiratoria, el personal médico le colocó una mascarilla de oxígeno en la boca antes de entrar.

Mientras se dirigía a toda prisa a la habitación de Amalia, la enfermera le pinchó el dedo con un estilete antes de introducirlo en un analizador portátil. Jhola contó lo sucedido al médico. Llegamos a la habitación de Amalia, donde la enfermera entregó el analizador al Dr. Lurphin. A continuación, la enfermera se dedicó a revolotear alrededor de mi compañera con un escáner portátil. La forma inmóvil de Amalia parecía disminuida en la habitación desnuda y estéril. Su piel cobriza parecía apagada y sin color contra la sábana blanca.

El doctor revisó el análisis de sangre de Amalia con un zumbido pensativo. Cambió el analizador por el escáner que le entregó la enfermera. Después de revisar la pantalla, Lurphin hojeó unas cuantas pantallas del aparato antes de acercarse a Amalia.

—¿Qué desayunó ella? —preguntó el Dr. Lurphin.

—Un desayuno tradicional —dijo Jhola con voz temblorosa.

—Sí, sí —el Dr. Lurphin hizo un gesto de impaciencia—. Pero, ¿qué servisteis concretamente?

Jhola se retorció las manos.

—Pan tostado de nueces y bayas, huevos khelfis revueltos, tiras de rhomak fritas, ryspak en rodajas y té de flexina.

—¿Era la primera vez que comía ryspak?

—No, doctor. Le he servido ryspak en todas las comidas desde que está con nosotros.

El Dr. Lurphin entrecerró los ojos ante Jhola.

—¿Pero hubo alguna diferencia en la forma en la que preparasteis el ryspak hoy en

comparación con las veces anteriores?

—Bueno... —Jhola vaciló—. En cada comida la preparación era diferente. Pero hoy era la primera vez que lo servía crudo.

—Ahí está —dijo Lurphin con un suspiro—. Enfermera Rosthan, por favor, pon a *Seha* Praghan una inyección de jext y luego otra de depo-medrone.

—Esperad. ¿Por qué? ¿Qué es eso? —di un par de pasos protectores hacia la cama de Amalia —. ¿Qué le pasa a Amalia? ¿Qué le estáis dando?

Lurphin dio un paso atrás, levantando las palmas en señal de paz.

—Vuestra compañera tuvo una grave reacción alérgica al ryspak. Le pedí a la enfermera que le diera una inyección de adrenalina para abrir sus vías respiratorias y un corticosteroide para reducir la inflamación de su garganta. Esto debería impedir que su sistema inmunológico libere la sustancia que causó la reacción.

—Vale, ¿pero se pondrá bien? ¿Esa inyección va a curarla?

—Debería ayudarla a recuperarse, pero solo el tiempo lo dirá. Tenemos que ver cómo reacciona su cuerpo al tratamiento en las próximas horas.

La enfermera aplicó las inyecciones y, segundos después, la respiración de Amalia se calmó. La dolorosa tensión de su rostro desapareció hasta que se calmó. Al cabo de otro minuto, la enfermera retiró la mascarilla respiratoria de la cara de mi compañera.

Coloqué una mano sobre la cabeza de Amalia, acariciándole la frente. Parecía tan serena, como si durmiera plácidamente.

—¿Qué significa esto de cara al futuro? ¿Tendremos que cocinar el ryspak antes de que pueda comerlo? ¿Se adaptará con el tiempo o tendrá que tomar medicación antialérgica para digerirlo?

El doctor se movió a los pies de la cama, como queriendo poner una distancia de seguridad entre nosotros.

—Me temo que ninguna de las anteriores. Vuestra compañera no debe volver a comer ryspak, en ninguna de sus formas, o la matará.

Mis ojos volvieron a los suyos, con la ira agitándose en mi interior.

—¿Qué coño queréis decir con que no puede volver a comerlo? Lo comió sin problemas durante la semana pasada. Seguro que...

—Lo siento, *Sehr* Praghan —interrumpió el Dr. Lurphin con suavidad, pero con firmeza. Se alejó un paso más de mí. Su rostro adoptó una expresión comprensiva, aunque nerviosa—. Comprendo que esto sea un shock para vos. Cocinarla diluyó su potencia lo suficiente como para que no reaccionara negativamente de inmediato. Era solo cuestión de tiempo hasta que su sistema inmunológico produjera suficiente sustancia para desencadenar una reacción. Esto significa que nunca podrá daros descendencia, ya que obligarla a consumir ryspak la *matará*.

Se me rompió el corazón. Obviamente, yo quería un heredero para continuar la línea de sangre de mi familia. Desde el momento en que puse mis ojos en Amalia, soñé con acunar a una

niña regordeta con los ojos de su madre y hermosas marcas. Se me hizo un nudo en la garganta ante la terrible pérdida.

—¿Cómo podéis estar seguro de que el ryspak es la causa? ¿Este tipo de diagnóstico no debería requerir pruebas más exhaustivas? —pregunté, aferrándome a una última esperanza.

—No os daría una noticia tan funesta sin estar seguro del diagnóstico, *Sehr*. Estamos utilizando la tecnología más avanzada —dijo el Dr. Lurphin, señalando el escáner—. Las lecturas no dejan lugar a interpretaciones. Por supuesto, realizaremos algunas pruebas adicionales para descartar otras posibilidades, pero no esperéis que los resultados cambien. Lo siento, *Sehr* Praghan.

—¿Mi compañera estará bien? —luché por contener mi dolor y mi ira. No era culpa de él, pero quería golpearle hasta dejarle sin sentido—. ¿Por qué no se ha despertado todavía?

—Espero que se recupere totalmente. Que siga inconsciente no es preocupante todavía. Su anatomía difiere de la nuestra, y tuvo una reacción muy violenta. No es de extrañar que su cuerpo se haya apagado para curarse —Lurphin miró nervioso hacia la puerta. Quería estar lejos de mí, y no podía culparle—. Debo atender a mis otros pacientes. Vuestra compañero está estable, y las inyecciones harán su magia en las próximas horas. Volveré más tarde para ver cómo está.

—¡Esperad! —dije, interrumpiendo su intento de una salida rápida—. ¿No estáis monitorizando sus constantes vitales?

—Sí —señaló la pantalla de video en la pared más alejada de la habitación—. Es de acceso remoto, así que no hay incómodos cables conectados a la paciente. Este pequeño anillo en su mano izquierda envía de forma inalámbrica sus constantes vitales al monitor que puedo revisar en cualquier lugar del hospital. No os preocupéis, *Sehr*. Vuestra compañera está en buenas manos —inclinó la cabeza y se marchó.

Jhola se acercó a mí.

—Lo siento mucho, Khel.

Me acarició la mejilla. Con la cabeza inclinada y los hombros caídos, siguió al doctor fuera de la habitación, donde Lhor, Ghan y Sivh esperaban noticias. Acerqué una silla a la cama de Amalia, cogí su mano con las mías y comencé la larga espera hasta que se despertara.

~

Hacía poco más de tres horas que le habían puesto las inyecciones y aún no se había movido. El Dr. Lurphin vino una vez a verla. Me aseguró que sus constantes vitales eran estables y que solo necesitaba tiempo. Dentro de una hora le pondrían otra inyección antialérgica para acelerar su recuperación.

Mi compañera... En una semana, se había metido en lo más profundo de mi corazón. Me venían a la mente imágenes de nuestros momentos juntos: Amalia eligiéndome en la Selección,

con los brazos extendidos bajo la lluvia, su mirada embelesada la primera vez que la descubrí, riéndose a carcajadas mientras engañaba a Lhor, aferrándose a mí para estar segura en la parte más profunda de la piscina y montando un lío en la cocina mientras se esforzaba en sus clases de cocina. Quería pasar muchos más momentos con ella. Su incapacidad para darme un heredero era un problema grave, pero no podía ocuparme de eso ahora. Ya pensaríamos en algo más tarde. Ahora mismo, solo necesitaba que se pusiera mejor.

Jhola y Sivh volvieron a la hacienda. Además de sus tareas de jardinero, Sivh también supervisaba al personal del huerto. Nuestros trabajadores ya habrían llegado. Jhola les preparó la comida y los refrescos. Lhor y Ghan se negaron a irse cuando les dije que no tenían por qué quedarse. No discutí, estaba agradecido por su presencia. Lhor entraba en la habitación de vez en cuando para ver cómo estábamos, pero por lo demás nos daba intimidad. Mientras esperábamos, él y Ghan siguieron trabajando en la búsqueda de Gruuk.

La puerta se abrió y se cerró detrás de mí. Esperaba ver a Lhor, pero me sorprendió ver a Ghan. Avergonzado por el patético espectáculo que había dado tras encontrar a Amalia en el suelo, me ponía nervioso encontrarme con su mirada. Me levanté, obligándome a mirarle.

—Pido disculpas por mi muestra de debilidad de antes —dije—. Yo debí haber tomado una decisión. Comprendo que ya no me consideres adecuado....

—Cállate, Khel —interrumpió Ghan con calma—. Hace doce años, yo era tu sargento instructor y te hacía pasar duras pruebas. Cuatro años después, estaba bajo tu mando. Dos años después, te convertiste en el General más joven del ejército Xelixiano y me concediste el honor de ser tu primer oficial. En todos esos años, nunca has vacilado en tus deberes. Solo hasta hace tres días, por lo que has recibido una advertencia oficial.

Parpadeé, viéndole acercarse. Se detuvo a medio metro de mí.

—Esta mañana eras mi amigo, no mi General. Te vi sostener a la compañera que creíste que nunca tendrías, mientras agonizaba en tus brazos. Necesitabas a tu amigo en un momento de crisis, así que me hice cargo. Un número de factores fuera de tu control también entraron en juego hoy. Así que no te disculpes. Y siempre podrás contar conmigo —dijo Ghan con una leve sonrisa.

Asentí con la cabeza, con el corazón agradecido y la garganta contraída. *Diosa, ¿cuándo me había convertido en un desastre emocional?*

—Voy a contarle a la brigada que he conseguido que sonrías —dije para calmar los ánimos.

—Nunca te creerán.

—Probablemente tengas razón —suspiré—. Por la Diosa, Ghan, me he vuelto tan débil desde mi apareamiento.

—No eres débil. Por fin estás recordando lo que es estar vivo. Todos nos hemos vuelto insensibles. Los soldados me llaman *El Autómata*. Te han señalado como el segundo finalista para el título. Antes de tu apareamiento, ¿puedes recordar la última vez que reíste? ¿La última vez que sentiste algo que no fuera furia de batalla? —se volvió para mirar la forma inconsciente

de Amalia y su rostro adoptó una expresión suave que nunca antes había visto—. No menosprecies el regalo que se te ha concedido. Afróntalo.

—No estoy menospreciando este regalo, Ghan. Solo tengo miedo de volver a fallarle.

Ghan se encogió de hombros.

—Pues no lo hagas. Por cierto, tenemos un avistamiento confirmado de El Revenant. Estuvo atracado por última vez en la estación espacial Teforus V, pero se marchó esta mañana temprano. Gruuk se encontró con un comerciante Dantoriano al que Lhor está investigando. Te mantendré informado.

Ghan salió de la habitación.

Asentí con la cabeza a su espalda, que se retiraba, y luego volví a sentarme, mirando el rostro pálido de Amalia. La cogí de la mano y dirigí una plegaria silenciosa a la Diosa para que despertara pronto. Durante un rato le hablé de mi infancia con mi hermano Vahl y de las travesuras que hacíamos Lhor y yo. Le hablé de mis padres y de cómo la habrían querido. Le hablé de mis primeros años en el ejército y de cómo Ghan solía intimidarme. Todo el tiempo, esperaba que el sonido de mi voz la trajera de vuelta a mí.

Mi comunicador personal emitió un pitido. Lo abrí y me quedé inmóvil al ver las tres breves líneas de texto que aparecían en la pantalla.

“Ayúdame”

“Detén a la enfermera”

“No más inyecciones”

¿Qué. Coño?

Mi mente se congeló por un segundo, tratando de dar sentido a lo que veía.

¿Podría ser?

Mis ojos se desviaron lentamente de mi comunicador hacia Amalia. Ella estaba completamente inmóvil. No había señales de que hubiera despertado de su estado comatoso. El remitente del mensaje era desconocido.

—¿Amalia? ¿Ese mensaje es tuyo? —dije, con voz insegura—. ¿Puedes oírme?

Miré fijamente mi comunicador, esperando contra toda esperanza no estar perdiendo la cabeza. Los segundos se alargaron mientras mi pantalla permanecía en blanco. Después de una eternidad, aparecieron dos letras benditas.

“Sí”

El sonido que se me escapó no fue ni un sollozo ni un grito de alegría. Apreté mis labios contra los suyos con fervor desesperado. Ahora no era el momento de derrumbarme. Di un par de pasos rápidos hacia la puerta del dormitorio e hice señas a Lhor y Ghan para que vinieran rápidamente. Entraron corriendo en la habitación.

—Por supuesto, te ayudaré, *Falihna* —les mostré el mensaje de mi comunicador—. ¿Quieres que evite que la enfermera te ponga otra inyección?

“Sí”

Lhor jadeó, moviendo la cabeza hacia Amalia. Ghan se puso rígido, su mirada se desvió hacia Amalia y luego hacia la puerta cerrada. Reconocí la mirada especulativa de su rostro.

—Amalia, ¿es mala la medicación? ¿Te está haciendo daño? —le pregunté.

"Sí"

"La enfermera no es amiga"

—Vale. La enfermera no es nuestra amiga —dijo Lhor—. ¿Pero el doctor es nuestro amigo? ¿Podemos confiar en el Dr. Lurphin?

"No"

—¡Ese hijo de Gharah! —Lhor maldijo—. Tenemos que sacarla de aquí. ¿Dónde coño está Volghan?

—Terminó su operación hace unos minutos. Está en camino, pero es un largo viaje desde Xelhon. Tardará al menos otra hora —dijo Ghan.

—Además de detener a la enfermera, ¿hay algo más que podamos hacer por ti, *Falihna*?

"No más medicamento"

—Sí, no te preocupes. Nadie te dará más medicamento —la tranquilicé—. ¿Sabes lo que te ha pasado? ¿Qué te causó la reacción alérgica?

"Letha"

—¿Letha? ¿La Asesora? —sin inmutarme, me enfrenté a Ghan con cara de asombro—. ¿Estuvo otra vez en casa?

—No —dijo Ghan, negando con la cabeza—. No se le permite acercarse a la propiedad. La brigada recibió órdenes muy concretas. Ayer por la mañana fue su única vez en la hacienda. Lo que le hizo a tu compañera ocurrió entonces, o al menos ella colocó el detonador en ese momento.

Se oyó un sutil golpe en la puerta antes de que se abriera, revelando a la sonriente enfermera que sostenía un hipospray.

—Hola de nuevo, *Sehrs* —dijo alegremente—. Vengo a ponerle a *Seha* Praghan la inyección que mencionó el Dr. Lurphin.

—No será necesario —dije, con tono frío. Se detuvo en seco, desconcertada por mi actitud amenazadora—. He decidido que mi compañera no reciba ningún tratamiento adicional hasta que mi médico de cabecera la haya examinado.

—Eso es absurdo —dijo la enfermera—. *Seha* Praghan necesita esta inyección. Otro ataque de convulsiones podría matarla.

—Como vos misma podéis ver, y como confirmó antes el Dr. Lurphin, Amalia está estable. Su cuerpo necesita tiempo para luchar contra la sustancia que causó la reacción. Y así es. No hay necesidad de introducir más fármacos en su organismo, sobre todo porque no sabemos cómo afectan a su ADN.

Su cara de ratón adoptó una expresión condescendiente.

—*Sehr* Praghan, comprendo que vuestro interés es lo mejor para vuestra compañera, pero el

Dr. Lurphin es un profesional altamente cualificado. No recetaría nada que la pusiera en peligro. Por favor, dejadme hacer mi trabajo para que podamos mantener a vuestra compañera viva y a salvo.

Intentó rodearme para llegar hasta Amalia cuando Ghan plantó su estructura montañosa directamente en su camino. Cruzó sus musculosos brazos sobre su enorme pecho y la miró fijamente.

El rostro lleno de cicatrices de Ghan era aún más intimidante en su quietud.

—Ha dicho que no.

Ella retrocedió con un chillido ahogado. Sus ojos saltaron hacia Lhor en busca de apoyo, pero no lo encontró. Apretando los labios, retrocedió lentamente hacia la puerta.

—Informaré al doctor —salió furiosa de la habitación.

"Gracias"

Apreté la mano de Amalia para tranquilizarla. Pero aún no estábamos a salvo.

—Lhor, ¿cuántos problemas puede causarnos este doctor?

Lhor apoyó ambas manos en el pie metálico de la cama de Amalia.

—Técnicamente, cualquier paciente tiene derecho a rechazar un tratamiento médico. Como su compañero, puedes tomar esa decisión en su nombre si está incapacitada. Sin embargo, esa petición puede anularse si hay pruebas suficientes de que el paciente o el familiar que hace la llamada no está en su sano juicio, tiene intenciones criminales o muestra una negligencia grave. En los dos últimos casos, serías acusado y te privarían de Amalia.

Le fulminé con la mirada.

—Por el amor de Dios, Lhor, habla normal. No soy un maldito juez.

Me miró avergonzado y me sentí como una mierda por haberle contestado así. Cada vez que le preguntabas a Lhor algo relacionado con el derecho, inconscientemente se ponía en modo abogado, con discurso formal y todo. Ahora mismo, no tenía ni tiempo ni paciencia para jerga jurídica.

Apreté el hombro de Lhor en señal de disculpa.

—Lo siento, hermano —Lhor sonrió: nunca se enfadaría conmigo—. Si Lurphin trabaja para Gruuk o los nobles que la quieren fuera del juego —medité en voz alta—, me acusará de negligencia para llevársela. Tenemos que entretener a Lurphin hasta que llegue Volghan. Entonces podré solicitar que Amalia sea entregada a su cuidado.

—Eso podría ser demasiado tarde —dijo Lhor—. Necesitas comunicarte con él ahora mismo y conseguir que esté de acuerdo con detener la medicación. Lurphin solo necesita que le niegues el tratamiento médico a Amalia, sin el apoyo de un experto médico, para presentar cargos contra ti. Legalmente, es su deber proteger a los pacientes vulnerables. Una vez presentados los cargos, Bienestar Familiar se quedará con Amalia hasta que te absuelvan.

Apreté los dientes y llamé a Volghan por el comunicador. Como no respondió, lo llamé tres veces más, con el mismo resultado.

—Volghan no contesta —grité, pasándome una mano frustrada por el pelo.

—Puede que esté en tránsito —dijo Ghan—. Intentaré llamarle en otra frecuencia.

—Hasta que podamos contactar con Volghan, tenemos que entretener a Lhurpin —dijo Lhor.

Le envié un mensaje de texto a Volghan, explicándole la situación, omitiendo la habilidad de Amalia y la posible participación de Gruuk. Minh nos había atendido a mi hermano y a mí, así como a Lhor. Había sido el médico de nuestra familia toda la vida y era un amigo de confianza. El Dr. Lurphin irrumpió en la habitación cuando pulsé el botón de "enviar".

—*Sehr* Praghan —dijo el Dr. Lurphin, con tono severo—, la enfermera Rosthan me informó de que estáis rechazando el tratamiento para vuestra compañera.

Fingí no ver la mirada de preocupación de Lhor. Lurphin me estaba provocando, y sin la advertencia previa de Lhor, podría haber caído en la trampa.

—No, doctor, no es así —dije, con voz neutra—. Sin embargo, antes de introducir más medicamentos en el organismo de mi compañera, me gustaría que hicieráis más pruebas para confirmar que éste es el curso de acción correcto. Como vos mismo habéis dicho, su anatomía difiere de la nuestra.

—*Sehr* Praghan —dijo el Dr. Lurphin—, os he dicho que la prueba inicial fue concluyente. Vos vistéis con vuestros propios ojos cómo la inyección estabilizaba su respiración. No pondría en peligro la salud de mi paciente con suposiciones a medias.

—Él tampoco está insinuando que vos lo estéis haciendo —dijo Lhor, cruzando los brazos sobre el pecho—. Sin embargo, vuestras últimas lecturas fueron hace más de tres horas. Amalia no ha tenido ninguna mejora visible desde entonces. Es razonable que su compañera requiera más pruebas a la luz de su ADN alienígena.

—Hemos estado monitoreando sus signos vitales todo el tiempo —respondió Lurphin, con exasperación apenas reprimida.

—Controlar sus constantes vitales no es lo mismo que hacer un análisis toxicológico —repliqué—. Vuestra evidente reticencia a realizar una prueba tan sencilla me parece bastante preocupante, Dr. Lurphin.

Lurphin me miró con la mandíbula tensa. Inspiró profundamente y dijo,

—No tengo el escáner ni el analizador a mano.

Sonreí satisfecho.

—No tenemos prisa. Estoy seguro de que no tardaréis nada en buscarlos.

Para mi disgusto, en lugar de marcharse como yo esperaba, avisó a la enfermera Rosthan y le pidió que trajera el equipo de inmediato. Mientras esperaba a que llegara, Lurphin examinó a Amalia. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no ordenarle que apartara sus sucias zarpas de ella. La enfermera entró en la habitación, lanzándonos miradas cautelosas a Lhor y a mí. Ghan había salido al pasillo, intentando localizar a Volghan.

Lurphin cogió el escáner de la enfermera Rosthan y se dispuso a usarlo con Amalia. Se detuvo, medio encorvado sobre ella, con el ceño fruncido. Jugueteó con él un momento, con una

expresión de frustración en el rostro.

—¿Por el nombre de Gharah, qué demonios le pasa a esta cosa? —murmuró en voz baja.

Lhor y yo intercambiamos una mirada. Su fina sonrisa confirmó que compartía mis sospechas de que Amalia estaba manipulando el dispositivo.

—¿Cuál es el problema, Doctor? —preguntó la enfermera Rosthan—. He comprobado el dispositivo yo misma. Funcionaba perfectamente antes de que yo entrara.

Lurphin entrecerró los ojos y lanzó una mirada furtiva a Amalia. Se me revolvió el estómago.

¡Conoce su habilidad!

Ghan entró en la habitación y me entregó su comunicador. Su sutil asentimiento me dijo todo lo que necesitaba saber.

—Dr. Volghan —dije en el comunicador—. Excelente sincronización.

Escuché a Minh confirmar lo que había hablado con Ghan, bajo la mirada suspicaz del Dr. Lurphin.

—Sí, Dr. Volghan —dije por el comunicador—, es correcto —miré a Lurphin con una sonrisa de suficiencia—. Nuestro médico de cabecera se hará cargo del cuidado de mi compañera cuando llegue en breve. Le gustaría hablar con vos sobre el tratamiento de ella.

Los labios de Lurphin se afinaron cuando puse el comunicador en altavoz y Minh Volghan le interrogó sobre lo que consideraba una sobremedicación injustificada. Tras reprender debidamente a Lurphin y prohibirle que medicara más a Amalia, Volghan exigió a Lurphin que le enviara su bioescáner y análisis de sangre. Lurphin se ofreció a que la enfermera preparara a Amalia para el transporte. Volghan, agradecido, declinó la oferta y dijo que se encargaría él mismo antes de colgar. Lurphin salió de la habitación con una mirada venenosa.



CAPÍTULO 14

AMALIA

Solo había transcurrido una semana desde mi huida y ya estaba de nuevo prisionera, atrapada en los confines de mi propio cuerpo. Mi reacción a la toxina había sido tan repentina, tan violenta, que creí que me iba a morir. Nunca había sentido tanto dolor, tanto miedo. La muerte por asfixia siempre me había parecido horrible, pero en los brazos de Khel, jadeando, no se me ocurría una muerte peor.

Estaban hablando en mi habitación del hospital. Sentía el calor de la mano de Khel sosteniendo la mía, la manta sobre mi piel, el anillo inalámbrico en mi dedo, la suavidad de la almohada bajo mi cabeza. Todos mis sentidos funcionaban, pero no tenía control sobre mi cuerpo.

Al recobrar el conocimiento, me di cuenta de que estaba en brazos de Khel y de camino al hospital. Me sentí aliviada cuando el médico descubrió tan rápidamente la causa de mi dolencia, pero desolada porque eso significaba que Khel y yo nunca podríamos tener descendencia juntos. Pero entonces la enfermera me puso las inyecciones y la pesadilla volvió a empezar. Mi control motor estaba volviendo y se lo hice saber moviendo los dedos cuando me puso el anillo inalámbrico. Inmediatamente los aplastó dolorosamente, como para hacerme callar.

Momentos después sentí la primera inyección. Mi respiración mejoró y todo mi cuerpo se relajó. Hasta que me di cuenta de que también me había paralizado. Entonces llegó la segunda inyección, enviando insoportables oleadas de esa droga abrasadora por mis venas. Ni siquiera podía gritar de dolor. Volví a perder el conocimiento, pero me devolvió la dulce voz de Khel, que me hablaba de su juventud, de su familia y de su vida en el ejército. Fue durante esas anécdotas cuando tuve una visión.

—La actividad cerebral de la paciente está aumentando. Ponedle otra inyección —dijo el Dr. Lurphin a una enfermera.

—Sí, doctor. Pero, ¿por qué no provocar simplemente otro ataque y listo?

—Porque V la quiere viva, si es posible.

—Ok. Pero ¿por qué el cierre neural? Ya está paralizada.

—No tengo que daros justificaciones. Haced lo que os digo —espetó el doctor—. ¿Cuál es el

problema? Es una simple inyección.

—Esos tres machos me ponen nerviosa —confesó, escarmentada—. Vigilan todos mis movimientos demasiado de cerca. Sobre todo el grande.

—V no tardará en quitárnosla de las manos. Ahora, por favor, hacedlo ya.

Iban a medicarme de nuevo y yo estaba atrapada en mi cuerpo. Necesitaba avisar a Khel para que pudiera detenerlos. Pero no podía abrir los ojos para ver qué podía usar para conectarme a su red. Entonces me di cuenta—¡el anillo! Estaba conectado inalámbricamente a la red. Si pudiera tomar el control, podría mostrar un mensaje a Khel en el sistema de vigilancia de mi habitación. Pero abandoné esa idea. El doctor podía monitorizar mis constantes vitales desde cualquier lugar del hospital. La señal modificada se reflejaría en todas las pantallas. No podían saber que yo era consciente de su traición.

Hackeé el sistema de comunicaciones del hospital hasta que encontré la forma de enviar mensajes a Khel. Solo tenía entre cinco y veinte minutos para avisarle, así que los mensajes fueron breves y directos. Gracias a la Diosa, mi compañero y mis protectores se dieron cuenta enseguida de cómo hacer preguntas que requerían respuestas breves. Debilitada y asustada, el envío de aquellos mensajes casi me agotó.

Los chicos, como Jhola y yo les llamábamos cariñosamente, eran increíbles. Incluso paralizada me sentía segura. Me protegerían pasara lo que pasara. Me encantó que pensaran con los pies en la tierra, que no dudaran de que les estaba hablando de verdad y que no cuestionaran mi petición de ayuda. Simplemente actuaron.

El Dr. Lurphin salió de la habitación después de que el Dr. Volghan le diera una buena reprimenda. Ya quería al médico de cabecera de Khel. Estaba impaciente por salir de aquí, pero me preocupaba lo que había dicho Lurphin sobre que V viniera a buscarme. Me fijé en Lurphin, con la esperanza de que un vistazo a su futuro próximo pudiera proporcionarme alguna información útil. Sorprendentemente, usar la visión era mucho menos agotador que hackear. Mi curiosidad se vio recompensada con la visión de una enfermera muy nerviosa y un médico agitado.

—No podéis enviarle sus resultados. Lo sabrá enseguida —dijo la enfermera.

—Los he modificado para que coincidan con mi diagnóstico. Pero eso solo aguantará un tiempo —dijo Lurphin—. El inhibidor neural ya se está agotando. El paralizante debería durar al menos hasta mañana, suponiendo que no se detecte. Pero si él realiza otro análisis de sangre, estamos jodidos.

—¿Qué pasa con V? Dijisteis que nos la quitaría de las manos muy pronto. ¿Puede llegar antes que Volghan?

—Ya le he informado de la situación. Dijo que nos mantuviéramos alejados de ellos. Alguien ya está aquí para encargarse. Más le vale, porque no voy a caer por esto.

—¿Pero cómo va a llegar hasta ella con esos machos custodiándola? —preguntó.

—No lo sé, y no me importa. Solo quiero acabar con esto. Dijo que ella volaría con él o se

estrellaría y ardería. Cualquiera de las dos me parece bien.

La visión se desvaneció y volví a ser consciente de lo que me rodeaba. Khel me cogió de la mano, diciendo que todo iría bien. Envié un mensaje a su comunicador.

"Falsificado"

—¿Falsificado? —preguntó Khel—. ¿Qué está falsificado? ¿Las pruebas? ¿Lurphin está enviando pruebas falsificadas al Dr. Volghan?

"Sí"

—No es sorprendente —dijo Lhor. Luego jadeó, repentinamente golpeado por una idea—. Amalia, ¿eres capaz de conseguir una copia de la prueba original? Si es así, envía una a nuestros datapads, preferiblemente indicando a Lurphin como remitente.

Al principio me pregunté por qué, ya que Volghan realizaría nuevas pruebas por su cuenta. Luego me di cuenta de que conseguir una copia del original proporcionaría pruebas contra el Dr. Lurphin y la enfermera Rosthan.

"Intentando"

Entrar en el ordenador de Lurphin para hacer mi informe fue como correr por arenas movedizas para mi perezoso cerebro. En mi determinación por atrapar al bastardo, me estaba sobrecargando. Al cabo de unos instantes, vi que aún no había modificado el original y grité silenciosamente en señal de victoria. Segundos después de terminar de enviar una copia a Khel, Lurphin inició sesión en su ordenador. Agotada, me retiré discretamente del sistema.

—Lo tengo —dijo Khel, mientras su datapad repicaba con un correo entrante.

—Buena chica —exclamó Lhor.

Luché por mantenerme consciente. Khel tenía que saber que alguien venía a buscarme. Sin embargo, mi mente se negó a cooperar y un velo oscuro se cernió sobre mí.

~

Me desperté sobresaltada, desorientada. Todavía paralizada, sentía que movían mi cuerpo, probablemente en alguna camilla aerodeslizante. El pánico estuvo a punto de apoderarse de mí hasta que oí la voz de Khel. Pero no podía relajarme del todo. Algo me molestaba. Algo importante que tenía que hacer. Pero, ¿qué? Khel hablaba con un macho cuya voz no reconocí. ¿Minh Volghan quizás?

Una suave voz femenina habló por el interfono informando a los usuarios del hospital de que prestaran atención a las instrucciones especiales para todos los transportes que entraran y salieran del hospital.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lhor.

—Una nave de transporte público se vio obligada a realizar un aterrizaje de emergencia en las afueras de la ciudad hace una hora —dijo Ghan—. Todo el tráfico en la zona ha sido bloqueado para permitir a los equipos médicos llegar a los heridos. Sacar nuestro transbordador

de aquí podría ser problemático.

Eso refrescó mi memoria. Lurphin dijo que alguien me llevaría. Yo volaría con él o me estrellaría y ardería. Para mí, esto solo podía significar una lanzadera saboteada. Khel necesitaba saberlo. Cuando me conecté a su comunicador, una oleada de mareos y náuseas me golpeó con fuerza bruta. Un dolor agudo me atravesó el cerebro después de enviar dos palabritas.

"Lanzadera mala"

Me pasaba algo terrible. Una mano reconfortante y familiar agarró la mía. Khel. Me apretó la mano suavemente, como si lo reconociera. Supuse que no quería que quien estuviera cerca supiera de mi habilidad.

—Ghan —dijo Khel—, ¿cuándo fue la última revisión de nuestra lanzadera?

¡Mi compañero! ¡Si tan solo pudiera besarlo!

Hubo una breve pausa antes de que Ghan respondiera.

—Demasiado tiempo. Quizá deberíamos tomar un transporte alternativo.

—En realidad, Khel, estaba pensando que deberíamos usar el mío —dijo la voz desconocida —. Tu compañera ha estado inconsciente demasiado tiempo. Quiero realizar mis propias pruebas. Si el segundo informe que me has mostrado tiene los resultados verdaderos, entonces tenemos que tratarla urgentemente. Mi lanzadera está clasificada como transporte médico. Podemos llegar más rápido a mi clínica gracias a los derechos de tráfico privilegiados.

—¿Dónde está tu lanzadera, Minh? —preguntó Khel, confirmando mis sospechas de que se trataba del médico de Khel.

—Justo en la entrada, cerca de seguridad —dijo el Dr. Volghan—. Mi piloto está esperando preparado.

—Iré a ocuparme de nuestra lanzadera —dijo Ghan.

En poco tiempo, subimos a la lanzadera de Minh. Intenté fijarme en Ghan para espiar su futuro y asegurarme de que no le ocurriera nada. Un dolor agudo y cortante me atravesó el cerebro y perdí el conocimiento.



CAPÍTULO 15

Llegamos a la clínica de Minh y Amalia no se había comunicado desde el último mensaje. No quise darle demasiada importancia, pero la preocupación me corroía. Lhor me ayudó a acomodar a Amalia en su habitación. Volghan realizó una serie de pruebas que comparó con los dos informes. Como era de esperar, coincidían con el informe original que Amalia me había remitido.

Clavaré a Lurphin a la pared.

Mis ojos recorrieron el rostro pálido de mi compañera en la estrecha cama médica. Ella no pertenecía a esta habitación fría, desnuda y sin vida.

—La buena noticia es que no es alérgica al ryspak —dijo Minh—. Cuando se recupere, podrá comerlo a gusto y los dos podrán tener un enjambre de crías.

Se me hizo un nudo en la garganta al ver una versión en miniatura de mi compañera retorciéndose en mis brazos.

—¿Y las malas noticias?

Minh se rascó la mandíbula cuadrada antes de apoyarse en un pequeño armario. Crujió bajo su peso. A sus setenta años, Minh estaba en forma, aunque había engordado un poco en sus últimos años. Pero eran sus ojos violeta claro, enmarcados por arrugas de sonrisa, los que llamaban su atención. Ahora mismo, no sonreían.

—La mala noticia es que algo está bloqueando sus vías neurales. Sea cual sea la sustancia que se ha introducido en su sistema está centrando su ataque en su neocórtex. Con el número de neuronas neocorticales que posee Amalia, creo que tiene algún tipo de habilidad psíquica. El inhibidor neural que le dieron le impide usarla. Ya debería haber sido purgado de su sistema. En vez de eso, se está aferrando. Ahora está inconsciente, pero con tu consentimiento, quiero inducirle un coma hasta que averigüe cómo solucionarlo. Si recupera la conciencia e intenta usar su habilidad, podría sufrir un daño cerebral masivo.

Tragué saliva.

—Haz lo que tengas que hacer. No puedo perderla.

—¿Tienes alguna idea de qué tipo de toxina causó su ataque? Creo que causó la mutación en

el inhibidor neural. ¿Alguna idea de cómo entró en contacto con ella o quién pudo habérsela dado? Una vez que conozca la sustancia, podré idear una cura.

Lanzo una mirada a Lhor.

—Sospechamos de Letha Colbhen, una asesora de Bienestar Familiar que vino a ver a Amalia ayer.

—Sí. Estaba intentando averiguar qué quería cuando vio a Amalia. Se abalanzó sobre ella y le agarró el brazo desnudo aquí y aquí —Lhor indicó en su propio brazo donde Letha la había tocado—. Amalia y yo pensamos que era extraño, pero como Letha acababa de darle un saludo de guerrero, lo descartamos. Tampoco había aguijón ni sustancia visible. ¿Con qué podría haberla infectado para que tardara casi veinticuatro horas en actuar?

—¡Oh, Diosa! —susurré al darme cuenta de lo terrible que era—. Podría ser algún derivado del talio. El talio es incoloro, insípido e inodoro. Se absorbe a través de la piel y puede activarse por completo después de un tiempo preestablecido, o progresar con el tiempo.

—¿Talio? —Minh preguntó—. No estoy familiarizado con esa sustancia —tecleó el nombre en su datapad.

—El talio es un metal altamente radiactivo que está prohibido en toda la galaxia. Aún puede adquirirse en el mercado negro. Descubrimos su existencia hace ocho años, durante la Guerra Frespiana —me froté la frente, recordando el incidente—. El mundo natal de los Frespianos estaba superpoblado, así que intentaron apoderarse de Kigamot Sek. La guerra se prolongó, así que volamos para detener a los Frespianos, que estaban violando la Ley Galáctica. Organizamos una charla de paz entre ellos, pero los Frespianos se cubrieron a sí mismos y sus ropas con un derivado del talio antes de asistir. En una semana murieron casi dos tercios de la población de Kigamot Sek. Los Frespianos esperaban matarnos a todos, pero resulta que los Xelixianos son inmunes.

—Sí —murmuró Minh, golpeándose la barbilla con un dedo—. Creo recordar algo sobre eso. Puede que tengas razón.

Los Veredianos eran muy sensibles a la radiación. Mató a la madre y a la hermana pequeña de Amalia. El miedo me recorrió la espalda ante la idea de que se la llevara a ella también.

—Haré que el Dr. Whil Murkhin te envíe una copia de los registros médicos del incidente. Fue el médico de campo que ideó la cura para los habitantes supervivientes.

—Por favor, hazlo. Mientras tanto, volveré a hacer las pruebas buscando específicamente esta sustancia o uno de sus compuestos —dijo Volghan, volviendo a Amalia.

Contacté con Murkhin y le puse en contacto con Minh. En menos de una hora, sintetizaron un neutralizador para desbloquear las vías neuronales de Amalia. Los médicos concluyeron que el derivado del talio debería haberla matado. Lo habría hecho, salvo que algunas sustancias químicas se habían transferido de mí a ella durante nuestra intimidad, causando al parecer algunos cambios sutiles a nivel molecular, suficientes para perdonarle la vida. Pensar que la había salvado como ella me salvaba a mí me llenaba de una alegría demasiado intensa para

expresarla con palabras.

Minh me pidió una muestra de sangre y me hizo algunas pruebas para ver cómo me afectaba la hormona que le había drenado a Amalia. Durante la última semana, la retroceso de mi Mancha había sido espectacular. Las sutilezas de la biología Verediana eran un misterio para nosotros. Uno en el que Minh y el Dr. Murkhin estaban ansiosos por profundizar a la luz de lo que podría significar para la raza Xelixiana. Sin embargo, yo no quería que Amalia se convirtiera en una rata de laboratorio.

Acordamos que Amalia permanecería en coma inducido durante las siguientes veinticuatro horas para darle tiempo a curarse. Odiaba tener que esperar tanto tiempo antes de poder volver a ver sus hermosos ojos iluminarse con picardía, pero sobre todo odiaba verla herida y vulnerable. Lhor salió de la clínica un par de horas y, que la Diosa lo bendiga, nos trajo comida a su regreso. Era tarde cuando Ghan se presentó, confirmando que la lanzadera había sido saboteada.

~

Me dolían los músculos de dormir en la silla junto a la cama de Amalia. Habíamos pasado la noche en la clínica de Minh, con Lhor durmiendo en uno de los sofás del salón. Ghan vino a recogernos a Lhor y a mí con la lanzadera reparada. Trajo a Sohr y Yhan para que se quedaran en la clínica como protección de Amalia. Le di un último beso a sus labios inmóviles antes de regresar a la hacienda. Jhola nos sirvió el desayuno en la Sala de Situación del complejo.

—¿Estado? —pregunté, sin más dilación, mientras cenábamos.

—El aviso de tu compañera nos salvó la vida anoche —dijo Ghan, tragando un trozo de rhomak frito—. El daño fue importante, pero imposible de detectar si no se buscaba específicamente. El saboteador era un profesional.

—¿Tenemos alguna pista?

Ghan asintió.

—La lanzadera estaba preparada para sufrir un fallo crítico durante el vuelo. El saboteador también manipuló el sistema eléctrico para asegurarse de que una chispa encendiera las reservas de combustible. De este modo, si hubiéramos sobrevivido al choque, la explosión habría acabado con nosotros. Habría parecido un accidente. Eso le hizo confiarse demasiado, así que no se molestó con el sistema de vigilancia del hospital.

—Me puse en contacto con Behn Gravhin —dijo Lhor—, un detective de confianza del Departamento de Policía del Distrito Capital. Nos consiguió una copia de las imágenes de vigilancia que revelaron al saboteador. Comparó su rostro con la base de datos e identificó a Kuuruk Terk, un conocido asesino Guldano —Lhor mostró la imagen del asesino en la pantalla de video—. Ahora le están dando caza. Gravhin también detuvo al Dr. Lurphin y a la enfermera Rosthan una vez que el informe de Minh confirmó que Lurphin falsificó las pruebas.

Examiné la ficha policial de Kuuruk Terk.

—Grandes noticias. ¿Pero por qué involucrar a la policía?

—Porque tienes que andarte con cuidado, Khel —dijo Lhor—. El Consejo está lo bastante nervioso como para que prácticamente controles el ejército y ahora tengas tu propio complejo personal en tu hacienda. Lurphin y la enfermera Rosthan podrían librarse por un tecnicismo si pueden argumentar que te has extralimitado en tu jurisdicción. Perseguir a Gruuk puede ser tu jurisdicción, pero no un caso de intento de asesinato. A menos que puedas probar que Gruuk y sus aliados lo ordenaron, y no alguien que codicia tus tierras. No podemos arriesgarnos a que las pruebas obtenidas en el hospital sean consideradas inadmisibles.

—Me parece justo —dije, molesto por los remilgos del consejo. Yo estaba al frente del ejército. Deberían sentirse aliviados de que mi lealtad a Xelix Prime fuera inquebrantable—. Sin embargo, el ataque a mi lanzadera constituyó un intento de asesinato contra el General del Ejército Xelixiano y su Primer Oficial. Eso es una amenaza directa a la seguridad nacional y, por tanto, está bajo jurisdicción militar.

—Solo si el atentado fue contra ti —dijo Lhor con voz suave—. Se puede argumentar que como el envenenamiento de tu compañera fracasó, intentaron terminar el trabajo organizando un accidente de la lanzadera que debía llevarla de vuelta a casa. Eso te convertiría en un daño colateral, no en el objetivo.

—¡Bien! —gruñí empujando mi silla. A punto estuvo de caerse. Me paseé por la habitación, crujiéndome el cuello para liberar tensión—. ¿Pero cómo coño ha llegado ese Guldano al planeta? Dimos instrucciones estrictas de que se nos notificara cualquier nave que llevara tripulación o pasajeros Guldanos.

—Creemos que llegaron en el transporte de pasajeros que se estrelló a las afueras de la ciudad antes de llegar al muelle de atraque —dijo Ghan—. El que ayer ralentizó el tráfico. Una vez que los rescatadores terminaron de evacuar a los pasajeros, se dieron cuenta de que faltaban dos.

—Así que posiblemente tengamos dos Guldanos sueltos —dije apretando los dientes.

—Hay algo más que debes saber —Ghan iba con cuidado. *Odiaría lo que dijera a continuación*—. Si hubiéramos volado la lanzadera anoche, el análisis forense sería idéntico al que mató a Vahl y a tus padres. El investigador Gravhin ha reabierto el caso de tu familia.

Dejé de pasearme y miré a Ghan atónito. Una furia ciega se apoderó de mí. Rugiendo de rabia, lancé una silla al otro lado de la habitación.

—¡Quiero que encuentren a ese asesino! Y lo mataré con mis propias manos.

Me invadió una oleada de calma. *Lhor*... Apoyando las palmas de las manos en la mesa de conferencias, respiré hondo para recuperar el control.

—Lo encontraremos, Khel —dijo Lhor, con voz tranquilizadora.

Ghan me indicó con la barbilla que tomara asiento.

Me dejé caer en una silla frente a la mesa de mi primo. Teníamos que hablar de esa capacidad

tranquilizadora que estaba seguro de que poseía. Si no, ¿cómo habría podido calmarme tan rápido?

Lhor se inclinó hacia delante, con las manos cruzadas sobre la mesa.

—El Detective Gravhin y yo interrogamos a Lurphin y Rosthan anoche.

—¿Eso es lo que estaban haciendo antes de traernos la comida? —pregunté.

—Síp —dijo Lhor—. No sabían mucho. Anoche se puso en contacto con ellos una hembra de Bienestar Familiar diciéndoles que por la mañana les llevarían a una hembra Verediana. Debían mantenerla inconsciente hasta que alguien viniera a llevársela. Les darían más instrucciones.

Apoyé las manos en los reposabrazos.

—¿Otra vez Letha?

—Sí —confirmó Lhor—. Uno de los informantes de Gravhin le dijo que Lurphin es muy conocido en los círculos criminales como alguien a quien se puede convencer fácilmente por unos pocos créditos. En cuanto salimos de casa con Amalia camino del hospital, Lurphin recibió una llamada de un macho llamado V informándole de que Amalia estaba llegando. Debía hacerse cargo de su cuidado, según las instrucciones, hasta que vinieran a por ella.

—Eso significa que ese cabrón vigilaba mi casa —dije—. Según Minh, Amalia no debería haber sobrevivido a los ataques. Debió de estar allí para ver si ella lo conseguiría o no, e iniciar el plan B si lo hacía.

—Hemos intentado rastrear la señal de los intercambios de comunicaciones entre Lurphin y este personaje V, pero fue un callejón sin salida. V parece estar usando esas comunicaciones modificadas del mercado negro —añadió Ghan—. Sospechamos que contrató tanto a la asesora como al doctor.

—Quiero hablar con Letha ahora mismo —dije golpeando la mesa con un dedo enfadado.

—Supuse que te sentirías así —dijo Ghan—, así que la traje esta mañana, por si acaso. Pasar un rato a solas en las celdas del complejo suele ayudar a la gente a revisar sus prioridades.

Una sonrisa salvaje se dibujó en mis labios.

—Tan eficiente como siempre.

~

Ghan llevó a Letha a la sala de interrogatorios. Cuando construimos el cuartel general provisional en la hacienda, le dije que se estaba pasando al incluir celdas de detención, una sala de interrogatorios y un búnker. Ahora mismo, agradecía esta idea. Era una habitación austera y estéril, con una luz deslumbrante, como solían ser estos espacios. Letha estaba sentada en una rígida silla de hormigón, con las muñecas atadas a los reposabrazos con grilletes magnéticos.

Se estremeció cuando nos vio entrar a los tres. Las sombras oscuras bajo sus ojos y las lágrimas secas daban fe de una mañana desagradable. Levantó la barbilla, pero su temblor

incontrolado la privó de toda fuerza. Ghan se apoyó en la pared. Lhor se sentó en una silla hacia atrás, con los antebrazos apoyados en el respaldo.

—Suéltame de una vez —exigió Letha con un siseo—. No tienes derecho a retenerme.

—Oh, pero tengo todo el derecho —dije, tomando asiento—. ¿Sabes quién soy?

—¡Me da igual quién seas! —chilló—. Soy una hembra. Las leyes son estrictas contra el daño a las hembras. Tendrás graves consecuencias si no me liberas de inmediato.

Me reí sin gracia.

—En efecto, las leyes son muy estrictas. Aunque eso no pareció preocuparte cuando intentaste asesinar a mi compañera. ¿Sabes que la ley también se aplica a las hembras criminales?

Se le pusieron los ojos como escarpias y se le fue el color de la cara.

—No... No. No —su voz temblaba de miedo—. No intenté asesinarla.

—¿Niegas que entraste en mi casa con la intención deliberada de infectar a Amalia con la sustancia ilegal que tenías en las manos? —me levanté, me acerqué a ella y me incliné a unos centímetros de su cara.

Su mandíbula se movió en silencio. Sus ojos recorrieron la habitación como si buscara una respuesta que me apaciguara.

—¡Respóndeme! —grité y le escupí en la cara.

Retrocedió con un chillido.

—Por favor... Por favor... —suplicó, con lágrimas corriéndole por las mejillas—. Yo... yo no le hice daño.

—Por última vez, Asesora Colbhen —articulé lentamente—, ¿tocaste deliberadamente a mi compañera con la intención de infectarla con una sustancia en tus manos?

—Yo no le hice daño —sollozó Letha.

Me aparté mientras ella me miraba con confusión y desesperación. Hice contacto visual con Ghan y le hice un gesto rígido con la cabeza. Sin mediar palabra, dio dos pasos hacia la asesora, que empezó a chillar aterrorizada, tirando de sus grilletes con fuerza suficiente para hacerse daño.

—¡No! ¡No! Por favor... ¡Te diré lo que quieras! Por favor, ¡no dejes que me haga daño!

—Khel te ha hecho una pregunta —le espetó Lhor—. Te vi agarrarla con las dos manos. Ella tuvo que apartar el brazo de tu agarre. Y cuando te echó, intentaste tocarla de nuevo. No es la manera Xelixiana. Así que responde a la puta pregunta.

—Sí. Sí, quise tocarla —confesó.

—¿Por qué intentaste matar a mi compañera?

—¡No lo hice! —gritó, cerrando los ojos—. Por la Diosa, te lo juro. No debía matarla. Solo debía enfermarla lo suficiente como para que tuvieras que llevarla al hospital.

—Sostuve a mi compañera mientras las convulsiones violentas casi la matan. Apenas podía respirar.

Letha negó con la cabeza.

—No se suponía que fuera así. Se suponía que solo iba a sentir náuseas extremas y tal vez incluso desmayarse, pero nada más. ¡Eso dijo él!

—¿Eso es lo que dijo quién? —pregunté, inclinándome lo suficiente como para ver cómo movía los labios.

—Un macho llamado V. Se puso en contacto conmigo después de la Unión y dijo que tenía un trato que nos beneficiaría a ambos.

—¿Era de origen Guldano? —preguntó Lhor.

—N… No, al menos no lo creo. Nunca lo conocí, pero me habló en Xelixiano. Era impecable. Quizá con un ligero acento del distrito de Xelhen.

Ghan cruzó sus enormes brazos sobre el pecho.

—¿Cómo se puso en contacto contigo?

—Simplemente me llamó —chilló ella, lanzando una mirada recelosa a Ghan—. El contacto de cada asesor está expuesto públicamente en la Sala de Unión, así que no lo cuestioné.

—¿Cómo te consiguió la sustancia? —dijo Ghan.

—Se entregó con los paquetes normales. Iba dirigido a mí sin remitente. Solo había la sustancia dentro.

—Entonces, tu misión era asegurarte de que mi compañera fuera al hospital. ¿Entonces qué?

Me miró temerosa.

—El doctor iba a construir un caso de negligencia grave contra ti por poner en peligro la vida de tu compañera. Tu Prueba habría sido revocada y tu Unión disuelta. La habrían puesto al cuidado del Bienestar Familiar.

Lhor resopló.

—Déjame adivinar. Pretendías lavarle el cerebro hasta la siguiente Unión para que eligiera a un Prime con el que tuvieras un acuerdo.

Tuvo la decencia de sonrojarse y apartar la mirada. Mis manos se crisparon. Quería romper algo. La forma fría y calculada en que habían planeado la destrucción de mi Unión me dejó sin habla. Di la vuelta a la mesa y me apoyé en los puños, frente a ella.

—Entonces, si lo he entendido bien, ¿ibas a recibir una doble compensación por esta pequeña jugarreta; una de V por privarme de una pareja, y otra del Prime por proporcionársela?

—No —ella negó con la cabeza, moqueando—. V no iba a pagarme. Me estaba ayudando a tener a *Seha* Amalia a mi cargo. Este era su plan. Él proporcionó la sustancia y el contacto con el doctor. Yo solo soy una asesora familiar. ¿Qué sé yo de drogas y doctores sospechosos? V me ofreció una oportunidad de oro para conseguir la Perla que quería mientras él conseguía tus tierras. La aproveché. Todos íbamos a salir ganando.

—¿Todos? ¿En serio? —golpeé la mesa con el puño y empecé a pasearme. Ella se estremeció y se marchitó en su silla—. Entonces, ¿quién es el Prime? ¿Qué casa *noble* se considera tan intocable que se atrevería a intentar robarme a Amalia? ¿Y cuánto ofrece para que una asesora

familiar tan correcta se meta en actividades criminales?

Suspiró, derrotada.

—Ya te lo he dicho, no es así. El Prime no es un noble. Es mi hijo menor.

—¿Qué?

—Es mi hijo menor, Nivh —repitió—. La Diosa me dio tres hijos. Los dos mayores estaban Manchados. Mi primogénito murió, trabajado hasta la muerte por algún noble por el tipo de salario que hasta los esclavos escupirían. El segundo se alistó en el ejército, con la esperanza de una vida más digna, y en su lugar encontró la muerte. Nivh es la última esperanza de mi familia.

—¡Es un Prime! —me burlé—. Su vida debe de ser difícil para cargar con tanta pureza.

Puso los ojos en blanco.

—Todos los Manchados piensan que son los únicos que sufren. Que sus vidas son más difíciles que las de los demás, pero se equivocan. Sí, sus vidas son difíciles, pero ¿alguna vez se han parado a pensar en el resto de los que no somos nobles? Solo hay un número limitado de hembras Primes, y todas van a los nobles, no a los nacidos en la base como mi hijo. Lo que significa que todo lo que mi Nivh puede esperar es unirse con una Norm.

—¿Y deberíamos derramar una lágrima, por qué? —Lhor gritó, pateando la silla de debajo de él—. Dos tercios de los machos de este planeta matarían por ser *juntados* con una Norm, ¿pero tu precioso hijito les levanta la nariz?

—Sí. Él. Lo hace. Y con total razón —gritó ella, igual de enfadada—. ¿Qué crees que hará una Norm por él sino dar a luz a más machos Manchados condenados a la misma vida miserable que soportaron mis dos primogénitos? Mi compañero y yo lo sacrificamos todo para poder recuperar las tierras familiares que su propio padre perdió a causa de la Ley de Propiedad. ¿Qué crees que pasará con esas tierras cuando los vástagos de Nivh no encuentren pareja, ya que las posibilidades de que sean Primes son casi nulas? Tú más que nadie puedes comprender esa angustia. Haría cualquier cosa para librar a mi hijo de eso.

Respiró hondo, temblorosa. Tenía razón. Podía entenderlo. No disminuía la inmoralidad de sus acciones, pero la gente desesperada hacía cosas desesperadas.

—No hay suficientes hembras Prime —susurró, con la mirada baja—. Las Perlas del programa de apareamiento alienígena a menudo se agotan antes de aterrizar en Xelix Prime.

—Y por eso decidiste elegir a mi compañera. ¿Por qué no ir a por una Terrana?

Letha negó con la cabeza.

—Hubo una asistencia récord de Perlas durante tu Unión. Normalmente, solo recibimos una o dos Terranas al mes. Pero tu compañera es especial. Es Verediana.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Lhor.

—Ella elevará el estatus de cualquier casa. Podría cambiar el destino de mi familia. Me dieron la oportunidad de hacer mi movimiento antes que los demás, así que lo hice —dijo Letha.

—¿No te preocupa lo inmorales e interesadas que son tus acciones? —pregunté, horrorizado por su flagrante falta de vergüenza—. Con qué egoísmo tramaste utilizar a Amalia para tus

propios fines, sin tener en cuenta sus propios deseos.

—¡No me vengas con esas! —dijo, mirándome con desprecio—. ¿Quién eres tú para juzgarme? Para salvar tus tierras, habrías aceptado su oferta de Unión aunque hubiera sido repulsiva.

Lhor se burló de su comentario. No estaba dispuesto a admitirlo en voz alta, pero sí, habría aceptado cualquier oferta para alejar mis tierras de Dervhen.

—Nadie podría haber adivinado que sus hormonas eran tan potentes. Sin embargo, mírate. Apareado por solo una semana y pasaste de ser un Manchado en etapa final a un Norm. A este ritmo, pasarás a ser un Prime en cuestión de días. Pero dime, *Sehr* Praghan, tú que eres tan desinteresado, ¿te has ofrecido a compartir su preciosa hormona con tu primo moribundo?

—¡Eso que dices es repulsivo! —exclamó Lhor indignado—. ¡Así no nos comportamos en Xelix Prime!

—Así es Xelix Prime desde la Mancha, como dice *la Ley*. Léela —gritó ella, tirando de sus ataduras—. Júzgame todo lo que quieras, General, pero *haré* lo que sea necesario para proteger a los míos. Si estuvieras tan comprometido con cambiar lo que está mal en Xelix Prime como lo estás con asegurar a tu compañera, quizá la gente como yo no recurriría a medidas tan desesperadas.

Lhor golpeó la mesa con la mano.

—¿Así es como justificas el asesinato?

—¡No cometí ningún asesinato!

—¿En serio? Gracias a su compañera, Khel podría vivir más de ciento treinta años. Si le hubieras quitado a Amalia, además de perder sus tierras, habría muerto en los cinco años siguientes. Su muerte habría sido culpa *tuya*.



CAPÍTULO 16

LHOR

Habían pasado dos días desde que el Dr. Volghan indujo a Amalia al coma. La casa no era la misma sin su risa. La echaba de menos, aunque hacía muy poco tiempo que la conocía. Tras muchas súplicas, discusiones y, finalmente, amenazas, Khel convenció a Minh para que le permitiera traer a Amalia de vuelta a casa. Creía que estaba demasiado expuesta en la clínica con esos Guldanos sueltos. Yo estaba de acuerdo. La trajo anoche y Minh se pasó esta mañana para ver cómo estaba. En vista de su progreso, decidió despertarla.

Como no quería agobiarla a ella y a Khel, me quedé en mi despacho. Sin embargo, me moría de ganas de hablar con ella, de estar con ella. El miércoles por la mañana me encontré sumergido en trabajo para ponerme al día. Había descuidado la hacienda y los huertos mientras perseguía a los bastardos que iban tras nuestra hembra.

La hembra de Khel.

Me apresuré con mi papeleo, queriendo volver a encontrar a Gruuk, ese hijo de Gharah. No hubo más avistamientos de El Revenant desde su parada en Teforus V. El Dr. Lurphin, la enfermera Rosthan y la Asesora Colbhen eran callejones sin salida; meros peones en el gran juego de V. Al principio, pensé que era Gruuk Vrok, pero tanto Letha como Lurphin confirmaron que V sonaba Xelixiano.

Había intentado matar a Amalia. Eso significaba que era un noble tratando de adquirir las tierras de Khel, a menos que dirigiera la Casa de Sangre donde Gruuk entregó a sus últimas tres cautivas. Basándome en la confesión de Lurphin, V había querido mantenerla con vida pero la habría matado si las cosas se complicaban demasiado. Esto me hizo creer que estaba trabajando con Gruuk y que la habría dejado vivir para mantener contento a Gruuk. Fue V quien había enviado al asesino para sabotear nuestra lanzadera de la misma forma que la lanzadera de los padres de Khel. Siempre sospechamos que Zhul Dervhen estaba detrás de sus muertes. Mi instinto me decía que él era V. Ahora necesitaba probarlo.

Tardó más de lo esperado, pero finalmente pusimos nuestras manos sobre Yhul Mirvhen, el agente del puerto espacial que creíamos que falsificó los registros de Gruuk. La noche que habíamos planeado recogerlo, no volvió a casa. No se le podía encontrar por ninguna parte.

Empezamos a pensar que lo habían matado. Fue el Detective Gravhin quien salvó el día. Anoche, uno de sus contactos delató el escondite de Mirvhen. Ghan estaba en camino para recogerlo ahora. Gravhin accedió a que retuviéramos a Mirvhen en las celdas del complejo porque el Dr. Lurphin había fallecido prematuramente en la prisión de la policía y la enfermera Rosthan había desaparecido. V tenía un largo alcance y le gustaba eliminar pruebas. Aunque ahora no lo sintiera así, la Asesora Colbhen tuvo suerte de que la detuviéramos nosotros y no la policía.

Pensar en Colbhen me trajo el recuerdo de su interrogatorio. Quería odiarla. Peor aún, quería matarla. Pero en cuanto me di cuenta de que no pretendía matar a Amalia, mi rabia se disipó. Una parte de mí respetaba hasta dónde era capaz de llegar por su hijo, aunque me repugnara.

Algunas de las cosas que dijo me afectaron. A menudo pensaba que Khel debería usar su influencia y su posición en el Consejo para cambiar las cosas en Xelix Prime. El problema era que Khel odiaba la política. Luchaba con espadas, no con palabras.

Las intrigas políticas y la diplomacia eran mi fuerte. Desde que Khel se había convertido en Consejero, tras el fallecimiento del tío Dhak, le había entrenado regularmente para las reuniones del Consejo. Intentaba anticipar los motivos, los objetivos y los argumentos de sus oponentes. Proporcionaba a Khel los argumentos para rebatirlos y le advertía de las posibles trampas que sus oponentes podían tenderle. A menudo deplorábamos que no se me permitiera ocupar el puesto de Praghan en su nombre. Solo un Consorte o un hermano podía sentarse en lugar de un Consejero.

Hasta ahora, Khel no tenía mucha influencia de todos modos. Como un macho Manchado no apareado, su reloj marcaba. El Consejo no habría apoyado ninguna reforma que propusiera, porque lo más probable era que la revocaran en cuanto él se desplomara. Lo único que respetaban después de los Primes era el dinero y el rango. Khel habría perdido ambos si sus tierras hubieran sido confiscadas. Zhul Dervhen tenía la mayor parte del poder en la cámara. Era un Prime, rico, había comprado a la mitad del Consejo y era carismático. Khel y el carisma no iban precisamente de la mano; era demasiado brutal, demasiado directo.

Sonreí pensando en mi primo. Khel era un tipo duro. Tenía problemas diplomáticos, aunque había mejorado en los últimos años. Hablaba rápido y nos había sacado del apuro en innumerables ocasiones. Él solo rompía cráneos y hacía que la gente se meara encima.

Amalia lo ablandó de una manera que no podía comprender. Después de todo, podría convertirlo en un buen Consejero. Al menos, le dio el poder para hacerlo. Las invitaciones a eventos sociales habían empezado a llover. El poder había cambiado a favor de Khel y quería que lo aprovechara. Fuera cual fuera su agenda egoísta, el argumento de Letha seguía siendo válido: Khel tenía el poder de mejorar las cosas para todos nosotros, las personas inferiores.

Intenté no pensar en lo otro que había dicho Letha. Había muchos rumores sobre el distrito de Xelhon. Era una región principalmente agrícola en la que solo quedaban dos familias nobles: la Casa Jormhon y la Casa Balfhon. Las otras líneas de sangre se habían extinguido a causa de la Mancha. Rhev Jormhon era el patriarca de la Casa Jormhon. Su pareja, Nhera, también estaba emparejada con su hermano, Jhal, y con su primo paterno Dehl. Cuando estallaron los rumores,

todo el Consejo se alborotó. Jormhon se había mostrado indiferente a su indignada moral y, como único Consejero de Xelhon, el Consejo no podía destituirlo. Bienestar Familiar intentó disolver el segundo y el tercer vínculo, pero por alguna razón, había abandonado su empeño.

Lo único que habría convencido a Bienestar Familiar de dar marcha atrás era la ley. Y Letha dijo que la ley consentía que una hembra tuviera dos parejas. Las implicaciones eran importantes. Tenía ganas de consultar el Libro de la Ley y comprobarlo por mí mismo, pero ¿qué conseguiría con eso? Aunque fuera cierto, Khel nunca lo permitiría. Detestaría la idea de que otro macho tocara a Amalia. Podría entenderlo. Sin embargo, si nuestros papeles se hubieran invertido, su apareamiento con Khel no me habría preocupado. De hecho, se sentiría natural. Yo era una extensión de él, vivía porque él lo hacía y sentía todo lo que él sentía.

A pesar de eso, creía que Khel acabaría consintiendo, por un sentido del deber hacia mí, o peor, por lástima. Pero el Consejo lo lincharía por ello y todos los buitres que codiciaban a Amalia descenderían sobre nosotros para llevársela, alegando abusos. Aunque la ley dijera que era legal, las mentalidades eran difíciles de cambiar. Haría falta algún acontecimiento radical para que los nobles y la población en general lo aceptaran. Khel tenía demasiados enemigos para correr semejante riesgo hasta que su trigésimo cumpleaños eliminara la amenaza de la Ley de Propiedad.

Me bajé el cuello de la camisa y me miré el pecho. Cada centímetro de mi piel estaba cubierto por los zarcillos negros de la Mancha. Muchos de ellos se habían roto y la toxina se extendía en manchas oscuras bajo mi piel. Khel no sabía lo avanzada que estaba mi Mancha. Desde la Unión, era como si hubiera entrado en una frenética carrera hacia la meta. Antes de la Unión, podría haber tenido un año, pero ahora era poco probable que llegara al cumpleaños de Khel, dentro de cinco semanas. El dolor de la Mancha y el anhelo de cosas que nunca podría tener me estaban agotando. La principal razón por la que aún podía engañar a todo el mundo sobre mi estado de salud era que Minh me llenaba de analgésicos.

Estaba listo para mi descanso final.

~

Me reuní con Khel y Amalia para comer. El Dr. Volghan la animó a realizar alguna actividad física ligera, pero le advirtió que no hiciera esfuerzos excesivos. Tenía mucho mejor aspecto del que me habría imaginado después de su terrible experiencia. También insistió en no quedarse encerrada en su habitación más de lo necesario. Así que aquí estábamos, despreocupados, charlando y comiendo en el jardín como si los dos últimos días no hubieran ocurrido. Ella cogió un trozo de ryspak cortado y se me heló la sangre en las venas.

—No pasa nada, Lhor —Amalia me dio unas palmaditas tranquilizadoras en el dorso de la mano, sus dedos eran como seda sobre mi piel—. No me va a hacer daño. El Dr. Lurphin mintió.

Cómo me gustaba que me tocara. Tragué saliva y miré inquieto a Khel. Él miró la mano de

Amalia sobre la mía y luego me miró, impasible. Sentí que intentaba aplastar sus celos. Pensé en retirar mi mano de debajo de la suya, pero sería como admitir la culpa.

—No te preocupes, hermano —dijo Khel—. He amenazado al pobre de Minh con todas las muertes imaginables si el ryspak o cualquier otro alimento Xelixiano le causa algún daño. Prometió que ha hecho pruebas exhaustivas para confirmar que no es alérgica a ningún alimento Xelixiano.

Asentí mientras Amalia me soltaba la mano, frunciendo ligeramente el ceño. Notó mi mirada preocupada y no la entendió del todo. Me di cuenta de que Amalia no tenía ni idea de convenciones sociales.

Le gustaba el contacto físico, cosa que no se hacía en la sociedad Xelixiana. Amalia era todo manos. Hablaba, tocaba y reía con ellos. Ponía la mano en el antebrazo de Khel para llamar su atención, le daba una palmada juguetona en la mano o el hombro cuando se burlaba de ella, o apoyaba una mano posesiva en su regazo mientras hablaban. A menudo abrazaba a Jhola y la arrastraba de la mano cuando estaba emocionada por enseñarle algo.

Pero tocar a otro macho, aunque fuera inocentemente, era una grave falta de respeto para Khel si se hacía en público. Yo tendría que enseñarle la etiqueta adecuada. Khel no lo haría. La quería feliz y despreocupada. Él soportaría en silencio. Tras el final de su Prueba, Khel y Amalia tendrían que asistir a la recepción de la Confirmación. Sería su primera vez juntos en público y todas las miradas los estudiarían. No podía permitir que humillaran a ninguno de los dos.

—Debo irme, *Falihna* —Khel rozó sus labios con los de ella—. Ghan y yo tenemos inspecciones militares que realizar. Estaré fuera unas horas.

—De acuerdo. Pero no te demores —advirtió ella con el ceño fruncido—. ¡Todavía me debes una ronda de venganza!

—Sí, mi corazón —rio Khel—. Te concederé tu venganza. O al menos, te dejaré intentarlo.

Khel había pasado la mañana enseñándole a jugar al Bakhol. Era un juego de mesa estratégico en el que, en su versión simple, movías peones a lo largo de un tablero para capturar al comandante de tu rival. La versión avanzada utilizaba cartas que podían ayudarte o perjudicarte. Khel era un Magíster en este juego, y pretendía enseñarle a Amalia algunos trucos para igualar las cosas.

—Lhor —me dijo, con expresión aleccionadora—, Ghan ha recuperado el paquete que buscábamos. Lo desentrañaremos a nuestro regreso.

Yhul Mirvhen, el controlador del puerto espacial que falsificó los informes de atraque de Gruuk, estaba bajo nuestra custodia. Khel lanzó un último guiño juguetón a Amalia antes de alejarse. En cuanto Khel desapareció dentro de la casa, sentí la mirada de Amalia clavada en mí. Durante unos segundos, fue ilegible, pero luego sus ojos empezaron a brillar con picardía.

—¿Qué? —tomé un sorbo de té de flexina para darme semblante.

—Quiero que me enseñes a luchar —dijo con un asertivo movimiento de cabeza.

Ahogándome y tartamudeando, observé estupefacto cómo estallaba en carcajadas.

—¿Que quieres qué?

—Quiero que me enseñes a luchar.

—¿Por qué ibas a querer hacer eso?

—¿Por qué *no* querría hacerlo? —preguntó cruzándose de brazos.

—Porque no lo necesitas. Khel te protegerá. Yo te protegeré. Ghan y todo el Escuadrón de Élite te protegerán.

—No quiero tener que depender de otras personas para que me protejan. Estoy completamente indefensa, y lo odio. Cuando escapé de El Revenant, lo único que podía pensar era que si me descubrían, no podría luchar contra mis perseguidores porque no sabía cómo hacerlo.

—¿Le preguntaste a Khel? —dije, quedándome sin argumentos.

Me miró fijamente.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque dirá lo mismo que tú sobre que su trabajo es protegerme. Y si insisto, pensará que no creo que pueda mantenerme a salvo.

—¿Tú crees eso? —pregunté, intentando sonar despreocupado.

—Por supuesto que no —soltó un suspiro, con los hombros caídos—. Solo quiero... Solo quiero no sentirme tan indefensa todo el tiempo. Por una vez, quiero hacer algo por mí misma, ¿sabes?

—Pues díselo —odiaba verla enfadada.

Se encogió de hombros, apretó la mandíbula y desvió la mirada.

—Amalia, mírame —le dije con severidad.

Sus ojos volvieron a los míos, sorprendida por mi repentino enfado.

—Escúchame con atención. En primer lugar, no vuelvas a pedirme que haga algo a espaldas de Khel que sabes que le molestará. Nunca he traicionado a Khel y no voy a hacerlo ahora.

Hizo una mueca de dolor, y el calor subió por sus mejillas. No había malicia en su petición, pero tenía que entender qué tipo de ruptura podía causar entre nosotros. Me sostuvo la mirada, aunque claramente quería apartar la vista, y empezó a torturar un mechón de pelo con ambas manos.

—Segundo, no eres una esclava, Amalia —sus manos se detuvieron. Me incliné hacia delante —. No. Eres. Una. Esclava —articulé lentamente, con la esperanza de captara completamente el mensaje—. No eres propiedad de nadie. Khel no es tu amo. Es tu compañero. Él no puede dictar lo que puedes o no puedes hacer. Si quieres aprender a luchar, es tu prerrogativa como residente libre de Xelix Prime. Puede molestarse todo lo que quiera, eso no te quita el derecho a elegir qué hacer por ti misma.

Amalia se mordió los labios un momento.

—Pero... —empezó.

—Nada de peros —la interrumpí—. No tienes que pedir permiso para nada que tenga que ver con tu propia vida. Dicho esto, estás emparejada. Cualquier decisión que tomes afecta a Khel y a su vida en común. Intenta tener en cuenta sus sentimientos, pero no dejes que dicten tus decisiones.

Ella asintió lentamente mientras lo asimilaba.

—Khel te adora, Amalia —me miró a los ojos, con una expresión que mezclaba la duda y la esperanza—. Te *adora*. Tu felicidad es lo único que le importa. Es un buen macho. Un macho inteligente y razonable. Que quieras aprender a luchar no le gustará. Se *preguntará* si dudas de su capacidad para protegerte. También intentará desanimarte. Pero cuéntale lo que me contaste a mí, y te prometo que, al final, estará de acuerdo. Quizá a regañadientes, pero estará de acuerdo.

—Bueno —dijo con voz compungida—. Lo siento, Lhor. No pretendía...

—No hace falta que te disculpes, Amalia. Me doy cuenta de que todo esto es muy nuevo para ti. Pero confía en mí, habla con él. Además, nunca le pidas a otro macho que haga por ti lo que él podría, a menos que él te lo diga. Heriría sus sentimientos. Al menos, dale la oportunidad de negarse.

—Gracias, Lhor. Has sido realmente increíble para mí. Estoy tan perdida en todo esto. Seguiré tu consejo —me dio un suave apretón en la mano.

Le quité la mano de encima. Me miró con el ceño fruncido.

—Tampoco deberías hacer eso, Amalia. No está bien que me toques.

—¿Por qué? —me desafió—. ¿Te desagrada?

—No, Amalia. No me disgusta.

—¿Entonces por qué no puedo tocarte? —parecía realmente confundida—. Me gusta tocarte. Si no te importa, ¿cuál es el problema?

¡Por los dientes de Gharah! Sí, por favor, tócame.

Ella lo dijo inocentemente, pero fue como un puñetazo en las tripas seguido de un rastro abrasador de lujuria directo a mis pelotas.

—No es socialmente aceptable que una hembra toque a otro macho que no sea su pareja —intenté no pensar en todas las formas inapropiadas en que quería que me tocara—. Las hembras tampoco suelen tener contacto físico entre ellas, por eso me sorprendió tanto que Letha te tocara.

Parpadeó.

—¿Dices que no debo tocarte porque lo dice la sociedad?

—Sí.

—Acabas de decir que nadie debe dictar lo que puedo y no puedo hacer.

—Cierto... Pero esto es diferente.

—¿Por qué? No me importa lo que piense la sociedad. No son nada para mí. Tocar es la manera de mi gente. Así es como mostramos afecto a los que queremos. Si no fuera por esta mesa entre nosotros, te habría abrazado en su lugar.

—Lia… —me dio ganas de golpearme la cabeza contra la pared. ¿Cómo convencías a

alguien de no hacer algo que ansiabas que hiciera?— Tienes razón. Lo que piense la sociedad no debería importar, pero importa. Ya no eres prisionera en una nave. Estás unida a un macho prominente en nuestra sociedad. Todo lo que haces se refleja directamente en él. Si tocas a otro macho en público, será humillado y ridiculizado. Será como decir que Khel no es lo suficientemente macho para ti y que considerarías a ese otro macho como una mejor opción.

—¡Khel es más que suficientemente macho para mí! No me importan otros machos. No quiero tocarlos. Solo a ti.

Por la sangre de Gharah...

—Incluso yo, Amalia. Solo puedes tocar a tu pareja.

—Entonces necesito tener dos compañeros —murmuró con un puchero juguetón.

Mátame ahora.



CAPÍTULO 17

Ghan y yo volvimos a casa con el sonido del grito de Amalia. Se me paró el corazón mientras corríamos hacia el jardín.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó.

Salí al patio con un gruñido despiadado, con la espada y el bláster desenvainados. Ghan irrumpió detrás de mí. Destriparía a cualquiera que se atreviera a amenazar a mi compañera. Un chillido ahogado murió en la garganta de Amalia cuando Lhor la puso detrás de él en posición protectora, con el bláster desenfundado a nuestra carga. Nos miró por encima del hombro de Lhor, con ojos de insecto. Tardé un segundo en asimilar la escena y dejar que la rabia me abandonara.

—Por la Diosa, Lhor —dije desconcertado—, ustedes dos casi me provocan un infarto —miré el tablero de Bakhol que había sobre la mesa—. ¿Qué tan mal está perdiendo para que chille así?

—¡Oye! Yo no he chillado —dijo ella, con un mohín en los labios—. Yo iba ganando por completo, pero él me la jugó en el último momento.

Miré a Lhor.

—¿El caballo negro?

—El caballo negro —dijo Lhor con suficiencia, guardando su bláster.

—Tramposo —ella murmuró, con los ojos lanzando dagas a Lhor—. De todas formas, ya ha pasado la hora de cenar —añadió con un resoplido altivo.

Ghan los miró con una expresión ilegible.

—Entonces los dejo a todos —dijo, dándose la vuelta para marcharse.

—¡No! ¡Espera! —dijo Amalia—. ¿Por qué se va? —preguntó a Lhor—. Jhola siempre hace demasiada comida. También hay mucha para él. Está bien invitarlo, ¿no? ¿No es impropio?

Lhor se rio.

—No, Amalia. Está bien invitarle.

Ambos miraban a Ghan expectantes. Era la primera vez que lo veía tan... ¿inquieto? Me miró como pidiendo ayuda. No iba a dejar que se librara de esta. Todavía le debía una revancha por

sonreírle a lo de Kel.

—Mi compañera desea que cenes con nosotros —le dije—. Seguro que no la decepcionarás.

Sus ojos se entrecerraron. *Síp, él se iba a vengar de mí por esto.*

—Iré a por mi velo —dijo con frialdad antes de darse la vuelta.

Me estremecí. ¿Cómo había podido olvidarlo? Estaba tan acostumbrado al aspecto intimidatorio de Ghan que había olvidado lo incómodo que hacía sentir a la gente. A Ghan le importaban una mierda las reglas de decoro. Como macho con Mancha avanzada, se esperaba que estuviera encapuchado en público. Ghan nunca lo hizo. No era un artículo de ley, pero un agente de policía podía darte una advertencia por pasear expuesto. Con sus rasgos brutos y su cicatriz fruncida, la gente rara vez soportaba mirarle más de unos segundos. Normalmente comía solo, conmigo o con algunos miembros de nuestro Escuadrón de Élite. Mis ojos siguieron su espalda en retirada, con una punzada de culpabilidad ardiendo en mis entrañas.

—¡Ghan! —gritó Amalia, pasando a mi lado tras él.

Él se detuvo y giró la cara lo justo para que ella viera de perfil su lado sin cicatrices. No la miró a los ojos.

—¿Sí, Seha Praghan?

—Dime Amalia, por favor —dijo—. Eso de *Seha* es demasiado formal para mí —se encogió de hombros—. Por favor, mírame.

Él se quedó quieto. Su mandíbula se tensó mientras se giraba para mirarla. Estuve a punto de intervenir, pero mi instinto me dijo que no me metiera. Se acercó a él, con apenas medio metro de distancia, y estiró el cuello para mirarlo. Lentamente, examinó cada centímetro de su rostro tosco y la cicatriz lívida que lo cruzaba.

—¡Hola! —le dijo.

Él parpadeó lentamente.

—Hola...

—Hoy he tenido una conversación muy interesante con Lhor. ¿Sabes lo que ha dicho?

Ghan negó lentamente con la cabeza, lanzándome una mirada confusa. Yo también lo estaba. Lhor me dirigió una mirada cómplice y asintió tranquilizadoramente.

—Me reprendió porque soy cariñosa con la gente que me importa. Por lo visto, eso está prohibido en la sociedad Xelixiana. No puedes tener contacto con otros *nunca* a menos que sean tu pareja. Tocar a otro macho en público sería una falta de respeto a Khel. Creo que eso es bastante patético. ¿Tú qué piensas?

Ghan parpadeó de nuevo, seguramente pensando que estaba loca. Yo también empezaba a preguntármelo.

—Hmmm, un macho de pocas palabras —murmuró para sí misma—. La sociedad también dice que los Manchados deben cubrirse en público para no herir la sensibilidad de la gente. Ves, esa es otra regla muy poco convincente. Los Manchados también son personas. ¿Qué pasa con *sus* sentimientos? De todos modos, estás en casa, no en público. He visto tu cara. He visto tu

Mancha. He visto tu cicatriz, y me importa una mierda. Si *quieres* ofenderme, ve a buscar ese velo. Si no, ¿podemos comer ahora? Tengo hambre.

Si no estuviera tan aturdido, me reiría de la expresión desconcertada de Ghan. Al cabo de un rato, ella enarcó una ceja impaciente, urgiéndole a que le respondiera. Él parpadeó de nuevo y asintió lentamente. Ella sonrió.

—¡Excelente! —Amalia pasó su brazo derecho por el de él y arrastró su gigantesco cuerpo tras ella—. Por cierto, gracias por protegerme de esa enfermera loca —chocó su hombro con el de él—. Sí, Lhor, le he tocado, y estoy a punto de tocarte a ti también. No estamos en público, así que aguántate —enganchó su otro brazo al de Lhor, tirando de él.

Me quedé boquiabierto mirando a mi compañera, metida entre mis dos mejores amigos—muy aturdidos—mientras ella los conducía con entusiasmo hacia el comedor. Me miró por encima del hombro y me guiñó un ojo.

~

—No me tienes miedo —dijo Ghan, a mitad de la comida.

—¿Define miedo? —dijo Amalia—. Quiero decir, si tu pregunta es "¿quiero salir corriendo cada vez que te veo?", entonces la respuesta habría sido "¡oh, sí!" la primera vez que te vi. Ya sabes, autopreservación y todo eso. Parece que puedes patear traseros y someter a tu oponente sin romper a sudar, lo que estoy segura que haces regularmente. Pero desde entonces, he descubierto que eres el mejor amigo de Khel, y has estado tratando de ayudarme a encontrar a Gruuk. Así que no, ya no tengo miedo. Pero si tu pregunta es "¿te encuentro intimidante"? Entonces sí, absolutamente. Quiero decir, tus músculos tienen músculos en sí mismos—los cuales también tienen músculos. Te mueves tan silenciosamente como un fantasma pero tan rápido como un krillik. Así que sí, no me gustaría meterme contigo.

—También es tan escurridizo como esas desgraciadas serpientes —se burló Lhor, ignorando la mirada de Ghan.

—No eres como esperaba que fuera una esclava recién liberada —dijo Ghan.

Le dirigí una mirada de advertencia. Él la sostuvo sin inmutarse, y luego la miró expectante. Ella ladeó la cabeza, sus ojos adoptaron una mirada lejana mientras meditaba el comentario.

—Sí. Entiendo por qué piensas eso. Supongo que esperabas que fuera aprensiva, que saltara ante las sombras, que estuviera rota y fuera sumisa.

Ghan asintió lentamente, con la mirada intensa. Me estaba incomodando, pero tenía que admitir que yo también me lo había preguntado.

—Supongo que tuve suerte en mi desgracia. Gruuk no era un amo cruel.

—¿Perdón? —intervine.

—Es verdad. No era cruel —se encogió de hombros, empujando la comida con el tenedor—. He visto a muchos amos crueles. Disfrutan maltratando y torturando a sus esclavos. Gruuk no era

así. Nunca me hizo ningún daño físico. No permitía la violencia contra las cautivas sin una "buena razón", aunque su tripulación aprovechaba cualquier oportunidad. El buen comportamiento era recompensado, pero el malo era severamente castigado.

Ghan apoyó los antebrazos en la mesa.

—Parece todo un modelo de virtud.

—No, claro que no —Amalia dejó el tenedor y se dejó caer en la silla—. Gruuk es práctico. No tiene emociones, no se preocupa en absoluto por sus esclavas. Ellas eran mercancía y yo una herramienta. Las herramientas bien cuidadas son más eficaces, mientras que las mercancías en buen estado generan mayores beneficios. Solo infligía el castigo que creía que daría los mejores resultados. Si una de las cautivas se portaba mal, hacía que la golpearan, la violaran o la torturaran en función del tratamiento que con mayor probabilidad la doblegaría la primera vez. Luego la curaba y la dejaba en paz.

Sus ojos volvieron a tener esa mirada lejana.

—La mayoría de las cautivas se rebelaron en algún momento, sin importar cuántas veces les dije que no lo hicieran. Algunas varias veces. A Gruuk no le importaba porque eso daba a su tripulación la oportunidad de ceder a sus bajos instintos respetando sus reglas. Algunos de los compañeros de tripulación se unieron a El Revenant específicamente para tener la oportunidad de "disciplinar" a las hembras.

—¿Y eso no es cruel? —le pregunté.

—No es cruel en el sentido de que no buscaba excusas para hacernos daño. La primera vez que intenté escapar fue la única vez que le di una razón para castigarme. Aparte de eso, tenía una cama decente, tres comidas al día, libros y videos para entretenerme, toda la atención médica que quisiera, un gimnasio para mantenerme en forma y, sobre todo, a mi Nana. Gruuk no me necesitaba sumisa ni rota. Mientras no causara problemas y cumpliera las misiones que él quería, se contentaba con dejarme en paz.

—Parece que tuviste una vida bastante buena —ironizó Ghan.

Se encogió de hombros al notar nuestras expresiones perturbadas.

—Uf, lo estoy diciendo todo mal —se frotó la cara con frustración—. No estoy defendiendo a Gruuk. Él *es* un monstruo. No éramos personas para él. Éramos menos que animales. Si un comprador quería una mascota sumisa, Gruuk habría roto a la cautiva hasta que cumpliera las especificaciones. Pero mi utilidad para él no requería que me rompieran. Así que sí, en comparación con las miles de esclavas que han ido y venido en El Revenant, tuve una vida bastante buena.

Una mirada atormentada apareció en sus ojos.

—Pero si no hubiera escapado cuando lo hice, me habría destrozado. Ayudarle a capturar hembras para venderlas como esclavas ya me estaba matando. Pero Gruuk también iba a empezar a criarme. La mañana que escapé me enteré de que había encontrado un Korletheano para mí. Íbamos a recogerlo justo después de salir de Xelix Prime. Si no hubiera ido voluntariamente a

ese macho, Gruuk me habría mantenido drogada hasta que hubiera concebido. Entonces habría vendido a mi hija, la habría usado como herramienta, o la habría enviado a una de sus instalaciones de reproducción. Eso me habría destruido. Por eso mi Nana no me dejó perder esta oportunidad de huir, aunque eso significara dejarla atrás.

La idea de que Amalia y cualquier otra hembra fueran utilizadas como bienes muebles me hacía querer derramar sangre. Me moría de ganas de ponerle las manos encima al hijo de Gharah. Le enseñaría lo que se siente cuando te destrozan. Amalia se estremeció y se abrazó a sí misma. La subí a mi regazo y la abracé.

—Nunca volverás a estar a su merced. Lo mataré antes de que se acerque a ti.

Enterró la cara en mi cuello, acurrucándose más mientras la recorría otro escalofrío.

Ghan asintió y se puso en pie.

—Khel, te espero en el recinto —Ghan miró fijamente a Amalia—. Gracias por la cena, pequeña Amalia.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse.

—No soy pequeña.

Se detuvo a medio camino y la miró por encima del hombro.

—Claro. Más bien pequeñita.

Lhor casi se atraganta con el té de flexina que sorbía.

—¿Ghan ha intentado hacer un chiste?

Negué con la cabeza, estupefacto.

—Ghan no hace bromas. Nunca.

—¡Claro que lo hizo! —dijo Amalia, asombrada—. ¡Eso es, Ghan! —susurró, sonriendo.

≈

Ghan y yo estábamos fuera de la sala de interrogatorios del complejo, donde un Yhul Mirvhen muy asustado estaba a punto de encontrarse con su peor pesadilla—yo. El controlador del puerto espacial tenía información que yo quería.

—Khel, he puesto al Escuadrón en alerta máxima —dijo Ghan—. Cuando recogí a Mirvhen, no paraba de decir que V le mataría a él y a todos nosotros si no se presentaba a la hora prevista. Mirvhen se escondió por orden de V cuando Amalia desapareció.

—Quiero patrullas y vigilancia del perímetro de la hacienda las 24 horas del día —ordené—. Los guerreros deben permanecer armados y listos para la batalla en todo momento. Un ataque por tierra no es probable. Los veríamos venir desde kilómetros de distancia. Así que o intentarán infiltrarse o realizarán un ataque aéreo. Quiero dos guerreros responsables de llevar a todo el personal no combatiente al búnker si nos atacan. Ghan, asegúrate de que tenemos una cobertura de defensa aérea adecuada para toda la hacienda.

—En ello —Ghan asintió.

V se estaba desesperando. Sus planes para acabar con Amalia habían fracasado y nos estábamos acercando a sus actividades de comercio de esclavas. La gente desesperada comete errores. El controlador del puerto espacial podría ser la ventaja que necesitaba. Entré en la sala de interrogatorios. Como Letha antes que él, Mirvhen estaba sentado con las muñecas encadenadas a los reposabrazos, pero no había lucha en él.

—Tienes información que quiero —cerré la puerta tras de mí—. Responderás a cada una de mis preguntas sin vacilar. Si no lo haces, sufrirás un dolor extremo. No habrá tratos ni negociaciones. ¿Está claro?

Mirvhen no levantó la cabeza.

—Sí.

—Bien. Ahora, ¿conoces a Gruuk Vrok? —le pregunté.

—N… no personalmente. P… Pero sé de él.

—¿Qué sabes de él?

Mirvhen se mordió el labio.

—Comercia mercancías exclusivas con algunas de las casas nobles, pero sus negocios son clandestinos.

Me senté en el borde de la mesa, frente a él.

—¿Qué casas nobles?

—N… no… no lo sé. Siempre se ponía en contacto conmigo un macho llamado V que me daba instrucciones, pero eso es todo.

—¿Cuál es la naturaleza de la mercancía que él comercia con ellos?

—Nunca vi la mercancía. Desactivé las cámaras de vigilancia cuando cargaba mercancía. Luego cambié los manifiestos de embarque para ocultar sus horarios y ubicaciones de atraque. Hasta ahí llegaba mi interacción con Gruuk.

—¿Y no tienes ni idea de lo que era esa mercancía? —pregunté dubitativo.

—Algunas eran esclavas. El resto supongo que era mercancía de contrabando.

—¿Cómo sabes que eran esclavas? ¿Y dónde las llevaron?

Empezó a temblar, le temblaban los labios. Sacudió la cabeza, negándose a contestar. Me levanté y crují los nudillos. Sus ojos se abrieron de par en par, asustados, al leer mi clara intención de recompensar su falta de cooperación con el dolor que le había prometido.

—¡ESPERA! ¡ESPERA! —gritó—. ¡Te lo diré! —tragó saliva con alivio cuando relajé mi postura. No tenía ningún problema en golpear a los cabrones. De hecho, lo disfrutaba—. E… Estaban destinadas a las Casas de Sangre. Así fue como V consiguió que me alistara.

Amalia mencionó que las tres últimas cautivas estaban destinadas a una Casa de Sangre, pero no tenía ni idea de qué era eso. Sentí que mi emoción aumentaba; estábamos cerca. A Amalia le alegraría ver a esas hembras liberadas.

—¿Qué son las Casas de Sangre? ¿Y qué había en ellas para ti?

—Es un lugar donde, por una cuota, los machos Manchados pueden conseguir lo que

necesitan para sobrevivir.

Me crucé de brazos, mirándole con desprecio.

—¿Quieres decir un lugar donde un macho Manchado en fase terminal puede librarse milagrosamente de todos los síntomas?

Palideció, haciendo una mueca de dolor.

—Sí.

—Explícate —le pedí—. Sé concreto.

—Hace cuatro años, me estaba muriendo. Solo me quedaban unos días cuando V se acercó a mí. Dijo que podía curarme. Lo único que tenía que hacer era cambiar los registros una o dos veces al mes y mirar hacia otro lado durante unas horas. Tenía dolores constantes; habría hecho cualquier cosa. Me dijo que fuera con él y que podría probar una cura.

—¿Conociste a V en persona? —me animé.

—No. Bueno... creo que no. Me dijo que fuera a un almacén abandonado, la antigua fábrica Frolhan. Había un antifaz en un contenedor junto a la entrada para que me lo pusiera y alguien me llevaría a mi recompensa. Debía seguirle sin rechistar. Sin nada que perder, acepté.

Mirvhen respiró hondo antes de continuar.

—Un macho me acompañó hasta un transporte. No podía verlo, pero me pareció una pequeña lanzadera personal. El vuelo duró unos quince minutos antes de llegar a nuestro destino. Me llevó al interior de un edificio. El silencio era aterrador. Luego me condujo a una habitación antes de abandonarme.

—¿Y después? —preguntó Lhor después de que Mirvhen hiciera una pausa demasiado larga.

Ghan entró en la habitación y me hizo un gesto con la cabeza confirmando que mis órdenes habían sido cumplidas. Se apoyó en la pared.

—O… oí una v… voz por el sistema de comunicaciones que me de… decía que podía quitarme la venda —dijo Mirvhen, intimidado por el regreso de Ghan—. Estaba en una habitación con seis hembras; cinco Terranas, una Aveana, todas tumbadas en pequeños catres. Estaban atadas y tenían anteojeras y tapones para los oídos. La voz me dijo que eligiera a la hembra que más me gustara. Así que elegí a una de las Terranas. Cuando lo hice, una hembra ciega entró en la habitación y tocó a la que yo había elegido. Segundos después, la Terrana tuvo un orgasmo y la voz me dijo que bebiera.

—¿Qué? —dijo Ghan.

—¿Quién era esa hembra ciega? —luché contra la sensación de asco al pensar por lo que hacían pasar a esas pobres hembras.

—N… no lo sé. Era una esclava. De la misma especie que tu compañera.

Sentí que la sangre se me escurría de la cara.

—¿La misma especie que mi compañera? ¿Cómo coño sabes de qué especie es mi compañera?

—Misma especie, sí. Con las mismas marcas en brazos y piernas. Los Testigos tomaron

muchas fotos de ella en vuestra Unión. Su imagen está por todas partes.

Maldije para mis adentros. Estarían fascinados por una criatura tan exótica. Pero la publicidad añadida no era bienvenida cuando teníamos tantos enemigos.

—¿Así que esa hembra ciega hace que las hembras atadas lleguen al clímax? —pregunté.

—Algo así. Aunque dicen que en realidad no les provoca orgasmos. Ella manipula sus pensamientos o planta pensamientos en sus cabezas. Convence a las hembras de que van a tener un orgasmo, y ellas lo tienen. Y eso libera las hormonas para que las beban los clientes.

—¿Clientes?

—Sí. A cambio de mis servicios, me dieron de beber gratis una vez a la semana. Cada vez, era el mismo proceso. Pero todos los demás eran clientes de pago. Según tengo entendido, las bebidas son caras y las compran sobre todo los nobles sin pareja.

—¿Has conocido a alguno de esos clientes?

—No. Siempre estaba solo cuando... Mis citas eran a las tres y media de la tarde. Querían que hiciera mis asuntos y luego me fuera. Creo que las hembras estaban preparadas para los clientes que tenían previsto llegar después de que yo me fuera.

—¿Así que has estado bebiendo de esa Terrana durante los últimos cuatro años? —dijo Ghan.

Mirvhen palideció y luego se sonrojó, desviando la mirada con inquietud.

—Eh... bueno, no. No desde hace cuatro años —tragó saliva—. Fue ella los dos primeros años, pero un día volví y la habían sustituido. Las hembras eran reemplazadas en promedio cada dos años para las Terranas y cada año para las Aveanas.

—¿Por qué? —descrucé los brazos y me apoyé en la mesa, agarrando los bordes con ambas manos. Sabía que odiaría aún más lo que estaba a punto de decir—. ¿Qué les pasó?

—Cuando sustituyeron a mi hembra, le pregunté al guardia qué había pasado. Dijo que las hembras acababan volviéndose inmunes al tacto de la hembra ciega o estaban demasiado agotadas para producir suficiente oxitocina para beber. Las Terranas fueron las que más duraron.

—Te preguntó qué les había pasado —gruñó Ghan, enderezándose desde su posición inclinada cuando Mirvhen se detuvo.

—Me dijeron que las enviaron a la otra sección de la Casa de Sangre —dijo Mirvhen rápidamente—. Por un precio más barato, los Norms y los Manchados podían tener sexo con ellas. La liberación que proporcionaban y los rastros de hormonas que producían bastaban para detener o ralentizar la progresión de la Mancha en esos clientes.

Me di cuenta de que le había dado un puñetazo cuando su grito de dolor resonó en la habitación y la sangre le brotó de la boca. Quería molerlo a palos hasta que la luz se desvaneciera de su rostro perfectamente impoluto. Me ponía enfermo que semejante horror hubiera ocurrido durante tantos años delante de mis narices. Lo miré gemir y llorar con absoluto desprecio.

—¿En serio te lo contaron? —le desafié—. ¿Quieres hacerme creer que no participaste en esa otra *diversión*?

—¡NO! No lo hice —Mirvhen sollozó—. Nunca estuve en las otras habitaciones. Solo bebí. No soy un violador.

—¡Oh, sí que *eres* un violador, pedazo de mierda! —le sujeté la barbilla con fuerza, obligándole a mirarme—. Cada vez que le pedías un orgasmo, la violabas. Cada vez que hundías tus colmillos en esa hembra y tomabas lo que ella no te había dado libremente, la violabas. Y los cientos, o miles, de hembras que *permitiste* que fueran llevadas a ese pozo para ser violadas, ¡están todas ahí por *tu culpa*!

—No tuve elección. ¡Me estaba muriendo!

—¡Entonces deberías haber muerto! —empujé su cabeza hacia atrás, soltándolo con disgusto —. Eres Xelixiano. Protegemos a las hembras. No abusamos de ellas. Solo espero que los cuatro años que les has robado a estas hembras hayan merecido la pena. Una última pregunta... ¿Hay otras Casas de Sangre?

Los mocos burbujeaban alrededor de la nariz de Mirvhen.

—No lo sé. Solo he estado en una.

Me volví hacia Ghan, que miraba a Mirvhen con ojos asesinos.

—He visto y oído más de lo que puedo soportar de este pedazo de porquería. La ley establece que en caso de violación, hay que extirpar la extremidad participante en la infracción.

—¡Yo no las violé! —chilló Mirvhen, luchando contra sus ataduras presa del pánico.

—No les hundiste la polla —dije—. Por suerte para ti, o también perderías eso —me volví hacia Ghan—. Averigua qué más sabe y luego sácale los colmillos y las glándulas venenosas.

—Con mucho gusto —respondió Ghan. El brillo sádico de sus ojos al mirar a Mirvhen me hizo estremecer.

Salí de la habitación, seguido por los gritos agudos de Mirvhen. Solo podía pensar en lo que esto le haría a mi compañera. Ella había conocido a esas hembras. Quería volver al recinto y golpear a Mirvhen hasta que no quedara un hueso intacto en su cuerpo. Ningún castigo sería suficiente para la magnitud de sus crímenes.

Arrancarle los colmillos solo significaría que nunca podría volver a beber. Pero extirpar sus glándulas de veneno aseguraba una muerte aún más dolorosa que la Mancha. Los machos Xelixianos tenían dos glándulas que podían usarse como armas, pero que también eran esenciales para el bienestar del macho. La primera, la Thylin, servía como analgésico natural. Sin ella, cualquier herida sería insoportable hasta que sanara por completo. La segunda glándula, la Rhykin, se comportaba como un anticuerpo para proteger el sistema inmunológico del huésped. Sin esa glándula, el cuerpo no podría luchar contra ninguna infección, bacteria o virus. Mirvhen tenía un camino difícil por delante.



CAPÍTULO 18

AMALIA

Khel volvió de su recinto con una mirada preocupada que intentó ocultarme. Había visto esa mirada en las esclavas demasiadas veces como para no reconocerla por lo que era; la de cuando de repente te das cuenta de que el mundo tal y como lo conocías había sido una mentira. La nueva realidad era algo que no querías, algo para lo que nadie te había preparado, pero peor aún, algo que no podías hacer desaparecer. Era la mirada que tenían las cautivas cuando pasaban por las etapas del duelo; el momento justo antes de que la depresión diera paso finalmente a la aceptación.

Khel me ocultaba cosas porque no quería que me preocupara. La sobreprotección de los machos Xelixianos hacia las hembras era famosa. Khel encarnaba esa tradición. Pero no me parecía bien su silencio. Su humor sombrío debía estar relacionado con sus esfuerzos por encontrar a Gruuk. Me trataba como a una flor delicada que necesitaba protegerse de la primera ráfaga de viento. Eso no estaba bien. Tenía que aprender a valerme por mí misma y resistir la tormenta. Quería ser su compañera, no su carga. Tal vez no pudiera librar algunas de las batallas que él libraba, pero podía ayudarle a superarlas.

Se quedó en la puerta, con los hombros caídos. Dejé el datapad y me acerqué a él. Acuné su cara y le di un suave beso en los labios. Apretamos las frentes.

—Te he echado de menos —susurré.

—Mi hermosa compañera —dijo él, con la voz cargada de emoción. Me rodeó con los brazos y nos abrazamos con desesperación. No sé cuánto tiempo estuvimos allí, en silencio, tomando fuerzas y consuelo del abrazo del otro.

—Nos prepararé un baño —dije mirándole a los ojos—. Y luego hablaremos.

Khel frunció el ceño, pero asintió. Abrí el grifo, me aseguré de que la temperatura era la que le gustaba y añadí sales de baño. Volví al dormitorio mientras la bañera se llenaba. Se quitó las armas y le aparté las manos para poder desnudarlo yo misma. Soltó las manos, cediéndome el control. Una vez hecho esto, me quité el camisón de un tirón y llevé a Khel de la mano a la bañera.

Tras cerrar el grifo, lo metí en la bañera. Me metí detrás de él y procedí a lavarle la espalda

con una esponja suave. Hecho esto, le rodeé con los brazos para lavarle el pecho. Se recostó contra mí. Le di un suave beso en la nuca antes de apoyarle la mejilla.

—Háblame, Khel. ¿Qué ha pasado?

—Amalia... No es nada que deba preocuparte.

—No —interrumpí con suavidad, pero con firmeza—. No me digas de qué puedo o no puedo preocuparme. ¿Recuerdas lo que dijiste nuestra primera mañana juntos? Para que esto funcione, no puede haber secretos entre nosotros.

—Intento protegerte.

—Pero no lo haces —dije en voz baja—. Me estás mimando. Cuando me mantienes en la oscuridad, es como si pensaras que soy demasiado débil o demasiado estúpida para manejarlo —sentí que se ponía rígido ante mis palabras—. Sé que no es así —añadí rápidamente antes de que argumentara—, pero así es como me hace sentir.

Le rocé la nuca con la mejilla y le di otro suave beso entre los omóplatos.

—Durante la Selección, me sentí atraída por ti porque tenías un aura de fuerza. Me hacías sentir segura. Pensé que contigo a mi lado no había nada que no pudiera hacer. Pero en realidad me ganaste con una frase. ¿Sabes cuál?

Khel negó con la cabeza.

—Cuando dijiste que querías una compañera con el que pudieras ser quien eres por dentro, no quien la gente espera que seas. Yo tampoco había sido nunca capaz de ser quien era por dentro. Y aquí estabas tú, el macho al que estaba considerando prometerle el resto de mi vida, diciéndome que compartía mi sueño. Pero me estás quitando el mío. Quiero que me necesites como yo te necesito a ti.

Giró la cabeza para mirarme por encima del hombro.

—Sí que te necesito, Amalia.

—No como yo te necesito a ti. Cuando tengo un problema, acudo a ti. Pero cuando tú tienes uno, acudes a Lhor y a Ghan. ¿Cómo te sentirías si yo hiciera lo mismo?

Se estremeció.

—Intento ahorrarte el horror.

—No lo hagas. Deja que sea mi elección —dije—. Duele más que guardes secretos sobre cosas que afectan directamente a mi vida sin incluirme. Es como estar de nuevo en la nave. Deja de dejarme fuera. No soy una heroína, pero tampoco soy una inútil.

Suspiró antes de asentir. Me atrajo hacia él para sentarme entre sus piernas, con la espalda apoyada en su pecho.

—Perdóname si alguna vez te he hecho sentir inadecuada. Lo eres todo para mí. Mis instintos me dictan que mantenga alejada de ti toda fealdad. No tengo mucha experiencia en relaciones, pero intentaré hacerlo mejor. No quiero perderte.

—Y no lo harás —giré la cabeza para besarle la mandíbula—. Dijiste que podíamos tener toda una vida para conocernos mejor si yo lo deseaba. Lo deseaba, lo sigo deseando y siempre lo

haré.

Khel me dio un suave beso en la cabeza y empezó a lavarme. Me puso al día de todo lo que habían averiguado y conseguido hasta el momento. Tenía razón, estaba horrorizada. Se me saltaron las lágrimas cuando me describió lo que ocurría en aquella abominación que llamaban Casa de Sangre. Intentó parar, pero no se lo permití. Necesitaba saber. Cuando le pregunté qué haría con Mirvhen, dudó en responder. Confesó el castigo, esperando que yo retrocediera con disgusto. Pero fue él quien se escandalizó cuando murmuré que Mirvhen se había librado con demasiada facilidad; yo le habría cortado la polla.

Khel tenía mucho que aprender de mí—y yo de mí misma. Esperaba que me comportara como una hembra Xelixiana o como una esclava traumada, pero no era ninguna de las dos cosas. Y desde mi huida, mi verdadero yo, reprimido durante años, clamaba por salir. Resultó que era mucho más despiadada de lo que jamás imaginé posible. Supongo que veintidós años de rabia contenida te hacen eso. Hablar con Lhor me hizo darme cuenta de que la sociedad y sus reglas me importaban una mierda.

Los últimos días me hicieron comprender que, para mí, la libertad era un estado mental. No había salido de la hacienda desde mi Unión, aparte del viaje al hospital y a la clínica. Como me pasé todo el tiempo inconsciente, eso no contaba. Sin embargo, no sentía ningún deseo de salir y explorar. Khel pensaba que no era sano, que era mi condicionamiento durante años de cautiverio lo que me hacía buscar la seguridad de un entorno cerrado. Yo no estaba de acuerdo.

No quería salir porque no había nada ahí fuera que despertara mi curiosidad. La discriminación entre los Xelixianos me molestaba. El ambiente soso y monocromático me adormecía. Sin embargo, me encantaban los exteriores. La hierba de verdad, la vegetación, el sol en la cara, el viento y el aire fresco, el agua de verdad para nadar. ¿Qué más podía querer ahí fuera que no estuviera ya a mi disposición aquí mismo? No me sentía prisionera porque no lo estaba. La libertad consistía en saber que podía marcharme cuando quisiera, si quería, y no deambular por un lugar que no me interesaba porque era lo que se esperaba de mí.

Khel me sacó de mis cavilaciones sacándome del agua. Estaba toda arrugada, cosa que a Khel le hizo gracia. Después de secarse él también, me llevó al dormitorio y me ayudó a ponerme el camisón. Era mi primera noche desde que volví del hospital. El Dr. Volghan insistió en que no me esforzara demasiado y yo sabía que Khel seguiría sus instrucciones al pie de la letra.

Una parte de mí estaba decepcionada. Me sorprendió lo mucho que me gustaba el sexo. Con mi educación, temía no sentir placer. Pero con Khel, era mágico. No me cansaba de él. Ningún otro macho podría haberme hecho sentir lo mismo.

Lhor...

Bloqueé su imagen tan pronto como apareció en mi cabeza. La otra parte de mí estaba agradecida de que no tuviéramos sexo. No porque no quisiera, pero esta noche había sido especial. Por primera vez, sentí que nos estábamos convirtiendo en verdaderos compañeros. No

solo dos personas con química sexual que seguían los pasos de una pareja.

Khel me colocó suavemente en la cama antes de tumbarse a mi lado. Me acurruqué contra él. Me tapó y me acarició la espalda. Ok, ahora la segunda parte de la misión "hacer que Khel accediera a cosas que él no quería".

—¿Khel? —pregunté dulcemente.

—¿Sí, *Falihna*?

—Me gustaría que me enseñaras a luchar.

Justo a tiempo, Khel se quedó inmóvil y la mano que me acariciaba agradablemente la espalda también se aquietó. Aquí vamos... Levanté la cabeza de su pecho para mirarle a los ojos. Su rostro era inescrutable, pero me di cuenta de que estaba dolido.

—Cariño, no es lo que piensas —intenté sonar tranquilizadora—. Crees que quiero aprender a luchar porque no confío en que me protejas. Eso no es verdad. Sé que puedes y cuento con que lo hagas. Esto no se trata de ti, ni de nadie más. Se trata de mí.

Apretó la mandíbula y apartó la cara de mí. Eso no serviría. Le sujeté la mandíbula con una mano y le obligué a mirarme.

—Cariño, escucha. Esto es algo que he querido para mí desde que tengo uso de razón. Nunca seré una guerrera, pero odio sentirme indefensa. Si me meto en problemas, quiero al menos tener la oportunidad de liberarme lo suficiente para llegar a ti o a los chicos.

—¿Los chicos? —preguntó extrañado.

—Sí —dije, con una sonrisa traviesa—. Lhor y Ghan, los chicos.

Khel soltó una risita que le hizo perder algo de tensión.

—No creo que a Ghan le haga gracia ese apodo.

—Ghan es increíble. Me cae bien —sonreí con afecto, pensando en el gigante gruñón.

Ghan me había dado un susto de muerte la primera vez que lo vi en el recinto. Qué idiota había sido por no darme cuenta de que estaba hackeando una red militar. Pero aquella broma había sido imposible de resistir. Casi me meo de alivio cuando Ghan no me metió en una celda. Desde entonces, me había mostrado una extraña forma de torpe amabilidad. Yo era socialmente torpe, pero Ghan llevaba la torpeza a otro nivel. ¡Y era tan adorable! Tenía un terrible sentido del humor, pero era genial verlo intentarlo.

—Tú también le agradas —dijo Khel. Me di cuenta de que estaba contento.

—Es un gruñón. Es el hermano mayor malote que siempre quise.

Khel me miró con tanta ternura que sentí que el corazón se me apretaba en el pecho.

—Lo eres todo para mí, mi Amalia. Me entristece que sientas la necesidad de aprender a luchar, pero entiendo tus razones. Quiero que tengas todo lo que tu corazón desea.

Chillé de alegría y aplasté su boca con un beso apasionado. Sonrió contra mis labios antes de empujarme hacia atrás.

—Pero... —añadió con severidad—, eso no te libra de tus clases de natación. No habrá clases de lucha si dejas la natación. ¿Entendido, jovencita?

—Sí, General. Como ordenes.

Se rio y sacudió la cabeza antes de darme un suave beso en la punta de la nariz.

—Me alegro mucho de haberte elegido —susurré.



Ghan dormía en su litera militar cuando la alarma sonó al mismo tiempo que su comunicador. Inmediatamente despierto, se metió los pies descalzos en las botas y contestó al comunicador.

—Habla Ghan —dijo.

—Misil entrante, a las tres en punto. Ejecutando antimisiles —informó Yhan.

—Recibido. En camino.

Ghan salió corriendo del recinto mientras llamaba a Khel por el comunicador. Más adelante, Sivh y Jhola, junto con otros miembros del personal, corrieron hacia el búnker.

Una violenta explosión sacudió la noche cuando el misil de Yhan destruyó el que amenazaba el recinto. La voz de Yhan volvió a sonar por el comunicador.

—Dos más en camino, a las tres y a las nueve.

—Tengo el de las nueve —dijo Sohr.

—Recibido —respondió Yhan.

Los misiles llegaron más rápido. No, no más rápido. Se lanzaron más cerca. El cielo se iluminó con explosiones mientras un humo acre descendía sobre la hacienda.

—Están usando lanzadores móviles de misiles tierra-aire. Se están acercando a nuestra posición. Pronto no tendrán suficiente tiempo de reacción para contrarrestarlos. Voy a entrar —gritó Khel—. Sehn, Fehr, conmigo. Ghan, a tu mando.

Ghan vio cómo Khel saltaba sobre una moto aerodeslizadora para ir tras el lanzamisiles, seguido por sus guerreros. Justo cuando Khel se acercaba a la puerta, dos misiles más cayeron hacia la posición de Yhan. Yhan consiguió desviar uno, pero el segundo impactó contra la pared. Murió al instante. Khel y Fehr esquivaron los restos voladores, pero Sehn no tuvo tanta suerte. Un gran trozo de escombro le fracturó el cráneo.

Ghan corrió hacia una sección estable del muro roto con un lanzamisiles portátil para compensar la pérdida de Yhan.

—¡Khel! —Ghan gritó—: Hay dos en el claro de Credhan. Elimínalos, ¡YA!

Ghan eliminó un misil entrante, pero no pudo recargar a tiempo para desviar el segundo. El impacto se llevó por delante una gran parte del muro y dejó un enorme cráter.

—¡GHAN! —grité, sentándome en la cama, empapada en sudor.

Khel me agarró por los hombros.

—Cálmate, *Falihna*. Solo ha sido un mal sueño.

—¡Oh Diosa! Khel... —dije, con los ojos desorbitados por el horror—, Tienes que dar la

alarma. Viene un ataque. Tenemos que detenerlos ahora o Ghan, Yhan y otros morirán.

—Amalia —dijo Khel, inseguro—, solo fue un sueño.

—Khel, escúchame —puse mis palmas sobre su pecho—. No ha sido un sueño. Yo puedo ver el futuro. Te digo que en los próximos cinco a veinte minutos nos atacarán con misiles.

Khel me miró fijamente durante unos segundos y luego fue al panel de control para hacer sonar la alarma general. Llamó a Ghan por el comunicador. La mirada que me echó me dijo que esta conversación no había terminado. Debería haberle hablado de esa habilidad. No sé por qué no lo había hecho. Pero ahora no era el momento de preocuparse por esto. Simplemente agradecí a la Diosa que hubiera decidido creerme. Me vestí.

—Ghan, hay un ataque aéreo entrante contra la hacienda. Tiempo estimado de llegada de cinco a veinte minutos —dijo Khel con voz de mando mientras se ponía la ropa de combate.

—Recibido —respondió Ghan.

—¡Espera! —exclamé—. Espera... Dijiste algo... —me devané los sesos para recordar. Era importante—. ¡Oh, sí! Khel, dijiste que estaban usando lanzamisiles tierra-aire móviles. Se acercaban a nosotros. Tenías que detenerlos antes de que estuvieran demasiado cerca para que tus soldados pudieran desviar los misiles. Ghan te dijo que fueras a Creda... Credo... algún lugar con despeje...

—El claro de Credhan —dijo Khel.

—¡Sí! ¡Eso! Ghan dijo que había dos en ese claro. Que había que eliminarlos.

—¿Algo más? —preguntó Khel.

—Hmmm, había un tercero, a las nueve en punto. Sohr estaba desviando sus misiles. Eso es todo.

—Recibido —dijo Ghan a través del comunicador—. Desplegando unidades de intercepción.

—En camino —Khel me agarró de la mano cuando terminé de ponerme los zapatos y me arrastró fuera de la habitación. Nos encontramos con Lhor en las escaleras y Khel le puso al día mientras corríamos hacia la entrada.

—Ve al búnker —ordenó Khel—. Y Lhor, ocúpate de ella.

—Con mi vida —dijo Lhor con una rígida inclinación de cabeza.

Lhor me llevó de la mano al búnker. Sivh y Jhola corrieron delante de nosotros con varios miembros del personal. Una vez dentro, Lhor me soltó y vimos cómo dos guerreros escoltaban a los pocos miembros del personal que quedaban rezagados. Los guerreros verificaron que todos estuvieran presentes y codificaron el acceso al ascensor que nos llevaba al búnker. Sellaron las puertas abovedadas de la entrada.

Al final del pasillo, otra puerta abovedada daba acceso al búnker. Se abría a una sala de guardias de tamaño medio con una serie de monitores que mostraban varias imágenes de cámaras de todo el complejo. Mostraba a los guerreros de Khel preparados en el tejado y junto a las puertas. En la parte de atrás se encontraban las viviendas y las instalaciones médicas. El lado derecho estaba ocupado por una sala de reuniones, un depósito de armas y celdas de detención.

Lhor me condujo a la sala de reuniones, donde nos recibieron otros monitores. Intentó que me sentara en una de las sillas giratorias, pero no lo hice. Tenía los ojos clavados en el exterior. Habían pasado ocho minutos desde mi visión. La rapidez y eficacia con la que el escuadrón de Khel nos había puesto a todos a salvo me asombró. Miré fijamente la cámara que cubría a Yhan. Allí caería el primer misil. Aún no había nada. Podría llegar en cualquier momento en los próximos doce minutos.

—No veo a Khel —toqué la parte superior del brazo de Lhor para llamar su atención, mis ojos escudriñaron los monitores.

Se puso rígido y se apartó de mí. Sorprendida por la inesperada reacción, le dirigí una mirada inquisitiva. Nuestros ojos se cruzaron.

Está herido...

—¿Lhor? ¿Qué te pasa? —le pregunté.

—¿Alguna otra habilidad especial que se te haya *olvidado* mencionar?

Bajé la cabeza y la sacudí lastimosamente antes de volver a mirarle, con la cabeza aún inclinada por la vergüenza.

—¿Por qué? —él preguntó.

—No lo sé —enarcó una ceja, dudoso—. Es verdad, Lhor, no lo sé. He pasado tantos años ocultando esa habilidad a Gruuk que se ha convertido en algo natural. Nunca se me pasó por la cabeza mencionarlo. Yo solo... no lo sé. Por favor, no te enfades conmigo.

Apretó los labios. Me sostuvo la mirada un momento antes de cerrar los ojos con un suspiro.

—Nunca más me mientas, Amalia.

—No lo haré. Te lo prometo —le rodeé la cintura con los brazos y le hundí la cara en el cuello. Al principio no reaccionó, pero luego me puso un brazo en la nuca y me estrechó contra él.

—Khel debe de estar furioso —dijo.

Asentí lentamente contra su cuello, estrechando mi abrazo.

Por la Diosa, qué bien se siente.

Aspiré su aroma fresco y masculino. Lhor era perfecto, como si su cuerpo estuviera hecho para envolverme. No era tan alto ni tan ancho como Khel, pero también era todo músculos. *Mío*.

Lhor me soltó y me desenvolvió suavemente los brazos.

—Él te perdonará. Khel siempre te perdonará. De hecho, probablemente ya lo haya hecho. Por lo que a él respecta, capaz también caminas sobre el agua —dijo. Hizo una pausa y me miró con extrañeza antes de levantar una ceja inquisitiva—. ¿Lo haces?

—Claro que no, tonto —le dije, dándole un puñetazo juguetón.

Sonrió con esa sonrisa que hacía que mi corazón latiera más rápido y mis partes femeninas se animaran con interés. Un destello cegador en uno de los monitores captó nuestra atención. Yhan había volado el primer misil. Miré el reloj. Catorce minutos: mi visión había visto catorce minutos en el futuro. Examiné frenéticamente los monitores.

—No veo a Khel —dije de nuevo, retorciéndome las manos.

—Probablemente haya ido al claro de Credhan a interceptar los lanzamisiles móviles, como decía tu visión —dijo Lhor, tratando de tranquilizarme.

Cerré los ojos e intenté fijarme en Khel, invocando una visión.

Khel corrió por el bosque, sus pasos eran inquietantemente silenciosos. Ghan terminó de esconder su moto aerodeslizadora junto a la de Khel y le persiguió. Se movían a una velocidad antinatural, con los ojos fijos en su desprevenida presa. Después de que el escáner de infrarrojos confirmara que había cuatro hostiles, Khel hizo una señal a Ghan para que fuera a la izquierda mientras él iba a la derecha. Sacó su espada de la vaina y se acercó al lanzamisiles móvil. Observó las posiciones de los dos machos a los que derribaría. Sin aminorar la marcha, salió disparado del bosque de un salto gigantesco.

El macho, uno de los tres Xelixianos, apenas había empezado a girar la cabeza cuando Khel se la cortó de un solo tajo. Su camarada Terrano, que manejaba el lanzamisiles en el lado opuesto del vehículo, oyó el golpe del cuerpo. Gritó el nombre del macho muerto y se acercó a investigar. Veloz como una serpiente, Khel le golpeó en la garganta al doblar la esquina, asfixiándole. Mientras el Terrano luchaba por recuperar el aliento, Khel le asestó un fuerte puñetazo en las tripas que lo doblegó. En lugar de rematarlo, Khel lo agarró por el cuello y tiró de él hacia arriba, dejando al descubierto su garganta. Con un movimiento fluido, clavó sus colmillos en la yugular del Terrano. Un segundo después, los ojos del Terrano se pusieron en blanco y una espuma blanca burbujeó en la comisura de sus labios. Khel lo soltó sin mirarlo, dejándolo con espasmos en el suelo. Se dirigió hacia Ghan.

El segundo guardia Xelixiano se tendió detrás de Ghan, y el extraño ángulo de su cuello lo decía todo. El tercer Xelixiano, que manejaba el segundo lanzamisiles, suplicaba por su vida. Ghan lanzó una mirada interrogativa a Khel, que asintió con un parpadeo. Con un golpe relámpago, Ghan partió al guardia en dos de un solo tajo. El guardia vio cómo sus entrañas se desparramaban por el suelo con expresión atónita antes de caer de rodillas y luego de bruces.

—Desactiva uno de los lanzadores y lleva el otro al recinto con el Terrano. Yo iré a por el tercero —dijo Khel, corriendo hacia su moto aerodeslizadora sin esperar la respuesta de Ghan.

—¿Amalia? —gritó Lhor, con la voz tensa.

Parpadeé y salí de la visión.

—Estoy aquí. Él está bien —me apoyé en la mesa, un poco desorientada.

—¿Quién está bien? ¿Khel? —Lhor frunció el ceño, confundido—. ¿Estabas teniendo una visión?

—Sí. Le eché un vistazo para asegurarme de que estaría bien. En los próximos minutos él y Ghan acabarán con los dos lanzamisiles del claro, luego Khel irá a por el tercero.

—¿Lo has comprobado? ¿Puedes mirar deliberadamente en el futuro de una persona concreta siempre que quisieras? —preguntó Lhor, con la voz entrecortada por el asombro.

—Sí, pero solo los próximos cinco o veinte minutos de la vida de esa persona.

Lhor se frotó la nuca, pensativo.

—Entonces, ¿eres capaz de ver el futuro de Gruuk? ¿O el de tu gran madre?

—No —dije en voz baja, bajando los hombros—. Hay límites. Necesito estar dentro de un cierto rango de ellos. Cuanto mejor conozco a una persona, mayor es la distancia. Pero Gruuk y Nana están fuera del planeta, demasiado lejos para mí.

Lhor frunció los labios, decepcionado.

—Es una lástima. Habría sido más fácil inmovilizarlo.

—Lo sé, intento llegar a ellos todo el tiempo por si vuelve. Pero a veces, tengo visiones improvisadas. Me vienen sin avisar, como esta noche.

Volvimos a los monitores y vimos a los guerreros defenderse del ataque hasta que todo se calmó.



CAPÍTULO 19

KHEL

No podía decidir cuál de todas las cosas jodidas que habían pasado esta noche me enfurecía más. Primero, descubrir que mi compañera escondía secretos después de haberme dado una paliza de culpa por guardarle secretos. En realidad, no me molestó, me dolió. Esta noche, pensé que habíamos hecho un gran avance, que estábamos en camino de convertirnos en verdaderos compañeros a nivel espiritual. Fui un tonto al esperar un vínculo más profundo tan pronto. Joder, me dolía...

Lo *primero* que me molestó fue que se atrevieran a atacarme en mi puta casa—amenazando a mi compañera, a mi familia y a mi personal. En segundo lugar, fue mi compañera quien nos salvó... otra vez. Primero la lanzadera saboteada, ahora esto... Por mucho que me doliera su secreto, sin su visión, dudo que hubiéramos ganado esta batalla. Al menos, no sin bajas significativas. La ventaja y la información específica que nos proporcionó inclinaron la balanza a nuestro favor. Desde que llegó a nosotros, había estado predicando que era mi deber protegerla, que ella no necesitaba luchar. Sin embargo, sin ella, habríamos estado jodidos. Una vez más, le había fallado.

Tercero, ¿qué demonios hacía un Terrano ayudando a los Xelixianos en un ataque contra su general? Esto podría iniciar una guerra con Terra y las colonias Terranas. Cuarto, ¿quién coño financiaba el tipo de equipamiento militar que habían utilizado? ¿Cómo se las arreglaron para conseguirlo sin que nadie se diera cuenta? Quinto, ese tercer lanzamisiles... Mis guerreros lo alcanzaron antes que yo y despacharon al macho Xelixiano que lo custodiaba. Su compañero que lo operaba logró escapar. Según mis guerreros, era Guldano. Apostaría mi huevo izquierdo a que era Kuuruk Terk, el asesino. Esto era más grande que un maldito codicioso tratando de apoderarse de mis tierras.

Volví al complejo para encontrar que Ghan tenía todo bajo control. El personal, liberado del búnker, regresó a sus respectivos cuarteles. El primer lanzamisiles estaba asegurado en el garaje del complejo para una inspección minuciosa. El Terrano se estaba recuperando de mi veneno en la celda de contención. Los otros dos lanzamisiles estaban siendo transportados de vuelta al complejo. Ghan estableció patrullas adicionales para asegurar el perímetro y vigilancia por

satélite para evitar que se produjera otro ataque similar. No habíamos sufrido bajas ni heridos, gracias a la Diosa... ¿O debería decir, gracias a Amalia?

Me dolía el corazón de pensar en mi compañera mientras subía las escaleras hasta nuestra habitación. La encontré con las piernas cruzadas sobre la cama, vestida con un camisón transparente y el pelo oscuro cayendo en cascada a su alrededor. Me miró con tanta culpabilidad y tristeza que todo lo que sentía se desvaneció, sustituido por una abrumadora necesidad de protegerla. No podía soportar que nada la entristeciera tanto, ni siquiera yo mismo.

Soy tan tonto...

—Lo siento, Khel —ella estaba de pie junto a la cama, retorciéndose un mechón de pelo mientras me miraba lastimeramente.

Me acerqué a ella, mirándola en silencio un momento.

—Lo sé —la estreché en un fuerte abrazo y ella me rodeó la espalda con las manos. Se aferró a mí casi con desesperación. La sentí inhalar mi aroma y luego frotar su cara contra mi cuello.

—¿Por qué, *Falihna*? —mi voz no ocultaba el dolor—. Seguro que ya sabes que puedes contarme cualquier cosa. Creía que lo habíamos superado esta noche.

—¡Ya lo hemos superado! —se apartó para mirarme—. No te lo estaba ocultando deliberadamente. Al menos, no conscientemente.

Me explicó cómo se había manifestado la habilidad por primera vez tras la muerte de su madre y su hermana y cómo se lo había ocultado a Gruuk todos estos años. Así evitó que la detectaran durante su huida. Siempre me había preocupado que lo hubiera conseguido con tanta facilidad. Todavía me entristecía que lo hubiera mantenido en secreto, incluso cuando nos dijo cómo había escapado. Pero entendía muy bien los instintos de supervivencia.

—¿Algo más que debas contarme y aún no me hayas contado?

Negó con la cabeza, sin romper el contacto visual.

—No más secretos, ¿vale?

—No más, lo prometo —bajó mi cabeza y apoyó su frente en la mía.

Nos abrazamos en silencio. Me acarició la cara con las manos e inclinó la cabeza para darme un beso largo y tierno que removió algo en lo más profundo de mi ser. Una vez más, me dirigió una mirada tan parecida a la que mi madre solía dirigir a mi padre; la mirada que nunca me había atrevido a esperar que me dirigiera una hembra. Me pasó suavemente los pulgares por las crestas de la parte superior de las orejas, provocándome un estremecimiento de placer. Un profundo ronroneo salió de mi garganta.

—Siempre eres tan bueno conmigo —sonrió con una mezcla de afecto y asombro—. Nunca te enfadas conmigo y, cuando lo haces, no me gritas. Me creíste cuando te hablé de mis habilidades como hacker y esta noche de mis visiones. La mayoría de la gente me habría tachado de loca...

—Y habrían muerto —interrumpí—. No me idealices, mi compañera. No soy perfecto. Me enfado, me enfado mucho. Quiero creer que nunca llegará el día en que me enfade tanto como

para gritarte, pero podría ocurrir. Pero si llegara ese día, me quitaría la vida antes de levantarte la mano.

Me senté en el borde de la cama antes de sentarla en mi regazo. Se acurrucó contra mí, apoyando la cabeza en mi hombro.

—No me gusta que haya tensión entre nosotros, *Falihna*. Mi padre me dijo una vez que uno de los secretos de su feliz vínculo con mi madre era que ella nunca permitió que se fueran a la cama enfadados. Los pensamientos oscuros prosperan y se enconan en la fría oscuridad de la noche.

—Tu madre parece una hembra sabia.

—Lo era —se me apretó el pecho ante el dolor omnipresente de su pérdida—. Ella te habría amado —besé suavemente los labios de Amalia—. En cuanto a creerte, recuerda que soy general. Suelo tomar decisiones de vida o muerte sobre la marcha. Cuando nos conocimos, no tenía mucho en lo que basarme. Evalué la situación y analicé lo que dijiste, y cómo lo dijiste. Las verdaderas preguntas eran qué ganarías mintiendo y qué perderíamos si no lo hacías. Así que me temo que mis reacciones no son tan románticas. Dicho esto, sinceramente pensé que estabas confundida por una pesadilla después de que te contara lo que habían estado haciendo *los chicos*.

Se rio al oírme usar su término. Me dio una cálida sensación de confusión. Me encantaba el macho relajado que era cuando estaba con ella.

—Pero la convicción en tu voz cuando te reté dejó claro que estabas totalmente despierta. También habíamos recibido el aviso de que podría producirse un ataque. Era mejor pecar de precavido. Salvó la vida de muchos machos que significan mucho para mí. Por eso, te doy las gracias. Parece que, después de todo, eres tú quien me protege.

—¡Claro que no! —a pesar de su negación, sonrió al ser reconocida—. Ha sido un trabajo en equipo. Yo solo te indiqué el camino. Tú te has encargado de patear culos. ¡Por la Diosa, Khel! ¡Tú y Ghan estuvieron increíbles! Nunca he visto a nadie moverse tan rápido. La forma en que eliminaste a esos cuatro machos, ellos nunca lo vieron venir.

Parpadeé lentamente.

—¿Cómo sabes que Ghan y yo acabamos con cuatro machos?

—Eché un vistazo —se sonrojó, revolviéndose el pelo—. No pude verte en los monitores de vigilancia. Me preocupaba que pudiera pasar algo malo, así que eché un vistazo a tu futuro. Tienes que enseñarme a usar la espada como tú. Ha sido increíble en todos los sentidos.

Se me calentó la cara ante el elogio y me deleité con la admiración de Amalia.

—¿Así que estabas preocupada por mí, mi compañera? —seh, esperaba que me dijera que le importaba.

No tengo vergüenza.

Asintió y me besó la mejilla.

—Necesitaba saber que estabas a salvo y que ibas a volver conmigo —de repente se quedó quieta y se tocó el cuello pensativa—. Le mordiste... Mordiste a ese Terrano y se puso raro.

¿Bebiste de él?

¡Asco!

—¡Dios, no! —la miré, horrorizado—. Solo bebemos de las hembras y solo si ha tenido un orgasmo. Al macho le inyecté mi veneno. ¿Recuerdas lo que te dije sobre nuestras dos glándulas cuando te expliqué el castigo de Mirvhen?

Ella asintió lentamente recordando.

—Solo te expliqué lo que le ocurre a un macho que pierde sus glándulas. Pero nuestros colmillos también se utilizan como armas, y cada glándula tiene otras funciones. El Rhykin produce un veneno que causa parálisis temporal cuando se administra en pequeñas cantidades. En dosis mayores, destruye el sistema nervioso y causa fallo orgánico. Paralicé al Terrano para interrogarlo después. Luego le di un poco más como castigo por atacar nuestro hogar, pero no lo suficiente para matar o hacer daño permanente. A eso se debían los espasmos.

Ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Pero a veces, cuando me muerdes, me siento bien.

Le dediqué una sonrisa de suficiencia.

—Sí. Eso es porque, en pequeñas cantidades, el veneno Thylin actúa como una droga recreativa y causa euforia. En grandes cantidades, sin embargo, causa alucinaciones o demencia. Es habitual que los machos inyecten un poco durante el apareamiento para aumentar el placer de sus hembras. Y nada me complace más que tu placer.

Para mi sorpresa, se puso los puños en las caderas y me fulminó con la mirada.

—¡Vaya, macho tacaño! ¿Por qué me das Tylin solo a veces en vez de todo el tiempo? Y sí, ya sé que he metido la pata con la *h*.

Solté una carcajada, viéndola esforzarse por mantener su fingido enfado.

—Te lo prometo amor, *nunca* te daría Tylin. En cuanto al *Thylin* —le guiñé un ojo—, no puedo dártelo muy a menudo porque es bastante adictivo para algunas especies. Un macho podría atar a una hembra a él de esa manera.

Ella bajó los puños de los costados.

—¿A él específicamente o al veneno en general?

—A él específicamente —dije—. La adicción está ligada al ADN.

Asintió lentamente, comprendiendo. Se mordió el labio durante unos segundos y luego preguntó en voz baja,

—Quiero saber qué es Tylin.

Me reí entre dientes e intenté no encogerme.

—No, mi corazón. No lo quieres saber.

Metió las manos por debajo de la camiseta y me acarició los abdominales con la punta de los dedos.

—Bueno, hace tiempo que no tomo Ty... veneno fresco —dijo con un adorable mohín—, y empiezo a sentirme poderosamente descuidada.

—Has estado enferma —dije sin mucha convicción. Deseé que me tocara con las manos enteras en lugar de burlarse de mí con los dedos.

—Y estoy mejor —sus manos se aventuraron un poco más arriba, la punta de sus índices rodeaban mis pezones.

—El doctor dijo que no hiciera mucho esfuerzo —mi ingle se despertó.

—Sí. Eso significa que tú haces todo el trabajo y yo me quedo aquí tumbada —sonrió descaradamente.

Se bajó de mi regazo, se quitó el camisón con un movimiento rápido antes de tirarlo al suelo. Se tumbó en la cama, tirando de mí hacia ella.



Los dos días siguientes transcurrieron como un torbellino de actividad. Evidentemente, el ataque a la hacienda no había pasado desapercibido, no con los misiles estallando en pleno vuelo. Lhor consiguió que el Detective Gravhin se ocupara del caso. También consiguió que interfiriera y vigilara a cualquier tercero que mostrara demasiado interés en lo sucedido.

El Terrano capturado era un desastre. No tenía sentido. Luché con suficiente gente a lo largo de mi carrera, incluyendo Terranos, para saber exactamente cuánto veneno es demasiado. La dosis era exacta. El Rhykin debería haber causado un dolor insoportable durante seis horas y la parálisis no debería haber durado más de doce. Llevábamos cuarenta y una horas y contando. Según el Dr. Volghan, el Terrano no sería coherente por lo menos durante otras veinticuatro horas.

Después de mucho persuadirme, Minh me convenció de que le dejara hacerme algunas pruebas. Si pudiera, lo haría todos los días. La verdad es que no podía culparle. No habían pasado ni dos semanas desde mi Unión y mi Mancha casi había desaparecido. Cualquiera que no me conociera pensaría que era un Prime. Mis pruebas confundieron a Minh. Era normal que un macho tuviera explosiones de energía y fuerza una vez que su Mancha se detenía. Pero parecía que la hormona de Amalia no solo había revertido la Mancha, sino que también me había potenciado.

Mi fuerza, velocidad y resistencia habían aumentado notablemente, al igual que la potencia de mi veneno. Era un milagro que no hubiera matado al Terrano. En los últimos días, mi densidad ósea y mi masa muscular también habían aumentado.

Mi veneno y mi saliva también produjeron cambios en Amalia. Fortaleció su sistema inmunológico, salvándola del envenenamiento por Talio. Pero Minh creía que habría más cambios, de ahí que quisiera permiso para hacerle pruebas a ella también. No me entusiasmó demasiado, pero prometí hablar con ella.

Pasé la mañana con Lhor, que me instruyó sobre cómo ser un buen Consejero. Lo que daría por transferirle el cargo a él. Xelix Prime estaba profundamente roto. Era imposible permanecer

ciego ante los horrores que se nos habían revelado durante la última semana. Conocía las injusticias de nuestro sistema. Sin embargo, como todos los demás, las aceptaba como el curso de las cosas, aunque en el fondo reconocía lo equivocadas que estaban.

Los salarios mínimos, las condiciones de trabajo, la segregación, la discriminación y la protección social y médica básica de los Manchados eran cuestiones que debían abordarse, entre otras. Era alucinante hasta qué punto habían degenerado las cosas mientras todos mirábamos hacia otro lado. Se arrastraba a través de nuestro modo de vida, insidiosamente sin oposición.

Nunca imaginé la existencia de las Casas de Sangre, pero había muchas señales para quienes estuvieran dispuestos a verlas. Que esto hubiera podido durar tanto solo confirmaba lo profunda y extendida que era la corrupción. Pero nada más. Si pensaban que mi padre había sido un disidente, les esperaba otra cosa. Una guerra se avecinaba.

~

Acabábamos de terminar el primer entrenamiento de combate de Amalia. Al principio, solo pretendía poner a prueba su forma física general, su fuerza y su agilidad. Luego pasaría a una hora de defensa básica y lo daría por bueno. Resultó que mi compañera tenía otra sorpresa para mí. No solo quería aprender a defenderse, sino también "patear traseros y someter a su oponente" por lo visto, verme decapitar a ese Xelixiano le había provocado una gran afición por la esgrima. No sabía si sentirme impresionado o perturbado por su sed de sangre.

Era una nadadora promedio, pero poseía una disposición fenomenal para el combate. Eso definitivamente me perturbaba... bueno, perturbaba mi yo sobreprotector y dominante. Imaginarla en combate y herida me asustaba. Y, sin embargo, imaginarla "pateando traseros y dominando a su oponente" despertaba una pizca de orgullo. Pero ella no me necesitaría para mantenerse a salvo y *eso* me molestaba más allá de las palabras. Tenía un talento instintivo con la espada. Tuve que arrancársela de las manos mientras amenazaba con morderme para recuperarla. Mi única intención era demostrarle que no estaba preparada, ni hecha para las espadas, pero el tiro me salió por la culata.

A Ghan le gustaba entrenar a novatos prometedores. Una vez que llamabas su atención, y ella lo había hecho, se aferraba como una sanguijuela y no te soltaba. Eso la beneficiaría, sin duda, pero quería tenerla a ella y su entrenamiento para mí solo.

Soy tan patético...

—Es suficiente por hoy, *Falihna* —le di una toalla y una botella de agua.

—Pero... tengo tanto que aprender. Todavía estoy bien para seguir —dijo Amalia con el mohín más bonito.

—Sí, lo estás. Y no, no lo estás. No lo aprenderás todo en un día. Necesitas darle a tu cuerpo la oportunidad de absorber lo que aprendió, y no quieres sobrecargarte.

Me enseñó los dientes y siseó antes de arrebatarme la botella de agua de las manos. La miré

con el ceño fruncido. Ayer fue la primera vez que la vi sisear así cuando Lhor intentó robarle el postre. Esos dos siempre se estaban gastando bromas, así que no le di mucha importancia. Hoy lo había hecho varias veces, sobre todo mientras peleábamos. Me chasqueó los dientes cuando intenté quitarle la espada. Me habría roto la piel si no hubiera apartado el brazo.

Con la botella vacía, Amalia se volvió hacia mí y notó mi mirada preocupada.

—¿Qué? —preguntó, con actitud beligerante.

—Eso —dije con calma, haciendo un gesto hacia ella.

—¿Qué? —se miró a sí misma buscando algún indicio de lo que quería decir.

—¿Oyes lo agresiva que suenas ahora? ¿Cuántas veces me has siseado hoy y ayer a Lhor? ¿Cómo casi me arrancas el brazo antes simplemente porque quería quitarte la espada? ¿Qué pasa, corazón mío? Eso no es propio de ti.

Al principio, parecía indignada. Pero en cuanto mencioné su siseo, se calmó y adoptó esa expresión que uno tiene cuando se esfuerza por recordar algo. Luego palideció. Eso me preocupó.

—¡Oh, Diosa! —susurró, horrorizada—. Lo siento mucho, Khel. Tienes razón, no soy yo. Es que... Por favor, dime que tienes hojas de Rehmannia aquí.

—¿Rema... qué? —pregunté, confundido.

—Hojas de Rehmannia... —repitió, la esperanza en sus ojos desvaneciéndose.

—Yo... creo que nunca he oído hablar de una planta así. Podemos comprobarlo con Jhola. ¿Por qué?

—La necesito. Por eso estoy así.

Parpadeé. *¿Qué tenía eso que ver?* Suspiró y empezó a gruñir molesta por mi evidente incapacidad para entender lo que intentaba decirme. Al darse cuenta de lo que hacía, se detuvo.

—¿Ves? —levantó los brazos—. Por eso las necesito. Hará que deje de actuar tan agresivamente. Las necesito ahora antes de que empeore.

¿Qué coño quería decir eso? ¿Me ocultaba algo más? ¿Tenía algún tipo de enfermedad de la que yo no sabía nada?

—¿Antes de que empeore qué? —solté—. ¿Qué es lo que no me has contado esta vez?

Su rostro se endureció por la ira y levantó la palma de la mano para indicarme que parara.

—¡Eh! No empieces conmigo. No es eso. No estoy ocultando nada. Solo son cosas de las que se supone que no debemos hablar.

—¿De qué coño se supone que no hay que hablar? —exclamé, levantando las manos.

Me miró con esa cara de “cómo puedes ser tan tonto” que no hizo más que irritarme aún más.

—Cosas de hembras —gruñó ella, cruzándose de brazos en señal de enfado.

—¿Cosas de...? ¡Oh!

¡Oooooh, claro! Bien hecho, Khel.

—¡Sí, oh! —replicó ella, con la voz cargada de sarcasmo.

Khel, mete la pata. Mete la pata bien hondo.

—Bueno, seguro que Jhola puede conseguirte cualquier accesorio que necesites.

Ella puso los ojos en blanco.

—No necesito accesorios. No soy Terrana, no hago desastres. Solo necesito las hojas para mantener mi agresividad bajo control durante mi período.

—¿Período? ¿Así lo llaman ahora las hembras? —me pregunté si tenía ganas de morir. Sí, esa mirada me dijo que probablemente me habría ensartado si aún tuviera una espada.

—No soy Terrana ni Xelixiana. Soy Verediana. No tengo lo que ellas tienen. Entrar en mi período significa que voy a entrar en celo. Durante los próximos veinte días, seré muy fértil. Pero eso también me hace agresiva y territorial. La única manera de controlar los síntomas es con té de Rehmannia. Necesito las hojas a menos que quieras que gruña y sisee a la gente durante las próximas tres semanas.

Mi cerebro dejó de escuchar en algún punto entre "celo" y "muy fértil". Las imágenes de una niña Verediana regordeta riéndose mientras la lanzaba juguetonamente al aire llenaron mi mente. Amalia y yo no habíamos hablado de formar una familia. Las hembras podían usar anticonceptivos durante la Prueba. Después, se esperaba de ellas—pero no estaban obligadas—que intentaran dar el mayor número posible de descendientes a su pareja. Una negativa, fueran cuales fueran las razones, era uno de los pocos casos en los que un macho podía pedir la disolución de su Unión. Yo no la presionaría para nada, pero Diosa, esperaba que estuviera tan ansiosa como yo por formar nuestra familia.

Me acerqué a ella y le miré el vientre. Puse las manos en su cintura, dejando que mis pulgares acariciaran suavemente los lados de su vientre plano.

—¿Podrás concebir en las próximas semanas?

Se lamió los labios con nerviosismo y luego asintió con dos rápidos movimientos de cabeza. Sonreí y la tensión pareció desaparecer de sus hombros.

—Bueno, siempre puedo concebir, pero la probabilidad aumenta mucho durante mi período —dijo, con sus ojos pasando entre los míos.

—Corazón, sé que aún no hemos hablado de formar una familia, y comprendo que quieras esperar a que termine la Prueba....

—Olvídate de la Prueba. Ya te lo he dicho, he hecho mi elección, y eres tú. Eres mío y yo soy tuya a menos que decidas que ya no me quieres. Mis votos fueron definitivos el día que los pronuncié. La pregunta es: ¿quieres tener hijas conmigo?

—¡Sí! —respondí con una lenta sonrisa—. Quiero un enjambre de pequeñas Amalias correteando por la casa, volviendo locos a Lhor y Ghan.

Soltó una risita, con los ojos llenos de picardía.

—No creas que te librarás. Yo también les enseñaré a volver loco a su padre. ¡Será la dominación de las chicas Praghan!

Sonreí ante la imagen.

—Bueno, entonces tendré que meter a un chico o dos en la mezcla como refuerzo, y para

continuar la línea de sangre.

Se calló y su sonrisa se desvaneció.

¿Dije algo malo?

—Khel... No puedo darte un heredero —dijo con cuidado—. Mi Nana tuvo hijas. Mi madre tuvo hijas. Yo tendré hijas. ¿Recuerdas lo que te dije sobre la historia Verediana? Nos extinguimos porque no podemos dar a luz machos vivos.

¿Cómo carajo pude haber olvidado eso?

Se me encogió el corazón y se me rompió cuando su rostro se arrugó por la vergüenza, la tristeza y lo que solo pude interpretar como desesperación. No había duda de que yo quería un heredero. Por ley, podía repudiarla por ese motivo. Su oxitocina me convertía en Prime. Con mi riqueza, mi estatus y mi nueva salud, por primera vez tenía casi garantizado que me elegirían en la siguiente Unión. Sin embargo, la idea de descartarla en favor de otra me repugnaba. No era solo por gratitud por el hecho de haber vivido y conservado mis tierras gracias a ella. Amalia me importaba de verdad y no podía imaginarme una vida sin ella. Pero, ¿estaba dispuesto a dejar que mi linaje muriera por ella?

Amalia se rodeó el torso con los brazos y agachó la cabeza.

—Si... si deseas... dejarme de lado... yo lo entende....

—¡Basta! —le dije—. ¿Recuerdas la parte de “eres mío y yo soy tuya”? Bueno, eso funciona en ambos sentidos.

Sus ojos se clavaron en los míos, escrutadores. Agarré sus dos manos y las apreté contra mi pecho.

—*Falihna*... Lo eres todo para mí. Sí, quiero un heredero y sí, me rompe el corazón oír que no está destinado a ser. Pero te quiero a ti por encima de todo. Si eso significa descendencia femenina solamente, que así sea.

Me abrazó y frotó su cara contra mi cuello. Me encantaba cuando hacía eso. Siempre lo hacía cuando estaba abrumada por la emoción, normalmente como muestra de afecto hacia mí.

—Necesito esas hojas, Khel —susurró contra mi cuello—. No quiero mutilarte mientras trabajamos en la niña Praghan número uno.

—¿De verdad es tan malo?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, la verdad. Desde que cumplí veintiún años, mi Nana siempre se aseguraba de que bebiera un poco justo antes de que empezara mi período. No tenemos períodos antes de esa edad, aunque somos fértiles después de la pubertad. Ella no quería arriesgarse a que yo fuera tras los miembros de la tripulación.

Seh, quiero borrarme esa imagen mental.

—Pero, no es un anticonceptivo, ¿verdad?

—No, no lo es —me tranquilizó—. No puedo esperar a tener a nuestra descendencia en mis brazos.

—Bueno, entonces, ¿tal vez deberíamos empezar a trabajar en ello? —le dije con una mirada significativa.

Ella soltó una risita y asintió con una sonrisa traviesa. Levanté a mi compañera en brazos y la llevé a nuestra habitación. No tendría un heredero, pero nuestras hijas “patearían culos y someterían a sus oponentes” como Amalia dijo tan elocuentemente.

¿Por qué no pueden ser mis hijas mis herederas? También son mi linaje...

El pensamiento me golpeó de repente y me hizo detenerme a medio camino en las escaleras que conducían a los dormitorios.

—¿Khel? —preguntó Amalia, ligeramente preocupada.

—No es nada, mi corazón —dije con una sonrisa depredadora—. Vamos a hacer unas preciosas niñas.



CAPÍTULO 20

AMALIA

El Dr. Volghan pasó la noche en la hacienda para ocuparse del Terrano que Khel capturó. Sospechaba que la pernoctación del doctor era en realidad para convencernos de que nos sometiéramos a sus pruebas. Considerando que Volghan me salvó la vida, lo menos que podía hacer era acceder. Fui a las instalaciones médicas del complejo.

—¡*Seha* Praghan! ¡Me honráis! —se puso una mano sobre el corazón y se inclinó a la manera Xelixiana.

Le devolví el saludo.

—Dr. Volghan, por favor, llamadme Amalia. Podéis tutearme. No me gustan mucho las formalidades.

—Por supuesto, Amalia —dijo con una amplia sonrisa—. Entonces debo insistir en que me llames Minh o doc, como suele hacer tu infame compañero.

Minh me cayó bien al instante. Al igual que Sivh, tenía ese aura que decía que te mimaría hasta la muerte si fuera tu Nono: firme, pero indulgente.

—Así que... ¿Khel dijo que querías pincharme?

Se encogió.

—Nada tan dramático. Simplemente me gustaría hacerte unas preguntas y sacarte algunas muestras de sangre y fluidos.

—Por ahora —dije con sarcasmo.

Tuvo la cortesía de parecer avergonzado. Volghan me hizo un montón de preguntas. Las respuestas se redujeron todas a sí, como Khel, me sentía mejorada; más fuerte, más rápida y mi visión nocturna había aumentado en alcance y precisión. Me pinchó el dedo con una aguja similar a la que Fihn utilizó antes de la Selección. El doctor frunció el ceño mientras examinaba las lecturas de la prueba.

—¿Qué ocurre? —me incliné hacia delante para mirar los resultados.

—¿Cómo te sientes emocionalmente?

—Estoy bien. ¿Por qué?

—Tu nivel de serotonina es muy bajo, mientras que el de oxitocina es extremadamente alto

—miró mi análisis de sangre de hace unos días en su datapad—. Esas lecturas son anormales y deberían llevarte a extremos emocionales, desde la tristeza excesiva a la alegría extrema, pasando por la agresividad intensa. ¿No has tenido ninguno de esos síntomas?

Hice un gesto despectivo con la mano.

—Ah, eso. Bueno, sí, un poco....

—¿Un poco? —enarcó una ceja.

Suspiré molesta, conteniendo las ganas de sisear. Quizá debería llevar un cartel en la frente que dijera: "Hormonal durante las próximas semanas. Por favor, ¡vete a la mierda!". No creo que Lhor lo aprobara. La idea me hizo soltar una risita interna. Tenía que encontrar una nueva broma para gastarle cuando menos se lo esperara.

—Estoy entrando en mi período. Lo que significa que mis hormonas estarán por las nubes durante las próximas tres semanas, ya que estoy en mi pico reproductivo. Eso altera mis emociones y tiende a volverme más agresiva, a menos que tome té de Rehmannia. Pero parece que por aquí no hay. Khel ha pedido un poco, pero tardará unos días en llegar.

Sonrió.

—¡Ah! Eso lo explica todo. Entonces, ¿han hablado Khel y tú de tener descendencia?

—Con el debido respeto, doc, eso no es asunto tuyo —dije, intentando no sonar tan agresiva como me sentía. Todavía me dolía saber que no podía darle un hijo a Khel. No estaba de humor para hablar de ello con un extraño, aunque fuera tan amable como Minh.

Inclinó la cabeza en señal de disculpa.

—No quiero entrometerme. Pero si planeas formar una familia pronto, tenemos que hablar de algunas cosas para asegurarnos de que haya las menos complicaciones posibles.

—¿Cosas como qué?

—Ya sabes lo de comer ryspak —dijo Minh—. Nuestras crías también necesitan un contacto frecuente con su progenitor durante el embarazo. No somos psíquicos, pero los fetos Xelixianos que crecen sin esa interacción tienen un desarrollo cerebral significativamente menor. Khel también debe inyectarle pequeñas dosis de veneno una vez cada dos días. Fortalece el sistema inmunológico del bebé y estimula su crecimiento.

—Bueno —me intrigaba la necesidad de contacto con el padre. Era un rasgo psíquico. Me pregunté por la herencia genética de los Xelixianos. Eso también podría explicar que Khel y Lhor fueran Gemínidos.

—Así que... ¿ustedes…?

Le lancé una *mirada* a la que él respondió con la sonrisa más dulce e inocente. ¿Cómo podría resistirme?

—Sí, estamos en ello —dije entre dientes—. ¡No tienes vergüenza, doc!

Sonrió, pero no le llegó a los ojos. Su rostro adoptó entonces una expresión más seria. Sabía lo que me esperaba.

—¿Sabe Khel que...?

—Sí —le interrumpí—. Sabe que no podemos tener machos.

Asintió con simpatía, pero parecía satisfecho de que hubiéramos abordado aquel delicado asunto.

—Es una pena. Tu oxitocina es bastante potente. Basándome en lo que ha hecho por Khel hasta ahora, solo puedo imaginar lo que podría hacer en su descendencia. Estás curando la Mancha de Khel.

—¿Qué?

—Me has oído bien, mi niña. Khel vuelve a producir dopamina de forma natural. Es solo en pequeñas cantidades en este momento, pero la cantidad está aumentando. Es por eso que he estado tan ansioso por realizar algunas pruebas. Entiendo tus preocupaciones. Nadie quiere convertirse en una rata de laboratorio, ni planeo hacerte eso. Pero podrías ser la clave para curar a toda una raza, o al menos ponernos en el camino de la recuperación. Solo quiero tu permiso para tomarte algunas muestras y analizarlas en células de huéspedes Manchados que no sean tu pareja.

¿Qué otra respuesta podría dar que no fuera un sí? Significaba demasiado para no dejarme pinchar.

Uff.

~

Era la tercera vez que entraba en el recinto, pero la primera en compañía de mis tres chicos. No sé muy bien cuándo desarrollé esa vena posesiva, pero los consideraba totalmente míos. Khel era mi compañero, obviamente. Ghan era mi hermano mayor, aunque aún tenía que contárselo. Y Lhor... Bueno, Lhor era la cuestión. No había duda de que era mío, pero la sociedad no lo aprobaría. No podía verlo simplemente como el primo de Khel. Se sentía demasiado como mi compañero para mí. No podía evitar temer que, más pronto que tarde, haría algo estúpido que podría dañarnos irrevocablemente. Y eso me asustaba. Ambos me importaban profundamente, y ya no podía imaginarme una vida sin ninguno de los dos.

Yhan y Sohr, mis guardaespaldas permanentes, me escoltaron hasta la Sala de Situación, donde mis chicos estaban en medio de una intensa discusión. Como era su costumbre, Lhor me guiñó un ojo, satisfecho de saber que aún me llevaba dos bromas de ventaja. Necesitaba vengarme, y tenía que ser espectacular. En la última, el desgraciado había cambiado la harina por bicarbonato. ¿Cómo iba a saber que la textura era diferente? Polvo blanco es polvo blanco. Ni que decir tiene que mis buñuelos khelfis habían sido un desastre. Le devolví la mirada. Su sonrisa se ensanchó hasta convertirse en ese hoyuelo que derretía mis bragas y que me provocaba todo tipo de cosas inapropiadas.

Ghan, el eterno estoico, me dedicó su habitual sonrisa apenas perceptible. Me entraron ganas de ponerme en su regazo y darle un abrazo de oso, aunque solo fuera para ver la cara de angustia

que ponía. Khel, mi siempre solícito compañero, se levantó para saludarme con esa mirada tan cálida y llena de afecto que hizo que mi corazón latiera un poco más rápido.

—*Falihna* —me dio un casto beso y me llevó de la mano a un asiento junto al suyo—. Te estábamos esperando.

—¿Alguna novedad? —me moví inquieta, incapaz de ocultar mi impaciencia.

—Muchísimas —dijo Ghan—. Aunque aún no estoy convencido de que debas involucrarte en esto.

—¡Oh, no, claro que no, grandullón! —le respondí bruscamente—. Esto me concierne directamente. Puedo ayudar y no me van a dejar de lado. ¡Así que sopórtalo! Ahora cuéntamelo todo.

Sacudió la cabeza como si yo fuera un caso perdido—y en este caso lo era—y se volvió hacia Khel esperando que intentara razonar conmigo. Fue en vano. *¡Eso Khel!*

Ghan volvió a negar con la cabeza, pero cedió.

—Hemos podido hablar con el último mercader Dantoriano con el que Gruuk hizo negocios. Todo está en regla; telas de lujo y otros artículos lujosos que sirven de fachada legítima a Gruuk.

Mis hombros se desplomaron.

—¿Así que es un callejón sin salida?

Ghan cruzó las manos sobre la mesa.

—Esperemos que no. Gruuk mencionó tener negocios en el Sector Sarkesiano. ¿Te suena de algo?

—Tal vez —me devané los sesos, removiendo todos los recuerdos de la zona—. Había un lugar al que la tripulación se refería como “Sarks”. Siempre traíamos nuevas esclavas de allí. No sé si era un mercado de carne o una de las fortalezas de Gruuk. Nunca nos quedábamos mucho tiempo.

—¿Visitaste algún planeta? ¿Una estación espacial? —Ghan presionó—. ¿Te viene a la mente algún punto de referencia?

Me golpeé el labio inferior con un dedo, reflexionando.

—Era un planeta o una luna. Era de color rojo oscuro, como el vino ryspak especiado, con algunas rayas más oscuras y otras más pálidas. Había una enorme nebulosa azul y verde cerca. Normalmente íbamos allí justo después de un viaje a Rovagal Tres. Y no era un viaje largo. Alrededor de una hora a la velocidad de la luz.

—Excelente, pequeña —dijo Ghan—. Deberíamos ser capaces de reducir algo a partir de eso.

Yo estaba demasiado ocupada alabando el elogio como para reprocharle el comentario de “pequeña”. Resultó que Ghan tenía un gran sentido del humor. Solo que rara vez lo mostraba y *realmente* había que prestarle atención para captarlo. Sus chistes solían ser terribles, pero cuando eran buenos, eran brillantes.

Ghan miró fijamente a Khel.

—El Terrano sigue inconsciente, gracias al exceso de Khel.

—¿Cómo iba yo a saber que mi veneno era tan potente? —Khel me miró con el ceño fruncido. Yo le sonreí, sin sentir ni una pizca de remordimiento.

Ghan ignoró el comentario de Khel.

—Eso nos lleva a las Casas de Sangre.

Eso captó mi atención y me puso sobria. A lo largo de los años, un gran número de hembras de El Revenant fueron entregadas a Xelix Prime. Sentí verdaderos lazos de parentesco con algunas de ellas, aunque no podía hacer nada para ayudarlas. La idea de que estuvieran tan cerca me carcomía. Cada vez que las dejábamos, me odiaba. Esta vez, si la Diosa quería, podría enmendarlo.

—Hicimos un mapa de la zona que rodea la fábrica donde Mirvhen fue recogido —Lhor mostró un mapa holográfico tridimensional—. Estos son los lugares habitables en un radio de veinticinco millas alrededor de la fábrica. Hemos cruzado los parámetros recogidos de Mirvhen y eliminado todas las localizaciones excepto estas tres.

—¿La Casa de Sangre está en uno de ellos? —pregunté, aumentando mi excitación.

—La cuestión es en cuál —dijo Ghan.

Khel se inclinó hacia delante.

—¿Vigilancia por satélite?

Ghan negó con la cabeza.

—No es concluyente. Solo lo de siempre.

—Así que tenemos que enviar equipos de reconocimiento —Khel se reclinó en su silla, pasando una mano por el pelo—. Va a ser complicado. Son todas propiedades privadas. Si nos pillan infiltrándonos sin orden judicial y no hay actividad delictiva, nos darán por culo.

—Más bien solo el tuyo —Lhor apagó el holograma—. Tus enemigos descenderían sobre ti como buitres. Por lo que sabemos, esto podría ser una trampa para ese propósito específico. No puedes arriesgarte a una infiltración. Aunque no capturen a tus guerreros, bastaría con que las cámaras de vigilancia demostraran que estabas ilegalmente en su propiedad para que todo estallara.

—Te escucho, Lhor —Khel le hizo un gesto de impaciencia—. Pero la inacción no es una opción. No podemos atacar a los tres simultáneamente, especialmente si dos de ellos son negocios legítimos. Y si atacamos primero al equivocado, corremos el riesgo de delatar al verdadero. La conclusión es que no podemos ser asociados con la parte infiltrada en caso de ser descubiertos. Contrataremos mercenarios.

—Es un riesgo demasiado delicado involucrar a mercenarios —argumentó Ghan—. La mayoría no son de fiar y se volverán contra ti por un puñado de créditos extra.

Khel levantó una mano interrogante.

—Entonces, ¿qué otra cosa propones?

—Podrías utilizarme —dije.

El silencio fue ensordecedor cuando tres pares de ojos se posaron en mí.

—Hablo en serio —apreté las manos—. Puedo conseguir la información sin que nos descubran.

Ghan soltó una carcajada. Fue una carcajada potente, profunda y gutural que atrajo las miradas atónitas de Lhor y Khel. Yo estaba demasiado asombrada al ver a Ghan reír de verdad como para sisearle, aunque mi floreciente temperamento de período se cocía a fuego lento bajo la superficie.

—Dime, pequeña —dijo Ghan, recuperando la compostura—, ¿cómo es que una cosita de aspecto exótico, no combatiente, como tú, que ha sido la comidilla del planeta durante las últimas semanas, va a pavonearse para entrar en un lugar hostil conocido por albergar Perlas, y luego volver a pavonearse sin ser vista ni herida?

Khel fulminó a Ghan con la mirada, supongo que por su descripción poco halagadora de mí. Ojalá hubiera apoyado también mi oferta de ayuda.

—Mi yo "de aspecto exótico" va a triunfar donde tus "guerreros de élite tan impresionantes" fracasarán. No necesito pavonearme de nada, muchas gracias —gruñí—. Solo necesito estar dentro del alcance para usar mis habilidades y bam, ¡listo!

—Amalia, mi corazón, *no* voy a dejar que te acerques a ese lugar —dijo Khel.

—No, Khel —me levanté de la silla y me puse frente a él, con las manos en puño.

Lhor intentó intervenir.

—Amalia...

—¡No! —le señalé con el dedo—. Panda de santurrones. ¿Creen que porque tienen pollas pueden dictar lo que puedo y no puedo hacer?

Lhor puso los ojos en blanco.

—No es lo mismo. Podemos respetar tu libertad y aun así intentar protegerte de hacer alguna estupidez.

—¡Oh! ¿Así que ahora soy estúpida? —pregunté, con voz amarga.

—*Falihna*... sabes que no se refería a eso —dijo Khel con condescendencia.

Crucé los brazos sobre el pecho con rabia.

—¿Crees que soy estúpida, Khel?

—Amalia… —dijo Khel.

—¡Responde a la puta pregunta! —grité, golpeando la mesa con la mano.

Parpadeó.

—Claro que no, Amalia. Pero los Xelixianos son rápidos. Si entras, te capturarán o matarán antes de que puedas parpadear. Trata de entender...

—*Sí* que lo entiendo, y estoy de acuerdo —dije levantando las manos—. ¿No se te ha pasado por la cabeza escuchar lo que tengo que decir antes de juzgarme?

—Me parece justo —dijo Khel, con tono apaciguador—. Siéntate, por favor.

—¡No me digas que me siente, joder!

Levantó las palmas en señal de rendición, frunciendo los labios, pero guardó silencio. Al

cabo de un rato, me eché hacia atrás en la silla y me agarré a los reposabrazos, intentando recuperar la calma.

—¿Cómo crees que puede funcionar esto para que no estés en el lugar, o en peligro? —preguntó Khel.

—Específicamente *no* estando en el lugar —dije con voz controlada. Khel parecía confundido por mi respuesta—. Te dije que solo necesitaba estar dentro del alcance, nunca dije que necesitara estar sobre el terreno. *Tú* lo diste por hecho. No soy estúpida, Khel.

—De acuerdo —articuló Khel lentamente—. Pero necesitas tocar la tecnología para usar tu habilidad. Eso significa que tienes que estar en el suelo.

—No, no es así —me froté la cara con frustración—. Solo necesito una nave sigilosa o una lanzadera para acercarme lo suficiente. Entonces, puedo intentar fijar a una de las antiguas cautivas de El Revenant. Necesito estar a menos de 400 metros para detectar si están en ese edificio. Sus captores ni siquiera sabrán que estuvimos allí.

Los tres machos me miraron boquiabiertos antes de intercambiar miradas atónitas.

—Ese... es un plan viable —admitió Ghan. Khel y Lhor asintieron con una mirada de respeto.

—Bueno, mi compañera, parece que has ganado —Khel inclinó la cabeza en señal de concesión.

—No se trata de ganar —miré a cada uno de ellos por turno—. Me dicen que soy libre y, sin embargo, intentan controlarme cuando les conviene. Yo no he ganado. Solo están de acuerdo porque no tienen otra opción. Si no, me darían una palmadita en la cabeza como a una buena mascota y me enviarían a casa. Díganme si me equivoco.

Tuvieron la decencia de parecer avergonzados. No hizo que doliera menos.

—No cambié un amo solo para heredar tres más —se erizaron ante mi comentario—. Quiero su protección y su consejo, pero nunca dejaré que otro macho me controle o dicte lo que hago. Prometo intentar ser razonable en mis peticiones, pero exijo lo mismo a cambio.

Lhor y Ghan miraron a Khel para ver su reacción. Khel asintió lentamente. Frunció los labios, con los ojos bajos mientras reflexionaba sobre lo que acababa de decir. Inspiró profundamente, llegando a una conclusión.

—Somos Xelixianos, Amalia. Siempre seremos sobreprotectores con las hembras. Está arraigado en nosotros, más aún contigo porque eres mi compañera. No es una falta de respeto querer mantenerte fuera de peligro. Es nuestro deber. Es lo que somos. No soy tu amo, y prometo tener en cuenta tus deseos, pero nunca a costa de tu seguridad.

No era lo que quería oír, pero tendría que bastar... por ahora.

~

—No te desanimes, mi niña. El Xelixiano no es fácil —sonriendo, Jhola recogió su datapad y se dirigió a la puerta—. Seguiremos practicando. Lo conseguirás —

dijo por encima del hombro.

Quienquiera que inventara el idioma Xelixiano merecía cien cadenas perpetuas consecutivas de trabajos forzados en algún planeta tóxico. Las reglas eran ridículas y era imposible pronunciarlo. Estudié con un tutor holográfico y luego practiqué una hora diaria con Jhola. Diez vidas no me bastarían para dominar la maldita cosa.

Observé el entorno y me recosté en la silla del escritorio. Jhola y yo habíamos hecho un gran trabajo decorando el despacho de mi suite de tres habitaciones en azul marino y amarillo. Cuando no estaba disfrutando del aire libre o utilizando la sala de entrenamiento, éste era mi refugio. Aparte del escritorio, el armario y la vitrina, todo lo demás era una especie de cojín, sofá o zona para sentarse. Me tumbaba en uno u otro para leer, ver videos, estudiar o simplemente soñar despierta.

Ahora mismo, sin embargo, estaba demasiado inquieta para entretenerme. La reunión de ayer seguía molestándome. Pero Khel tenía razón: los Xelixianos eran muy protectores con las hembras. En cierto modo, me di cuenta de que era injusto esperar que cambiara su forma de ser. De hecho, no quería que lo hiciera. Mi participación en la Unión era para asegurarme la protección de un guerrero. Pero había una delgada línea entre proteger y controlar. Después de veintidós años de esclavitud, no me parecía bien que alguien pretendiera dominarme.

Khel se esforzaba por conciliar a la chica nerviosa que lo eligió en la Unión con la compañera voluntariosa que exigía entrenamiento de combate. A mí también me resultaba confuso, pero me encantaba. Como dijo Nana, necesitaba aprender a desplegar mis alas, y me estaba descubriendo a mí misma en el proceso. Una cosa seguía siendo cierta: odiaba las reglas. La sociedad Xelixiana estaba plagada de ellas. Tras el incidente con el talio, quedó claro que una forma de protegerme era aprender todo lo que pudiera sobre sus leyes. El Dr. Lurphin podría haberme alejado fácilmente de Khel de no ser por la advertencia de Lhor.

En los últimos días, empecé a leer el Libro de la Ley Xelixiana, centrándome en el Derecho de Familia. Quería saber qué poderes podía tener un tercero sobre mí. ¿Podrían reclamar mi custodia? ¿Disolver mi Unión? ¿Obligarme a aparearme con otro? ¿Cuáles eran mis recursos o los de Khel? Para mi sorpresa, resultó que me encantaban las cosas legales. Qué ironía.

Cogí el datapad y me tumbé en el gran sofá blanco roto, entre una docena de cojines azules y beige. Después del agua, los colchones cómodos debían de ser lo segundo que más me gustaba. Me acomodé y cargué el Libro de la Ley. Seguí leyendo un artículo tras otro en los que se detallaban los derechos y obligaciones de los compañeros, los rituales que debían observarse, las disposiciones para los compañeros forasteros, etc. Y entonces, ahí estaban; cuatro pequeños párrafos que sacudieron mi mundo.

Artículo 1:94. No obstante lo dispuesto en el Artículo 1:73, que define el Matrimonio Legal como la unión de un macho y una hembra mediante la Ceremonia de Unión, una hembra podrá, a su entera discreción, incluir a un segundo macho en su Matrimonio Legal existente, siempre que el segundo macho sea pariente consanguíneo de primer o segundo grado de la Primera

Pareja.

Artículo 1:95. Debido a su capacidad para producir cantidades significativas de oxitocina, las hembras Prime y Perlas exclusivamente podrán, a su entera discreción, incluir un tercer macho en su Apareamiento Legal existente, siempre que dicho tercer macho sea pariente consanguíneo de primer o segundo grado de la Primera Pareja.

Artículo 1:96. En el caso de que una hembra legalmente emparejada decida acogerse a las disposiciones de los Artículos 1:94 y/o 1:95, no será necesaria una Ceremonia de Unión con el Segundo o Tercer Compañero. Sin embargo, la hembra y cada compañero adicional deben intercambiar Votos de Unión. El Registrador de la Sala de Unión debe ser informado de cada nuevo enlace para que su estatus sea oficial.

Artículo 1:97. Cualquier vástago nacido de un Matrimonio Legal en el que participe más de un macho llevará el nombre de su progenitor, tal y como se establezca mediante una prueba de ADN, para la continuación de la línea de sangre de dicho macho. El Heredero del Patrimonio Familiar será el macho primogénito de la Primera Pareja o cualquier otro vástago elegido por la Primera Pareja.

En los artículos siguientes se explicaba el protocolo de herencia en caso de que muriera el Primer Compañero, pero me sentí demasiado aturdida para seguir leyendo. Me quedé mirando la pantalla sin ver, digiriendo las implicaciones de esta información. Khel, Lhor y yo podíamos ser una unidad familiar. Solo tenía que decir una pequeña frase para hacerlo realidad. Ni siquiera necesitaba el permiso de Khel, solo la aceptación de Lhor, como durante una Selección. Me sentí mareada.

¿Por qué Fihn no lo había mencionado en la Selección? ¿Khel y Lhor conocían esta ley? ¿Cómo se sentirían al respecto? Empecé a pasearme por la habitación. Estaba segura de que Lhor me deseaba, pero dudaba de que supiera que los sentimientos eran mutuos. Por ahora, lo mantendría así. No podía evitar sentir que Lhor también era mi pareja. Tal vez fuera por la cuestión de los Geminados. Era doloroso resistir mi atracción por él, pero nunca traicionaría a Khel. Sin embargo, con esta ley...

Khel nunca estaría de acuerdo.

Había parecido celoso en algunas ocasiones. Sin embargo, Lhor era la otra mitad de su alma. Seguramente Khel vería que negar a Lhor era como negarse a sí mismo. Por ahora, no forzaría la situación. Khel y yo todavía estábamos resolviendo nuestra relación. Empecé a sospechar que, bajo su apariencia de seguridad en sí mismo, Khel tenía una gran carga de inseguridad. Decirle que quería incorporar a un tercer miembro no era la decisión más sabia. Por no hablar de que ni siquiera había garantías de que Lhor accediera.

La idea de que me rechazara me caló hondo. Podía ver cómo me miraba cuando pensaba que nadie le prestaba atención, lleno de deseo. Me excitaba. La forma en que reaccionaba a mis caricias más inocentes... La forma en que nuestros cuerpos se alineaban perfectamente cuando nos abrazábamos. No podía dejar de pensar en aquella vez que nos observó desde su balcón. ¿Me

convertía en una golfa por desear que se hubiera unido a nosotros? Pero, ¿se sentía Lhor atraído por mí, Amalia Valis con todas mis rarezas y defectos, o simplemente le gustaba la primera joven sin parentesco que lo había mirado como macho? ¿Le importaba yo o eran los sentimientos de Khel los que influían en la reacción de Lhor hacia mí? Peor aún, ¿solo me veía como una cura para su enfermedad?

Tantas preguntas sin respuesta... Sin embargo, pensar en eso ahora no tenía sentido. Ya habría tiempo después de la Prueba. Teníamos otras prioridades: explorar la Casa de Sangre mañana, encontrar a Gruuk y liberar a mi Nana.

Voy a ayudar a liberar a las cautivas, Nana. Pronto... pronto, te liberaremos a ti también.



CAPÍTULO 21

LHOR

Volamos en la lanzadera camuflada, camino de la primera de las tres posibles ubicaciones de la Casa de Sangre. Ghan pilotaba y yo me senté a su lado en el asiento del copiloto, aunque en realidad no hacía falta. Khel y Amalia se sentaron detrás de nosotros en los asientos de los pasajeros. Podía oír el suave murmullo de sus voces mientras hablaban de las comidas favoritas de Khel. Estaba especialmente interesada en aprender las recetas con las que los Xelixianos alimentaban a sus crías. No hacía falta ser un genio para adivinar por qué.

Los miré por encima del hombro. Amalia se había levantado de su asiento y se había acurrucado en el regazo de Khel. Su mano descansaba sobre el pecho de él mientras su pulgar frotaba distraídamente sus pectorales. No podía evitarlo. Ella necesitaba tocar, como si quisiera asegurarse de la presencia de sus seres queridos. Escuchaba a Khel hablar de la guerra de comida más épica que tuvimos Vahl, él y yo cuando éramos pequeños porque la Tía Vhena le había echado demasiada sal.

Era tan hermosa e inocente. Lo que daría por que sus ojos me miraran así ahora mismo. De acuerdo, tuve mis momentos con ella, muchos más de los que me correspondían. Pero cuando se trataba de ella, siempre quería más.

En muchos sentidos, ella y yo éramos almas gemelas. Ella había sido una esclava, yo había sido enfermizo. Ambos dependíamos del amor de una persona especial para mantener los pies en la tierra; Nana en su caso, Khel en el mío. Nos gastábamos bromas constantemente, como si quisiéramos compensar la infancia que no habíamos tenido. Volvíamos loca a Jhola con nuestras travesuras. Pero entre tanta tontería, también había algo más serio. Yo le enseñé a vivir la vida fuera de la cárcel, y ella me enseñó a desafiar mis ideas preconcebidas y mi ciega obediencia a las normas. Era una locura lo profundamente que se había metido en mi corazón en tres semanas.

Suspiré y volví la vista al frente cuando noté que Ghan me miraba fijamente. Mis mejillas se encendieron y desvié la mirada.

—Ella es especial —dijo Ghan al cabo de un momento.

—Sí. Sabes que te quiere, Ghan —me miró, con una expresión ilegible en el rostro—. Dice que eres el hermano mayor con el que siempre soñó.

Gruñó en señal de reconocimiento y volvió a concentrarse en el camino. En un rápido vistazo, alcancé a ver la emoción que cruzó su rostro.

Sí, amigo mío. Ella nos tiene a todos envueltos alrededor de ese pequeño dedo suyo.

—Entraremos en rango en breve —gritó Ghan mientras nos acercábamos al claro cercano a nuestra primera ubicación.

Amalia se animó y se inclinó hacia delante, intentando ver el edificio que crecía en el horizonte. Se acomodó mejor sobre Khel y cerró los ojos, con una máscara de concentración en el rostro. Frunció el ceño, apretándose los labios por el esfuerzo.

Al cabo de un momento, abrió los ojos y sacudió la cabeza.

—Aquí no. No siento a nadie.

Le dirigí una sonrisa alentadora.

—No te preocupes. No pensamos que ésta fuera una probabilidad real. Nos quedan dos más. Ghan me va a deber una botella añeja de vino ryspak especiado cuando se demuestre que mi intuición sobre la ubicación es correcta.

—¿De verdad dejaste que te metiera en otra apuesta? —Khel se rio de Ghan, que respondió con un resoplido altivo.

—¡Oh, eso debe de estar bueno! —Amalia le hizo una mueca burlona a Ghan.

Yo no pude evitar reírme también. Ghan y yo habíamos estrechado lazos desde que Amalia irrumpió en nuestras vidas. Siempre habíamos tenido una relación respetuosa, aunque distante, nacida de nuestro afecto mutuo por Khel. Pero ella nos había unido de una manera que ninguno de nosotros podría haber previsto. Ghan todavía me intimidaba. Sin embargo, él mismo lucharía contra Gharah para proteger a los que llamaba amigos. Había una dulzura... esa no es la palabra... una bondad muy dentro de él. Suave pero áspera, que no sabía muy bien cómo expresarse, pero salía a la superficie de vez en cuando.

Fue un vuelo corto a la segunda ubicación. Antes de que llegáramos a los 400 metros, Amalia se enderezó, su boca se aflojó y sus ojos se oscurecieron. Recordaba muy bien aquella mirada en el búnker: estaba teniendo una visión. Intenté no regodearme con el vino ryspak especiado que se me venía encima. Ya habría tiempo de restregárselo por la cara a Ghan. Me centré en su lenguaje corporal, buscando signos de angustia.

—*Falihna*... —Khel miró a Amalia con preocupación.

—¡Khel, para! —intervine—. Está teniendo una visión. No la interrumpas o podría perderse algo importante. Saldrá cuando esté preparada.

Asintió con la cabeza. Le molestaba que yo supiera esto de ella antes que él. Entonces sentí su vergüenza por pensar así. Si supiera lo que yo sentía por su compañera la mitad del tiempo, se daría cuenta de que él es la última persona que debería sentir vergüenza.

Yo fui la carga que llevó toda su vida sin quejarse. Me protegió de los matones porque yo era demasiado patético para hacerlo solo. Empezó a llevar capas por su Mancha mucho antes de que lo necesitara porque yo empecé a mostrarme pronto. Se perdió muchas fiestas de su infancia

porque yo no podía asistir y le daban ataques si estaba lejos de mí. Mi linaje lo había perdido todo; tierras, asiento en el Consejo, riqueza, incluso mi título de nobleza se desvanecía en la oscuridad. Pero Khel me dio un hogar, una posición respetable en su casa y en sus negocios, y unos salarios escandalosamente altos para mi puesto. Los machos Manchados, de noble cuna o no, solo podían soñar con una situación como la mía.

¿Y cómo se lo agradecí? Deseando a su pareja. Envidiaba su relación y deseaba ser yo en su lugar. Ni siquiera podía poner distancia entre nosotros cuando él hacía el amor con su pareja. Yo era una sanguijuela. Un parásito. No era digno de él. Menos mal que me estaba muriendo. Él merecía estar libre de mí. Esperaba a la Diosa poder ayudar a Amalia como regalo de despedida.

—Están aquí —jadeó Amalia, saliendo de su visión y sacándome de mis sombríos pensamientos.

—¿Cuántas, *Falihna*? —dijo Khel—. ¿Y están bien?

—Demasiadas para contarlas. Pude fijar al menos a quince hembras —dijo con voz temblorosa—. ¡Por la Diosa, Khel, podría haber un centenar de ellas ahí dentro!

Khel le acarició la cara.

—Vamos a salvarlas pronto, mi corazón, todo gracias a ti. Pero necesito que me digas si están en peligro inmediato.

—N… No. No lo creo —susurró ella—. No puedo fijar a las gemelas Aveanas, solo a la Terrana, Shannon. Las hermanas deben estar confinadas en otro lugar. Vi a Shannon hablando con una Verediana a la que llamaba Valena.

—¿Era ciega? —pregunté.

—S… Sí, lo era. Shannon estaba enfadada y le preguntó por qué estaba ayudando a sus captores. Valena dijo que estaba ayudando a las hembras. Mientras ella induzca los orgasmos, los machos no las tocarán sexualmente y las hembras pueden fingir que están dando muestras de sangre.

Miró a Khel con tanta pena que me rompió el corazón.

—¡Tenemos que sacarlas de ahí, Khel!

—Y lo haremos —prometió Khel—. Ahora sabemos dónde están. Danos un día, máximo dos, para reunir a nuestras tropas y sitiar para que ninguno de esos bastardos escape. Te doy mi palabra, de que antes de que los soles se hayan puesto dos veces, estas hembras estarán libres. Te lo juro.

Enterró la cara en su cuello, llorando. Su dolor me carcomía, pero no podía consolarla, no me correspondía. Mirando fijamente a Ghan, Khel le hizo un gesto con la barbilla para que nos sacara de allí. Para cuando estuvimos cerca para que Amalia usara su habilidad, se había calmado lo suficiente como para ponerse manos a la obra.

Minutos después, salió de la visión con expresión horrorizada.

—¡Diosa!

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Es otra Casa de Sangre?

Se estremeció.

—También hay hembras aquí. Las gemelas Aveanas están aquí. Pero si entendí bien lo que vi, los clientes no vienen aquí. Este es un centro de retención, y cambian a las hembras cada dos semanas para que no se agoten demasiado rápido.

—Hmmm. Esto complica las cosas —Khel se frotó la barbilla, pensando—. Tenemos que atacar a los dos al mismo tiempo para rescatar a todas las hembras. De lo contrario, vaciarán la segunda casa antes de que lleguemos a ellas.

—Tienes suficientes soldados para eso, ¿verdad? —preguntó Amalia.

Khel le acarició el pelo y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Sí, mi corazón, los tengo. Más aún con la ayuda de la Policía. Aumentan los riesgos, eso es todo. Volvamos a casa. Tenemos un plan que poner en marcha —luego susurró al oído de Amalia, tan bajo que casi no lo oí—: ¿Te he dicho lo jodidamente increíble que estás hoy?

Ella soltó una risita, meneando la cabeza juguetonamente antes de darle un fuerte beso en los labios. Me di la vuelta y miré a lo lejos mientras nos dirigíamos a casa.

~

Tras regresar a casa después de nuestro reconocimiento, Khel y Ghan pasaron el resto de la tarde planeando el asalto a las Casas de Sangre. Se coordinaron con el Detective Gravhin para aumentar la legitimidad de la operación incluyendo a la Policía. Desconfiábamos de cualquier topo en las filas de la Policía, así que no informaríamos a las unidades de la misión hasta que estuvieran en vuelo.

Esta mañana, Khel, Amalia y yo tomamos un desayuno rápido antes de que Khel y yo nos reuniéramos con Ghan en el complejo. A Amalia no le había hecho ninguna gracia la ausencia de Ghan y nos pidió que le avisáramos de que debía acudir todas las mañanas a partir de ahora, a menos que se le dijera lo contrario, ah y que no la hicieran molestar.

El Terrano por fin se despertó. Teníamos preguntas para él. Pero al cabo de treinta minutos, quedó claro que no conseguiríamos nada. Este macho era un profesional, acostumbrado a las técnicas estándar de interrogatorio y en absoluto inclinado a hablar. Necesitaría mucha “persuasión”. Minutos después de que empezaran a trabajar con él, Khel me sugirió que fuera a ver a “las chicas” ya que esto podría llevar un rato. No tenía ningún problema con la violencia, pero no me gustaba repartirla. Entre Khel y Ghan, aquel Terrano no necesitaba mi “persuasión”.

Amalia y Jhola estaban en la cocina. No era la zona de desastre que yo esperaba. Parecía bastante ordenada y algunos aromas agradables flotaban alrededor. Como parecía que iba a tener que volver a ser “voluntario” como catador, eran señales tranquilizadoras.

Entré.

—Hola, *Sehas*.

—Lhor —saludó Jhola, con una mirada preocupada, casi asustada.

Amalia no dijo nada, pero me miró fijamente mientras batía distraídamente lo que supuse que eran claras de huevo. Algo no iba bien. Me invadió una intensa oleada de inquietud.

—Lo estás haciendo muy bien, Amalia —dijo Jhola con forzado entusiasmo—. Sigue exactamente así un par de minutos. Necesito hablar un momento con Lhor. Vuelvo enseguida.

Jhola me miró y dirigió una mirada significativa hacia el comedor.

¿Por el nombre de Gharah, qué carajo...?

Estaba claro que quería hablar conmigo de algo que Amalia no debía oír. Amalia seguía sin decir nada, pero me miraba fijamente mientras me dirigía al comedor. Empezaba a asustarme.

Cuando Jhola y yo nos acercamos a la entrada del comedor, me puso la mano en el brazo como solía hacer Amalia. Un gruñido amenazador nos sobresaltó a los dos y nos volvimos para ver a Amalia mirando a Jhola con un gruñido.

Atónito, susurré,

—¿Amalia?

—Lleva media hora así de rara. No sé qué está pasando —dijo Jhola con voz temblorosa.

Amalia dejó de batir y avanzó lentamente hacia Jhola como un depredador. Sus ojos asesinos se clavaron en Jhola y alternó gruñidos y siseos. Quitando la mano de Jhola de mi brazo, la empujé detrás de mí, rompiendo la línea de visión de Amalia sobre ella. Inmediatamente se fijó en mí, perdiendo su actitud amenazadora. Se quedó mirándome fijamente durante unos segundos antes de empezar a olfatear el aire, como si tratara de captar un aroma. Dio un paso hacia mí, se detuvo, olfateó el aire y dio otro paso.

Al cuarto paso, Jhola volvió a tocarme el brazo y miró a Amalia por encima de mi hombro.

—Lhor, ¿qué está pasando? —preguntó.

Amalia se puso en posición de combate y siseó a Jhola con tal agresividad que me recorrió un escalofrío de miedo. Contemplé horrorizado cómo de sus dedos sobresalían garras afiladas como dagas. Fue entonces cuando me di cuenta de que las manchas más grandes de sus marcas se habían oscurecido y eran casi negras como el carbón.

¿¡Por el nombre de Gharah, qué estaba pasando!?

Aparté la mano de Jhola de mi brazo con más violencia de la prevista.

—No me toques, Jhola. Parece que eso la enfada —dije con una calma que no sentía. Señalé el otro extremo de la cocina—. Por favor, ponte allí y no te acerques a ninguno de los dos a menos que yo te lo diga.

Gimió, pero obedeció. Amalia, dispuesta a lanzarse a la batalla, siguió emitiendo un largo gruñido sostenido mientras su mirada seguía a Jhola.

—Amalia —la llamé para apartar su atención de Jhola.

Su cabeza se giró hacia mí y su agresividad volvió a desbordarse. Ladeó la cabeza mientras me miraba fijamente y sus garras retrocedían.

Reanudó su lenta aproximación, acercándose a mí. Se estaba acercando demasiado. Di un paso atrás. Siseó en señal de advertencia. Vale, no quería que me moviera.

—Jhola, llama al Dr. Volghan y trae a Khel aquí lo antes posible —esta vez no pude ocultar el temblor de mi voz.

Como una cazadora, Amalia se fijó en mi miedo y una sonrisa depredadora se dibujó en sus labios. Instintivamente di otro paso atrás, pero antes de que pudiera parpadear, me había inmovilizado contra el suelo.

¿¡Qué. MIERDA!?

Durante todo el tiempo que había estado con nosotros, Amalia había intentado atraparme en múltiples ocasiones, fracasando estrepitosamente debido a la increíble velocidad a la que se movían los Xelixianos. Pero ahora, ella había sido un borrón. ¡Un puto borrón! Intenté apartarla de un empujón, pero ella volvió a sisearme mientras un dolor punzante en los hombros me hacía gritar. Tardé un segundo en darme cuenta de que me había clavado sus garras para mantenerme en el sitio.

Me tranquilicé.

—Vale, Amalia —dije agitado—. Vale, me quedo aquí.

Emitió un ronroneo y sus garras se retiraron lentamente de mi carne. Volvió a olisquearme, esta vez frotando su cara desde mi pecho, a lo largo de mi cuello hasta mis orejas antes de mirarme, con nuestros labios apenas separados por unos centímetros.

—Mío —dijo con voz grave.

¡Por los dientes de Gharah!

Se sentó a horcajadas sobre mí, con las piernas a cada lado de mis caderas, nuestros sexos casi perfectamente alineados. Sentí que sus manos se deslizaban hacia mi pecho. Volvió a olisquearme antes de ronronear de nuevo. De repente, me arrancó la camiseta con las dos manos en un potente movimiento. Puso las palmas de las manos sobre mi pecho desnudo, frotándolas sobre mis pezones expuestos. Su ronroneo se hizo más fuerte. Intenté agarrar sus antebrazos para detenerla, pero ella detuvo su movimiento, clavando sus garras en mi pecho, enganchándose con otro siseo despiadado. Grité de dolor y la solté. Inclinó la cara junto a la mía con un gruñido furioso, que se desvaneció lentamente cuando no mostré más signos de resistencia.

Me concentré en mi respiración para controlar el dolor. Sus garras volvieron a retroceder y ella miró las heridas que habían dejado con el ceño fruncido. Amalia empezó a frotar su sexo contra el mío con movimientos lentos, sin apartar los ojos de los míos. Sus manos en mi pecho se ablandaron cuando empezó a trazar lentos círculos alrededor de mis pezones con los pulgares. Que Dios me perdone, pero notaba que me ponía duro a pesar del dolor.

—Amalia —dije lentamente—, tienes que parar. No soy tu compañero.

—¡Mío! —repitió, acelerando sus caricias. Me lamió la yugular y volvió a decir “mío”.

—Amalia... por favor —le supliqué—. Tienes que parar.

Ronroneó mientras bajaba las manos a la cintura de mis pantalones. Mis ojos se desorbitaron de horror cuando empezó a tirar.

—¡Amalia, para! —grité. Siseó enfadada y sus ojos se volvieron amenazadores.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y entraron el Dr. Volghan, Ghan y Khel. Casi lloro de alivio. Minh dio un paso hacia nosotros y la llamó por su nombre. Ella le siseó de inmediato y me clavó las garras en los costados y el bajo vientre. Grité de dolor y me agité debajo de ella. Me fulminó con la mirada, probablemente pensando que intentaba resistirme una vez más. Pero algo en mi cara debió de atravesar la neblina. Sacó sus garras de mi carne con un suave chasquido.

Tras evaluar rápidamente la situación, Ghan agarró a Minh.

—Retrocede. La estás poniendo agresiva.

¡Que la Diosa lo bendiga!

Ella se volvió hacia él, atraída por la voz. Detuvo temporalmente su giro sobre mí mientras examinaba a Ghan de pies a cabeza. Al cabo de un momento, empezó a ronronear de nuevo.

—Fuerte —le susurró antes de reanudar sus caricias sobre mí.

—Amalia… —gritó Khel en voz baja.

Ella levantó la cabeza hacia él, sobresaltada por un segundo. Luego, una sonrisa lenta y alegre se dibujó en sus labios.

—¡Compañero! —dijo antes de cerrar los ojos. Echó la cabeza hacia atrás y empezó a acariciarse más deprisa contra mí, gimiendo.

—Amalia —gritó Khel con más fuerza—, sí, *soy* tu compañero. Ven a mí, mi compañera. Tienes que dejarlo ir. Yo cuidaré de ti.

Ella abrió los ojos y lo miró con el ceño fruncido.

—Suéltalo, Amalia —repitió Khel, acercándose a ella lentamente.

Su ceño se frunció y se volvió para mirarme.

—¡Mío! —se volvió hacia Khel, aún con el ceño fruncido—. Mío.

—No, *Falihna* —dijo Khel, más tranquilo de lo que yo me sentía—. *Yo* soy tuyo.

Miró a Khel y a mí, confusa. Él estaba a poca distancia. Extendió con cuidado la mano hacia una de las suyas, levantándola de mi cintura.

—Ven conmigo. Yo me ocuparé de tus necesidades —la engatusó, atrayéndola suavemente hacia él.

Ella clavó las garras de su mano derecha en mi cintura, gritando "¡Mío!" Grité de dolor.

—¡Para *Falihna*! ¡Le estás haciendo daño! —dijo Khel con urgencia.

Podía sentir su auténtico miedo por mí. Para mi sorpresa, no sentí celos.

Khel me señaló.

—Mira, está sangrando. Le estás haciendo daño. No querrás hacerle daño a Lhor, ¿verdad?

—Lhor... —susurró, angustiada, mientras sus garras se soltaban de mí.

—Ven, mi corazón —volvió a decir Khel, levantando cautelosamente su mano de mí.

Le rodeó el cuello con ambos brazos mientras la levantaba con suavidad. Me quedé inmóvil, sintiéndome maltrecho, rezumando sangre de las diversas heridas punzantes. Se alejó, susurrándole palabras suaves al oído, mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas.

—¡Mi compañero! —le cubrió la cara de besos y le rasgó la ropa.

—Sí, mi corazón, soy tu compañero.

Cuando cruzaron el umbral de la puerta de la cocina, ella lanzó una última mirada intensa en mi dirección, mezclada de tristeza y confusión.

Hice un gesto de dolor, intentando levantarme del suelo de la cocina, sangrando por todas partes. Minh corrió a mi lado.

—Más despacio, hijo —me advirtió Minh—. Tengo que evaluar hasta qué punto te ha herido.

—Golpeado por una niña pequeña —una sonrisa burlona tan parecida a la de Amalia estiró los labios de Ghan—. ¿Necesitas que te levante en brazos?

—Vete a la mierda, y ve a buscar el vino que me debes —le respondí bruscamente—. ¿Qué demonios acaba de pasar, Minh?

—Sí, Minh... —Jhola se hizo eco, aún conmocionada—, ¿qué le ha pasado a esa preciosa chica? Es como si estuviera poseída.

Minh se aclaró la garganta, evaluándome, y murmuró,

—No me corresponde hablar del estado de un paciente con terceros sin consentimiento.

Me quedé boquiabierto.

—¿Hablas en serio? Temí que matara a Jhola y me dio una paliza. Sé que no quería hacerme daño, pero Jhola tiene razón, es como si estuviera poseída.

—Ella está en celo —dijo Ghan rotundamente.

Lo supuse por la forma en que se frotaba sobre mí.

—Pero ¿por qué amenazar a Jhola y a Minh?

—Porque amenazaron con quitarle a su compañero en su momento de necesidad —dijo Ghan.

—Yo no soy su compañero —me miré el pecho ensangrentado—. Amalia lo sabe muy bien.

Ghan se encogió de hombros.

—El lado primario de Amalia te ha reclamado.

—Estoy de acuerdo con Ghan —dijo Minh—. El subconsciente de Amalia te considera su compañero. De ahí que fuera a por ti. Pero su mente consciente sabe mejor y trató de mantener el control. Una batalla que obviamente había perdido cuando llegamos aquí.

—¿Estás diciendo que ella considera a Ghan su pareja también? —dije, desconcertado.

—No, no lo considera —Ghan se cruzó de brazos, con voz seca.

—¡Te ha ronroneado, joder! —desafié.

—Sí, le ronroneó —la voz de Minh era conciliadora—. Pero ella no lo ve como su compañero. No lo reclamó como suyo como hizo contigo. Reconoció su fuerza y le ronroneó porque su constitución lo convierte en un padre deseable. Él pasaría genes fuertes a su descendencia y sería un buen protector. Pero ahí terminó su interés por él.

—Esto es tan jodido... —murmuré—. ¿Cuánto va a durar esto? ¿Tenemos que evitarla a partir de ahora?

—Khel ha pedido hojas de Rehmannia para hacerle un té. Evitará este desafortunado efecto

secundario de su período. Deberían llegar mañana —Minh me ayudó a cubrirme lo mejor que pude con mi camisa rota—. Mientras tanto, es mejor que no estés en su presencia sin Khel cerca. Como ella lo considera su primer compañero, él podrá mantenerla alejada de ti. Los otros machos de la hacienda no deberían tener ningún problema con ella, pero deberían mantenerla alejada.

—¿Por qué yo? —odiaba que me señalaran.

Ghan me miró como si fuera un tonto.

—Porque eres la otra mitad de Khel. Cuanto antes lo acepten, mejor para todos —se fue sin mirar atrás.



CAPÍTULO 22

AMALIA

Estaba mortificada. ¿Qué demonios me pasaba que gruñía, siseaba y arañaba a la gente como un animal rabioso? ¡Jhola! ¿Cómo pude atacar a la gentil, amable y cariñosa Jhola? Ella era como una madre. Y Lhor ... mi dulce Lhor ... Le hice daño y casi lo violé. Nunca pude borrar de mi memoria sus gritos de dolor y la sangre acumulada en su pecho. ¿Qué clase de bestia soy?

Una con *garras.*

Oh, Diosa... ¡Tengo garras!

Me miré las manos con horror. Ahora parecían normales, pero recordaba demasiado bien la sensación dolorosamente dulce de ellas empujando las puntas de mis dedos. El poder, la rabia, la posesividad. *Mío*. Retrocedí cuando la necesidad primaria que me acechaba intentó resurgir.

—¡No es mío! —grité en voz alta.

Mío, persistía esa desdichada voz interior. ¿Por qué no podía dejarlo en paz? La lectura de aquel maldito Libro de la Ley había agravado mi posesividad. ¿Cómo podría volver a ver a Lhor —o a cualquiera de ellos—a la cara?

Y Khel... Empecé a sollozar. Mi maravilloso Khel, mi compañero, mi fuerza, mi roca. Él superó cualquier deseo, sueño o esperanza que alguna vez tuve para un compañero. Me hizo más feliz de lo que merecía. Me lo dio todo, me lo perdonó todo, y se ocupó de la mierda que yo seguía poniendo a sus pies. Y aun así, no fue suficiente. Tenía que seguir presionando, causando más problemas y dando tan poco a cambio.

Él me va a dejar.

El pensamiento me había perseguido desde que descubrió que no podía darle un heredero. Él era un pilar del honor. Pero cada día que pasaba, ambos descubríamos más facetas de mí que harían dudar a cualquiera. Cuando Khel aceptó mi petición de Unión, pensó que obtendría una hembra recatada y algo sumisa que le mantendría con vida, le ayudaría a salvar su tierra y le daría un heredero. En lugar de eso, consiguió a un monstruo testarudo y obstinado que deseaba a su primo, trajo asesinos a sus puertas, no pudo darle un heredero, le crecieron garras como a una bestia salvaje y amenazó la vida de sus seres queridos.

Él me va a dejar.

La forma en que me había comportado, restregándome públicamente sobre la polla de Lhor. ¡Diosa! Qué humillado se debe haber sentido Khel. Según la ley Xelixiana, no había muchos casos en los que un macho pudiera repudiar a su compañera. Pero yo le había dado muchos.

Sentía que me aplastaban el corazón. La posibilidad de que me dejara era insoportable. Su protección, estatus, dinero no importaban. Era Khel. Mi Khel. Mi roca silenciosa que me empujaba a convertirme en todo lo que podía ser, mientras permanecía cerca para asegurarse de que no me caía; que aceptaba mis defectos y rarezas como si no fueran raros; que me hacía sentir querida, amada y protegida; que me miraba como si yo fuera sus soles y estrellas. Si pudiera viajar atrás en el tiempo, le volvería a elegir. Le elegiría siempre.

Sollozaba a lágrima viva. El mismo escenario horrible se repetía en mi cabeza: Khel y yo de pie en la Sala de Unión para la confirmación y él repudiándome. Solo Dios sabe cuánto tiempo estuve sentada en las duras baldosas de la ducha, con las rodillas levantadas y los brazos abrazados a ellas. Lloré cada lágrima de mi cuerpo con el agua goteando sobre mí. Momentos antes de que entrara en la sala para refrescarse, oí la voz de Khel llamándome por mi nombre. Me encontró en la misma posición miserable.

Sin mediar palabra, cogió una toalla grande. Cerró la ducha, me envolvió en la toalla y me llevó a nuestra habitación. Me secó con delicadeza mientras yo seguía sollozando. Me ayudó a ponerme un vestido verde vaporoso que, según dijo, hacía que mis ojos brillaran como esmeraldas. Me sentó en uno de los cómodos sillones del salón y empezó a desenredarme el pelo.

Una vez hecho esto, me llevó al banco acolchado del balcón y me acunó en su regazo. Su voz profunda se elevó en una suave melodía mientras me cantaba una canción de cuna Xelixiana. Era fascinante. Me olvidé de llorar, estaba demasiado cautivada por su voz.

—Otra vez —susurré cuando terminó la canción.

Y volvió a cantármela. Apoyé la cabeza en su pecho, aliviada por su voz retumbante. Cuando terminó, nos quedamos un rato en silencio.

—Es preciosa. No sabía que cantaras tan bien —le dije—. ¿Qué es? ¿Y qué dice?

—Es una canción de cuna que Mamá nos cantaba a Vahl y a mí. Y a su vez, yo solía cantársela a Lhor cuando estaba enfermo. Es una promesa generalmente de un padre a su descendencia o de un protector a sus pupilos. Es una promesa de mantenerlos calientes cuando tienen frío, alimentarlos cuando tienen hambre, protegerlos cuando tienen miedo, ahuyentar a los monstruos que los acechan en la oscuridad, estar a su lado cuando lo necesiten y así sucesivamente.

—¿Me vas a dejar? —pregunté en voz baja.

—¿Por qué se te ocurre tal cosa, Amalia? ¿Te parezco tan voluble que me alejaría de ti al primer hipo?

Sollocé.

—Lo que he hecho hoy...

—No fue culpa tuya —me interrumpió—. Ha sido culpa mía.

Me quedé boquiabierta. ¿Cómo demonios era él responsable de mi espantoso comportamiento?

—Te he fallado. Me dijiste que necesitabas las hojas de Rehmannia urgentemente. Tendría que haberme esforzado más para hacértelas llegar a tiempo. No lo hice y sufriste por ello.

—¡No puedes culparte por eso! —argumenté—. Debería haberme acordado y habértelo dicho antes. No podías saber cuál sería mi reacción. Ni yo misma lo sabía. Algo me pasaba, pero intenté ignorarlo; luego fue demasiado tarde.

—De acuerdo, entonces los dos fallamos —dijo—. Pero eso sigue sin ser motivo para que me plantee dejarte. ¿No me crees cuando te digo que lo eres todo para mí?

—¿Cómo puedes seguir pensando eso después de todo lo que te hago pasar constantemente? He puesto tu mundo patas arriba desde que llegué, persiguiendo a Gruuk, provocando que la gente de V atacara el complejo, los asesinos, la Casa de Sangre...

—¿Y eso cómo sería algo malo? —ladeó la cabeza—. Necesitas que te ayude a superar estos obstáculos. Y yo necesito que me ayudes a conseguirlo. Tú más que nadie deberías saber lo increíble que es sentirse necesitado. Esto no es una carga, Amalia. Es un regalo. No entiendes lo que significa para mí, para Lhor y Ghan tener este propósito.

—Pero... Pero le hice daño. Le hice sangrar. Le ataqué e hice... cosas... Me deshonré en público.

—Le hiciste daño, pero no fue deliberado. Él lo sabe. No está enfadado contigo, está preocupado por ti. Minh lo curó enseguida. Y tú no te deshonraste, Amalia. No estabas en público. Estabas con la familia.

—Pero le to… toqué de una forma tan... equivocada...

—No eras tú misma. Tus instintos primarios habían tomado el control. Reconocieron a Lhor como un macho que contemplabas seriamente como pareja y fueron tras él. Pero tu mente consciente sabía mejor y te impidió ir demasiado lejos. Incluso en ese estado, me reconociste como tu pareja y viniste conmigo. No sabíamos qué pasaría si no conseguías tu té. Ahora lo sabemos.

—Pero soy un monstruo —me miré las manos entumecida—. Me crecen garras.

—Y a mí me crecen colmillos —dijo con un suave apretón—. ¿Qué quieres decir?

Parpadeé. No era la reacción que esperaba.

—Las garras son increíbles —dijo con una sonrisa—. No tienes ni idea de lo celoso que estoy. Cuando uso los colmillos como arma, tengo que ponerle la boca encima al cabrón al que intento matar. En serio, ¿quién quiere eso? ¿Tienes idea del asqueroso sabor de algunos de ellos? Por no hablar del olor. Con garras, es como entrar en cualquier sitio con tu propio alijo de cuchillas que nadie puede exigirte que registres en la entrada. Puedes apuñalar a la gente y luego limpiarte las manos en su propia camisa. Pero no te limpiarías la boca en su camisa sudada y maloliente, ¿verdad?

Me eché a reír por lo absurdo del asunto. Él sonrió satisfecho por haberme animado.

—Eres tan tonto —le reprendí. Pero en el fondo, me encantaba cuando utilizaba ese tipo de lenguaje juvenil en agudo contraste con su habitual patrón de habla y comportamiento formales.

—No más tonto que tú por pensar que tener garras te convierte en un monstruo. Si vamos a hablar de monstruos, deberíamos hablar del monstruo en el que has convertido a Ghan. El antes estoico Ghan se ha burlado de Lhor durante horas por recibir una patada en el culo de una niña pequeña.

—¡No puede ser!

Khel sonrió satisfecho.

—Sí que lo hizo. Probablemente lo siga haciendo. Y también tengo razón en que las garras son mejores que los colmillos. Hablando de eso, me gustaría verlos.

Sintiéndome cohibida, gemí en señal de protesta y escondí las manos bajo las axilas.

—Vamos —me animó Khel, tirando de mis brazos—. No hay secretos entre nosotros, ¿recuerdas?

—Ni siquiera sé cómo controlarlos. Para empezar, no sabía que los tenía —mi resistencia carecía de convicción. Yo también sentía curiosidad por mis garras, pero esto me parecía tan íntimo.

Khel me soltó las manos.

—Razón de más para descubrirlo ahora.

Me cogió de las manos y me susurró palabras de ánimo. Al principio, pensé que no iba a suceder. No sentía nada en la punta de los dedos. Pero con un poco de concentración, por fin sentí algo bajo la piel, alrededor de las cutículas. Quise que saliera, supongo que con demasiada fuerza, porque las garras me atravesaron la piel de un solo golpe.

¿Auch?

El grito de asombro de Khel se hizo eco de mi grito de dolor.

—*Falihna*... —susurró—, ...¡son increíbles!

Era como una segunda uña, protegiendo a la original. Las garras eran gruesas, rectas, su longitud media pulgada más allá de la punta de mis dedos. Parecían ópalos blancos brillantes. Si no fuera por su longitud y su punta malvada, podría haberlas mantenido fuera permanentemente. *Otro regalo de mi padre*... Los Korletheanos tenían garras. No sabía que podían pasar ese rasgo a las Veredianas.

Khel probó su filo tocando la punta de una garra con la punta del dedo. Retiró rápidamente la mano con un pequeño silbido de dolor. Se lamió la gota de sangre que manaba de su dedo pinchado. No pude evitar la cálida sensación que se apoderó de mi vientre ante su clara aceptación de otra faceta extraña de mí. Dios mío, cómo le quería. Abrí la boca para decírselo, pero acabé mordiéndome el labio inferior—no me parecía el momento adecuado.

—Quiero que practiques envainarlas y desenvainarlas con regularidad hasta que puedas hacerlo sin pensar en ello —me miró las garras—. Te prepararé ejercicios como parte de tu rutina

de entrenamiento de combate. ¿Entendido?

—Sí, Khel —volví a meter las garras bajo la piel. Mi estómago siempre daba vueltas cuando se ponía mandón conmigo. No quería que me controlara, pero me gustaba su lado dominante. Imagínate... Después de que me rescatara esta mañana, o mejor dicho, después de que rescatara a Lhor de mí, me pasé las dos horas siguientes haciendo lo que quería con él. Probablemente habría durado más, pero me estaba empezando a doler demasiado, y la niebla finalmente se disipó. Sin embargo, aquí estaba yo, con mi región inferior excitada de nuevo porque mi compañero se había vuelto dominante conmigo.

—Ahora, Amalia —dijo Khel con voz autoritaria—, no voy a permitir que te escondas aquí arriba —me marchité en sus brazos y abrí la boca para suplicar, pero él añadió rápidamente—: Jhola y Lhor están desesperados por verte. Están muy preocupados y quieren asegurarte que todo va bien. Saben que estás aquí sentada reprendiéndote. Ahora que ya te has arreglado, vas a ponerte los zapatos y bajaremos a comer con todos.

—Pero...

—Nada de peros —interrumpió, su tono era inflexible—. Justo después de comer, asaltaremos la Casa de Sangre y la Bodega. El éxito de esa operación depende de ti, así que es mejor quitarse esto de en medio ahora. Puedes venir voluntariamente, o yo te llevaré. Tú eliges.

Le dirigí una mirada de advertencia.

—No me digas lo que tengo que hacer, Khel.

—Ghan apuesta a que voy a tener que arrastrarte pataleando y gritando. Dice que dejarás marcas de garras por toda la rampa de la escalera. Lhor dice que me convencerás para que te deje esconderte aquí arriba unos días porque estoy demasiado azotado para negarte nada.

¡Bastardos!

Le miré con desconfianza.

—¿Y tú qué apostaste? —me estaba manipulando totalmente.

Sonrió con un brillo misterioso en los ojos.

—La respuesta está escrita debajo de tu individual en el comedor.



El corazón me latía con fuerza en la garganta cuando nos acercamos al comedor. Podía oír a Jhola hablando con Lhor, y estuve a punto de volver corriendo a mi habitación. Al notar mi angustia, Khel me acarició la espalda animándome. Me dio un empujoncito hacia delante. Respiré hondo para tranquilizarme y entré en la habitación.

Esperaba ser recibida por un silencio ensordecedor, acompañado de miradas recelosas por parte de todos. En lugar de eso, cuatro amplias sonrisas y una sonrisa apenas disimulada me dieron la bienvenida.

—¡Ahí está! —Lhor mostró su sonrisa con hoyuelos.

—¡Ah! Pasa, niña. Debes estar hambrienta —Jhola se acercó a mí y me cogió de la mano para arrastrarme hacia la mesa.

Yo rodeé su mano con la mía, pero me mantuve firme y me negué a ceder. Me miró inquisitivamente. Me temblaron los labios y la miré a los ojos, buscando palabras para disculparme. Enseguida frunció el ceño y me regañó antes de que pudiera pronunciar palabra.

—Nada de eso, jovencita —me reprendió—. Todo y todos están bien. No quiero llantos, pucheros ni autocompasión en mi mesa. ¿Está claro?

—Pero...

—¡Shh, he dicho! —Jhola interrumpió—. ¡Ahora dame un abrazo de verdad!

Antes de que pudiera reaccionar, me abrazó. La abracé fuerte mientras me acariciaba el pelo y me susurraba al oído,

—Todo está bien entre nosotras, hija mía. Por favor, no te preocupes —asentí con la cabeza contra su mejilla. Me dio un último apretón antes de soltarme.

—Ahora siéntate para que podamos comer. No querrás ver lo gruñón que se pone mi compañero cuando tiene hambre.

—¡Yo no me pongo gruñón! —Sivh negó con fingida indignación.

—Sí que te pones gruñón, aunque no tanto como Ghan —sonrió Khel, acercándome una silla.

Sivh resopló y Ghan gruñó a Khel antes de señalarme con la cabeza. Mis ojos recelosos se encontraron con los suyos, siempre estoicos. El Dr. Volghan también me saludó con una suave sonrisa. Lancé una mirada insegura a Lhor, que me guiñó un ojo. Sentí que toda la tensión me abandonaba.

—¿Estás bien, Lhor? —pregunté en voz baja.

Me sonrió cariñosamente y dijo,

—Estoy bien. Minh me ha cuidado muy bien —el Dr. Volghan asintió con la cabeza, pero durante medio segundo, algo parecido a la preocupación brilló en sus ojos. Fue tan breve que podría haberlo imaginado.

Lhor lanzó una mirada torva al rostro impasible de Ghan.

—Es más bien mi ego el que tardará en recuperarse.

Khel soltó una risita, mientras Ghan olfateaba despectivamente a Lhor. Luché contra el impulso de soltar una risita, sintiéndome culpable por haber dado a Ghan más munición con la que molestar a Lhor. Me fijé en una pequeña nota que sobresalía de la esquina superior de mi individual. Recordando las palabras de Khel, saqué la nota y la desdoblé antes de leerla.

Amalia vendrá por voluntad propia porque es lo bastante fuerte como para enfrentarse a cualquier cosa.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y parpadeé antes de mirar los de Khel. No sabía qué había hecho para que la Diosa me bendijera con un compañero tan increíble.

—Gracias —susurré al otro lado de la mesa.

—No, mi compañera, ¡gracias a *ti*! —dijo con una sonrisa—. Creo que *los chicos* están en deuda con tu servidor —miró a Lhor, que le hizo una mueca. Pobre Lhor, realmente no era su día.

El almuerzo continuó en un ambiente agradable. Cuando terminamos, Minh dio las gracias a Jhola por la excelente comida y luego se retiró a su laboratorio. Sivh ayudó a Jhola a recoger la mesa antes de que ambos se excusaran, cerrando la puerta tras de sí al salir del comedor.

Khel se frotó el estómago distraídamente.

—Amalia, mientras descansabas, Ghan y yo terminamos de interrogar al Terrano.

—Pudimos confirmar que trabaja para Gruuk pero no en El Revenant. Era uno de sus cazadores de cabezas. Su trabajo consistía en adquirir nuevas esclavas. También cazaba machos para los programas de cría.

Mis manos se crisparon de rabia. Aquel macho había causado tanto dolor. Tenía ganas de darle a probar la "disciplina" que algunos amos infligían a las hembras que había capturado.

—Gruuk lo envió aquí para capturarte o eliminarte, siendo lo primero lo preferible. Es peor de lo que pensábamos. Confirmó que hay cuatro Casas de Sangre en Xelix Prime, una por distrito, excepto Xelhon. No conoce sus ubicaciones, ya que siempre hacía entregas o recogidas en el puerto espacial.

La idea de otras tres Casas de Sangre me destripó.

—¿Recogidas?

Khel bebió un sorbo de vino. Dejó la copa en el suelo y me miró con simpatía.

—Recogía a las hembras demasiado viejas para seguir sirviendo en los burdeles, o demasiado rotas para las Casas de Sangre o los burdeles. Las enviaba de vuelta a las fortalezas de cría para que fueran reproductoras, sustitutas o nodrizas.

—Sí, eso suena exactamente como él —tiré mi servilleta sobre la mesa con disgusto—. Gruuk no desperdicia. Intenta maximizar la utilidad de sus esclavas.

Khel me cogió la mano y me la apretó.

—Nunca te atrapará, de esto tienes mi palabra.

—Pudimos extraer las coordenadas de las dos fortalezas con las que hizo negocios —Ghan se reclinó en su silla. Crujió bajo su peso—. Las naves sigilosas ya están en camino para un primer reconocimiento. Sin embargo, si Gruuk sospecha que su macho fue capturado, puede evacuar estas instalaciones.

—Hemos enviado una pequeña flota a estas dos regiones para interceptar si ya están huyendo —dijo Khel.

—Son maravillosos —dije con la voz entrecortada—. No tengo palabras para decir lo mucho que esto significa para mí.

Me lancé a los brazos de Khel y le cubrí la cara de besos mientras él se reía entre dientes, complacido por mi reacción. Liberándome de su abrazo, me volví hacia Lhor, le sujeté la cara con ambas manos y le lancé un sonoro beso en la mejilla. Le solté antes de que pudiera

recuperarse de la impresión y miré fijamente a Ghan, que me respondió con una mirada de “no te acerques” que ignoré. Le rodeé el cuello con los brazos y le di un beso húmedo en la mejilla llena de cicatrices. Emitió un sonido a medio camino entre un gruñido y un gemido, pero no opuso resistencia a mi afecto.

Khel se rio de la consternación de Ghan. Me deslicé hacia mi compañero y me acomodé en su regazo.

Ghan fulminó a Lhor con la mirada.

—¿No se suponía que tenías que enseñarle lo que se debe y no se debe hacer en la sociedad Xelixiana?

—Lo intenté —dijo Lhor con un suspiro de sufrimiento—. Ella no me escucha.

—No estoy en público. Hago lo que quiero en casa —levanté la barbilla, impenitente—. Sigan lloriqueando, y los dos van a tener un segundo beso.

Eso los hizo callar.

Amalia uno, los chicos cero.

Khel me acarició el cuello antes de mirar a Ghan.

—Bueno, Ghan, parece que acabas de unirte al club de los “derrotados por una chica pequeña”.

Si no estuviera tan ocupada riéndome de la mirada gélida de Ghan, le habría gritado a Khel por llamarme pequeña. Yo no era pequeña, ¡maldita sea!

—En esta feliz nota —dijo Khel—, nuestros escuadrones y las unidades del Detective Gravhin pronto estarán en posición. Es hora de que nos dirijamos a la Casa de Sangre. ¿Sigues dispuesta, Amalia?

—¡Sí! —la perspectiva de liberar a las esclavas era estimulante—. No podría estar más preparada.

—Excelente. Lhor, Yhan y Sohr estarán en la lanzadera camuflada contigo. Ghan dirigirá el ataque a la Bodega, yo dirigiré el de la Casa de Sangre —dijo Khel—. Lhor, si las cosas empiezan a torcerse, lleva a Amalia de vuelta al complejo inmediatamente.

Lhor asintió. Empecé a protestar.

—No, compañera —me interrumpió Khel antes de que pudiera decir una palabra—. Esto no es negociable. Te he dejado a medias en esto porque tu plan era viable. Tus habilidades pueden salvar muchas vidas y estarás relativamente a salvo. No te arriesgaré más que esto. No podré concentrarme en la batalla si me preocupa que quedes atrapada en el fuego cruzado.

Apreté los labios. Su petición no era descabellada, pero odiaba volver a sentirme mimada. Capitulé asintiendo con la cabeza.

—Gracias, mi compañera —me besó la punta de la nariz—. Muy bien, vámonos —se levantó y me llevó a la entrada de la casa.

Ghan habló por el comunicador, informando a los guerreros de que estábamos de camino. Lhor hizo lo mismo con el Detective Gravhin. Entramos en la lanzadera y Khel me instaló

cómodamente antes de darme un largo beso de despedida. Cuando se iba, me di cuenta de lo equivocado que estaba todo.

—¡Khel! —grité asustada, mirando a los otros tres machos que me acompañaban.

—¿Qué pasa, *Falihna*? —preguntó él, preocupado por la evidente angustia en mi voz.

—No... no puedes dejarme con todos estos machos —el calor me quemó las mejillas—. ¿Y si...?

Lo comprendí.

—No, Amalia. No te preocupes. He hablado con Minh y me ha dicho que estarás bien durante las próximas horas, ya que hemos liberado la mayor parte de la tensión.

Me sonrojé aún más furiosamente.

—Pero, ¿y si vuelve antes?

—Esta mañana, lo sentiste venir, pero lo ignoraste. Ahora ya lo sabes. Que tus marcas cambien de color también será un claro aviso.

¿Qué cosa?

—¿Te has dado cuenta de que ciertos estados emocionales cambian el color de las manchas más grandes de tus marcas? —respondió, ante mi expresión de confusión. Cuando negué con la cabeza, se rio entre dientes y me susurró al oído—: Cuando estás excitada, mi corazón, tus marcas se oscurecen y eso las vuelve erógenas.

Me quedé de piedra. *¿Cómo no me había dado cuenta antes? Estaba demasiado ocupada teniendo orgasmos para prestar atención.* Volví a sonrojarme.

—Esta mañana, tus marcas estaban completamente negras. Estabas demasiado ida para darte cuenta. Lhor te vigilará por si no puedes controlarte. En cuanto tus marcas empiecen a oscurecerse, si es que lo hacen, te devolverá a la casa y podrás encerrarte en tu habitación hasta que yo vaya a buscarte. ¿De acuerdo?

Asentí, mirando con recelo mis pálidas marcas. Lo que daría ahora mismo por una taza de té de Rehmannia. No confiaba en mí misma, no después de cómo había atacado a Lhor. Con un último beso, Khel salió de la nave, dejándome con Lhor, Yhan y Sohr. Lhor me apretó el hombro antes de sentarse en el asiento del copiloto junto al mío. Minutos después, estábamos en el aire y nos dirigíamos hacia lo que sería el principio del fin de las Casas de Sangre de Xelix Prime.



CAPÍTULO 23

Amalia se esforzaba por permanecer impasible, pero podía sentir la tensión que rezumaba en oleadas. Le aterrorizaba que su período volviera a tomar el control. No podía culparla. Una parte de mí también estaba preocupada. Khel y yo tuvimos una larga charla con Minh. Estaba convencido de que estaríamos bien. Pero en el peor de los casos, podría usar mi veneno para paralizarla. No lo había usado esta mañana porque me preocupaban los efectos negativos que pudiera tener en su sistema. Minh me confirmó que estaría bien en pequeñas dosis.

Me removí en el asiento y me tragué un gemido de dolor. El latido de la Mancha había alcanzado niveles casi insoportables. Solo los años de vivir con un dolor constante y las grandes cantidades de analgésicos que Minh me administraba a diario me permitían ocultar mi malestar. Antes, cuando Amalia me preguntó si me encontraba bien, mentí. Mi Mancha progresaba a un ritmo exponencial, pero la caída de esta mañana la empeoró. Las garras de Amalia perforaron un gran número de capilares contaminados. A su vez, las heridas abiertas habían proporcionado un camino directo para la toxina en mi torrente sanguíneo.

Minh hizo todo lo posible dadas las circunstancias, sellando las heridas y dándome tantos analgésicos extra como pudo sin hacerme daño. Sin embargo, vivía de prestado. Minh creía que me quedaban entre dos y cuatro días como máximo antes de sufrir un fallo orgánico masivo. Cuando llegara el momento, sería repentino. Los capilares que me quedaban se romperían y la toxina apagaría lentamente mis órganos vitales. El éxito de nuestra misión lo era todo para mí. Quería que este fuera mi regalo de despedida para Khel y Amalia.

Le prometí a Minh que no les diría que el ataque de esta mañana había acelerado mi muerte. Ya me estaba muriendo antes de eso. Solo me quitó un par de semanas. Para mi mayor vergüenza, tuve que admitir que, más allá del horror de ver cómo Amalia se volvía salvaje, me sentía ferozmente excitado. Cuando se frotó contra mí, me costó todo lo que pude no llegar al clímax. Incluso la vileza con la que me reclamaba como suyo me había excitado. Sus manos en mi pecho... en mis pezones mientras mostraba su poder sobre mí. Podía sentir cómo me endurecía al pensarlo. Aunque nunca había estado con una hembra, no me cabía duda de que no era sexualmente sumiso. Pero no podía negar que su demostración de dominio era erótica. Me

sacudí para salir de esa línea de pensamiento.

Aún no podía decidir cómo manejar este lío. La parte egoísta de mí quería morir rodeado de mis seres queridos. Me hizo reconsiderar mi decisión de abandonar la ciudad mañana para evitarles el espectáculo. Me estremecía la idea de desplomarme delante de Amalia o Khel mientras me observaban impotentes agonizar.

En los últimos días, había puesto en orden los asuntos de la familia para que Khel no se sintiera abrumado tras mi fallecimiento. Al principio, esperaba que Amalia se interesara lo suficiente por el negocio como para entrenarla para que asumiera mis funciones. Pero, aunque Amalia era inteligente y sin duda podría encargarse del trabajo, no era su vocación. Tenía un carisma increíble y una forma de conmover incluso a las personas más cerradas—¿Ghan? Ella sería más adecuada en el cuidado de los demás. Así que, en lugar de eso, preparé una lista de candidatos para que Khel los entrevistara como mi posible sustituto.

Volamos despacio para dar a Khel y Ghan la oportunidad de situarse antes de iniciar el contacto con la Casa de Sangre. Unos minutos después, Khel, el Detective Gravhin y Ghan confirmaron que estaban en posición. Yhan aceleró mientras Amalia iba a esconderse detrás del panel cerca de mí.

A 400 metros de nuestro destino, Yhan nos informó de que nos estaban escaneando. Lancé una mirada nerviosa hacia Amalia, que estaba de pie en una esquina. No dudaba de la eficacia de la tecnología de camuflaje que Khel había instalado en la nave. Sin embargo, no podía evitar temer que algo saliera mal.

Su rostro volvía a tener esa mirada lejana, con sus ojos oscuros. Estaba teniendo una visión. Sin embargo, no había tensión en su cuerpo. Segundos después, cuando Yhan se acercó más despacio, sus ojos volvieron a centrarse y se giró hacia mí con una sonrisa de éxtasis. Toda la tensión se desangró en mí.

—Nos están llamando —dijo Yhan antes de abrir el comunicador.

Apareció la imagen de un macho Xelixiano normal.

—Esto es una propiedad privada. Por favor, digan sus intenciones.

—Disculpa la intromisión —dijo Yhan—. Vamos de camino al distrito de Xelhen. Por desgracia, hemos sufrido una avería eléctrica que ha provocado una subida de tensión que ha frito nuestros sistemas GPS. Estoy pilotando la lanzadera manualmente y volando a ciegas.

El macho asintió con la cabeza.

—¿Estás solicitando asistencia mecánica? Porque me temo que no estamos preparados para ello.

Yhan negó con la cabeza.

—No. Es una lanzadera vieja y dudo que tengan el tipo de piezas que necesitamos. ¿Puedes decirnos si vamos en la dirección correcta hacia Xelhen o conoces algún mecánico cercano?

—Para el tipo de problemas que tienes, el mecánico más cercano estaría de vuelta en el Distrito Capital. Teniendo en cuenta que ya estás a medio camino de Xelhen, volver atrás no

tendría sentido —dijo el macho.

—Lo sospechaba —dijo Yhan.

—Te sugiero que sigas adelante si tu nave está en buenas condiciones —dijo el macho—. Estás ligeramente desviado. Deberás ajustar tu trayectoria tres grados al noreste. En cuarenta o cuarenta y cinco minutos más de vuelo llegarás al distrito de Xelhen. No encontrarás demasiadas haciendas por el camino, pero debería haber un par para que verifiques que sigues en la dirección correcta.

Amalia me confirmó en silencio que estaba dentro.

—Te lo agradecemos amablemente, *Sehr* —dije desde mi posición de pasajero—. Y discúlpanos una vez más por molestarte y entrometernos en tus tierras.

—No hay ningún problema. Buen viaje —dijo el macho asintiendo con la cabeza antes de cortar la comunicación.

Yhan pilotó la lanzadera hacia el punto intermedio de la bodega. En cuanto nos pusimos en marcha, Amalia salió de detrás del panel. Abrí la boca asustado para decirle que volviera. Me puso dos dedos en los labios para tranquilizarme con una sonrisa confiada.

Se dejó caer en el asiento del copiloto junto a mí con una sonrisa de satisfacción.

—Controlo sus sistemas, incluido el escáner. Ellos ven lo que yo quiero que vean.



CAPÍTULO 24

La interfaz de mi brazal vibró cuando recibí un conjunto de esquemas de la Casa de Sangre. Ghan y Gravhin confirmaron que también habían recibido los esquemas.

—Amalia, ¿pudiste tomar el control de los sistemas de la bodega? —preguntó Khel por el comunicador.

—¡Sí, amorcito, lo hice! —dijo la emocionada voz de Amalia a través del comunicador.

¿Amorcito? Oh, Dios...

Se oyó una ligera tos detrás de mí. Me volví para mirar a mi escuadrón, desafiándolos a que reconocieran el apelativo cariñoso. Mantuvieron la cara seria. A pesar de mi enfado, no pude evitar una pizca de orgullo al mirar a mis guerreros. Vestidos con sus uniformes negros, espadas y blásters preparados, mi escuadrón era tan feroz como intrépido. Los apodos delicados no tenían cabida aquí. Aun así, amorcito era mejor que Kel...

—Excelente. Por favor, confirma que has recibido la entrada manual de los primeros sistemas que quiero que desactives en la Casa de Sangre.

Apunté a dos cámaras frente a la Casa de Sangre con el dispositivo de puntería del brazal. Un segundo después, aparecieron resaltadas en el esquema de la Casa de Sangre que se mostraba en mi brazal.

—Has seleccionado estas dos cámaras —se oyó la voz de Amalia en el comunicador.

—¡Perfecto! Estamos listos para proceder —dije.

—Khel —dijo Amalia—, puedo poner todas las cámaras tanto de la Casa de Sangre como de la Bodega en una repetición en bucle, para que no tengas que preocuparte por ninguna de ellas.

—Adelante, avísanos cuando estés lista —mientras esperaba, asigné secciones específicas de la Casa de Sangre a los miembros de mi escuadrón.

La voz de Amalia volvió a sonar a través del comunicador.

—Todo listo, también he desactivado el sistema de alarma. Estamos atentos a tu señal.

—Vamos a entrar.

Corrí hacia la parte delantera de la casa con parte de mi escuadrón, el resto cubría la entrada trasera. Evitando exponernos a las ventanas, nos acercamos sigilosamente al control de la puerta.

Nuestros escáneres indicaban que solo había un Xelixiano al otro lado. Golpeé el mando y la puerta se abrió con un ruido sordo. Sobresaltado, el guardia se giró hacia nosotros.

Le apunté a la cara con mi pistola.

—Ni una palabra. De rodillas, las manos donde pueda verlas.

Nos echó un vistazo rápido a nosotros y a nuestros uniformes y comprendió. El asombro desapareció de su rostro y fue sustituido por una sombría determinación. Eso significaba problemas. Una espada apareció en su mano derecha.

—No intentes ninguna estupidez. Te superamos en número —saqué mi espada y seguí apuntándole con mi bláster.

Me dedicó una sonrisa triste antes de enterrarse la espada en la garganta.

¡Mierda!

A la velocidad del rayo, dos de mis guerreros lo atraparon antes de que cayera al suelo. Le sacaron la espada, sabiendo que estaba muerto. Los castigos por crímenes contra hembras, especialmente los sexuales, eran duros en Xelix Prime. A pesar de mi sed de sangre, quería prisioneros para interrogar. No podía permitir que los guardias se suicidaran.

El edificio solo tenía dos pisos, pero era un gran complejo. Había varias habitaciones en toda la planta superior, que supuse que era el burdel. Los escáneres revelaron una gran sala en la planta baja que albergaba a un gran número de hembras, y algunas otras habitaciones, la mayoría vacías. La habitación grande estaba en el lado opuesto del edificio; tendríamos que abrirnos paso hasta ella.

El vestíbulo daba a una elegante sala de estar. Había tres machos. Uno estaba sentado en una de las sillas de los invitados, leyendo su datapad. Otro estaba sentado detrás de un escritorio en el centro de la sala, mientras hablaba con un tercero que estaba a su lado. El macho que estaba detrás del escritorio fue el primero en fijarse en nosotros. Tras recuperarse de su sorpresa, tocó los controles de su escritorio, probablemente la alarma. Cuando no pasó nada—gracias a mi compañera—volvió a tocar frenéticamente varias veces antes de cambiar a su comunicador. No respondió. Tras admitir su derrota, miró los monitores y las cámaras de la sala. Cayó en cuenta de la situación.

Su camarada sacó la espada e hizo una seña.

—Vamos, General.

El macho en su datapad finalmente se dio cuenta de lo que estaba pasando. Chilló y se puso en pie de un salto. Mi escuadrón avanzó hacia él y él se arrodilló, levantando los brazos en señal de rendición.

Avancé y el macho de la espada me salió al paso. Me blandió la espada, que desvié con facilidad. Le golpeé la mandíbula con el pomo de la espada. Retrocedió tambaleándose y escupió sangre al suelo antes de lanzarse de nuevo contra mí. Paré su ataque y esquivé la patada que pretendía romperme la rótula. Estaba claro que el macho no había recibido entrenamiento formal en combate. Aunque era un luchador decente, era lento y dejaba mucho que desear. En otras

circunstancias, me habría gustado jugar con él. Le di una patada en el estómago que lo dobló y le golpeé con el codo en la nuca. Cayó de rodillas. Hice una señal a mi escuadrón para que lo ataran.

Por el rabillo del ojo, vi que el macho que estaba detrás del escritorio sacaba una navaja. Mis guerreros estaban sobre él antes de que pudiera usarla. Le obligaron a arrodillarse. Echó la cabeza hacia atrás y se golpeó violentamente la frente contra la esquina del escritorio. Oí el crujido de su Crihnin, seguido del golpe seco de su cuerpo contra el suelo. Tras unos espasmos, se quedó inmóvil, muerto. Miré a mis guerreros. Uno de ellos se encogió de hombros.

La puerta de la primera sala se abrió y vi a un macho que fruncía el ceño ante su datapad.

—¡Oye, Rhal! ¿Qué le pasa a la red? —gritó.

Levantó la cabeza y nos vio. Sus ojos se abrieron de par en par y dejó caer su datapad, alcanzando su espada.

—¡INVASIÓN!

Volvió corriendo a la habitación, pero no pudo cerrarla antes de que nos echáramos encima. Había otros dos machos en lo que parecía ser la sala del personal. Nos dispararon, obligándonos a salir. Lancé una granada de concusión. Tras el estallido, entramos en la habitación. El primer macho se había degollado y los otros dos se habían disparado con sus blásters. Maldije y me dirigí a la gran sala del fondo. Según las lecturas del escáner, las demás habitaciones estaban vacías.

Mi comunicador sonó.

—Khel.

—Planta superior asegurada. Estamos bajando a las hembras, seis en total, y seis clientes.

—Entendido.

Apunté al panel de control de la habitación con el dispositivo de puntería. Un segundo después, Amalia desbloqueó la puerta. Se abrió silenciosamente y más de cincuenta pares de ojos se clavaron en mí.

Las hembras gimieron y se apiñaron. Escudriñé la habitación en busca de amenazas. Al no encontrar ninguna, envainé la espada antes de entrar. La habitación estaba llena de literas, sillas de metal y algunas mesas torcidas con frascos de agua. Extendí las manos en un gesto no amenazador y me mantuve a distancia de las hembras.

—Soy Khel Praghan. Soy el general del ejército Xelixiano. Estos son mis guerreros —señalé al escuadrón detrás de mí—. Estamos aquí para rescataros. Mi compañera, Amalia, nos ayudó a encontraros.

—¿Amalia? —una Terrana pelirroja dio un paso vacilante hacia adelante—. ¿Amalia de El Revenant?

Le dediqué mi sonrisa más amable.

—Sí, Amalia Valis de El Revenant. ¿Por casualidad sois Shannon?

Sus labios temblaron y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se rodeó el torso con los brazos y

asintió.

—Amalia escapó el día que os trajeron aquí. Desde entonces, intenta liberaros a todas. Si queréis venir con nosotros, os llevaremos a un lugar seguro. Podréis contactar con vuestras familias y embajadas.

Las hembras se miraron. Una de ellas empezó a llorar, supuse que de alivio. Les di tiempo para serenarse antes de invitarlas a seguirnos. Como grupo, parecían dudar en marcharse. Una hembra valiente y de rostro afilado cogió la mano de su vecina y se adelantó. Las demás la siguieron. Mirando a mi alrededor, noté la ausencia de la hembra Verediana ciega.

—¿Dónde está la hembra llamada Valena?

Shannon se detuvo y sacudió la cabeza con expresión triste.

—Hace unas horas nos dejó. Se la llevaron a una de las otras Casas de Sangre esta mañana. No volverá hasta dentro de un día y medio.

Asentí y la dejé ir con las demás. Por supuesto, no tendrían varias Veredianas con su habilidad única. Eso explicaba por qué todas las habitaciones de la planta baja estaban vacías. Necesitaban su presencia cuando los clientes bebieran de las esclavas.

Toqué mi comunicador.

—Trasbordador de Rescate Uno y Dos, listos para embarcar en la Casa de Sangre.

Mientras terminábamos de asegurar las instalaciones, Amalia rebuscaba en los registros cualquier información que pudiera encontrar. Aunque Amalia solo había mostrado una grabación en bucle de las cámaras de vigilancia en los monitores del interior de la Casa de Sangre, permitió que las grabaciones continuaran.

Rescatamos a ochenta y una hembras, sesenta y tres Terranas y el resto eran Aveanas. Eran demasiadas para caber en los habitáculos del búnker del complejo. Afortunadamente, teníamos un acuerdo con Minh para acogerlas en su clínica. Un contingente militar haría guardia hasta que se pudieran hacer nuevos arreglos. Las hembras podrían volver con sus familias, establecerse en otro lugar o permanecer aquí, en Xelix Prime, con el apoyo del Consejo y del Bienestar Familiar.

Los once prisioneros, todos ellos clientes, serían retenidos en el complejo. Estaríamos apretados, pero no podíamos arriesgarnos a que los mataran en las prisiones de la Policía, como al Dr. Lurphin.

En cuanto aseguramos ambas instalaciones, Behn Gravhin y yo contactamos conjuntamente con los medios de comunicación para informarles de los acontecimientos. El frenesí mediático y la indignación popular eran exactamente lo que esperábamos. Con todas las miradas puestas en la seguridad de las hembras de la clínica de Minh y el escuadrón militar que las protegía, confiábamos en que no sufrieran ningún daño.

Mis guerreros establecieron bloqueos en nuestros puertos espaciales para impedir que los culpables huyeran del planeta.



CAPÍTULO 25

KHEL

La mañana fue tan frenética como la tarde de ayer. El éxito de la operación superó mis esperanzas. No hubo bajas por nuestra parte, todas las hembras fueron recuperadas sanas y salvas, y teníamos casi una docena de clientes a los que interrogar. Las mayores decepciones fueron la hembra Verediana desaparecida y nuestro miserable fracaso a la hora de capturar a algún guardia vivo.

La mirada de Amalia cuando entré en nuestra habitación la noche anterior quedó grabada para siempre en mi memoria. En ese momento, probé cómo se siente el verdadero amor de una compañera. Lucharía contra el mismísimo Gharah para que ella siempre me mirara así. Me lo agradeció de la forma más apasionada, realzada aún más por su período.

Esta mañana me obsequió con un vigoroso mañanero, que alargué aún más para asegurarme de que estaba bien saciada. Estaría fuera unas horas debido a la reunión urgente del Consejo y podría durar más de lo esperado. Sus hojas de Rehmannia deberían llegar hoy. Hasta entonces, prefería disminuir todas las posibilidades de recaída—ni que fuera una tarea tediosa...

Lhor me entrenó una última vez para el Consejo. Minh nos había preparado una bomba de la que el Consejo no se recuperaría pronto. Dependiendo de cómo fueran las cosas, podría aprovechar la oportunidad para plantar las semillas de mi primera reforma: Derechos para los Manchados. Esto los mantendría desequilibrados mientras yo iba a por todas.

A mi regreso, visitaría a Minh. Lhor no se veía bien, pero estaba poniendo un frente valiente. Algo andaba mal. Sospechaba que las garras de Amalia lo habían herido más de lo que creíamos. Debía estar ocultándolo para no herir sus sentimientos. No podía ser. Si necesitaba más tratamiento, me encargaría de que lo recibiera antes de que se fuera de viaje de negocios esta noche. Sus improvisados planes de viaje me tomaron por sorpresa. Lhor rara vez salía de la hacienda para permisos prolongados y nunca tan a última hora. Me daba unas vibraciones extrañas.

La tensión era máxima cuando entré en la Sala del Consejo. Tenía que abrirme paso entre un enjambre de representantes de los medios de comunicación. Lhor y Gravhin podían encargarse de estos buitres.

Quería echar un primer vistazo a mis colegas consejeros. Quién faltaba, quién estaba nervioso, quién resentido... todas eran preguntas que deseaba ansiosamente que me respondieran. Tener a Ghan aquí por si las cosas se ponían feas habría ayudado, pero le necesitaba en el complejo coordinando a nuestras tropas. Estábamos desbordados entre el complejo y la hacienda, la clínica de Minh, el bloqueo del planeta y la flota a la caza de las fortalezas de Gruuk. Tenía un pequeño contingente de soldados rodeando el edificio, reforzado por una docena de policías de Gravhin.

El Consejero Bhek Zirthen me interceptó cuando me acercaba a la Sala del Consejo. Me llevó a un lado, lejos de oídos indiscretos.

—Khel, hijo mío, me alegro de verte bien e ileso.

—Gracias, Bhek. La verdad es que estoy bien. Tú también pareces en plena forma—dije cariñosamente con un saludo informal.

Bhek había sido amigo de la infancia de mi padre. De pequeños eran inseparables. Bhek era mi tío y asumió el papel de figura paterna en mi vida cuando murió mi padre. Bhek era tan parecido a mi padre que una sola mirada suya me reprendía. Me veía acudiendo a él para que me aconsejara sobre mi apareamiento, sobre cómo criar a mis hijos cuando los tuviera, sobre la elección de mi carrera y sobre cualquiera de esos temas que los hijos hablan con sus padres. Sin embargo, como embajador de Xelix Prime en el Consejo Galáctico, Bhek viajaba a menudo fuera del planeta, lo que nos dejaba pocas oportunidades de reunirnos.

—Bah, no dejes que eso te engañe —agitó una mano desdeñosa—. Mi compañera está intentando empujarme a los brazos de Gharah antes de tiempo. Quiere que vayamos a cazar arpones bajo el agua en los Anillos de Kaliboros. ¡Está loca!

No pude evitar reírme. Fhara Zirthen era una criatura salvaje. A diferencia de la mayoría de los Primes de noble cuna, no le gustaban los círculos mezquinos y chismosos de sus contemporáneas ni sus disposiciones delicadas y de alto mantenimiento. Era una experta luchadora cuerpo a cuerpo y con la espada. Le encantaban todas las formas de caza. Se amaban a muerte.

Bhek me miró con extrañeza.

—Hacía demasiado tiempo que no te veía reír tan libremente. Tu Unión te ha sentado bien.

—Mi compañera es el mayor regalo que la Diosa podría haberme concedido —dije sobrio—. Estoy deseando que la conozcas. Comparte algunas de las vetas salvajes de tu compañera. Me temo que se llevarán de maravilla. Prepárate.

—Será interesante —dijo riendo—. Asegurémonos de que no se den demasiadas ideas locas la una a la otra.

—De acuerdo.

—Anoche causaste un gran revuelo con ese numerito —dijo, cambiando bruscamente de tema—. Hay muchos concejales muy nerviosos y ciudadanos preocupados. Por no hablar de las voces airadas que buscan culpables y se preguntan por qué nos has ocultado esta investigación.

Me apoyé despreocupadamente en las paredes gris claro de la antesala.

—Sí, y estoy a punto de causar uno aún mayor.

Sus cejas se levantaron con curiosidad.

—Me tienes intrigado. Esta sesión será muy entretenida.

—Lo será.

—Ten cuidado, hijo. Los celos mezquinos y la codicia ya han puesto a los buitres tras de ti. Anoche agitaste el mayor nido de krillik en la historia de Xelix Prime. Muchas cabezas van a rodar por lo que has expuesto. Intentarán acabar contigo y quizá amenacen también a tu compañera. No confíes en nadie.

Asentí ante su advertencia. No había duda de que mi familia y yo teníamos un objetivo aún mayor, pero haría falta mucho más que el Consejo para que me intimidaran y me escondiera.

—No temas, Bhek —le dije—. Estamos tomando todas las precauciones posibles.

—Bien. Puedes corregir muchos de los errores contra los que luchó tu padre. Pero necesitarás aliados. Siempre tendrás mi apoyo, pero eso no bastará. Has captado el interés de bastantes concejales que podrían inclinarse de tu lado si tus intenciones también benefician a sus electores.

Era un buen consejo. Lhor ya lo había dicho antes. Esto resultaría difícil si esperaban de mí una prosa florida para seducirlos.

—Te animo a que hables con el Consejero Jormhon —Bhek miró al otro lado de la sala y vio a Jormhon hablando con otro consejero—. Es excéntrico, pero tiene más seguidores de lo que nadie cree. Nunca juega sus cartas porque no tiene una causa real que defender.

La campana sonó indicando el comienzo de la sesión del Consejo. La cámara era una gran sala circular dispuesta como un anfiteatro. La silla del Presidente estaba en el centro, rodeada por los Consejeros que ocupaban las dos primeras filas. Las filas restantes se elevaban sobre un balcón y acogían a los medios de comunicación y a los ciudadanos durante las sesiones públicas. El anfiteatro estaba dividido en cinco secciones, una para cada distrito.

Eché un rápido vistazo a la sala para ver quién faltaba. Para mi sorpresa, agradable por cierto, todos estaban presentes.

No era tan estúpido.

Había veintiún concejales presentes, yo incluido, más el presidente de la asamblea. Normalmente, debería haber veinticinco consejeros, cinco por cada distrito. Pero Xelhon solo tenía un consejero, Rhev Jormhon. Esto significaba que, como único consejero de Xelhon, el voto de Jormhon contaba por cinco voces.

Cada distrito tenía una casa principal y una secundaria. Las otras tres solían ser casas nobles menores o familias de clase alta que lograban comprar su entrada en el Consejo. Los cinco escaños de cada uno de los distritos periféricos solo podían ser ocupados por ciudadanos electos

nacidos de un linaje originario de ese distrito. El Distrito Capital, al ser una mezcla de todos los distritos y contar con una gran población extranjera, era el único exento de esa norma. Cualquier residente del Distrito Capital podía ser elegido para un escaño en el consejo, aunque fuera descendiente de alienígenas, siempre que hubiera nacido en Xelix Prime.

Pero los tres distritos principales con los verdaderos jugadores del juego político eran Xelhan, Xelhen y Xelhon. Mi familia representaba al Distrito Xelhan, la Casa Praghan como principal y la Casa Cervhan como secundaria. El Distrito Xelhen tenía a la Casa Dervhen y a la Casa Zirthen como secundarias. Y Xelhon tenía a la Casa Jormhon como única representante. No siempre podía contar con la voz de Cervhan como compañero consejero de Xelhan, pero tenía la lealtad indivisa de Bhek Zirthen. Bhek tenía razón. Conseguir que Jormhon se uniera a nuestro bando nos haría muy fuertes. Tenía mucho trabajo por delante.

Después de los saludos habituales y formalidades varias, el Presidente Frebhin anunció finalmente la reunión de emergencia en sesión.

—*Sehrs*, estamos aquí reunidos para discutir los acontecimientos que sacudieron la nación ayer por la noche —dijo Frebhin—. Una misión liderada por el General Khel Praghan, también sentado aquí como Consejero Praghan, reveló la existencia de casas ilegales de esclavitud sexual. Como resultado, ochenta y una Perlas fueron liberadas de la esclavitud y actualmente están siendo tratadas por traumas físicos y psicológicos. Deben hacerse arreglos para que estas hembras recuperen una vida algo normal, y debe proporcionárseles una compensación por su dolor y sufrimiento.

Los ojos de Frebhin recorrieron los rostros de los Consejeros.

—Además, está el asunto de las tensiones diplomáticas con los gobiernos Terranos y Aveanos. Están lívidos al saber que tantas de sus hembras fueron retenidas en tales condiciones. Están haciendo una serie de demandas que deben ser atendidas. Se abre el turno de palabra.

Zhul Dervhen, mi némesis, se levantó de su asiento para reclamar la primera palabra. El hijo de Gharah había sido una espina en el costado de mi padre desde que se unió al Consejo hace dos años. Tras la muerte de mi padre—que sospechaba que había orquestado—Zhul me acosaba a diario para que le vendiera mis tierras. Estaba convencido de que o era V o trabajaba estrechamente con él.

Frebhin concedió permiso a Zhul para hablar.

—Fue una exhibición espectacular del General Praghan, realizando este rescate y filtrando un sinfín de imágenes a la prensa —Zhul me dirigió una mirada desdeñosa—. ¿Por qué el General mantuvo esta investigación en secreto ante el Consejo? ¿Por qué convertir esto en un circo mediático antes de que pudiéramos mitigar las consecuencias de este desafortunado incidente?

—¿Desafortunado incidente? —exclamé—. ¿Así es como llaman a la esclavitud sexual hoy en día? ¿Años de abusos y violaciones resumidos en un “desafortunado incidente”? ¿O el desafortunado incidente para vos es el hecho de que yo le pusiera fin?

Zhul entrecerró los ojos mientras el resto de la cámara murmuraba reprobándole. Abrió la

boca para defenderse, pero no le di la oportunidad.

—Lo que me preocupa, Consejero Dervhen, es que el Presidente Frebhin hizo un elocuente discurso de apertura sobre los problemas acuciantes que debemos abordar. Sin embargo, lo único que parece interesaros es por qué no se os advirtió de que se estaba llevando a cabo una investigación, de que una redada era inminente y de que no se os dio la oportunidad de mantener todo el lío en secreto. ¿Tenéis algo que ocultar, Consejero?

—Esto es una calumnia —dijo Zhul apretando los dientes.

Sonreí y apreté la punta de los dedos.

—No os he acusado de nada, Consejero Dervhen. Simplemente hice una pregunta, que vos no habéis respondido.

—Porque no merece respuesta. El Consejo debería haber intervenido. Este es un asunto de seguridad nacional. No vuestra propia guerra mezquina —Zhul apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante, fulminándome con la mirada—. Puede que seáis el General de nuestro ejército, pero no gobiernáis Xelix Prime para erigiros en juez, jurado y verdugo. La Casa de Sangre ha sido desmantelada, acabando así con este círculo criminal. Cuidar de las hembras y apaciguar a sus gobiernos habría sido más fácil si esto se hubiera manejado con discreción —Zhul se dirigió a los demás Consejeros mientras me señalaba con un dedo acusador—. Con el circo mediático que él provocó, sus gobiernos se han visto obligados a exigir un castigo ejemplar para no quedar mal. Su arrogancia y estupidez han provocado esto.

Se oyeron murmullos de acuerdo en toda la sala. Lhor me lo había advertido y había hecho todo lo posible por prepararme.

Me levanté de la silla y me dirigí a la sala.

—El Consejo no fue informado porque había pruebas contundentes que indicaban que miembros del Consejo estaban directamente implicados en el funcionamiento de este plan criminal.

En la sala resonaron jadeos.

Apoyé los puños sobre la mesa.

—Sin embargo, tenéis razón en que se trata de un asunto de seguridad nacional. Y de tales asuntos se ocupan los militares. Como no me considero gobernante de Xelix Prime ni estoy por encima de sus leyes, solicité la ayuda del Departamento de Policía del Distrito Capital. Ellos dirigieron esta investigación conjuntamente con nosotros, con total transparencia. Nuestro compañero del DPDC es el muy respetado y condecorado Detective Behn Gravhin. Envió una copia de su informe a la biblioteca del Consejo.

Más susurros de aprobación, esta vez dirigidos a mí. Los ojos de Bhek brillaban de orgullo, y Rhev Jormhon parecía impresionado. La marea estaba cambiando. Necesitaba presionar mi ventaja.

—Barrer esto bajo la alfombra, como parecéis proponer, nunca habría sido una opción —hice contacto visual con cada uno de los consejeros—. Anoche no se “cerró este círculo criminal”,

como dijo el Consejero Dervhen. Fue solo la primera de cuatro Casas de Sangre en Xelix Prime.

El rostro de Zhul se apagó en una máscara inexpresiva, mientras los gritos resonaban por toda la sala.

—¿Qué has dicho? —preguntó Bhek Zirthen, con los ojos desorbitados.

—Solo era la primera de cuatro Casas de Sangre —repetí—. Hay una por distrito, con una instalación separada para las hembras que descansan tras servir en las Casas de Sangre. Anoche solo desmantelamos la de Xelhan. Ahora debemos encontrar las tres restantes.

—¿Incluso Xelhon? —preguntó Rhev Jormhon, consternado.

—No, Consejero. Xelhon es la excepción. Enhorabuena —incliné la cabeza en señal de respeto.

—Eso es lo que pensaba —hinchó el pecho con orgullo ante sus electores. Apoyó los codos en la mesa y luego juntó las manos.

—Barrer esto debajo de la alfombra no es una opción —reiteré—. Según lo que encontramos anoche, tenemos motivos para pensar que estas casas albergarán a otras ochenta hembras cada una. Eso significa que quedan casi doscientas cincuenta esclavas sexuales Terranas y Aveanas en Xelix Prime. Si ahora mismo les preocupa la pacificación de los gobiernos Aveanos y Terranos, imagínense lo que será una vez hayamos liberado a las cautivas restantes.

Zhul se reclinó en su silla, golpeando distraídamente con un dedo el reposabrazos.

—¿Qué proponéis entonces?

—Les daremos lo que quieren —dije—. Un castigo brutal y ejemplar para los culpables. Uno que dará a nuestros aliados diplomáticos la reivindicación necesaria para salvar la cara, y uno que marcará la imaginación tan profundamente que ningún otro Xelixiano contemplará jamás cometer un crimen tan repulsivo.

—¿Y cómo lo hacemos? Según tengo entendido, anoche solo capturaron a los clientes, no al personal. ¿Cómo volvemos a las mentes maestras detrás de esto? ¿Cómo identificamos a los miembros del Consejo comprometidos? —preguntó Rhev Jormhon.

Sonreí.

—Encontrar a todos los culpables será un proceso largo. Sin embargo, tenemos un primer paso en marcha que ayudará a identificar a algunos de los implicados. Tras examinar a las víctimas, el doctor Minh Volghan confirmó que todos los machos que bebieron de ellas dejaron rastros claramente identificables de su ADN en el organismo de las hembras.

Nuevos jadeos y murmullos excitados resonaron en la sala.

Me volví hacia la silla del Presidente.

—Con vuestro permiso, Presidente Frebhin, me gustaría invitar al Detective Gravhin a unirse a nosotros. En estos momentos se encuentra fuera de la Sala del Consejo con dos asistentes médicos debidamente examinados por el Tribunal Judicial del Distrito Capital. Están aquí para tomar muestras de saliva y veneno de cada uno de los Consejeros.

Rhev Jormhon rio, sus ojos abiertamente agradecidos. A su alrededor, los gritos de afrenta

competían entre sí.

El Consejero Paldhin se levantó bruscamente de su silla, sudando profusamente.

—¡Esto es un ultraje! ¡No tenéis autoridad para obligarnos a pasar ningún tipo de examen médico!

Paldhin era un noble menor del distrito de Xelhin. Su casa había caído casi en el olvido antes de recuperar su segundo aire después de que él se convirtiera en uno de los peones de Dervhen. Encabezaba mi lista de sospechosos, así que su repentino arrebato no me sorprendió.

—No tengo autoridad —dije con una leve reverencia. Cogí el datapad de la mesa y pulsé un par de instrucciones—. Sin embargo, acabo de enviaros a todos una copia de una orden firmada por el juez Khan Brelhin. En ella se ordena a todos los miembros de este Consejo que permitan a los asistentes médicos designados tomar las muestras necesarias. El incumplimiento se interpretará como obstrucción a la justicia y admisión de culpabilidad. El Detective Gravhin tiene el original para aquellos que quieran una doble confirmación.

Jormhon soltó una carcajada. Algunos de los Consejeros lo fulminaron con la mirada mientras otros se unían a la risa nerviosa.

—¡Nunca he disfrutado tanto de una reunión del Consejo como ésta! —exclamó Jormhon—. ¡Traed a vuestros ayudantes médicos, hijo! Veamos cómo se retuercen los gusanos. Yo quiero saber quién trajo esta abominación a Xelix Prime. ¡Que vengan, he dicho! —dio un manotazo en la mesa.

El presidente Frebhin dirigió a Jormhon una mirada reprobatoria ante su exuberancia.

—En efecto, quitemos esta formalidad de en medio para que podamos volver a los temas urgentes que nos ocupan.

Gravhin entró con los dos asistentes y comenzó a hacer la ronda. Jormhon fue de los primeros en ser examinado, y luego se dirigió hacia mí.

— Concejal Praghan, hoy habéis demostrado ser una agradable sorpresa. Lástima que sea en circunstancias tan desagradable.

—Así es. Pero, por favor, llamadme Khel —le dije con un saludo formal.

Me devolvió el saludo.

—Entonces llámame Rhev. Quiero estas Casas de Sangre desmanteladas ya mismo. Dime lo que necesitas y es tuyo. Tengo una hija primogénita de dieciséis años. Desde que nació, todas las casas nobles han intentado sobornarme por ella. No la ven como una persona, sino como una mercancía —dijo apretando los dientes—. Ella es mi corazón y mi alma. Me gustaría verla feliz y tratada con el amor que se merece. Desde que los medios de comunicación difundieron esa redada, solo veo a mi Lenah sometida a esas atrocidades. Quiero derramar sangre. Ningún padre debería vivir para saber que su hija soportó algo así.

—Te entiendo. Mi compañera conocía a algunas de estas hembras. Así que me afecta de cerca.

—Ah, sí, tu compañera —dijo Rhev con una sonrisa enigmática—. Ella es todo un

fenómeno. Ha hecho maravillas por ti. Parece que le tienes cierto afecto.

Sonreí.

—La Diosa me ha bendecido.

Rhev asintió con aprobación.

—Así es. ¿Pero qué hay de tu primo? ¿Lhor, verdad? ¿Cómo le va?

Me quedé inmóvil ante la pregunta, con una sensación de inquietud recorriéndome la espalda.

—Le va bien.

—¿En verdad? —enarcó una ceja dudosa—. Su Mancha parecía bastante avanzada en la Selección. ¿Qué probabilidades crees que tendrá en la próxima?

La pregunta me irritó. No era asunto suyo ni un tema que quisiera tratar.

—Las mismas que cualquier otro macho Manchado, supongo.

Se rio de mi mal genio, burlándose de mí como un padre se burlaría de un niño que tiene una rabieta. Eso me irritó aún más.

—¿Has pensado en salvarlo?

—¿Qué significa eso? —sabía muy bien lo que quería decir, pero quería que me lo explicara.

—Ambos sabemos que las posibilidades de que tu primo encuentre pareja antes de que la Mancha lo reclame son nulas. Tú podrías cambiar eso —dijo Rhev con una sonrisa de complicidad.

—Esto no es Xelhon —miré a los demás consejeros que nos rodeaban—. No nos tomamos tantas libertades con la ley.

—No nos tomamos libertades con ninguna ley —dijo ladeando la cabeza—. Lee el Libro de la Ley en lugar de decir tonterías. Todo lo que ocurre en Xelhon sigue la ley al pie de la letra. Pero no se trata de la ley, ¿verdad? Se trata de orgullo e inseguridad. ¿Es tu orgullo más importante para ti que la vida de tu primo?

—Esta conversación se ha acabado —dije, horrorizado por el descaro de aquel macho.

—No, no se ha acabado.

Retrocedí, dando un paso atrás.

—¿Cómo dices?

—Hace diecinueve años, estaba en esta misma sala, desempeñando mis funciones de consejero, cuando un rhomak rabioso hizo estragos en mi hacienda. Atacó a mi compañera embarazada. Yo no estaba allí para protegerla, pero mi hermano sí. Se interpuso entre ella y los colmillos de ese cerdo salvaje. Con mucho esfuerzo, consiguió matarlo, ganándose unas cicatrices terribles y una cojera permanente.

Crucé los brazos sobre el pecho, pero escuché.

—Cuando le pregunté por qué estuvo a punto de suicidarse para salvarla, me dijo que porque su vida no era importante. Estaba Manchado con síntomas avanzados. En unos meses más, un año en el mejor de los casos, moriría. Pero salvar a mi compañera aseguró la continuación de mi

vida, de nuestro linaje, y que nuestras tierras permanecieran en nuestra familia.

—Noble de su parte, pero ¿cuál es tu punto?

—Yo tuve la misma reacción frívola; agradecido, pero desdeñoso. Entonces mi compañera me dijo que quería tomarle como Segundo Compañero. Perdí el control. Tuvimos una gran discusión en la que me recordó que, por ley, no necesita mi permiso. Simplemente me estaba haciendo una cortesía al informarme de sus intenciones. Era una práctica común en Xelhon, pero me sentí traicionado y celoso, como si la estuviera perdiendo por él. Cuando nació nuestro hijo, me lo puso en los brazos y me dijo que la única razón por la que alguno de los dos estaba aquí conmigo era porque mi hermano había arriesgado su vida para salvarlos. Luego me preguntó cómo me sentiría dentro de unos meses cuando entierre a mi hermano por haber sido demasiado egoísta para compartirla con él, para salvarlo. Fue entonces cuando consentí el Segundo Apareamiento. No tuvo que esperar mi permiso. Lo hizo porque aún estaba a tiempo y porque me amaba. Doy gracias a la Diosa todos los días por seguir teniendo a mi hermano a mi lado.

—Y me alegro por ti. Pero como he dicho, esto no es Xelhon. Te costó aceptarlo cuando es una práctica común en tu distrito. ¿Te imaginas el escándalo si esto ocurriera en Xelhan? Estamos luchando para mejorar la vida de los Manchados en Xelix Prime. Esto causaría un revés del que probablemente nunca nos recuperaríamos.

—Qué equivocado estás, hijo —sacudió la cabeza como preguntándose cómo podía ser tan despistado—. ¿Cuándo fue la última vez que una Perla eligió a un Manchado? ¿Cuándo se eligió a un Manchado durante una Unión? Los únicos que participan son los que están en las últimas fases de la Mancha, en un intento desesperado por prolongar su vida o salvar sus tierras. Pero hasta que llegaste tú, era un hecho que solo un Prime o un Norm se llevaría una pareja. Tú cambiaste esto. No entiendes lo que tú y tu pareja representan para los Manchados y el poder que ejercen.

La campanilla sonó, indicando que el receso para la intervención médica había terminado.

—Tu familia siempre ha sido bien vista por el respeto que muestras a los Manchados. Tu apareamiento y los sucesos de anoche te han elevado en la opinión de la gente más de lo que crees. Mientras sigas luchando por el bien del pueblo, te seguirán. Y recuerda hijo, lo único que de verdad importa es la gente con la que vuelves a casa cada noche. A la mierda lo que piensen los demás.

Me guiñó un ojo con una sonrisa burlona y volvió a entrar en la Cámara. *¡Me guiñó un maldito ojo!* Me froté la cara con las dos manos e intenté recuperar la compostura antes de seguirle.

~

La sesión se reanudó con tres horas de interminables discusiones antes de llegar a un acuerdo. El Consejo puso a disposición de las hembras un complejo de viviendas, que

sería preparado y gestionado por Bienestar Familiar. Un grupo de trabajo conjunto del ejército y la Policía velaría por la seguridad de las hembras.

Bhek Zirthen encabezaría las conversaciones diplomáticas con el gobierno Terrano. Mhar Cervhan, como segunda casa de mi distrito, se encargaría del gobierno de Aveano. Nos disponíamos a dar por concluida la reunión de emergencia cuando solicité permiso para dirigirme a los presentes por última vez.

—Antes de terminar el día, me gustaría presentar una moción para la próxima sesión pública. El tema es la aplicación del salario mínimo para los trabajadores Manchados, según lo estipulado en el Libro de la Ley.

Zhul hizo un gesto despectivo ante mi declaración.

—El salario mínimo fue abolido debido a la crisis financiera que siguió a la aparición de la Mancha. Se ha adoptado por unanimidad una compensación justa según los medios en beneficio de todas las partes implicadas.

—Error —dije, con las manos cruzadas sobre la mesa—. El salario mínimo no fue abolido. El apéndice de la ley simplemente establecía que, debido a la crisis financiera, la norma del salario mínimo podía ser derogada hasta que la crisis financiera se revirtiera lo suficiente.

—Muchos siguen en crisis —dijo Zhul encogiéndose de hombros.

—Pero *la mayoría* no —me incliné hacia delante—. Sin embargo, los Manchados siguen trabajando por un salario no mejor que el de un esclavo. La compensación justa fue un alivio temporal para ayudar a los propietarios de negocios a seguir funcionando y mantener a los trabajadores empleados. Ha llegado el momento de ponerle fin. Los que estén en contra, tengan sus argumentos preparados, porque los míos lo estarán.

Zhul me dirigió una mirada venenosa mientras salíamos de la Cámara. Él era uno de los que más abusaba de la enmienda a pesar de ser asquerosamente rico. Empleaba a un número extremadamente alto de trabajadores, o más bien de esclavos. Si nuestras suposiciones de que Zhul era el cerebro de la Casa de Sangre eran ciertas, sus finanzas seguirían menguando a un ritmo exponencial, sobre todo si se restablecía la ley del salario mínimo.

Bhek y yo estábamos enfrascados en una conversación informal antes de volver a casa cuando un repentino mareo me golpeó. Un extraño entumecimiento empezó a extenderse por mis extremidades y mi corazón tartamudeó. Por un momento pensé que me habían envenenado, pero no había comido ni bebido nada desde que entré en la Sala del Consejo. De repente, un dolor punzante me golpeó en la base del cráneo.

Mi sistema nervioso se apagó.

Pero entonces me di cuenta de que no era mío. Estaba sintiendo el dolor como si fuera mío, como tantos años antes, cuando la otra mitad de mi alma se ahogaba.

¡Lhor!

Algo terrible le estaba pasando a Lhor. Llamé a Ghan por el comunicador mientras corría hacia la lanzadera.

—Habla Ghan —respondió.

—¡Lhor está en serios problemas! —grité—. ¡Encuéntralo ahora y trae a Volghan!

—En ello —le oí correr a través del comunicador.

—Ya voy en camino. No lo dejes morir, Ghan. ¡No te atrevas a dejarlo morir! —grité antes de terminar la llamada.

Y corrí, más fuerte de lo que había corrido nunca.



CAPÍTULO 26

AMALIA

Jhola y yo estábamos ocupadas horneando pasteles de Terra, Avea y Xelix Prime. Queríamos hacer suficientes para que las hembras rescatadas pudieran elegir y algunos de los guerreros pudieran comer también. Me moría de ganas de verlas y comprobar por mí misma que se estaban recuperando.

Shannon me caía especialmente bien. Era una chica dura y sensata. Criada en un barrio pobre Terrano, aprendió muy pronto que nada era gratis. Tenía la firme intención de superar la miseria en la que vivía su familia. Casi lo consigue hasta que el corrupto agente del Programa de Apareamiento Alienígena le arrebató su futuro.

Egoístamente, esperaba que Shannon decidiera quedarse en Xelix Prime y que pudiéramos hacernos amigas. Sin embargo, era una posibilidad remota. Después de lo que había pasado, probablemente no podría ver el resto del planeta lo suficientemente pronto. Pero había tantos buenos machos aquí que la tratarían como a una reina si les diera una oportunidad. Tal vez podría engancharla con Ghan. Frunciendo el ceño, me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar a la Mancha.

Estaba empaquetando dos docenas de ryspak y tortas de bayas silvestres cuando la puerta se abrió de golpe y la voz atronadora de Ghan gritó el nombre de Lhor. Sobresaltada, a Jhola casi se le cae una bandeja de galletas. Intercambiamos una mirada confusa antes de dejarlo todo. Corrí tras él mientras subía volando las escaleras, con sus largas piernas subiéndolas de tres en tres.

Ghan parecía saber adónde iba porque en cuanto llegó al primer rellano, giró a la derecha, dirigiéndose directamente al despacho de Lhor.

Debía de estar rastreando su comunicador.

Ghan golpeó la puerta con el hombro. Se abrió de golpe. Se detuvo medio segundo cuando llegué al final de la escalera.

—Joder —murmuró, mirando hacia abajo antes de entrar corriendo en la habitación.

Me invadió una fría sensación de terror. Podía oír los pies de Jhola en las escaleras, intentando alcanzarnos. Se me escapó un gemido agudo cuando me quedé en la puerta, viendo a Ghan agachado junto al cuerpo inconsciente de Lhor.

—¡Lhor! —grité, corriendo a su lado.

Ghan le dio la vuelta con cuidado, buscando cualquier signo de lesión que pudiera explicar su estado actual. Al no encontrar ninguna, me dirigió una mirada triste y derrotada.

—¿Qué? —pregunté sollozando—. ¿Qué le pasa? ¿Otra vez el talio?

Lhor tenía los ojos en blanco y respiraba con dificultad, como un pez fuera del agua. Los espasmos sacudían su cuerpo a intervalos aleatorios, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—No, pequeña —dijo Ghan en voz baja—. Es la Mancha que lo reclama. Lhor está perdiendo la batalla.

—¿Perdiendo...? ¿Qué? ¿Qué quieres decir? —mi cerebro se negaba a reconocer lo que veía —. No. No. Eso no es correcto. Lhor está bien. Estaba bien en el desayuno. No. Vamos a arreglar esto. Debe haber una inyección, algo que podamos darle para que mejore. ¿Dónde está Minh? ¿Qué le damos, Ghan? ¿Qué hacemos?

Divagué. Él seguía mirándome con esa cara triste. Quería darle un puñetazo para que me contestara. Podía oír a Jhola llorando suavemente detrás de mí. Yo también quería darle un puñetazo. Decirle que se callara y dejara de lloriquear. Lhor estaba bien. No me dejaría. No podía dejarme.

—No hay nada que podamos hacer, pequeña —dijo Ghan—, salvo estar aquí con él en su último momento.

Miré a Ghan con furia rabiosa.

—¡A la mierda con que no hay nada que podamos hacer! —le grité—. ¡A la mierda! —volví a gritar golpeándole con saña en el hombro, una, dos veces. Se lo tomó estoicamente. Le apunté con un dedo amenazador y le grité—: ¡No es demasiado tarde y no voy a perderlo! Ahora dime qué coño hacemos.

Parpadeó. No había respuesta que pudiera darme, pero mi cerebro no la aceptaba. Necesitaba que Ghan me dijera que todo iría bien. Que salvaríamos a Lhor. Finalmente asintió y empezó a levantar a Lhor en brazos.

—Primero, pongámoslo cómodo —dijo Ghan—. Lo llevaré a su cama.

—O... okay —dije, poniéndome en pie.

Corrí delante de él para abrir la habitación de Lhor y bajé las mantas. Cuando Ghan lo acostó, me di cuenta de que Lhor ardía de fiebre.

—Ayúdame a quitarle la camisa. Está ardiendo —le ordené a Ghan—. Jhola, necesito agua fresca y un paño para ayudarle a enfriarse.

Gimoteó y se fue corriendo. Luego ordené a Ghan que le quitara las botas a Lhor. Dejé que mi mirada recorriera su pecho y su cara. Su piel era completamente negra, obsidiana. Ghan tenía razón. La Mancha se había apoderado de cada centímetro de él. Los capilares oscuros ya no eran visibles. Probablemente ya se habían roto todos y la toxina se había extendido por todos los rincones subcutáneos, atacando sus órganos y ahogándole la vida.

Necesita beber.

—Necesita beber —dije, haciéndome eco de mis pensamientos.

Ghan asintió.

—Lo necesita, pero no tiene compañera.

—Lhor no necesita una compañera, él me tiene.

—La etiqueta social dicta ...

—A la mierda la etiqueta social —respondí—. ¿Cuándo me han importado una mierda las reglas sociales Xelixianas? ¡Son la razón por la que mi compañero se está muriendo, para empezar!

—Lhor no es tu compañero. Khel sí —dijo Ghan con voz neutra, sosteniéndome la mirada con una expresión ilegible.

Acaricié la mejilla derecha de Lhor, bajando por su cuello hasta posar la palma sobre su corazón. Tragué saliva.

—Lhor es mío —dije con una lenta inclinación de cabeza, recorriéndolo con la mirada—. No voy a perderlo —volviendo la vista a Ghan, pregunté—: ¿Cómo consigo que beba?

—Está demasiado ido para beber.

—¡Deja de decirme mierda que no quiero oír y que no ayuda! ¡Puedes ayudarnos o largarte de aquí!

—Te estoy diciendo lo que necesitas oír para tomar la decisión que tienes que tomar —dijo, inexpresivo.

—La puta decisión ya está tomada. Quiero salvar a mi compañero —me estremecí al resbalar de nuevo, pero él se limitó a sonreír en respuesta—. Ahora dime qué tengo que hacer.

—Ve a la sala para refrescarse y haz lo que tengas que hacer para excitarte.

—¿Cómo dices? —dije, consternada.

—Necesitas llegar al orgasmo para liberar oxitocina en tu torrente sanguíneo. Entonces puedes verter un poco de tu sangre en su boca. Su sistema absorberá lo que necesite.

El calor subió a mis mejillas.

—No necesito hacer eso —abrió la boca para discutir, pero le interrumpí—. Estoy en mi período. Minh confirmó que mis niveles de oxitocina son extremadamente altos en este momento. Debería esta bien para proseguir. Ábrele la boca.

Levantó una ceja, pero no me desafió. Abrió la boca de Lhor e inclinó la cabeza para facilitarle la deglución. Haciendo emerger la garra de mi dedo índice izquierdo, corté una estrecha hendidura a lo largo de la vena de mi antebrazo derecho y la coloqué contra los labios de Lhor. Siguiendo las órdenes de Khel, había practicado la invocación de mis garras a voluntad y me había resultado bastante natural.

Al principio, no hubo reacción. Luego, instintivamente, intentó apartarse. Ghan obligó a Lhor a quedarse quieto. Le dirigí palabras alentadoras, tratando de persuadirle para que bebiera, pero, en efecto, parecía demasiado ido. Empezó a ahogarse, como temía que pudiera ocurrir. Aparté el

brazo y Ghan lo giró ligeramente hacia un lado, mientras Lhor tosía. Se recuperó al cabo de unos segundos, tragando y lamiéndose los labios.

¡Sí, cariño! ¡Eso es!

Me arrodillé en la cama junto a él, acercándome mientras Ghan volvía a tumbarlo y colocaba mi muñeca una vez más contra sus labios. Lhor empezó a ahogarse de nuevo y Ghan tuvo que ponerlo de lado. Cuando se calmó, vi que le salía un líquido negro por la oreja derecha y que le recorría las mejillas desde los ojos.

—Ghan... —dije, con miedo en la voz—. ¿Qué es eso? ¿Qué está pasando?

Ghan retrocedió y se alejó rápidamente de Lhor. Era la primera vez que lo veía expresar algo parecido al miedo, y eso me asustó más que nada.

—¿Ghan?

—La Mancha —susurró—. La toxina. Hay demasiada. No tiene adónde ir.

Ya había tenido suficiente de esta Mancha. Ya me habían quitado demasiado. ¡No más! Lhor no bebía y yo necesitaba mi sangre para entrar en él. Necesitaba que tomara la ruta más rápida hacia la Mancha y la sacara de él. Sin pensarlo, desenvainé las garras y se las pasé por el pecho. Apenas reaccionó a las heridas. La sangre y la toxina brotaron de los cortes. Pasé el paño húmedo por encima para eliminar parte. Hice un corte aún más amplio con la muñeca y siseé por el dolor antes de colocarla sobre su pecho. Presioné el brazo para que la sangre saliera más deprisa mientras lo movía a lo largo de su pecho para que el goteo se extendiera uniformemente.

Ocurrió algo. En cuanto mi sangre entró en contacto con sus heridas, se produjo un burbujeo y un chisporroteo, como si se produjera una reacción química. No sabía si era buena o mala. Estaba volando a ciegas y maldecía a Minh hasta lo más profundo de la guarida de Gharah por no estar aquí. La Mancha manaba de los ojos, los oídos y la nariz de Lhor a borbotones. Manteniendo la muñeca sangrante sobre su pecho, agarré el paño con la mano izquierda y lo enjuagué en el cuenco de agua fresca para limpiarle la toxina de la cara.

Le estaba perdiendo y no sabía qué más hacer. Ghan estaba ahora a metro y medio de la cama, mirando horrorizado a Lhor. Estaba viendo su propia muerte inminente. Lhor gimoteó y sus ojos se agitaron.

—¡Lhor! —grité, con los ojos escrutando su rostro en busca de un signo de lucidez o reconocimiento—. ¡Lhor, cariño, tienes que beber! Te estás muriendo y no puedo perderte. Por favor, cariño, bebe. Por favor —puse mi muñeca contra sus labios una vez más.

Intentó apartar la cara, pero yo le sujeté.

—Por favor, Lhor, por favor. Bebe por mí. Solo un poco, por favor.

Empecé a llorar, sintiéndome impotente. Con la vista nublada por las lágrimas, le puse la mano en la cabeza, acariciando con el pulgar el Crihnin de su frente. Sin recordar la letra, ya que era Xelixiana, tarareé la nana que Khel me cantaba. Decía que solía cantársela a Lhor cuando estaba enfermo. Si iba a morir, esperaba que le diera un último consuelo. Segundos más tarde, la voz llorosa de Jhola se unió a la canción y pronunció las palabras que yo no podía pronunciar.

Estábamos en la última estrofa de la canción cuando se unió la voz de Sivh. Segundos después, lo sentí: los labios de Lhor apretándose contra mi muñeca y una ligera sensación de tirón cuando empezó a chuparme la sangre.

—Sí, Lhor —arrullé, medio llorando, medio riendo—. Eso es, toma todo lo que necesites.

Le acaricié la cabeza, susurrándole palabras de aliento mientras seguía tomando pequeños tragos de sangre. La toxina rezumaba por sus ojos y orejas en un chorro más abundante, pero se redujo a un hilillo por la nariz. No sabía si era buena o mala señal o, peor aún, si significaba que estaba tragando parte de ella junto con mi sangre. Le limpié lo que pude de la cara y le pedí a Jhola más paños y agua limpia.

—Usa los colmillos, cariño —le susurré a Lhor—. Khel dice que tienes que usar tus colmillos para sacar las hormonas de mi sangre.

Durante unos minutos más, siguió chupando de mi muñeca. Empecé a sentirme un poco mareada y luego sentí una punzada gemela cuando sus colmillos se hundieron en mí.

—¡Sí, Lhor! Eso es. ¡Bebe!

Me giré para mirar a Ghan con una sonrisa húmeda. Me parpadeó, aún claramente agotado.

—¿Está usando los colmillos? —preguntó.

—¡Sí! —dije, con una risa llorosa—. Se va a poner bien. Sé que lo estará.

El sonido de pasos acelerados finalmente se registró en mi cerebro. *¿Khel?* No, era Minh, que entró corriendo por la puerta. Rápidamente evaluó la situación y se puso al otro lado de Lhor.

—¿Está usando sus colmillos? —Minh preguntó.

—Sí. Empezó a hacerlo hace apenas un minuto. Antes solo chupaba sangre de mi muñeca.

—¿Qué es eso? —señaló el pecho de Lhor.

Le dirigí una mirada avergonzada.

—Lhor estaba demasiado fuera de sí. No paraba de ahogarse cuando intentábamos darle mi sangre, así que le hice un corte y vertí la sangre directamente en las heridas. Lo siento, no sabía qué más hacer.

—No te disculpes, niña —sonrió—. Se podría haber hecho mejor, pero tuviste la idea correcta y funcionó.

—Pero mírale la cara. Empezó a brotar de él cuando le di sangre.

—Y esa es la única razón por la que sigue vivo ahora —dijo Minh—. Toda esta toxina se estaba enterrando en sus órganos vitales, matándolo lentamente. Tus hormonas las expulsaron. Pero su cuerpo está tan saturado de ella que no había ningún lugar donde el exceso pudiera salir, excepto fuera.

—Entonces... ¿Esto es bueno? —pregunté insegura—. ¿Está bien que siga saliendo así?

—Sí, Amalia. Cuanto más salga, mejor para Lhor.

—¿Estará bien entonces? —preguntó Ghan bruscamente.

Minh se frotó la nuca.

—En circunstancias normales, para un paciente tan avanzado, diría que no. Pero el hecho de que se haya recuperado lo suficiente como para beber por sí mismo no es más que un milagro. Francamente, la cantidad de toxina que ha expulsado es otro milagro en sí mismo. Es algo inaudito —se volvió para mirar a Ghan—. Hablando de toxina expulsada, Ghan ¿has estado en contacto con alguna de ella?

—No —dijo Ghan—. Me alejé en cuanto empezó a salir.

—Bien. Es mejor que mantengas la distancia. Podría hacerte daño.

Ghan asintió, volviendo los ojos hacia Lhor y hacia mí. Me sentí flaquear. Al principio, pensé que se debía a la pérdida de sangre. Sin embargo, Lhor había sellado el corte de mi muñeca con las propiedades curativas de su saliva. Sus colmillos no drenaban sangre, solo las hormonas de mi sangre. No estaba segura de la causa de esta repentina debilidad que me invadía.

—¿Amalia? —dijo Ghan con un deje de preocupación.

—Se está volviendo letárgica. Lhor le ha drenado demasiada oxitocina —dijo Minh mientras me pasaba el escáner de mano—. Lhor, hijo mío, sé que puedes oírme. Estás bebiendo demasiado, le estás haciendo daño a Amalia. Dale un poco de tu veneno Thylin para calmarla y luego suéltala. ¿Me oyes, Lhor? Dale un poco de Thylin y libérala. La estás lastimando.

Segundos después, una intensa oleada de euforia me golpeó. Sí, los Xelixianos definitivamente necesitaban embotellar esa mierda y venderla en el mercado negro. Ganarían una fortuna. Sentí que los colmillos de Lhor se deslizaban fuera de mi muñeca y que su áspera lengua lamía las heridas punzantes. A través de la niebla, bajé los ojos y vi que Lhor me miraba fijamente. Algo poderoso pasó entre nosotros en ese momento. Una conexión... un reconocimiento... un vínculo.

Sus ojos se vidriaron y sus párpados se cerraron. No sé mucho de lo que pasó después. Me fui a Fantasilandia, alto como una cometa.



CAPÍTULO 27

Aquel fue el vuelo de regreso de la Sala del Consejo más largo de mi vida. Durante todo el trayecto, los ecos sordos de un dolor debilitante fueron constantes, y luego nada. Por un momento, temí lo peor. Pero luego lo descarté por imposible. Sabría sin ninguna duda si Lhor había dejado este mundo. Y Ghan se pondría en contacto conmigo.

Salí corriendo del transbordador hacia la casa. A través de la ventana del salón, vi a Ghan solo. Entré corriendo en la casa.

—¿Ghan?

Se volvió hacia mí. Conocía a Ghan desde hacía doce años. A lo largo de ese tiempo, nos habíamos enfrentado juntos a todos los peligros que un guerrero pudiera imaginar. Ni una sola vez lo había visto tan agotado.

—Háblame, Ghan —le dije como si le hablara a un animal asustado.

—Es extraño enfrentarse cara a cara con tu propia mortalidad —dijo Ghan, con voz monótona—. No es la muerte de un guerrero. Espero que cuando llegue mi hora, sea en el campo de batalla.

—¿Ghan? —volví a preguntar.

Lanzó un suspiro.

—Lhor está bien o lo estará pronto. La Mancha casi se lo lleva. Amalia le dio sangre y lo sacó del borde de la muerte. Incluso Volghan lo llama un milagro.

¿Qué?

Me quedé helado al oír sus palabras.

—¿Lhor bebió de mi compañera?

Ghan se calmó.

—Ella le salvó la vida.

Mi voz se endureció.

—¿Lhor. Bebió. De. Mi. Compañera?

Ghan entrecerró los ojos. Sabía que estaba haciendo la pregunta equivocada, pero ahora mismo no podía pensar más allá.

—Sí —dijo Ghan con un gruñido—. Bebió de ella después de que se cortara la muñeca y se la metiera por la garganta. Tuve que inmovilizarlo porque se negaba a beber, pero ella no lo dejó morir. No tuvo más remedio que beber.

Me golpeé el pecho con un dedo enfadado.

—¡Es mi compañera! ¡Ella me eligió!

—¡Y es la otra mitad de tu alma! —gritó Ghan. Sacudió la cabeza y continuó con voz más calmada—: Ella le salvó la vida, bastardo egoísta. "¡No te atrevas a dejarlo morir, Ghan!" fueron tus palabras exactas. ¿Es eso lo que deberíamos haber hecho? ¿Dejarlo morir?

Mostrando los colmillos, le gruñí. Quería hacerle daño para desahogar la violencia que se acumulaba en mi interior. Mi reacción era irracional, pero no podía pensar más allá del miedo. Me dirigí hacia las escaleras.

—¡Khel! —gritó—, No dejes que el orgullo te ciegue a lo que de verdad importa. Él es tu Gem.

Volé escaleras arriba con la intención de enfrentarme a Lhor. Cuando me acercaba al primer piso, Amalia bajó corriendo las escaleras hacia mí. Mi furia cambió de rumbo, pues había encontrado un nuevo foco de atención.

Sonrió aliviada.

—Khel, estás en casa.

Su sonrisa se desvaneció, sustituida por la confusión que le produjo mi expresión. Luchando contra el impulso de arrastrarla conmigo por el brazo, me abalancé sobre ella y me dirigí a mi despacho. No confiaba en no tratarla con rudeza. Pero ni siquiera en mi estado de locura me permitiría maltratarla.

Sus pasos resonaron en el pasillo cuando se apresuró a alcanzarme. La dejé entrar en la habitación y cerré la puerta de un portazo.

Dio un respingo de sorpresa y me miró con los ojos muy abiertos, con una mezcla de desconcierto y miedo.

—Khel... Cariño, ¿qué pasa? —le temblaba la voz—. ¿Por qué me miras así? Me estás asustando.

—¿Ah, sí? —le pregunté—. ¿Preferirías que no te mirara? ¿Quizás la mirada de otro macho sería más de tu agrado?

—¿Qué? —Amalia frunció el ceño—. ¿Qué se supone que significa eso?

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Desearías que fuera Lhor quien estuviera en esta habitación contigo? —Amalia se quedó boquiabierta—. Ah... ahora lo entiendes. Dime, ¿disfrutaste cuando hundió sus colmillos en ti? ¿Te hizo mojar?

Retrocedió como si la hubiera abofeteado.

—¡No fue así!

—¿No fue así, *corazón mío*? ¿Te estás arrepintiendo? ¿Desearías haber elegido al cara bonita de Lhor en mi lugar? ¿Has estado fantaseando con tener su boca bonita en ti?

—¿Qué demonios te pasa? —se dio un golpecito en la sien como diciendo que me había vuelto loco—. Lhor casi muere en mis brazos hoy y ¿me preguntas si he fantaseado con él?

—¡Hiciste que bebiera de ti! —grité con maldad.

Se quedó parada un momento, sorprendida. Luego asintió lentamente, mirándome como si no pudiera creer que estuviéramos teniendo esta conversación.

—Sí. ¡Por supuesto que lo hice! Y lo volvería a hacer. ¿Has oído lo que acabo de decir? —me señaló con un dedo enfadada, puntuando sus palabras—. Lhor. Se. Estaba. Muriendo. Estaba inconsciente, apenas respiraba. Le salía toxina por los ojos y los oídos. Minh no estaba allí. No sabíamos qué hacer, pero no podíamos dejarle morir. Así que hice lo único que se me ocurrió y le salvé.

—Entonces qué, ¿te has convertido en el bufé de los machos Manchados?

Puso los ojos en blanco.

—Deja de decir tonterías. Estamos hablando de Lhor. ¿Qué esperabas que hiciera?

—¡Espero que te comportes como una hembra adecuada y no me traiciones con otro macho!

—¡No te he traicionado! —levantó la vista, lanzando manos implorantes al techo—. ¡Que la Diosa me ayude! ¿Te estás oyendo a ti mismo? Él no es otro macho. Es Lhor. *Nuestro* Lhor. Tu Gem. ¿En serio esperabas que lo dejara morir por una estúpida regla social?

—¡Eres *mi* compañera! —grité, golpeando un puño contra mi pecho.

—Sí, soy tu compañera. Y nada va a cambiar eso. Pero no me pidas que me quede sentada y deje morir a Lhor.

—¡Entonces deja que encuentre a su propia compañera! ¡Tú *me* elegiste, no a *él*!

—¡Yo no *te* elegí! —gritó exasperada—. ¡Yo elegí tu *nombre*! ¡*Él* fue mi elección!

Ambos nos quedamos paralizados ante sus palabras. Ella se tapó la boca con la mano, horrorizada por la verdad que revelaba su ira. Retrocedí unos pasos, luchando por contener el dolor que me desgarraba el pecho. No podía decirlo en serio. *¿O sí?* Recordé aquel momento en la Selección, cuando se debatía entre cuál de los dos elegir. Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio el nombre de mi familia. Algo me había llamado la atención, pero estaba demasiado contento por haber sido elegido como para seguir pensando en ello.

—Khel... —susurró.

El sonido de su voz en el silencio me sacó de mi aturdimiento. Me acerqué a la ventana que daba al huerto de ryspak y dejé que mi mirada se perdiera en la distancia, sin ver.

—No quería decir eso. Por favor, deja que me explique.

—Vete —le dije.

—Khel, por favor —suplicó—. No podemos dejarlo así.

—Amalia —articulé lentamente—, sal, ahora.

—Khel...

—¡FUERA!

Se estremeció y retrocedió dos pasos instintivamente. Amalia tembló de miedo por primera

vez. Corrió hacia la puerta y tanteó el picaporte en su afán por salir. Consiguió abrirla y huyó de la habitación. Pude oír sus fuertes sollozos mientras subía corriendo las escaleras, pero no fui capaz moverme para atenderla.



¡Y*o no te elegí! ¡Yo elegí tu nombre! ¡Él fue mi elección!*

Las crueles palabras sonaban en bucle en mi cabeza. Con cada iteración, mi ira se enconaba un poco más. No sé cuánto tiempo estuve allí, dejando que mi resentimiento se acumulara. Sin darme cuenta, me arrastré hasta mi escritorio y saqué el Libro de Derecho Xelixiano. Cuando me di cuenta de lo que hacía, lo cerré.

Su contenido no era ningún misterio para mí. Durante su interrogatorio, el comentario de Letha sobre la ley me había inquietado. Al día siguiente había comprobado su afirmación. Encontrar su confirmación por escrito me había dejado desgarrado. Nuestros electores no estaban preparados para aceptarlo. Yo tampoco lo estaba. Pero tampoco estaba dispuesto a perder a Lhor. El vínculo entre Amalia y Lhor era innegable. Amalia se preocupaba por mí, pero él le gustaba más. Si conociera la ley, seguro que ya se le habría declarado. Necesitaba más tiempo con nosotros dos solos para que ella aprendiera a quererme. Ahora, más que nunca, creía que cuando nuestra Prueba terminara, me dejaría por él.

Podía sentir a Lhor arriba. Había sido una sensación sorda y estática durante un tiempo, pero ahora se hizo evidente. Ese sexto sentido me decía que estaba en su habitación. Me hizo señas, como un faro para mi ira.

Antes de darme cuenta de que me había movido, estaba fuera de su habitación. No me molesté en llamar y abrí la puerta de golpe. Lhor estaba de pie junto a su cama, imperturbable ante mi dramática entrada.

Me esperaba a mí y a mi justa ira.

Durante un tiempo sospeché que Lhor tenía su propia forma de percibirme. Ahora, estaba más convencido que nunca.

—Hola, Khel.

Me burlé.

—Tienes muy buen aspecto para ser un macho que se estaba muriendo hace unos minutos.

Sus ojos se entrecerraron.

—Sí. Es bastante milagroso.

—Milagroso, desde luego. Quién iba a pensar que llegaría el día en que Lhor Kirnhan hundiría sus colmillos en una hembra dispuesta.

Se estremeció visiblemente ante mis crueles palabras y me miró confundido. Yo no podía creer lo que acababa de decir. Era como si hubiera dos personas en mí: el bastardo despiadado decidido a herir y alejar a la gente que me importaba, y el macho con el corazón roto que temía

haber perdido a su compañera y a su hermano. El bastardo despiadado se apoderó de mí y observé desde lo alto cómo destrozaba mi mundo.

—¿Qué? ¿Nada que decir, Lhor? Siempre has sido muy hábil con las palabras. ¿Así sedujiste a mi compañera para que se rindiera ante ti?

Lhor apretó la mandíbula.

—Yo no la seduje.

—¿No? Sin embargo, suena como si te hubieras tomado tu dulce tiempo bebiendo de ella. ¿Disfrutaste bebiendo de mi compañera?

Sus hombros cayeron, su rostro incrédulo.

—Apenas estaba consciente, Khel. Tuvieron que obligarme a tragar su sangre. Estaba demasiado ido para beber por voluntad propia. Fue por instinto. Yo no iría a por tu compañera.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—¿No lo harías? ¿Crees que no veo cómo la miras? ¿Crees que no sé cómo la deseas? ¿Crees que no sabía que nos estabas espiando cuando le hice el amor junto a la piscina?

Una vez más, se estremeció visiblemente ante mi comentario. Primera *anotación*. Aun así, permaneció con la cabeza alta, como si no tuviera nada que lamentar, como si no me hubiera traicionado.

Levantó la barbilla desafiante.

—Independientemente de los sentimientos que pueda o no tener hacia Amalia, nunca he cruzado la línea. Nunca he intentado seducirla ni lo haré.

Le hice un gesto.

—¿Por eso dejaste que ayer se restregara sobre ti sin oponer resistencia? Podrías haberla dominado con poco esfuerzo, usar tu veneno para paralizarla. Pero no, en lugar de eso te quedaste tumbado dejando que te follara en seco y disfrutaste cada minuto.

—¡No quería hacerle daño! —Lhor bramó—. Después del incidente con el talio, no me atreví a usar mi veneno con ella. ¿Quién sabía cómo podría afectarla? —extendió una mano suplicante —. Por la Diosa, Khel, viste cómo actuaba. No sabía qué estaba causando esa reacción. ¿Y si había comido algo que la afectara, que mi veneno pudiera potenciar aún más?

Sacudí la cabeza con una risita triste.

—Siempre con tu papel de político, ¿verdad, primo? Siempre las palabras justas y las explicaciones razonables. ¿Me crees tan ciego que no veo a través de tu juego?

—¿Y qué juego sería ese, *primo*? —se hizo eco.

—Te aprovechas de la compasión de mi compañera para intentar robármela.

Una asombrosa oleada de emociones se abalanzó sobre mí: dolor, ira, traición, tristeza.

No mis emociones. Las suyas.

Las ignoré, así como la sensación de malestar que se apoderaba de mí. Mi lado bastardo despiadado seguía queriendo su libra de carne, sin importarle lo que yo quisiera.

—Qué conveniente que tuvieras tu pequeño colapso cuando yo estaba demasiado lejos para

intervenir. No me sorprendería que *accidentalmente* le drenaras toda la oxitocina que le quedaba, tan apática que *tuviste* que inundarla con tu veneno Thylin para compensar.

Palideció. *Segunda anotación.*

—Lo hiciste, ¿verdad? ¿VERDAD? —golpeé su cómoda con el puño, enfurecido—. ¿Así que ese es tu plan, *primo*? ¿Hacerla adicta a tu Thylin, *a ti*, antes de que acabe la Prueba para que me deje por ti?

Me miró como si no me conociera.

—¿Quién eres? —susurró.

—¡Soy el tonto que confió en ti! —rugí—. Pero ya no más. Si crees que vas a conseguir follarte a mi compañera, pequeño parásito pegajoso, ¡piénsalo otra vez!

¡Oh Diosa! Lo siento mucho, Lhor. ¡No lo digo en serio!

Le apunté con un dedo amenazador y le dije con voz lenta y tensa,

—Te quiero fuera de mi casa y de nuestras vidas antes de que acabe la noche. Si no, haré que te echen.

Se puso en pie, con el rostro vacío de emoción. Sin embargo, me invadió una oleada tras otra de dolor abrasador. Se estaba muriendo por dentro, y casi se me doblan las rodillas ante la devastación que sentía. Le di la espalda y salí de la habitación sin decir palabra, cerrando la puerta tras de mí.

Tenía intención de volver a mi despacho, pero me detuve en seco. Sivh estaba a unos metros de mí. El disgusto y la tristeza de su rostro me indicaron que había oído mi conversación con Lhor. Levanté la barbilla, tragando la amarga bilis de la vergüenza que me quemaba en el estómago.

—¿Necesitas algo, Sivh?

Sus ojos se endurecieron.

—No, *Sehr*. Solo quería informarte de que Ghan se ha llevado a Amalia y a Jhola. Están entregando la comida que han preparado para las hembras rescatadas —su tono era formal, frío. Hizo una reverencia y se marchó sin decir nada más.

Me quedé mirando su espalda en retirada, sintiéndome más solo que nunca. La vergüenza, la ira y la tristeza luchaban en mi interior. Y las desdichadas emociones de Lhor no dejaban de martillearme. No podía soportar su desesperación además de la mía. El bastardo despiadado volvió a la habitación de Lhor para ordenarle que se guardara sus malditas emociones. Abrí la puerta de golpe, pero la habitación estaba vacía. La puerta del balcón estaba cerrada, así que me dirigí a la sala para refrescarse. Empujé la puerta y me preparé para gruñirle, pero las palabras se me quedaron en la garganta cuando un sorprendido Lhor se volvió hacia mí.

Lhor estaba desnudo junto al panel de control de la ducha, y acababa de abrir el estante que contenía los accesorios de baño. Su cuerpo era de obsidiana, totalmente reclamado por la Mancha. Tenía marcas de garras en el pecho, cubiertas de sangre seca y toxinas. Ya no cegado por mi ira, por fin me fijé en las vetas de toxina seca junto a sus orejas y en el borde de sus ojos.

Amalia intentó decírmelo. Ghan intentó decírmelo. Pero no le escuché.

Se estaba muriendo. No debería haber sobrevivido a eso. Esto ERA un milagro.

—Oh Diosa, Lhor... —susurré desconsolado—. Lo siento mucho... no lo sabía.

—No necesito tu puta compasión, Khel —siseó Lhor—. ¡Fuera!

—Lhor...

—¡FUERA! —gritó, lanzándome una pumita.

Me agaché instintivamente. La pumita se estrelló contra el espejo, explotando detrás de mí. No reaccioné a los pequeños cortes que recibí de los trozos voladores. Lhor me dirigió una mirada venenosa. Las ondas de odio que emanaban de él me hirieron más profundamente de lo que podría hacerlo cualquier trozo de cristal. Retrocedí lentamente y cerré la puerta mientras Lhor abría el grifo y levantaba la cara para que fluyera el agua.

Atravesé el pasillo aturdido hasta el dormitorio principal vacío y me senté pesadamente en la cama. Qué no daría en este instante por tener a Amalia en mis brazos y que su voz ronca me dijera que todo iría bien.

"No dejes que el orgullo te ciegue a lo que de verdad importa".

Las palabras de Ghan resonaban en mi cabeza una y otra vez. Debería haberle escuchado, pero el bastardo despiadado en mí no me dejó. Y ahora, en menos de dos horas, me las había arreglado para alejar a todos los que me importaban. Había alejado al amor de mi vida y expulsado a la otra mitad de mi alma. ¿Cómo iba a arreglar esto?

Lhor.

Había estado muriendo. Lo sentía. Lo sabía en el fondo. Le dije a Ghan que no lo dejara morir porque lo sabía. Y, sin embargo, en mi miedo egoísta de perderlo y perder a mi compañera, perdí de vista lo que realmente importaba.

No podía recordar la última vez que derramé una lágrima. Ni siquiera cuando murieron mis padres había llorado. Pero aquí sentado, solo al borde de mi cama, me cubrí la cara con las manos y lloré.

~

Menos de una hora después de nuestra fea pelea, Lhor abandonó la hacienda. Esa hora había sido una tortura. Incluso desde el otro extremo del pasillo, sentí sus emociones como si fueran mías. Eran aplastantes, debilitantes. Por fin podía pensar, aunque no quería. Durante las horas siguientes, reflexioné sobre las palabras de Jormhon, la ley, mis discusiones con Amalia y Lhor, las últimas semanas desde mi apareamiento... La conclusión que surgía de estos pensamientos me avergonzaba y no era una que quisiera aceptar.

De pie frente al espejo, me quité la camisa y me examiné. Mi piel estaba impecable, sin las manchas que me tachaban de macho inferior. Era un Prime. Un regalo de mi compañera, destinado a Lhor, que lo necesitaba mucho más que yo.

“¡Yo no te elegí! Elegí tu nombre. ¡Él fue mi elección!”

Hubo un suave golpe en la puerta. Volví a ponerme la camisa.

—Adelante.

Para mi sorpresa, Minh entró.

—Hola, Khel. ¿Tienes un momento?

—Por supuesto —hice un gesto hacia la zona de descanso, pero Minh se sentó en la mesa.

Me senté frente a él y le miré con recelo. Se miraba las manos, cruzadas sobre la mesa.

—Khel, estoy faltando a mis votos profesionales al hablar contigo. Pero hay cosas que debes saber.

Me removí inquieto en la silla.

—Lhor no iba a hacer un viaje de negocios improvisado esta noche. Iba a ir a mi clínica a morir.

Agarré el borde de la mesa con ambas manos.

—Pensábamos que le quedaban un par de días más. Quería ayudar a liberar a las hembras de la Casa de Sangre como regalo de despedida para ti y Amalia.

—¿Lo sabías y no me lo dijiste?

—No era un secreto del todo —dijo con voz dura—. Es *tu* Gem. *Sabías* que le pasaba algo.

Bajé los ojos. Sí, había sentido que algo iba mal, pero no había estado preparado para reconocer que la hora de Lhor estaba cerca.

—Lhor lleva mucho tiempo preparado para morir —levanté los ojos al oír sus palabras—. Hace seis años, después de que jurara no volver a asistir a otra Unión, dejó de entrenar para que la Mancha lo reclamara antes.

Recordé aquel terrible día. Una hembra alienígena empezó a tener arcadas cuando desfilábamos camino de los pedestales. Provocó una reacción en cadena, y la mayoría de las demás hembras también tuvieron arcadas. Todos los machos Manchados fueron excusados de la Unión, dejando a los Norms y Primes para la Selección. Lhor nunca se recuperó de aquella humillación, aunque no iba dirigida específicamente a él. Había sido el golpe final de una larga cadena de rechazos.

—Pero le vi entrenando hace poco. Estaba haciendo el Programa de Cazadores.

—Sí. Empezó a entrenar de nuevo tras la muerte de tu familia, para que no estuvieras solo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Miré el jardín por la ventana. ¿Cómo no me había dado cuenta de la profundidad de su desesperación? Me volví para mirar a Minh.

—¿Por qué buscaría la muerte? ¿Por qué dejar de entrenar por esas malditas hembras?

Minh ladeó la cabeza.

—¿Por qué retrasar lo inevitable? Ninguna hembra lo elegiría. Entrenar solo significaba prolongar su sufrimiento y ser una carga para ti.

Golpeé la mesa con el puño.

—¡Lhor nunca fue un parásito!

Minh enarcó una ceja.

—Nunca utilicé esa palabra.

Se me calentó la cara. ¿Cómo había podido decirle eso a Lhor? Su mayor temor siempre fue que yo llegara a verlo como tal. Usé esa palabra porque sería la que más le dolería. Había tenido las últimas horas para pensar en una manera de empezar a arreglar esto.

—Amalia me hizo Prime en dos semanas. Con su período, sus niveles hormonales son altos. Ella estaría dispuesta a dejarle beber de su muñeca hasta que él también esté curado. Entonces él puede volver a la Unión y conseguir una compañera. Ninguna hembra lo rechazará una vez que su Mancha haya desaparecido.

Minh sacudió la cabeza con una sonrisa triste.

—Lhor se negará.

—¿Por qué coño iba a hacer eso?

—Porque Lhor puede sentir tus emociones, Khel. A veces no sabe si son suyas o tuyas. Desde que te apareastes, puede sentirlas con más precisión y a mayor distancia, igual que tú le sientes mejor a él. Antes podía bloquearte, pero ya no, a menos que le inyecte inhibidores neurales. Incluso eso solo los amortigua.

Me desplomé contra la silla. Pensando en la hora que había pasado después de nuestra pelea, me pregunté si mis emociones le martilleaban como las suyas me martilleaban a mí. ¿Cómo podía funcionar así? ¿Cuánto tiempo llevaba así? ¿Por qué me lo ocultaba?

Apreté las manos sobre la mesa.

—¿Por qué no me lo dijo?

Minh frunció los labios, eligiendo las palabras.

—La primera vez que Lhor se dio cuenta de que podía sentir tus emociones, tenía ocho años. Te rompiste el brazo y las dos piernas saltando de la casa del árbol. Estabas tan orgulloso contándole tu hazaña... No tuvo valor para decirte que tu imprudencia le hacía daño.

Se me apretó el estómago. Lhor llevaba unos días postrado en la cama. Yo era un niño intrépido e intenté saltar desde mi casa del árbol a una liana colgante. Fallé por unos centímetros. Cuando me llevaron a casa, me di cuenta de que Lhor estaba más pálido que de costumbre. Supuse que era su enfermedad.

La voz de Minh me devolvió al presente.

—Cuando te alistaste en el ejército, Lhor pasó los dos primeros años de tu entrenamiento con inhibidores neurales porque estabas muy obsesionado con el Programa de Cazador. No te lo dijo porque sabía que renunciarías a otra cosa que amabas por él.

Tenía un nudo en la garganta que me impedía respirar. Salí al balcón y me incliné sobre la barandilla. Cerré los ojos e inhalé profundamente. El aire era dulce con el aroma del ryspak.

Los pasos de Minh se acercaron detrás de mí.

—Lhor se avergüenza de estar enamorado de tu compañera. Siente que te está traicionando. Luchó por refrenar sus sentimientos por Amalia, pero no puede cuando los tuyos refuerzan

constantemente los suyos.

—Entonces, ¿qué estás diciendo, Minh? ¿Me estás pidiendo que consienta un Segundo Apareamiento?

—No me corresponde a mí decirte cómo manejar tu apareamiento, hijo. Vine aquí porque necesitabas saber algunas verdades. Amalia solo concedió a Lhor un pequeño aplazamiento. Le quedan uno o dos días, como mucho.

Me volví hacia él al oír esas palabras.

—Sea lo que sea lo que pasó entre ustedes dos, lo aplastó. No dejes que tu Gem muera pensando que le odias. Deja que se vaya en paz.

Minh me dio un apretón en el hombro y se marchó sin decir nada más.



CAPÍTULO 28

AMALIA

Ghan nos llevó de vuelta a la hacienda. Mis hojas de Rehmannia llegaron por fin y me permitieron salir de casa. Los acontecimientos de hoy ensombrecieron mi visita a las hembras rescatadas. Estaban bien cuidadas, aunque muchas tardarían años en recuperarse del trauma. Me reencontré con algunas de las antiguas cautivas de El Revenant. No podían creer que yo hubiera escapado y ayudado a liberarlas. Fue un reencuentro agridulce.

Retrasé mi regreso, temiendo el momento de enfrentarme a Khel. No podía creer lo que había dicho. Sí, elegí su nombre, pero también lo elegí a él. Se había metido tan profundamente en mi corazón, que no podía imaginar un futuro sin él. El dolor en sus ojos... Tenía que arreglarlo. Me había enfadado tanto por sus celos y su inseguridad. Amaba a Lhor y en el fondo estaba feliz de que lo salváramos. Pero mis duras palabras confirmaron sus temores. Necesitaba que entendiera que mis sentimientos por él eran reales. No importaba lo que sintiera por Lhor, nada me alejaría de él.

La lanzadera aterrizó. Mi corazón latía con fuerza mientras caminaba hacia la puerta principal. La casa estaba muy oscura y silenciosa. Sentí la mano de Jhola en mi hombro.

—El miedo y la ira pueden hacer que la gente haga cosas estúpidas. Khel los quiere a los dos con todo su ser —Jhola me dio un beso en la frente y se marchó.

Con la respiración agitada, subí las escaleras hasta nuestro dormitorio. Khel estaba de pie en el balcón, mirando a lo lejos. Me detuve unos metros detrás de él. Al principio no reaccionó ante mi presencia. Por un momento, pensé que me ignoraba, pero luego me miró, con los ojos bajos.

—Has vuelto.

—Siempre volveré a ti.

Sus ojos, inseguros, conectaron con los míos. Mi corazón se contrajo al ver el dolor que contenían. No estaba segura de lo que había ocurrido entre nuestra pelea y mi regreso de la clínica, pero mi inquebrantable Khel estaba roto. Parecía tan perdido y vulnerable que pestañeé para contener las lágrimas.

Acorté la distancia que nos separaba y le cogí la mano con cuidado, temiendo que me apartara. Se miró las manos, pero no reaccionó. Tiré de él hacia el dormitorio y me siguió sin

oponer resistencia. Una vez dentro, volví a encararme con él, obligándole a mirarme.

—Un macho sabio me dijo una vez que los compañeros nunca deben irse a la cama enfadados. Tú eres mi compañero, Khel. No quiero que nunca nos vayamos a la cama enfadados. Así que vamos a arreglar esto. Vamos a solucionar la locura de hoy. Y mientras lo hacemos, te contaré el sueño de una niña que quería escapar del destino, ¿vale?

Asintió en silencio, con la tristeza aún aferrada a sus ojos.

Le desvestí, antes de tirar mi propia ropa a un lado. Después de llevarlo a la ducha, encendí una ducha tibia y vertí un poco de gel en un paño. Empecé a lavarle la espalda.

—Cuando tenía quince años, me escapé durante una breve parada en la estación espacial de Belevar. Como era ingenua, creía que las fuerzas del orden significaban seguridad y no podían corromperse. Corrí directamente a la oficina de seguridad de la estación. Tras tomarme declaración, el agente me pidió que esperara. Mientras esperaba, tuve una visión del agente conduciendo a Doruk y sus matones directamente hacia mí.

Añadiendo un poco más de gel al paño, pasé a lavar el pecho de Khel.

—Corrí, presa del pánico. Mientras buscaba un lugar donde esconderme, un macho alienígena me preguntó si necesitaba ayuda. Al principio temí que me hiciera daño, pero entonces vi que Doruk se acercaba a mí. El macho se dio cuenta de que les tenía miedo y me dijo que le siguiera, que él me protegería. Entre Doruk y un completo extraño, elegí al extraño. Así que huimos.

Empecé a lavarle el brazo. Khel lo levantó ligeramente para darme mejor acceso.

—Mis perseguidores dispararon a mi salvador. Él devolvió los disparos y mató a unos cuantos. Al final los perdimos y me llevó a un pequeño bar de su propiedad. Iba a abrirlo, así que aún estaba vacío. Nos encerró y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba malherido. Dijo que venía de un planeta llamado Xelix Prime.

Khel se puso rígido y sentí que estudiaba mi rostro con más detenimiento.

—Era la primera vez que conocía a un Xelixiano. Me habló de su mundo natal, pero muy poco de la Mancha. Se alistó en el ejército, como la mayoría de los machos de la Mancha, y luego se hizo mercenario. Tras conocer a su compañera, se estableció en la estación de Belevar por ella y con un trabajo más respetable regentando su bar. Ella murió en un accidente un año antes, y él había estado esperando reunirse con ella.

Eché más gel en la toallita y pasé al otro brazo de Khel.

—Dijo que su mundo tenía muchos grandes guerreros. No había esclavitud y las hembras eran veneradas. Si alguna vez lograba ir a Xelix Prime, debería asistir a la Unión. Muchos machos se sentirían honrados de ser mi pareja y mantenerme a salvo. Cuanto más Manchados fueran, más devotos serían. Pero si no quería una pareja o era demasiado joven, debía buscar la protección de Dhak Praghan, el noble más grande que había conocido. Me quedé con él hasta que murió. Se llamaba Vahl Stelhan.

Khel jadeó suavemente cuando dije el nombre de su padre. Y qué coincidencia que mi

salvador compartiera el nombre de su hermano. La tristeza y el dolor volvieron a llenar sus ojos, pero aun así, no dijo nada.

—Doruk me encontró menos de una hora después. En los años siguientes, soñé con escapar a Xelix Prime, sin creer nunca que llegaría el día. Y entonces llegó. Excepto que Dhak Praghan y la mayoría de su familia habían fallecido, dejando a un solo hijo como único superviviente. Dar asilo a una esclava fugitiva sería lo último en lo que pensaría. Así que elegí la Unión.

Terminé de lavarle las piernas y los pies y le empujé suavemente bajo el chorro de agua para enjuagarle. Apartándome de él, Khel me pasó el pelo por encima de los hombros, dejando al descubierto mi espalda, y empezó a lavarme lentamente con el paño.

—El hecho de que Vahl promocionara fuertemente a los machos Manchados solo jugó un pequeño papel en que yo ignorara a los Primes. Lo que vi de los Manchados, desde que llegué a Xelix Prime, me convenció de que tendríamos más en común. Además, quería a alguien que me necesitara tanto como yo a él. Así que ignoré a los Primes y a los Norms que apestaban a arrogancia y privilegio... y entonces te vi a ti.

El movimiento circular de la toallita sobre mi espalda se ralentizó.

—Eras magnífico. Tan alto, fuerte y orgulloso. Solo con estar allí, en tu presencia, me sentí segura por primera vez. Pensé que con un macho como tú a mi lado, no había reto que no pudiera afrontar, ni obstáculo que no pudiera superar. Contigo, podría ser todo lo que siempre quise ser, y nuestra descendencia sería fuerte, amada y protegida. Cuando nuestras miradas se cruzaron durante ese breve instante, sentí una conexión instantánea tan poderosa que estuve a punto de acercarme a ti en ese mismo momento. Pero entonces vi a Lhor.

Khel me giró para ponerme frente a él y empezó a lavarme el pecho y los brazos. Sospeché que no era tanto que hubiera terminado con mi espalda, sino que quería verme la cara mientras hablaba de Lhor. No podía haber secretos si queríamos arreglar las cosas. No pretendía ocultar nada.

—Era el macho más hermoso que había visto nunca, y estaba completamente destrozado. Tenía esa mirada que había visto tan a menudo en las esclavas. La mirada que decía que no había esperanza de un mañana mejor. En él, vi un alma gemela. Alguien a quien los demás no miraban ni trataban como a una persona. Era un Manchado, una enfermedad andante, un fantasma. Yo era una herramienta para ser utilizada al antojo de mi amo, criada como ganado y desechada una vez agotada mi utilidad. Pero vi la persona que era, y creí que él también me vería. Yo podía quitarle su desesperanza. Yo podría ser su luz en la oscuridad, y él podría ser la mía. Me necesitaría y me querría tanto como yo siempre quise ser necesitada.

Khel había dejado de lavarme en ese momento.

—Elegir entre ustedes dos fue tan difícil. Tenía hambre de tu fuerza. Estaba claro que me deseabas y eso me hacía sentir cosas raras. La segunda vez que nuestros ojos se encontraron, esa mirada que me diste casi me conquistó de nuevo. Te sentía como en casa. Y luego estaba Lhor, cuya alma me llamaba. En ese momento, deseé poder elegirlos a ambos. Sopesando los pros y

los contras, por mucho que me doliera renunciar a ti, sabía que no te romperías. Eras demasiado fuerte para eso. Lhor ya estaba roto, me necesitaba más y algo dentro de mí también lo necesitaba.

Acaricié su cara con ambas manos.

—Fue entonces cuando vi tu nombre, justo cuando estaba a punto de ir a ver a Lhor. Fue una señal de la Diosa. ¿Cuáles eran las probabilidades de que el último heredero superviviente de la Casa Praghan estuviera ante mí el día de la Unión? Entonces no tuve ninguna duda de que todo lo que había sucedido en mi vida me había conducido a ti. Y cada día de nuestra vida juntos desde entonces me ha convencido de que estamos hechos el uno para el otro. Siempre te elegiré a ti, Khel.

Me rodeó con sus brazos y me dio un beso largo y tierno.

—Te amo, Amalia. Eres mi corazón.

—Yo también te amo, Khel.

Nos abrazamos en silencio. Entonces Khel me apartó de él y empezó a lavarme el pelo.

—¿Quieres a Lhor, Amalia?

Me quedé paralizada un momento.

—Sí.

—¿Estás *enamorada* de él?

—Sí.

Sus manos se detuvieron. Mi corazón latía con fuerza, temiendo que mi honestidad hubiera deshecho lo que habíamos conseguido. Pero no podía haber secretos. Quería verle la cara para hacerme una idea de lo que estaba pensando. Sus manos volvieron a lavarme el pelo y casi lloro de alivio.

—El Libro de la Ley dice que una hembra apareada puede tomar un segundo compañero siempre que sea pariente consanguíneo de primer o segundo grado de su primer compañero.

Sorprendida, me enfrenté a él. Me sostuvo la mirada, sin ocultar la inseguridad que acechaba en sus ojos.

—Lo sé —se sobresaltó al oír mis palabras—. Lo sé desde hace tiempo, Khel.

Su boca se abrió y se cerró varias veces. Frunció el ceño, confuso.

—Entonces por qué... pensé...

—¿Por qué no le pedí a Lhor que fuera mi segundo compañero?

—Sí.

—Porque pensé que no estarías preparado para aceptarlo. Porque pensé que Lhor tenía más tiempo, y porque nunca dará su consentimiento sin tu bendición expresa. Pero ¿por qué me lo dijiste?

Los ojos empezaron a escocerme por el champú. Khel tiró de mí bajo el agua que llovía.

—Porque debes conocer tus derechos y ejercerlos como mejor te parezca —dijo mientras me aclaraba el pelo.

Cerró el grifo, me secó y nos llevó a la habitación. Pensé que iba a ponerme el camisón, pero en lugar de eso me sentó al borde de la cama. Cogió una cajita de metal y me la presentó. Cogí la caja con una mirada interrogante.

Dentro, tres hermosos anillos estaban envueltos en un cojín aterciopelado. Los lados estaban cincelados con dibujos intrincados. Parecían las alianzas que los Terranos suelen llevar.

—Pertenecían a mis padres. Uno era para mi padre, los otros dos eran de mi madre. Los Primes suelen ser los únicos que llevan estos anillos de apareamiento. Es una forma de decirle a otros Primes que ya no están disponibles. Algunos Norms también los llevan, pero normalmente solo los que podrían pasar por Primes.

—¿Por qué hay dos anillos para tu madre? —pregunté, adivinando la respuesta.

—Me lo preguntaba. Dudo que ella lo supiera. Los heredó de su madre, que también los heredó de los suyos. Hoy me he enterado de que el segundo anillo es para el segundo compañero, si ella elige uno. Algunos conjuntos tienen cuatro anillos.

—¿Quién querría tres compañeros?

—Según la ley, las Primes y las Perlas pueden tener hasta tres parejas. Las Norms están limitadas a dos.

—Dos es más que suficiente —murmuré.

—Me alegra oírte decir eso —rio entre dientes.

Acuné su cara entre mis manos y le froté las orejas con los pulgares. Cerró los ojos y gimió suavemente. En aquel momento lo amé más de lo que jamás pensé que podría hacerlo.

—Te amo —le susurré.

Abrió los ojos y dijo con fervor,

—Mi compañera...

Nos dimos un beso apasionado. Puse un anillo en su dedo y él puso dos en el mío.

—Con estos anillos, le digo al mundo entero que eres mía y que yo soy tuyo. Porque mi corazón no puede aceptar a nadie más que a ti —susurró antes de besarme.

Hicimos el amor lenta, tierna y apasionadamente.

~

La mañana tenía sus propios retos. Khel y yo volvimos a hacer el amor al despertarnos. Luego nos dimos un baño juntos durante el cual me confesó lo feo que había pasado entre él y Lhor. Le abracé y le dije que todo iría bien.

Los de la mudanza vinieron a recoger las pertenencias de Lhor. Les dije que se fueran a la mierda, que Lhor no se iba a mudar. Uno de ellos intentó discutir conmigo, pero el gruñido de Khel lo acobardó.

Khel me dijo que Lhor estaba en su apartamento del centro, pero que se trasladaría a la clínica de Minh al final del día. Iría allí a pedirle perdón a Lhor en cuanto terminara con sus

obligaciones militares. Eso me daba tres horas para arreglar las cosas con Lhor.

Tras despedirme de Khel con un beso, me dirigí directamente al recinto. Allí, Ghan y el Detective Gravhin coordinaron la detención de los cuatro concejales cuyo ADN coincidía con las muestras encontradas en las hembras rescatadas. Lamentablemente, Zhul Dervhen no era uno de ellos. Me sentí culpable por molestar a Ghan, pero Lhor era mi prioridad. Lo aparté de oídos indiscretos antes de hacer mi petición.

—Necesito una escolta al Distrito Capital.

—¿Para qué?

—Tengo que ir a buscar a mi compañero y traerlo de vuelta a casa.

Enarcó una ceja.

—Tu compañero se ha ido al Distrito Xelhin a ocuparse de tareas militares. No en el Distrito Capital.

—Mi *Primer* Compañero se ha ido al Distrito Xelhin. Yo voy al Distrito Capital a buscar a mi *Segundo* Compañero.

Me miró en silencio durante un momento. El corazón me latía con fuerza en la garganta. De repente me di cuenta de que la aprobación de Ghan era importante para mí. Sería igual de importante para Khel y Lhor. Por primera vez en mi vida, la opinión de los demás me importaba, y odiaba lo indefensa que me hacía sentir.

—Así que... —dijo desapasionadamente—, los tres tontos por fin se han puesto las pilas. Ya era hora —caminó hacia la pista de aterrizaje—. Vamos.

Demasiado aturdida para hablar, me apresuré a seguirle. Subimos a una lanzadera personal y despegamos de inmediato. Le eché miradas furtivas, armándome de valor.

—Así que... —dije, haciéndome eco de él—, ¿te parece bien?

—¿Por qué no iba a estar bien? —Ghan me lanzó una mirada que indicaba claramente que estaba empezando a cuestionar mi coeficiente intelectual.

Me encogí de hombros.

—Bueno... ya sabes... etiqueta Xelixiana y todo eso.

—¿En serio? —me miró incrédulo—. Me reía en la cara de la etiqueta social incluso antes de que tú nacieras.

—Tú nunca te ríes —señalo.

Me fulminó con la mirada. Yo sonreí.

Puso los ojos en blanco. Yo solté una risita.

Ghan era increíble. Tuvo suerte de pilotar manualmente la lanzadera, o lo habría asfixiado con un abrazo. Le encantaban.

—Aun así —argumenté—, dos machos, una hembra, ¿no levantará cejas en Xelix Prime?

—La ley lo permite, incluso hasta tres machos y una hembra. Además, Khel y Lhor son el mismo macho dividido en dos. Lo cual es bueno, teniendo en cuenta que ningún macho podría manejar a un imán de problemas como tú.

Jadeé indignada.

Él sonrió satisfecho.

—¡Bien! —murmuré—. Te dejaré ganar esta.

—Todo el mundo sabía lo que iba a pasar el día que volvieron de la Unión. Ustedes tres estaban demasiado ciegos para verlo.

—¿Todo el mundo? —pregunté con la voz pequeña.

—Todos. Jhola, Sivh, los guerreros, el Dr. Volghan... todos lo sabíamos.

—¿Sabes una cosa, Ghan? —giró ligeramente la cabeza para mirarme interrogante—. Eres el mejor hermano mayor de la historia —le dije, con una gran sonrisa en la cara.

Volvió a lanzarme esa mirada indescifrable, luego gruñó y se volvió hacia nuestro camino mientras nos acercábamos al Distrito Capital. Completamos el resto del trayecto en amistoso silencio. Me acompañó al interior del complejo de apartamentos de Lhor y subimos en ascensor hasta el ático. Llamé al timbre y esperé. Al cabo de un rato, Ghan y yo intercambiamos una mirada. Volví a llamar y esta vez hackeé el sistema para ver si Lhor había accedido al video. Como sospechaba, lo hizo.

—Lhor, sé que estás ahí —dije por el comunicador—. Déjame entrar. No me iré.

—No deseo visitas en este momento —respondió su voz.

Y cortó la comunicación. Molesta, miré a Ghan, que sonrió satisfecho.

—Se avecinan tiempos divertidos... Por favor, arregla las cosas con tus compañeros rápidamente. Los espero a los tres en el complejo a las dos de la tarde. Las flotas estarán en posición para los asaltos a las fortalezas de Gruuk. Ahora entra y pon todo en orden.

Soberbia por el recordatorio de todas las vidas que intentábamos salvar, asentí obedientemente. La idea de enfrentarme a Lhor me intimidaba. Me di la vuelta y abracé a Ghan, esperando que me apartara. Para mi sorpresa, me devolvió el abrazo tras una leve vacilación.

—Vamos, hermanita. Tu compañero está dolido y te necesita ahora mismo.

Asentí de nuevo, con la cara hundida en su enorme pecho. Respiré hondo y forcé la cerradura. Entré en el apartamento y cerré la puerta tras de mí.

Lhor se quedó mirando por los ventanales del salón, que daban a una impresionante vista de la plaza del Distrito Capital. El ático era inmenso, luminoso y elegante. Pero mortalmente clínico. No había nada de la calidez que se respiraba en el despacho y el dormitorio de Lhor en la hacienda.

—Te pedí que te fueras —no apartó los ojos de la vista.

Me acerqué a él y le puse la mano en la espalda con cuidado.

—Por favor, no —dijo, con la voz tensa.

Haciendo caso omiso de su petición, me acerqué más, ocupando su espacio personal.

—He venido a llevarte a casa, Lhor.

Resopló.

—¿A casa? *Esta* es mi casa, Amalia —se apartó de mi contacto y se dirigió al centro de la

habitación—. Tienes que irte y volver con tu compañero.

—Es exactamente por eso que estoy aquí. Para llevar a mi compañero a casa.

Se quedó inmóvil.

—¿Qué has dicho?

Tragué saliva y di un paso tentativo hacia él.

—He dicho que estoy aquí para traer a mi compañero a casa conmigo. Eres mío, Lhor. Quiero que seas mi compañero.

Retrocedió como si lo hubiera golpeado, una expresión de horror se dibujó en su rostro.

—¿Has perdido la cabeza? —preguntó con un resuello—. ¿Estás loca?

—Lhor...

—¡No, Amalia! ¡No! —gritó—. ¡Tienes que irte ahora mismo! Por la Diosa, ¿tienes idea de lo que esto le haría a Khel si te oyera? ¿No te das cuenta de lo que significas para él? No puedes dejarle. Lo destruiría —señaló hacia la puerta—. Vete y no vuelvas nunca.

Crucé los brazos y levanté la barbilla.

—No, Lhor.

—Amalia... —Lhor advirtió.

—No me iré de aquí. Y tampoco me apartaré de Khel.

Parpadeó confundido, frunciendo el ceño. Di otro paso hacia él.

—Amo a Khel. Mientras respire, será mi compañero. Mi Primer Compañero. Pero tú también eres mío, Lhor. Fuiste mío desde el momento en que te vi en la Sala de Unión. Y estoy aquí para reclamarte, como mi Segundo Compañero.

Parecía estupefacto. Di un paso hacia él, pero él retrocedió, intentando mantener la distancia. Negó con la cabeza mientras se alejaba de mí.

—No podemos hacer eso, Amalia. Khel nunca...

—Khel me habló de la ley —interrumpí.

El aire salió disparado de Lhor.

—¿Él qué?

—Ya me has oído, Lhor.

Me acerqué a él. Esta vez no retrocedió, probablemente estaba demasiado aturdido para moverse.

—Anoche, Khel y yo hablamos y me habló de la ley. Me dijo que debía conocer mis derechos y poder ejercerlos como me pareciera. Era su forma de dar su consentimiento, aunque por ley no lo necesito.

De pie frente a él, intenté establecer contacto visual. Pude ver que estaba sopesando las implicaciones de mis palabras.

—Lhor...

—No quiero tu compasión —dijo apartándose de mí—. Me conmueve profundamente que ustedes dos estén dispuestos a llegar tan lejos, pero debo declinar.

—Oh, por favor —puse los ojos en blanco—. ¿Crees que ataría el resto de mi vida a un macho por compasión? Mi compasión tiene sus límites, y no incluye follar por lástima.

Se sobresaltó al oír mi palabra malsonante. *Bien*. Quería que prestara atención y se diera cuenta de que sus dudas y temores eran tonterías. Me había cansado de esperar.

—¿En serio vas a pararte aquí y decirme que no has sentido la química entre nosotros? Por la Diosa, Lhor, incluso cuando mi período me hizo volverme primitiva, seguí reclamándote como mío. No hay piedad entre nosotros.

Me acerqué a él y lo rodeé con mis brazos, acercando mi cara a la suya.

—Amalia... —dijo con voz quebrada. Sus ojos deseando, esperando, temiendo...— Debes estar segura.

—Nunca he estado más segura de nada. Quiero que seas mi compañero, Lhor.

Sentí que temblaba entre mis brazos y estreché mi abrazo. Enterré la cara en su cuello y lo acribillé a suaves besos. Sus brazos se cerraron lentamente a mi alrededor, sus manos estaban temblorosas en mi espalda. Levanté la cara para mirarle a los ojos.

—Te amo, Lhor.

Un sollozo roto brotó de él mientras empezaba a llorar en mis brazos. Mi hermoso y roto Lhor, que nunca soñó que una hembra le diría esas palabras. Me abrazó con una fiereza que rozaba la desesperación, con el rostro oculto en mi pelo. Le devolví el abrazo. Al cabo de un momento, cuando sus lágrimas se calmaron, me aparté ligeramente de él para poder acunarle la cara.

—Lhor de la Casa Kirnhan, me uniría a ti si me aceptaras. ¿Me aceptas?

Me miró con tanta adoración y asombro que me dejó sin aliento. Ninguna hembra había sido tan venerada y apreciada como yo en ese momento.

—Amalia, mi luna y mis estrellas, mi sueño imposible, me uniría a ti y te reclamaría como mi compañera.

Quería reír, llorar y bailar a la vez. Pero, sobre todo, quería besarle. Resistí el impulso un momento más. Quería que las cosas se hicieran bien.

—Dame tu mano izquierda, Lhor.

Él obedeció, aunque un poco desconcertado por mi extraña petición. Lo comprendió cuando me vio quitarme una de las dos bandas del dedo anular. Tragó saliva cuando se la coloqué en el dedo anular, y los nanocitos del anillo ajustaron su tamaño a su medida.

—Con este anillo, te reclamo y declaro al mundo entero que eres mío, mi elegido, mi compañero, mi corazón.

—Amalia... —susurró—. Mi amor. Mi dulce amor...

Cedí a un deseo que había ardido en mi interior desde la primera vez que lo vi.



CAPÍTULO 29

LHOR

¡Diosa! La sensación de sus labios. Había fantaseado tantas veces con lo que sentiría al abrazarla, tocarla, besarla como un amante. Y allí estaba, tan cálida y flexible en mis brazos. Y era mi compañera. Todavía me estremecía. ¡Segundo Compañero, con la bendición de Khel! ¿Cómo es posible? Justo anoche, había estado tan enfadado, tan odioso. Y realmente había querido herirlo físicamente.

Sentí su lengua rozando la costura de mis labios, suplicando entrar. La complací, retrayendo los colmillos para evitar que se cortara con sus afiladas puntas. Sabía dulce, a ryspak recién cortado y bañado en miel, y yo quería más. Nuestras lenguas lucharon durante unos segundos o una eternidad: el tiempo no tenía sentido. Un gemido lujurioso y necesitado resonó en mis oídos. Tardé en darme cuenta de que era mío cuando ella respondió con un ronroneo seductor. La abracé con más fuerza y sentí cómo mi pene, cada vez más rígido, se apretaba contra ella. Al romper el beso, soltó una risita de aprobación y frotó su entrepierna contra la mía.

Sus ojos se clavaron en la escalera y la siguieron hasta el siguiente piso. Adivinando lo que quería decir, la cogí de la mano con nerviosismo y la llevé a mi dormitorio. Como la mayoría de los civiles Manchados, nunca había estado con una hembra. Hasta hacía unos segundos, ni siquiera había besado a una. ¿Y ahora iba a hacer el amor con una?

Diosa, ayúdame.

¿Qué pasa si ella se desanimaba al ver mi cuerpo desnudo? ¿Y si resultaba inadecuado? La sola idea de tocarla casi me hace derramar mi semilla. No duraría lo suficiente para llevarla a su propia liberación. Me avergonzaría a mí mismo. Khel por lo menos no había sido despistado cuando estaba con Amalia. Yo no sabría ni por dónde empezar.

Cuando llegamos a la puerta de mi habitación, casi había entrado en pánico. Abrí la puerta y me quedé paralizado en el umbral, luchando contra las ganas de salir corriendo.

—No pasa nada, Lhor —susurró Amalia al notar mi angustia—. Solo estamos tú y yo.

Tomó la iniciativa, tiró de mí hacia la habitación y cerró la puerta tras nosotros. Se detuvo junto a la gran cama y se volvió hacia mí con una sonrisa amable.

—Yo... yo nunca…

Me detuvo poniéndome dos dedos en los labios.

—Lo sé, mi amor. Lo comprendo. A mí me pasó lo mismo la noche de mi Unión. Excepto que estaba con un completo desconocido y me trató como a una reina. Ahora tú, mi hermoso compañero, estás con tu mocosa alienígena favorita, que está a punto de tratarte como a un rey.

Sí, ella lo sabía. Amalia lo entendería. Sentí que algo de mi tensión disminuía. Pero era una hembra. En muchas culturas, incluida la nuestra, se esperaba que los machos tomaran el mando en la cama y atendieran primero a las necesidades de la hembra. En el fondo, sabía que ella sería indulgente. Pero no podía evitar temer que me comparara con Khel y me encontrara deficiente.

Separó el dobladillo de mi camisa de mis pantalones y deslizó sus manos por debajo. Sus manos me acariciaron el estómago antes de deslizarse por mi espalda para abrazarme. ¡Madre mía! Eran más suaves que la más fina seda Dantoriana. Siseé un suspiro lujurioso mientras una oleada de placer se arremolinaba en mi entrepierna. Una sonrisa de complicidad danzó en sus labios antes de capturar los míos. Amalia me recorrió la espalda con las manos antes de pasar suavemente las uñas romas por cada lado de la columna. El ligero ardor envió una ráfaga de necesidad directamente a mi polla. Esta respondió con una sacudida. Sentí que mis colmillos descendían e interrumpí el beso, temiendo volver a hacerle daño.

Se rio entre dientes.

—No hace falta que guardes los colmillos.

—No quiero hacerte daño —murmuré, con la voz cargada de deseo.

—No lo harás. Me gustan. Deja de preocuparte, solo siente —dio un paso atrás y me miró evaluadora—. Quítate la camiseta.

Sus palabras fueron como una ducha helada. Por supuesto, necesitaba estar desnudo. Desnudo de verdad... El pavor se apoderó de mí, ablandándome. Con la intención de obedecer, agarré el dobladillo de la camisa, pero me vi incapaz de exponerle mi cuerpo Manchado. Era estúpido, pero la posibilidad de que me mirara con repulsión era demasiado lejana para contemplarla.

—¿Alguna vez he actuado como si me importara tu Mancha? —preguntó.

Bajé la mirada.

—No sabes lo mal que se ha puesto.

—Lhor, ayer vi tu pecho mientras agonizabas en mis brazos. No hay nada bajo tu camisa que no haya visto ya.

Era verdad. Ella ya me había visto. Llevaba las marcas de sus garras. Aunque los cortes se habían sellado gracias a los cuidados de Volghan, aún estaban un poco en carne viva. Tendríamos que tener cuidado de no desgarrarlos de nuevo. Respirando hondo, me armé de valor y me quité la camisa.

Haciéndola bola entre las manos, aguanté su escrutinio sin atreverme a mirarla a los ojos. Cuando sus manos volvieron a buscar mi pecho, no pude evitar mirarla a la cara. El hambre devoradora que sus ojos reflejaban me dejó sin aliento.

Diosa, ¡me desea! Incluso así de desfigurado, ¡me desea de verdad!

Acortó la distancia que nos separaba y apretó los labios en mi pezón izquierdo mientras me pasaba las manos cuidadosamente por el pecho. Un gemido de placer salió de mi garganta y cerré los ojos para disfrutar de la sensación. Dejé caer la camisa y agarré un puñado de su sedoso cabello para estrecharla contra mi pecho. Nunca imaginé que pudiera sentirme tan bien. Pasó al otro pezón. Solo cuando sentí que mis pantalones se deslizaban por mis caderas me di cuenta de que los había desabrochado. Quise protestar, pero estaba demasiado perdido.

Tras un último lametón en el pezón, me atrajo hacia sí para darme otro beso abrasador, mientras su otra mano se aventuraba en mi entrepierna. Se me cortó la respiración y abrí los ojos. Me frotó la polla varias veces por encima de la ropa interior antes de meter la mano y envolverla en ella. Casi se me doblan las rodillas al sentir su toque. Empezó a acariciarme despacio, frotando con el pulgar mi raja llorosa. Se me escapó un gemido ahogado y empecé a tantear su camisa.

Me soltó para que pudiera quitarle la camisa y estuve a punto de gritar por la pérdida de su tacto. Nada más quitársela, su mano se lanzó de nuevo a por mi polla. Empecé a sacudirme en su mano mientras intentaba abrir los cierres magnéticos de su sujetador. Cómo lo conseguí sin romperlo fue un misterio. La vista de sus pechos turgentes me hizo agua la boca y me abalancé sobre uno de ellos. Tiré suavemente de su pelo y la incliné hacia atrás para facilitarme el acceso.

—Lhor... —gimió, acariciándome la nuca.

La empujé hacia la cama y aproveché para bajarle la falda y la ropa interior. Sonriendo, se arrastró hacia atrás sobre la cama.

El pelo largo y rizado le caía en cascada con ondas sedosas. La piel cobriza, brillante como la miel, suplicaba que lamiera cada centímetro. Y aquellos pechos, orgullosos e impertinentes, me llamaban con sus pezones erectos.

Diosa, ella es impresionante.

Hice ademán de acercarme a ella, pero Amalia me hizo una seña y negó con la cabeza. Señaló mi ropa interior y me la quitó con un gesto. Con un gemido, me deshice apresuradamente de la prenda ofensiva. Debería haberme cohibido, pero no fue así. Me deleitaba con la ardiente necesidad de sus ojos.

Después de años de ser un fantasma para una sociedad que prefería no verme, ella me veía y me quería tal como era. Sentí la primera grieta en el caparazón endurecido de la bola oscura y supurante de desprecio hacia mí mismo que había alimentado durante casi tres décadas de enfermedad, burla y rechazo.

Podría pasarme una eternidad disfrutando de su mirada amorosa. Pero ahora quería sentir su piel contra la mía. Incapaz de resistirme a la invitación de sus brazos abiertos, me arrastré hasta la cama. Apoyándome en el antebrazo para sostener mi peso, la besé como si mi vida dependiera de ello. Mi palma rozó la deliciosa curva de su pecho. Sus suaves gemidos eran lo más erótico que había oído nunca y parecían llegar directamente a mi polla.

Me rodeó la cintura con las piernas y, en un inesperado movimiento de lucha libre, nos dio la vuelta: yo boca arriba y ella sobre mí. Me quedé mirándola, sorprendido, mientras ella se sentaba sobre sus ancas. Su sexo descansaba sobre el mío, una posición que recordaba al incidente de la cocina.

—Hola de nuevo —susurró roncamente. Con una sonrisa pícara, se frotó contra mí. Mis ojos se abrieron de par en par ante la descarada imitación de aquel día. El brillo de sus ojos me dijo que era intencionado—. Sí, Lhor. Incluso entonces, medio loca, sabía que eras mío.

—Amalia...

Se inclinó hacia delante para esparcir besos y pellizcos por mi cuello y mi pecho. La agarré por el trasero para apretarla con más fuerza contra mi dolorida ingle y empecé a moverme en contrapunto con sus propios movimientos de vaivén. Diosa... Se sentía tan bien que casi gimo de nuevo cuando se separó de mí. Se puso a cuatro patas y me besó el pecho hasta llegar a los abdominales. Se me cortó la respiración. Sus besos se convirtieron en juguetones lametones. Evitó sistemáticamente mi pene palpitante. Estaba a punto de gritar de torturada agonía. Sus delicadas manos rodearon mis pesados y doloridos testículos, arrancándome un grito ahogado. Su mano acariciadora pronto fue sustituida por el calor húmedo de su lengua.

Tantas noches había fantaseado con este momento. La sensación real de sus labios sobre mi piel superaba con creces mis imaginaciones más descabelladas. Sentí una contracción en la ingle. Apretando los dientes, clavé las manos en la cama para contener el ardiente deseo de llegar al clímax. Entonces, la caliente envoltura de su boca se cerró en torno a mi miembro. Grité, medio incorporándome ante el placer abrumador.

—Amalia... —grazné mientras ella me apoyaba una mano en el pecho, empujándome hacia abajo.

Era demasiado. No aguantaría. Me chupó con movimientos lentos y sensuales. Luego aceleró el ritmo, acariciándome también con la mano.

—¡Amalia! Amalia, por favor... No puedo... No puedo... —le supliqué, intentando apartarme de ella, pero se aferró a mí con avidez. Y entonces apareció un rayo cegador de éxtasis que me frió las neuronas. Envió relámpagos abrasadores por todo mi cuerpo. Grité mi liberación y me desplomé sobre la cama. A veces había conseguido correrme, pero nunca imaginé que pudiera ser así.

¡Por los dientes de Gharah!

Cuando la niebla de felicidad se disipó, el miedo y la vergüenza se colaron en mi mente. Abrí los ojos para mirarla, temiendo encontrarme con la decepción por no haberla atendido antes. En lugar de eso, se cernió sobre mi entrepierna con una sonrisa de suficiencia que se dibujaba en sus voluptuosos labios.

—Eres impresionante cuando te corres —dijo, satisfecha de sí misma—. Pienso disfrutar de ese espectáculo una y otra vez —sonrió como si se riera de un chiste interno del que yo me estaba perdiendo.

La vi arrastrarse hacia arriba y volver a colocar sus partes femeninas sobre mi pene.

—¿Listo para el segundo asalto? —preguntó con una mirada inocente que era cualquier cosa menos eso.

No lo estaba. Ni mucho menos. La cabeza aún me daba vueltas por el orgasmo más loco que había tenido nunca. Pero ahora tenía que atender sus necesidades. ¿Y si no se me volvía a parar? ¿Y si...?

Sin esperar respuesta, colocó mis manos sobre sus pechos y empezó a girar sobre mí. Rodeé sus pechos con las palmas de las manos y los apreté suavemente. Le froté los pezones con los pulgares hasta que se estremecieron. Sentado, la incliné hacia atrás, con nuestros sexos aún en contacto, para poder saborear sus turgentes pechos. Echó la cabeza hacia atrás con un gemido.

No lo habría creído posible, pero allí estaba yo, empalmado de nuevo. El deseo de enterrarme en su cálida profundidad mientras ella seguía frotándose sobre mí era asombroso. Pero la necesidad de satisfacerla, como ya debía haber hecho, era aún mayor.

—Mi turno —gruñí contra su pecho, antes de darnos la vuelta bruscamente.

Chilló sorprendida por el movimiento inesperado antes de soltar una risita de placer. Intentó rodearme la cintura con las piernas, pero no se lo permití. Puede que no tuviera mucha experiencia, bueno, ninguna en absoluto, pero aún así conocía la mecánica de dar placer a una hembra. Lo que me faltaba en habilidad lo compensaría con creces en entusiasmo.

Le di un beso apasionado, probándome en ella, y me pregunté a qué sabría ella. Tenía la intención de averiguarlo. Besé su cuello hasta llegar a su pecho, hice una breve parada en cada pecho antes de seguir bajando. Se retorció y soltó una risita cuando cubrí su vientre plano con picotazos agitados.

Hmmm... Cosquillas. Tomo nota.

Reanudando mi exploración al sur de su ombligo, acaricié el costado de sus caderas. Se estremeció violentamente bajo mis caricias y soltó un gemido prolongado.

¿Por el nombre de Gharah, qué carajo?

Mi intención no había sido otra que bajar acariciándola para poder agarrarla por detrás de las rodillas y abrirla para mí. Pero algo de lo que había hecho le había provocado una fuerte sacudida de placer y necesitaba saber qué. Repetí la caricia y ella siseó de placer, arqueando la espalda sobre la cama. Desconcertado, miré el lateral de sus caderas y me di cuenta de que las manchas más grandes de sus marcas se habían oscurecido. Me miraba con los ojos empañados y la boca floja. Sin apartar la vista de su rostro, rocé con un dedo las marcas oscurecidas y ella volvió a estremecerse con un grito ahogado, cerrando los ojos en éxtasis.

¡Oh, sí! Esto iba a ser divertido.

Coloqué con cuidado las manos detrás de sus rodillas, evitando las marcas. Después de abrirla, me di un festín con sus entrañas como un macho hambriento.

—¡Lhor! —gritó.

Se estremeció y me recompensó con un gemido sensual. Se convirtió en un grito ahogado

cuando le pasé los pulgares por las marcas oscuras. Estaba resplandeciente de excitación, el embriagador aroma de su almizcle se me subió a la cabeza como el mayor de los afrodisíacos. Introduje un dedo en su interior mientras mi lengua seguía acariciando su nódulo. Amalia empezó a girar bajo mis caricias mientras yo añadía un segundo dedo y los movía dentro y fuera de ella. Su vaina estaba caliente, sedosa, apretando suavemente mis dedos. Pensar en cómo se sentiría alrededor de mi pene me provocó una oleada de lujuria. Aumenté el ritmo.

En un momento dado, jadeó y dejó de girar. Pensé que algo iba mal y ralenticé mis movimientos.

—¡No pares! —gritó, con la voz cargada de necesidad—. Continúa así. Sigue así. Sí... Sí... Lhor. Ahí... ¡Justo ahí! Oh Diosa…

Gritó tan fuerte cuando llegó el clímax que temí que se hiciera daño. No pude evitar mirarla con suficiencia mientras disfrutaba de los espasmos de su orgasmo.

¡No está mal para un virgen!

Me quedé allí, contemplando su belleza, casi olvidado de mi propia polla palpitante.

—Bebe, Lhor —susurró, todavía medio aturdida.

Parpadeé. *¿Beber?* ¡Oh, sí, claro! Lo había olvidado. ¿Cómo se me había podido olvidar? Era un reflejo que tendría que desarrollar a partir de ahora. Arrastrándome, me tumbé sobre ella, con las piernas entre las suyas.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Bebe, amor.

Bajé la cara hacia su cuello y lamí lentamente su arteria antes de hincarle el diente. Imaginaba que beber podía ser muchas cosas, pero no el éxtasis que recorrió cada centímetro de mi cuerpo cuando su hormona me inundó. Casi llego al clímax y luché por mantener el control.

¡No la drenes!

Aquel pensamiento me sacó del placentero trance y retiré con cuidado mis colmillos de ella, cerrando las heridas con un lametazo. Levanté la vista y ella me miró con tanto amor y ternura que se me hizo un nudo en la garganta. Me rodeó la espalda con los brazos.

—Quiero sentirte dentro de mí.

Ahí estaba. El momento con el que había soñado desde la primera vez que la vi. Cuando un macho Xelixiano entraba en la pubertad, era deber de su padre darle una educación sexual formal. Entre las enseñanzas estaba que un macho nunca puede tomar a una hembra sin su consentimiento explícito dado verbalmente. No se admiten suposiciones. Cuando el padre de Khel me dio esas enseñanzas en lugar de mi padre, no pensé que llegaría a pronunciarlas con alguna esperanza de respuesta positiva.

—Amalia... mi compañera... mi amor... ¿me aceptas? —pregunté, con la voz cargada de emoción.

—Sí, Lhor. Te acepto. Ahora y siempre.

Puse la punta de mi vástago en su abertura y empujé lentamente dentro de ella. Cuando su

calor me envolvió, creí que me moriría de placer. Cerró los ojos y susurró mi nombre. Me quedé quieto, saboreando la sensación, hasta que sus uñas en mi espalda me instaron a seguir. Empecé a sacudirme dentro y fuera de ella con un suspiro ahogado de éxtasis. ¡Diosa! ¡Qué sensación! Podría quedarme así para siempre. Estaba tan apretada, tan suave. La forma en que su funda apretaba y acariciaba mi pene. ¡Sus manos sobre mí! Que me tocaran... Por fin, que me tocaran con tanta urgencia, con tanto calor, con un deseo tan desenfrenado... La forma en que respondía a mis caricias, se arqueaba hacia mí, se aferraba a mí como si nunca pudiera tener suficiente de mí...

—Más fuerte... —suplicó jadeante.

Aceleré el ritmo y la complací. Con cada brazada, empujaba más profundo, más fuerte, mientras acariciaba uno de sus pechos. Levantó el pecho, empujándolo hacia mi mano como si buscara un mayor contacto. Le pellizqué el pezón con fuerza antes de calmar el dolor con el pulgar.

—Sí... —gimió entre dientes.

Así que... a mi compañera le gusta un poco duro.

Levanté su pierna derecha por encima de mi hombro y la penetré con fuerza. Sus gemidos se hicieron más fuertes, más hambrientos, mientras coreaba mi nombre. Bajé su pierna y nos giré. Se sentó, se empaló en mi pene y empezó a mecerse sobre mí.

La agarré por las nalgas con las dos manos, clavando los dedos casi dolorosamente en su carne rolliza, manteniéndola quieta. Jadeó cuando la penetré desde abajo con una pasión desenfrenada. Echó la cabeza hacia atrás, gritando de placer. Cambié el ángulo de mi asalto hasta que encontré su punto dulce. Su grito ahogado me indicó cuándo lo había encontrado.

—Sí... Sí... —sollozó, con el rostro tenso a medida que aumentaba el placer.

Tras unos cuantos golpes más en su punto sensible, gritó su clímax. Sus paredes internas se cerraron en torno a mí, forzando mi propio orgasmo. Grité su nombre. Agarrándola con fuerza, derramé mi semilla en su interior. Se desplomó sobre mí, con el corazón latiéndole con fuerza. Solté mi magullado agarre y pasé lentamente mis dedos por su espalda. No había sensación como el cálido apretón de sus pliegues a mi alrededor. Cuando nuestros corazones y respiraciones se ralentizaron, ella levantó la cabeza para mirarme. Me dio un suave beso en los labios antes de ofrecerme su cuello.

¡Bebe!

Tenía que acordarme de beber. Peinándole el pelo con los dedos, le sujeté la nuca y le mordí el cuello. Ella gimió y susurró mi nombre cuando la euforia del veneno Thylin que le inyecté hizo efecto. Retiré los colmillos, sellando las heridas, y la estreché contra mí, deleitándome en la intimidad.

Mientras permanecía tumbado con el cálido y sedoso peso de Amalia extendido sobre mí, hice balance de esta realidad tan improbable: tenía una compañera.

—Deberíamos ducharnos y vestirnos —susurró Amalia perezosamente al cabo de unos

minutos—. Khel llegará pronto.

Khel...

Me quedé helado, con una fría brizna de miedo recorriéndome la espina dorsal. Había dado su bendición. Amalia no mentiría al respecto. Pero no pude evitar la preocupación. Tuvimos una pelea tan fea anoche. Nunca, en mis veintiocho años, había peleado así con Khel.

—Está bien, Lhor. Vamos —se levantó y tiró de mí—. Todo irá bien.

Me tomé mi tiempo para lavarla, aún sin creer que tuviera derecho a tocarla. Ella aprovechaba cada oportunidad para burlarse de mí cuando me correspondía. Cuando frotó la toallita jabonosa sobre mi polla con un movimiento lento, me volví loco. Chilló sorprendida cuando le arranqué el paño de la mano. La empujé contra la pared de la ducha y la levanté. Amalia me rodeó la cintura con las piernas y me enterré en su interior. La penetré con fuerza y rapidez, y cada embestida me producía un placer abrasador. Me arañó la espalda con las uñas, incitándome con sus gemidos sensuales. Se corrió con fuerza y sus paredes internas apretaron mi miembro casi con dolor.

Me temblaron las piernas por la fuerza del orgasmo y la dejé bajar. Nos dimos un beso apasionado antes de hundir mis colmillos en ella por última vez. Apenas la había soltado y sellado la perforación cuando una oleada de tristeza, miedo y vergüenza me golpeó.

Khel...

Me puse rígido y volví la cabeza hacia la puerta, como si estuviera fuera.

—¿Qué pasa, Lhor? —preguntó Amalia, al notar mi cambio de humor.

—Ha llegado Khel —dije con más severidad de la prevista—. Acabemos rápido. Tiene autorización y pronto entrará en el ático.

Nos duchamos a toda prisa, nos secamos y nos vestimos. La calma de Amalia evitó que entrara en pánico. Eso, y que no sentía ningún enfado por parte de Khel; solo una increíble tristeza, miedo y culpabilidad.

Amalia me llevó de la mano a la sala de estar. Khel estaba de pie, casi en el mismo lugar en el que yo había estado cuando llegó Amalia. Pero nos observaba, con una expresión ilegible.

—¡Khel! —exclamó Amalia al verlo.

Me soltó la mano y corrió hacia él. Su expresión se suavizó y le sonrió con ternura mientras ella se lanzaba a sus brazos. La abrazó con fuerza. Ella levantó la cara hacia la suya y él la besó con voracidad. Al terminar, apoyó la frente en la de ella y se miraron fijamente.

—Mi Khel. Mi compañero —los pulgares de ella le rozaron la cresta de las orejas.

Sentía su estremecimiento de placer. Las oleadas de miedo que se desprendían de él retrocedieron en el momento en que ella corrió hacia él. Ahora fueron reemplazadas por una sensación de alivio, gratitud y adoración.

Aún temía perderla a manos mías.

Separándose de él, le dio un último beso.

—Voy a preparar un té mientras hablan.

Me dedicó una sonrisa alentadora y luego lanzó una última mirada cariñosa a Khel. Le acarició la mejilla antes de salir de la habitación. Tenía la garganta seca por la preocupación. Cuando mi mirada se cruzó con la de Khel, la vulnerabilidad de su rostro me desconcertó. Khel, mi Gem, mi ancla, parecía... roto. Vacilante, se acercó a mí y se detuvo a unos metros.

—Hola, Lhor.

—Khel.

Se paró frente a mí, con los ojos bajos.

—No hay nada que pueda decir para expiar la fealdad de mis acciones de anoche. Estaba asustado, enfadado y dolido, así que quise hacer daño a los demás. Te lancé todo lo que tenía más probabilidades de hacerte sangrar —Khel levantó la vista, aunque seguía con la cabeza gacha—. Pero no quise decir ni una sola palabra de las cosas horribles que dije. Algún día, de algún modo, rezo para que encuentres en tu corazón la forma de perdonarme. Eres mi Gem. No puedo soportar perderte.

Anoche había sentido atisbos de sus emociones enfrentadas, pero las había descartado como proyecciones mías. No había palabras para describir el alivio y la alegría que sentía en ese momento.

Sonreí suavemente.

—Siempre te perdonaré, Khel. Eres mi Gem.

La intensa emoción que cruzó sus nobles facciones me estremeció hasta la médula. Acortó la distancia que nos separaba y me abrazó con fuerza, y yo le correspondí. Sus emociones me inundaron y, por un breve instante, sentí como si realmente fuéramos uno. Volvía a estar completo.

Finalmente me soltó y dio un paso atrás. Estudió mi rostro.

—¿Estás bien?

—Sí —se refería a mi Mancha—. Mejor de lo que debería.

Mis inseguridades asomaron sus feas cabezas. Khel siempre se había sacrificado por mí, lo que me hacía sentir como un parásito. Él siempre había negado que lo fuera, por eso me había dolido tanto que me acusara de ello. Y ahora, me sentía mejor porque su compañera me dejaba beber de ella. Había visto mi Mancha, sintió lástima y le contó a Amalia lo de la ley de apareamiento. Este fue solo otro sacrificio suyo en mi nombre. Amalia había parecido tan sincera en nuestra intimidad. ¿Podría haber sido un simple acto de compasión?

Khel frunció el ceño.

—Basta —espetó—. Deja de hacer eso. Siempre estás dudando de ti mismo, creyéndote indigno. Corrígeme si me equivoco, pero ahora mismo te estás preguntando por qué Amalia acudió a ti, y por qué di mi bendición. ¿Estoy en lo cierto?

Lo miré boquiabierto, sorprendido por la exactitud de su suposición.

Khel puso los ojos en blanco.

—Estás proyectando tus emociones tan alto ahora mismo, que bien podrían ser las mías.

Cerré mis muros de golpe.

Khel me puso una mano en el hombro y negó con la cabeza.

—No te cierres a mí. Ahora no. Ya no. Debería haber sabido que podías sentir mis emociones. De alguna manera, siempre lo sospeché, pero nunca lo reconocí. Me calmabas tan a menudo, que lo sabía. ¿Por qué lo mantuviste en secreto todos estos años?

Desviando la mirada, dije,

—No quería ser una carga mayor de la que ya era.

—Si hubiera sabido que sentías mi dolor, habría dejado de pelear.

Me separé de él y empecé a dar vueltas.

—Por eso exactamente no te lo dije. ¿Cuánto más ibas a aguantarme? ¿Cuántas veces tuviste que bañarme y darme de comer porque era demasiado inútil para hacerlo yo mismo? Casi te expulsan el primer año de la academia militar porque estabas demasiado ocupado cuidándome. Y sé que renunciaste a dos puestos de mando fuera del planeta porque te necesitaba cerca. Tú...

—Basta —me interrumpió Khel con un severo gesto de la mano—. ¿Se te ha pasado por la cabeza que ninguna de esas cosas fue nunca una carga para mí? ¿Que me deleitaba con tu dependencia de mí? Lo que tú llamabas ser un parásito, yo lo llamaba un regalo de la Diosa. Tú más que nadie deberías entender lo que significaba para mí, como joven Manchado, que alguien me necesitara como tú lo hacías. Me mirabas como si fuera el héroe más grande de todos los tiempos. Mi mera presencia te mantenía vivo y te quitaba el dolor. Me hiciste sentir como un *dios*.

Me quedé inmóvil, sin habla. No, nunca lo había pensado así.

Khel volvió a acortar la distancia que nos separaba y me puso ambas manos sobre los hombros.

—Lhor, ¿se te ha pasado alguna vez por la cabeza que soy el macho que soy hoy gracias a *ti*? Me habría convertido en un matón violento y despiadado. Tú eras mi brújula moral. Resolver los problemas rompiendo cráneos siempre fue una buena opción para mí. Pero no para ti. No podía soportar que te sintieras decepcionado conmigo, así que busqué soluciones alternativas. Me hiciste querer ser una mejor persona. No eres solo mi Gem, Lhor, eres mi conciencia. Así que no *vuelvas* a llamarte parásito, ¿está claro?

Asentí lentamente, con la garganta demasiado apretada para que salieran palabras inteligibles. Khel no hablaba de sus sentimientos, no así. Era un macho de acción, no de palabras. Que desnudara su alma de aquella manera me decía que nuestra lucha le había afectado tan profundamente como a mí.

—No es la lástima ni el miedo a perderte lo que me hizo dar mi bendición a Amalia. Si no hubiera sido tan miedoso y egoísta, me habría dado cuenta antes de que esto era lo correcto. Somos las dos mitades de un mismo macho. Por supuesto, deberíamos tener la misma pareja.

—¿Entonces realmente estás de acuerdo con esto? ¿Que yo sea el Segundo Compañero de Amalia?

Lanzó un suspiro.

—Puedes sentir mis emociones, Lhor. Sabes que *estoy* de acuerdo con esto. Soy posesivo e inseguro cuando se trata de ella, así que necesitaremos tiempo para adaptarnos. Pero la diplomacia y el manejo de situaciones incómodas deberían ser un juego de niños para el Consejero Principal del Distrito de Xelhan.

—¿Perdona? —me callé.

¿Quiere decir...?

Khel sonrió.

—Cuando te convertiste en el Segundo Compañero de Amalia, también te convertiste en mi Consorte. Como tal, ahora puedes heredar mi deber en el Consejo.

¡Por los dientes de Gharah!

—Pensé que te gustaría, Consejero Kirnhan —Khel me dio una palmada en la espalda con una sonrisa de suficiencia—. Ahora hermano, llamemos a nuestra compañera y volvamos a casa antes de que Ghan monte en cólera.



CAPÍTULO 30

AMALIA

Como era de esperar, Ghan nos estaba esperando cuando entramos en la Sala de Situación. Nos echó un vistazo y sus ojos se detuvieron en mí. Le guiñé un ojo. Él frunció el ceño con su típica severidad, pero me di cuenta de que sonreía a duras penas.

—Ya era hora —gruñó Ghan.

Llegábamos por lo menos veinte minutos antes, pero todos entendimos lo que quería decir. Khel enarcó una ceja y Ghan resopló con desdén, encendiendo la pantalla de video.

—¿Estado? —preguntó Khel cuando tomamos asiento.

—El Escuadrón Alfa está orbitando la Luna Filgarion, donde se encuentra uno de los bastiones de Gruuk —dijo Ghan—. Los escaneos de superficie confirman la presencia de trescientas veintinueve formas de vida, cincuenta y siete Guldanos, el resto son Terranos y Aveanos. Creemos que todos, o la mayoría, son esclavas. Aunque no excluimos la posibilidad de que algunos Terranos sean parte del personal de Gruuk. El Escuadrón Alfa está listo para entrar en cualquier momento. Están esperando tus órdenes.

Me había alegrado mucho cuando rescatamos a ochenta y una hembras de la Casa de Sangre, pero esto era más del triple. Tendí la mano a Lhor. Él sonrió y me dio un suave apretón.

—Excelente —dijo Khel—. ¿Y Sigma?

—El Escuadrón Sigma está en posición cerca de Crebios, donde se encuentra la segunda fortaleza —Ghan mostró un mapa estelar del Sistema Welan antes de acercarse al planeta deshabitado—. Hay un problema. Aquí está nuestra flota —una serie de contornos de naves azules aparecieron en la gráfica estelar—. Y esta es una pequeña flota de naves Tuureanas, incluyendo una nave de batalla. Aparecieron hace unos minutos cuando Sigma intentó entrar en órbita.

Oooh mierda...

Los Tuureanos llevaban la rudeza a un nuevo nivel. La nación rebelde era solitaria, reservada y extremadamente hostil a los intrusos en su espacio aéreo. Se encontraban entre las especies tecnológicamente más avanzadas de la galaxia conocida. Esto contribuyó en gran medida a su alucinante ascenso al poder de la noche a la mañana desde la más absoluta oscuridad. Nunca se

mezclaron con otras especies, limitando sus interacciones al escaso comercio de celesio y a los servicios de mercenarios, defensa o escolta. Una escolta Tuureana garantizaba que tu nave llegara sana y salva a su destino. Sin embargo, el coste era prohibitivo, lo que limitaba la frecuencia de este tipo de transacciones. ¿Qué querían con Crebios?

—Han ordenado a Sigma que se retire. Exigen que nos retiremos pacíficamente. Cualquier intento de acercarse a Crebios será considerado un acto de agresión y tratado como tal. Aquí está la transcripción de comunicaciones —Ghan deslizó un datapad a través de la mesa a Khel.

—Esto no tiene sentido —Khel echó un vistazo superficial al datapad—. Los Tuureanos suelen actuar como vigilantes contra piratas y esclavistas. Nunca protegerían las operaciones de Gruuk, así que ¿por qué mantenernos alejados? Aquí está pasando algo. Hasta que lo averigüemos, el Capitán Lendhen debe mantener a su escuadrón en posición, pero sin provocar a los Tuureanos. Escudos listos, pero armas apagadas. Sigma no sobreviviría a un encuentro con ellos, y no queremos empezar una guerra.

—Les di instrucciones de no entrar en hostilidades. Confirmaré que la orden sigue en pie —dijo Ghan.

Khel dejó el datapad y golpeó distraídamente con un dedo.

—Ya que estás, pídele a Lendhen la frecuencia de llamada de la nave de mando Tuureana. Quiero enviarles un mensaje. ¿Cuánto tardarán en recibirlo?

—Cuatro minutos, veintiocho segundos.

Ghan envió las instrucciones de Khel.

Apenas había salido el mensaje cuando recibimos una petición de vidcom. La mirada que Ghan dirigió a Khel fue tan atónita que me preocupó.

—General, tenemos una solicitud entrante de vidcom del Almirante Lee de la nave de batalla Tuureana, Tempest.

Espera. ¿Qué?

Conocía los sistemas de comunicación. Una solicitud de vidcom significaba que la nave de batalla estaba cerca del espacio de Xelix Prime. Con su increíble tecnología sigilosa, podrían tener una armada entera en órbita, y no lo sabríamos hasta el momento en que abrieran fuego. ¿Qué estaba ocurriendo?

Khel se levantó y se colocó frente a la pantalla de video.

—En pantalla.

Su voz tranquila y segura me impresionó. Yo estaría en pánico en su lugar. Corrección, ya estaba en pánico.

Tres Tuureanos aparecieron en pantalla, dos machos y una hembra. El que supuse que era el Almirante Lee estaba junto al timón, en el centro de la pantalla. Los otros dos, probablemente sus oficiales al mando, estaban a medio metro detrás de él. Fieles a los rumores, los tres llevaban una armadura completa de celesio. La lustrosa aleación negra, mejorada con bionanitas, era tan resistente como el titanio, pero tan flexible como el cuero, lo que permitía movimientos fluidos.

Estaban cubiertos de pies a cabeza, guantes y casco incluidos. Nadie sabía qué aspecto tenían bajo la armadura. Gruuk había intentado en vano conseguir uno de los trajes. Quería saber si mi habilidad me permitiría controlar los nanocitos.

Los machos eran altos y ágiles. La hembra también era alta y delgada, con bonitas curvas. Tenía una sola trenza larga que le caía por debajo de las rodillas, totalmente cubierta de bioaleación. Se decía que las hembras utilizaban su trenza como arma mortal para agarrar, atravesar con lanzas e incluso decapitar a sus enemigos. La cara de su casco era una superficie negra brillante como el cristal pulido y no mostraba nada de sus rasgos.

El mediano inclinó la cabeza en señal de saludo. Habló con una voz sintética andrógina.

—Saludos, General Praghan. Soy el Almirante Lee.

La gente sospechaba que los Tuureanos fueron creados mediante bioingeniería; ya fuera una inteligencia artificial evolucionada o ciborgs. Si estaban hechos principalmente de chips y circuitos, eso explicaría por qué nunca mostraban sus cuerpos. Me preguntaba si las especulaciones eran ciertas.

Khel realizó el saludo estándar Xelixiano.

—Almirante Lee. Esto es inesperado.

—Pero necesario a la luz de la situación de Crebios.

—En efecto. Mi flota fue enviada a Crebios en una misión de rescate urgente, que vuestra gente está impidiendo. El sistema Welan está a años luz del espacio Tuureano. ¿Por qué la interferencia?

El Almirante asintió.

—Hmmm... Entiendo vuestro disgusto dadas las circunstancias. Vuestro intento de rescate es encomiable, pero innecesario. Por favor, retirad vuestras tropas. No tenemos nada contra vos, general, y odiaríamos recompensar vuestras buenas intenciones con una demostración de fuerza.

Mi corazón latió con fuerza ante la amenaza apenas velada. Ghan pulsó algunos comandos en la consola de mando. Intentaba localizar el origen de su señal, probablemente para ver hasta qué punto suponían una amenaza para Xelix Prime. Pero yo podía conseguir esa información más rápido. Puse una mano en el panel de control de la mesa y navegué por el canal de comunicaciones abierto hacia los sistemas de la nave Tuureana.

—No estoy de acuerdo —Khel cruzó las manos a la espalda—. Un rescate es muy necesario. Tenemos pruebas fehacientes de que hay hembras cautivas y maltratadas en una fortaleza de Crebios. Queremos ayudarlas y luego seguir nuestro camino. Seguramente, estaréis de acuerdo en que nuestra petición es razonable.

—Lo es —inclinó la cabeza en señal de acuerdo—. Pero vuestra ayuda no es necesaria. Mientras hablamos, mis tropas están evacuando a las últimas hembras y deshaciéndose de sus captores. Las hembras permanecerán a nuestro cuidado a menos que decidan lo contrario, lo cual es muy poco probable.

—Eso es inaceptable —dijo Khel—. ¿Cómo sabemos que no las retenéis contra su voluntad?

—Esto no es una negociación, General —dijo el Almirante, con su voz hueca e impasible—. La decisión ya está tomada.

Su sistema estaba demasiado protegido. Si no estuviera tan asustada, habría disfrutado del desafío. Había poco tiempo y no podía arriesgarme a que me descubrieran. Accedí a lo que ofrecía menos resistencia, que no era mucho. Tras varios callejones sin salida, una serie de cámaras no seguras me permitieron acceder al comedor de la nave Tuureana, a la sala de recreo y a lo que parecía una sala de reuniones.

¡Diosa ten piedad!

Algo me expulsó del sistema. Atónita, vi cómo el Almirante me miraba.

—Vaya, vaya. Amalia Valis... Niña traviesa. No es de buena educación husmear en propiedad ajena.

Aparté la mano del panel de control y la apreté contra el pecho como si acabara de recibir una bofetada. Se me subió el corazón a la garganta y miré a Khel con culpabilidad. Sus dientes apretados me indicaron hasta qué punto había metido la pata... otra vez. Me había advertido que no hackeara su sistema, aunque técnicamente no lo había hecho. Estaba hackeando a los Tuureanos a través de los sistemas del complejo. Los Tuureanos podrían considerar mi intrusión como un acto de agresión. ¿En qué coño estaba pensando para actuar tan imprudentemente?

Khel se volvió hacia el Almirante.

—¿Cómo sabéis el nombre de mi compañera?

—¿Quién no lo sabe? —preguntó el Almirante—. Vuestro improbable apareamiento con una superviviente de la extinta raza Verediana suscitó un gran interés, General. Vuestro heroico rescate de las hembras de la Casa de Sangre ha despertado nuestra imaginación colectiva. Los alienígenas rara vez despiertan nuestro interés.

El Almirante volvió a encararse conmigo.

—No intentéis nunca hackear la tecnología Tuureana. Vuestra habilidad puede engañar a otros sistemas, pero no a nuestras defensas. Lo supe en cuanto hicistéis contacto. Se os concedió un acceso limitado para satisfacer vuestra curiosidad. ¿Os ha gustado lo que habéis visto, hermanita?

Eché la silla hacia atrás y me levanté con las manos en alto.

—No soy vuestra hermana.

—Consideradme castigado —dijo con tono burlón.

Le señalé con un dedo acusador.

—¡Estáis reteniendo a hembras Veredianas en vuestra nave!

—Correcto. Y las ciento dieciséis hembras trasladadas desde la fortaleza de Crebios también son todas Veredianas.

El grito ahogado de Lhor se hizo eco del mío. Me aferré a él en busca de apoyo. Me rodeó la cintura con un brazo protector y yo me apoyé en él.

—¿Dos compañeros, Amalia Valis? —preguntó el Almirante, inclinando ligeramente la

cabeza—. Una elección impresionante.

Su despreocupada familiaridad despertó mi ira.

—Es Praghan. Amalia Praghan.

—Tomo nota —movió un dedo con desdén.

Quería darle un puñetazo.

—¿Qué queréis de mi gente? ¿No hemos sufrido bastante? ¿Qué os da derecho a tomarlas como objetos y negarles una vida propia? No somos mercancía.

El Almirante negó lentamente con la cabeza.

—No entendéis nuestra intención, Lady Praghan.

Hizo un leve gesto con la cabeza a la hembra Tuureana, que se dio la vuelta. Se alejó de la ventana, con su trenza acorazada balanceándose como un péndulo.

—Comunicaciones entrantes de los escuadrones Alfa y Sigma —dijo Ghan, llamando la atención del Almirante Lee.

—Primer Oficial Ghan Delphin —dijo con una leve inclinación de cabeza—. Por fin nos conocemos —había algo extraño en la forma en que se dirigió a Ghan. No podía entender qué—. Este debe ser el mensaje del Escuadrón Sigma que por fin os llega sobre nuestro asalto a la fortaleza. En cuanto a vuestro Escuadrón Alfa, os informarán de que tres naves Tuureanas acaban de desembarcar detrás de ellos en la Luna de Filgarion.

Khel entrecerró los ojos.

—¿Detrás de ellos? ¿Por qué permitisteis al escuadrón Alfa entrar en órbita pero no a Sigma?

—Revelamos nuestra presencia para dejar claro que, aunque conscientes de ese segundo objetivo, no interferiremos. Pero ofreceremos ayuda para asaltar las instalaciones si lo solicitan.

Khel resopló.

—Nos habéis dejado pasar porque esa fortaleza no tiene nada que queráis. Nuestros escáneres revelaron Guldanos, Terranos y Aveanos. No os interesan. Vais tras las Veredianas.

Resonó la risita distorsionada del Almirante.

—Me agradáis, General. Puedo ver por qué vuestra compañera os aprecia tanto. Nos gustaría ver a las cautivas de la Luna de Filgarion liberadas, ya que no aprobamos la esclavitud. Pero no tenemos ningún uso para ellas y con mucho gusto os dejamos esa tarea a vos. Las Veredianas, son otro asunto.

La hembra Tuureana regresó en ese momento acompañada de cuatro hembras Veredianas; dos adultas, una joven y una niña de no más de cinco o seis años.

Mi gente...

El Almirante se volvió hacia las hembras y les ofreció un saludo Verediano. Se detuvieron para devolverle el gesto y continuaron acercándose hasta rodearle.

—General, Amalia —dijo el Almirante—, os presento a algunas de nuestras invitadas.

Soltando a Lhor, rodeé la mesa aturdida para situarme junto a Khel frente a la pantalla de video. Lhor me siguió.

—Hola, Hermana. Mi nombre es Lavenia Kuris. Estas son mis hermanas de sangre, Kaleena y Zenavia —dijo la hembra señalándolas a cada una—. Y esta es mi hija, Alleria. Hemos oído hablar mucho de ti, Amalia Valis. Es un gran honor conocerte.

Se encararon conmigo y realizaron el mismo saludo Verediano que intercambiaron con el Almirante.

—H… Hola —mi voz tembló tanto como el resto de mí—. He soñado tanto tiempo con conocer a otras de mi especie. ¿Están... están bien? ¿Las tratan bien?

—Sí, Hermana —la sonrisa de Lavenia parecía genuina—. Sé que tienes muchas preguntas. Hoy solo puedo responder a unas pocas, pero volveremos a hablar en el futuro. No somos prisioneras. Estamos con los Tuureanos por voluntad propia. El Almirante Lee nos rescató a mi hija y a mí hace más de dos años. Desde entonces hemos hecho nuestra misión encontrar y liberar a tantas Veredianas como sea posible. Y con su ayuda, pudimos encontrar a mis dos hermanas.

Encontraron y liberaron a otras Veredianas... ¿Eran más u menos las tres docenas que vi en su nave cuando hackeé sus cámaras? ¿Había más? ¿Comenzaron un nuevo asentamiento en algún lugar? ¿Una nueva Veredia? Tantas preguntas rebotaban en mi cabeza que no podía pensar con claridad.

—¿Cuántas... cuántas has encontrado?

—Bastantes, Amalia. Pero nunca tantas en una sola incursión como hoy. Y todo esto se lo debemos a ti y a tus compañeros.

—¿Cómo? —preguntó Khel.

—Lavenia —advirtió la voz sintética del Almirante Lee.

—No, Lee —Lavenia le puso una mano tranquilizadora en el brazo—. Se merecen la verdad, aunque solo sea por respeto al gran servicio que nos han prestado.

Tras una leve vacilación, el Almirante asintió con rigidez, doblegándose a su voluntad. En ese momento, se disiparon todas las dudas que tenía sobre la naturaleza de su relación. Lavenia no era una prisionera ni una esclava con el cerebro lavado. Confiaba en su derecho a expresar su libre albedrío y la trataban con igualdad. Por un momento me pregunté si estaban emparejados, pero deseché esa idea. Cuando le saludó antes, no tocó su corazón y luego el de él, como hacían las Veredianas con sus seres queridos.

—Cuando nos llegó la noticia de tu apareamiento y posterior rescate de las esclavas de la Casa de Sangre, pusimos rumbo inmediatamente a Xelix Prime —dijo Lavenia—. Nuestra intención era llevarnos a Amalia con nosotros para que pudiera reunirse con su gente.

Como si compartiéramos una misma mente, instintivamente di un paso atrás. Extendí las manos hacia Lhor y Khel. Y los dos se movieron simultáneamente hacia mí. Quería saber más sobre mi gente, pero nadie me iba a apartar de mis compañeros.

—¡Oh, relájate! —Lavenia soltó una bonita risita—. Dije que nuestra intención era llevarte con nosotros. Pero está claro que te quieren mucho. Me alegra, Amalia, que hayas encontrado

tanta felicidad. No interferiremos en ello. Asumimos que acudiste a la Unión por desesperación y te habríamos ofrecido una alternativa. Pero te hemos estado observando, esperando que tu investigación te llevara a más hembras Veredianas, y así ha sido.

—¿Y a dónde van a llevar a las que acaban de rescatar? ¿Dónde están las demás? —pregunté.

—Esa información es clasificada —intervino el Almirante Lee antes de encararse con Khel —. ¿Seguro que comprendéis, General, que mantener su localización en secreto es vital para su seguridad? Las hembras Veredianas son hermosas y muy deseadas por los coleccionistas. Las habilidades de las Veredianas aumentan aún más su atractivo. Son demasiado vulnerables para ser expuestas públicamente. Y esta es parcialmente la razón de nuestra interferencia de hoy.

—¿Parcialmente? —preguntó Khel.

—Si hubierais rescatado a las Veredianas de Crebios, ¿qué habríais hecho con ellas? ¿Llevarlas de vuelta a Xelix Prime? ¿Al Consejo Galáctico? Vuestro rescate de ochenta y una Terranas y Aveanas creó un frenesí mediático en toda la galaxia. ¿Qué creéis que pasaría si aparecierais con más de cien hembras de una especie extinta? Se abriría una caza contra las Veredianas. Hemos jurado protegerlas, y lo haremos, incluso contra vuestras buenas intenciones.

Su punto era más que válido. No esperábamos encontrar tantas Veredianas. Incluso la docena que esperábamos habría sido una pesadilla política y mediática. Khel planeaba recluirlas en un complejo secundario hasta que pudieran decidir qué hacer con el resto de sus vidas. Incluso manteníamos en secreto la existencia de Valena, la Verediana ciega de la Casa de Sangre.

—¿Por qué? ¿Por qué estáis ayudando a mi gente? —pregunté.

—¿Por qué no íbamos a hacerlo? —se encogió de hombros el Almirante.

Entrecerré los ojos.

—La gente no se desvive por ayudar a los demás por la bondad de su corazón. Los Tuureanos no tienen fama de filántropos. ¿Qué ganáis con esto?

Miró a Alleria antes de responder.

—Los créditos no son lo único por lo que merece la pena luchar.

Me volví hacia la niña Verediana y le dediqué una amable sonrisa.

—Hola, Alleria.

—Hola —respondió Alleria con voz dulce y una gran sonrisa.

—¿Te gusta vivir con los Tuureanos? ¿Te tratan bien? —eché un vistazo rápido al Almirante para ver su reacción, deseando poder verle la cara. No reaccionó.

Asintió con entusiasmo.

—Sí, me gusta. Todo el mundo es amable. Bueno, la mayor parte del tiempo. Lee es malo conmigo —Alleria fulminó al Almirante con la mirada.

—¡Alleria! —la regañó su madre.

—¡¿Qué?! Dijiste que podía responder a sus preguntas con sinceridad. Estoy respondiendo honestamente. Lee es malvado. Quiero unirme al entrenamiento de combate. No soy demasiado

pequeña para empezar —murmuró, frunciendo el ceño hacia el Almirante, con los labios fruncidos en el puchero más lindo.

—Claro. Más bien eres pequeñita —el tono impasible del Almirante sonó aún más robótico.

Me quedé estupefacta mirando al Almirante. La sensación de déja vu era extraña. No sabía qué pensar. Por el rabillo del ojo, vi que Khel, Ghan y Lhor intercambiaban una mirada incómoda.

—¿Lo ves? —dijo Alleria con indignación infantil. Lavenia acarició el pelo de su hija.

—Sí —sonreí con simpatía—. Tienes razón. Es verdaderamente un malvado. Conozco a otro igual.

Me dolía el corazón al volver a mirar a la adorable niña. Inconscientemente puse una mano sobre mi vientre plano. Algún día, si la Diosa quería, tendríamos una hija. Una hija a la que nadie trataría como una propiedad ni arrancaría de mis brazos para venderla a algún bastardo.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Khel al Almirante.

—Tenemos algunos objetivos comunes —dijo el Almirante Lee—. Vosotros demostraron ser eficientes en vuestra investigación y podrían serlo aún más con nuestra ayuda. Solo nos importa recuperar a las Veredianas. Os pedimos que compartáis toda la información relativa a su posible localización y que no interfiráis en nuestro traslado. A cambio, os ayudaremos a rescatar a cualquier cautiva siempre que lo necesitéis.

Khel frunció las cejas, reflexionando sobre la petición del Almirante. Ahora que se me había pasado el susto inicial, repetí lo que había visto en la nave Tuureana cuando hackeé sus cámaras. Las Veredianas parecían felices. Había algunas niñas jugando, aparentemente despreocupadas. Por supuesto, podía ser un montaje, pero hablar con Lavenia y Alleria me convenció de que era auténtico. Miré a Khel, esperando que llegara a la misma conclusión. Con su alocada tecnología, una alianza Tuureana podría ayudarnos a acabar con el imperio de Gruuk. Esto superaba con creces mis sueños más descabellados.

Khel intercambió una mirada con Ghan. No podría decir qué mensaje silencioso pasó entre ellos, pero Khel se volvió hacia el Almirante.

—Estos pueden ser términos aceptables, pero hay condiciones. Queremos comunicaciones regulares con las Veredianas para confirmar su continuo bienestar. Y Amalia debe poder visitarlas para conocer a su pueblo y su cultura. Cuándo, dónde y cómo puede discutirse para que sea de mutuo acuerdo.

Mi corazón se hinchó por Khel ante sus palabras. Incluso ahora pensaba en mí, adivinando lo que significaría para mí pasar tiempo con mi gente.

Lavenia miró a Khel con respeto y sonrió.

—Ya veo por qué le tienes tanto cariño a tu compañero, Hermana.

Respondí con una sonrisa temblorosa y deslicé mi mano por la de Khel.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo el Almirante Lee—. Nuestra flota ha abandonado la Luna de Filgarion. En cualquier momento deberíais recibir la confirmación de que el rescate de

vuestra flota ha sido un éxito. ¿Podemos esperar la salida del Escuadrón Sigma del espacio de Crebios?

Khel miró a Ghan, indicándole con la cabeza que diera la orden de retirada.

De repente, un pensamiento cruzó mi mente.

—¡Esperad! Almirante, ¿podríais verificar si Galicia y Gerana Brenis estaban entre las cautivas? Son gemelas. Mis tías.

—Me temo que no —respondió con la misma voz inquietante.

Mis hombros se hundieron de decepción. Había sido una posibilidad remota. Gruuk las vendió años antes de mi nacimiento, pero tenía que preguntar. Lhor me rodeó con el brazo.

—Puedo daros otra cosa en su lugar, Amalia Praghan —el Almirante agitó la palma de la mano en un gesto de ofrecimiento—. No perdáis el tiempo buscando a El Revenant. Fue retirado del servicio en Zentarin, en el Sector Sarkesiano, hace dos días. Pero ese mismo día se adquirió allí una nave Guldana de tamaño y construcción similares, registrada con el nombre de Specter. Dudo que sea una coincidencia. Consideradlo un gesto de buena voluntad para sellar nuestra nueva *alianza*.

Khel inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Miró a Ghan, que asintió, confirmando que las órdenes de Khel habían sido enviadas.

—El Escuadrón Sigma se replegará en breve.

—Vuestra cooperación es apreciada —dijo el Almirante—. Esto completa nuestros asuntos. Volveremos a hablar pronto.

El Almirante y las cuatro Veredianas a su lado nos despidieron a la manera Verediana. Le respondimos del mismo modo antes de que terminara la comunicación.

—Felicitaciones, General —dijo Ghan—. Ahora eres oficialmente aliado de la fuerza militar más poderosa de la galaxia.



CAPÍTULO 31

LHOR

Alfa liberó a doscientas setenta y dos hembras de la fortaleza de la Luna de Filgarion. Según los guardias Guldanos, era un número inusualmente alto para este lugar. Todos los guardias eran soldados de bajo rango. Estaban esperando la nave de transporte que llevaría a las hembras a una subasta. No conocían su ubicación.

Las hembras fueron llevadas a la embajada de sus respectivas especies en la sede del Consejo Galáctico. Tras interrogarlas minuciosamente, los soldados de Khel las entregaron al Consejo Galáctico. Los representantes Terranos y Aveanos presentarían cargos formales contra los guardias y el gobierno Guldano por su continua incapacidad para detener las desenfrenadas actividades de comercio de carne de su pueblo. Este inesperado rescate mejoraría la tensa relación entre Xelix Prime y estos dos gobiernos.

Me reuní con el Detective Gravhin en el Distrito Capital sobre la caza de las otras Casas de Sangre. Examinamos todas las pruebas, pero estábamos en un punto muerto. De camino a casa, me desvié por la clínica de Minh para un chequeo rápido. Uno no volvía todos los días de las puertas de la muerte. Me sentía mejor que nunca.

La verdad es que salí de la hacienda para dar a Khel y Amalia un poco de intimidad. Esta situación era abrumadora y no sabía cómo actuar. Ella también era mi compañera, pero sentía que me estaba entrometiendo en el territorio de Khel. Amalia no podía evitar tocarnos constantemente a uno o a los dos si estábamos a su alcance. Me encantaba que disfrutara tocándome. Pero tampoco podía evitar sentir que me estaba complaciendo en algo que no era mío.

Volghan estaba asombrado por mis análisis de sangre. Las hormonas de Amalia combatían mi Mancha con más agresividad que las de Khel. Sospechaba que mi Mancha, al estar mucho más avanzada, incitaba a la hormona a entrar en acción. Otra teoría era que los genes latentes en el cuerpo de Amalia habían sido despertados por su apareamiento con Khel a través del intercambio de saliva, semen y veneno Thylin. Esto causó una ligera mutación de su oxitocina para ser más virulenta contra la Mancha. Volghan dijo que si bebía de ella al menos una vez al día, los síntomas de mi Mancha desaparecerían en dos semanas, y más rápido si bebía más. No le

dije que bebí tres veces de ella solo esta mañana.

Llegué a casa justo después de que Khel terminara el entrenamiento de combate de Amalia. Habían ido a su habitación a ducharse. A juzgar por las emociones de Khel, estaban haciendo otro tipo de lucha. Sintiéndome incómodo, me duché en mi propia habitación.

Amalia apareció mientras me preparaba para ir a la cama y me miró con cara de "¿hablas en serio?" Me arrastró al dormitorio principal. Khel estaba sentado a la izquierda de la enorme cama, jugueteando con su datapad.

—Sé que todos necesitamos un tiempo de adaptación, pero estamos apareados —me regañó —. Eso significa que dormiremos en la misma cama. Khel duerme a la izquierda, tú a la derecha y yo en el medio. Mañana traes aquí tus cosas personales. ¡El lado derecho del armario es todo mío! El izquierdo lo compartes con Khel.

Se metió en la cama y me hizo un gesto para que la siguiera. Khel no había dicho una palabra en todo el tiempo, observándonos impasible, con sus emociones bloqueadas. Odiaba no saber lo que sentía. Al crecer, Khel había dormido a menudo en mi cama. Al principio, porque necesitaba la proximidad; después, porque le resultaba más fácil cuidarme. Compartir la cama con él no era difícil, pero esto era diferente. Temía que Amalia le estuviera pidiendo demasiado demasiado pronto.

Khel guardó su datapad y se tumbó. Amalia se acurrucó a su lado, apoyando la cabeza en su hombro. Me metí en la cama tras ella y me cogió de la mano, rodeando su vientre con mi brazo mientras yo la acurrucaba. Khel giró la cabeza para posar sus labios en la frente de ella. Nuestros ojos se encontraron por encima de su cabeza, los de él aún ilegibles. El músculo que saltaba en su sien me dijo mucho sobre su agitación interior. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no levantarme y marcharme. Al cabo de unos segundos, Khel cerró los ojos y se durmió.

Ojalá yo tuviera tanta suerte. Mi corazón no podía reconciliarse con la idea de que estaba haciendo daño a Khel. Me había dado su bendición y lo decía en serio. Pero la realidad estaba resultando más dura de lo que había previsto. Teníamos que darle tiempo para adaptarse y no forzarle a algo que no pudiera manejar. Amalia y yo teníamos que hablar. Ella era mi compañera, nada cambiaría eso. Pero Khel era mi Gem. Su felicidad era igual de importante. Enterré mi cara en su sedoso pelo y me dormí también.

Nos despertamos y descubrimos que Khel se había ido. Se había convocado otra reunión de emergencia del Consejo debido a las consecuencias de la misión en la Luna de Filgarion. Amalia y yo hicimos el amor dos veces aquella mañana: una en la cama y otra en la ducha. No creí que pudiera hacerle el amor con Khel en casa. Cuando terminamos de vestirnos, saqué a Amalia al balcón y la senté en mi regazo.

—Lia, tenemos que hablar.

—Oh, oh —dijo, con sus ojos suspicaces.

No pude evitar sonreír.

—No es nada malo, amor, pero tenemos que hablar de nuestro apareamiento.

—¿Qué quieres decir?

—Khel ha hecho un gran sacrificio al aceptarme como tu Segundo Compañero. Sin embargo, aceptar algo es muy diferente a vivir con ello —me alivió verla asentir—. Me encanta que vinieras a buscarme anoche y que nos quieras como una unidad. Es lo que yo también quiero. Pero no creo que Khel esté preparado para eso. Lo soportará por ti, pero...

—Ya lo hemos hablado —dijo Amalia. Abrí la boca para discutir, pero ella me silenció con un beso—. Ayer por la mañana, antes de venir a verte, Khel y yo tuvimos una larga discusión sobre nosotros tres. Corrígeme si me equivoco, pero creíamos que no tendrías ningún problema en que compartiéramos cama los tres.

Asentí. Khel era mi Gem. No lo veía como competencia. Éramos una extensión el uno del otro. Que él tocara a Amalia era como si yo la tocara a ella, sobre todo porque sentía sus emociones.

—No es tan fácil para él —dijo—. Pero dormitorios separados significa poner horarios. ¿Cómo sería eso? Tú tienes los lunes, miércoles y viernes. Él los martes, jueves y sábados. ¿Y qué pasa con los domingos? ¿Duermo en mi propia habitación o ustedes dos se lo rifan? No quiero hacer eso. De ninguna manera voy a cambiar de habitación cada dos noches, o como sea el horario. Quiero una habitación con los machos que amo a mi alrededor, cada noche por el resto de mi vida.

Su razonamiento tenía sentido. Yo tampoco querría eso. A decir verdad, podía ver cómo Khel también se sublevaba. Pero eso no resolvía su problema.

—Cuando nuestras hijas decidan que es buena idea despertar a sus padres a altas horas de la madrugada, no quiero que tengan que jugar a tres adivinanzas para averiguar dónde encontrarnos.

No pude evitar sonreír ante la imagen: un par de infernales mini-Amalia entrando a toda prisa en nuestra habitación y saltando sobre nuestra cama para obligarnos a despertar.

—¿Y qué tenía que decir Khel al respecto?

Amalia me pasó los dedos por el pelo antes de acariciarme las crestas de la oreja. Cerré los ojos y ronroneé ante el tierno contacto.

—Estuvo de acuerdo.

Abrí los ojos de golpe.

—Khel tampoco quiere, aunque admite que será duro para él. Pero dice que no tiene sentido retrasar lo inevitable. Cuanto antes lo asuma, antes lo superará. Fue su elección. Yo habría esperado un poco.

Eso sonaba como algo que Khel diría. El orgullo se hinchó en mi corazón. El lema de mi Gem siempre fue aguantarse y hacerlo. Aún así, odiaba ser la causa de su dolor.

—Entonces supongo que tendremos que apoyarle y ser comprensivos cada vez que pierda los nervios —dije frotando mi nariz contra la suya.

Ella sonrió, con un brillo pícaro en los ojos.

—Te usaré como escudo cuando lo haga.



Ghan nos esperó a Amalia y a mí en el complejo donde intentamos localizar la nueva nave de Gruuk, el Specter. Incluso con la ayuda de sus habilidades de hacker, no hicimos muchos progresos. Poco después del mediodía, los tres almorzamos sin Khel. Su reunión se prolongaría hasta bien entrada la tarde. Debería haber sido yo quien estuviera en la Sala del Consejo, pero aún no podía asumir el papel. Mi apareamiento con Amalia tenía que ser registrado, convirtiéndome oficialmente en el Consorte de Khel. Solo entonces podríamos proceder a una transferencia formal del cargo de Consejero.

La Prueba terminaría en menos de tres semanas. Khel sugirió que entonces oficializáramos mi condición de Segundo Compañero. Temía el momento de pisar la Sala de Unión. Aunque sería un momento alegre, todas mis visitas anteriores habían sido una humillación interminable.

Después de comer, volví a mi despacho para gestionar el negocio familiar. Había sido moroso en mis obligaciones. Pero teníamos un personal increíble que no requería microgestión.

Estaba terminando y apagando el ordenador cuando Amalia apareció en mi despacho. Me observaba con ojos llenos de lujuria, con las marcas de sus brazos casi negras.

Me humedecí los labios.

—No te has tomado tu té.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó a mí con una mirada hambrienta que hizo que la sangre me llegara directamente a la ingle.

—No necesito té. Tengo dos compañeros —ronroneó.

Nunca llegamos al sofá ni a quitarnos la ropa. Ella hizo lo suyo conmigo en la silla de mi despacho, y luego yo hice lo mío con ella encima de mi escritorio. Su período la estaba volviendo insaciable. No es que me quejara. Nuestro sexo era rudo, primitivo. Me volvía loco cuando me pasaba las uñas por la espalda. El ardor era exquisito y me ponía duro como una piedra. Le encantaba cuando le pellizcaba o mordía los pezones, casi doloroso. Viéndola tumbada en mi escritorio, con los ojos ardientes de pasión, me pregunté qué pensaría de las pinzas para los pezones... y de otros juguetes.

No podía saciarme de ella. Anoche fue una tortura dormir a su lado, rodeada por mis brazos, y comportarme debido a la presencia de Khel. Pero no podía ser codicioso. Hoy ya la había tenido cuatro veces. A este paso, estaría demasiado dolorida para estar amorosa con Khel.

La cena fue muy agradable. Khel nos puso al día de las conversaciones con el Consejo. Había retrasado mi visita al huerto hasta después de la cena para que Khel y Amalia pudieran pasar un rato a solas. Cuando volví, Khel había terminado su clase de natación y estaban jugando al Bakhol. Amalia aplicó las estrategias que le había enseñado y planteó a Khel un auténtico desafío. Me uní a la siguiente partida y saboteé a propósito a Khel, que era un oponente

demasiado feroz, para poder derrotar fácilmente a Amalia después. Debía de estar enseñándole a ella también porque me aniquiló. Ni que decir tiene que Khel no me dejó vivir la experiencia.

Esto se convirtió en una variación de nuestra rutina durante la semana siguiente. Amalia era mía durante el día y de Khel por la noche. Las noches eran incómodas con los tres compartiendo la cama. Por las mañanas, Khel se iba antes de que nos levantáramos. Él se esforzaba por refrenar sus celos, y yo hacía todo lo posible por no despertarlos a propósito. Pero con los hábitos susceptibles de Amalia y sus constantes muestras de afecto, era imposible evitarlos. Para mi alivio, cada vez bloqueaba menos sus emociones cuando estábamos los tres juntos. La frecuencia de sus ataques de celos e inseguridad disminuyó.

Decidida a que nuestro apareamiento a tres superara la incomodidad persistente, Amalia decidió que los tres nos ducháramos juntos. Incómodo ni siquiera empezaba a describirlo. Normalmente, no tendría ningún problema en estar desnudo delante de Khel. Ver a machos desnudos era habitual para él, ya que los soldados tenían duchas comunes. En cuanto a mí, me había visto muchas veces en calzones de baño y, cuando era joven y estaba enfermo, me bañaba a menudo. Sin embargo, con Amalia aquí, era diferente. Además, yo seguía muy acomplejado por mi cuerpo. Más aún ahora que la oxitocina de Amalia estaba en plena ebullición para erradicar la toxina. Con la frecuencia de nuestros encuentros, mi sistema estaba continuamente inundado con sus hormonas.

Aunque agradecía su efecto, deseaba que hubiera sido más uniforme, como en Khel. Mi cuerpo, casi de obsidiana por el exceso de toxina, estaba ahora plagado de manchas gris claro del color natural de mi piel. Parecía un neption, una mascota peluda manchada que pasaba la mayor parte del tiempo comiendo, durmiendo o destruyendo propiedades. Al menos, mi cara se había librado de esta infamia. Curiosamente, también mis manos y mis pies.

Después de desnudarme, miré cautelosamente a Khel, que me miraba boquiabierto. Ver su repulsión sería mi muerte. En cambio, me miró con asombro, paralizado por la magnitud de los cambios. Se acercó a mí y pasó dos dedos por algunas de las manchas.

—Es increíble —susurró. Dio un paso atrás para hacer un examen clínico de mi cuerpo. Su aceptación de mi aspecto actual destruyó aún más el oscuro pozo de dudas enterrado en lo más profundo de mi ser.

—¿Cómo te sientes, hermano?

Aún me sentía incómodo.

—No recuerdo haberme sentido nunca tan bien. Había olvidado lo que es no tener el dolor constante de la Mancha.

Asintió, sabía muy bien lo que se sentía. La felicidad y el alivio de su rostro me oprimieron el pecho. En otras circunstancias, lo habría abrazado. Pero hacerlo desnudo solo llevaría la incomodidad a otro nivel de rareza. En lugar de eso, Amalia me abrazó y depositó un suave beso en una mancha de mi pecho.

—Esa soy yo, dentro de ti, mejorándote —dijo mirándome fijamente a los ojos.

Besé suavemente sus labios, esperando una oleada de resentimiento por parte de Khel. Para mi sorpresa, solo percibí en él una fugaz sensación de posesividad a regañadientes.

Amalia se volvió hacia Khel, que la miraba con ternura.

—¡Tú también te llevas uno! —también le besó los labios.

Nos cogió de la mano y nos llevó a la ducha. Para nuestra vergüenza mutua, ambos nos sorprendimos mirando las curvas perfectas de su trasero mientras ella nos guiaba. Nos lavó a cada uno y los dos la lavamos a ella. Intentamos mantener la inocencia, pero cuando terminamos los dos estábamos empalmados. Los labios crispados de Amalia delataban lo mucho que estaba disfrutando.

Nos secamos, nos vestimos para la noche y nos metimos en la cama. Pero esta vez, ella puso una mano justo encima de la entrepierna de Khel, sus dedos casi tocaban la rigidez que se tensaba contra sus calzones. Y movió el culo varias veces contra mí, inclinándose hacia atrás lo suficiente para que mi pene, dolorosamente duro, se apoyara en la costura de su trasero.

—Buenas noches, mis compañeros —susurró roncamente.

Khel y yo intercambiamos la misma mirada de dolor, antes de acomodarnos incómodamente para lo que sería una larga noche.



El final de la segunda semana marcó otra mejora significativa en nuestro apareamiento a tres. Khel se despertó con nosotros varias veces y no me ocultó sus emociones tan a menudo. Sin embargo, ducharnos juntos seguía siendo bastante incómodo. Afortunadamente, solo ocurrió una vez más. Yo seguía “escabulléndome” para acostarme con Amalia. Sin embargo, Khel ya no se erizaba cuando ella me besaba, se sentaba en mi regazo o se acurrucaba conmigo delante de él.

Hoy marcaba el final de la Prueba de Khel y Amalia. No podía creer que ya hubieran pasado dos meses desde que ella había llegado a nuestras vidas. Amalia se tomó muy en serio todo el asunto de la Ceremonia de Confirmación. Ella y Jhola encontraron “los trajes perfectos”. Sí, trajes. En plural. Para Khel y para mí, camisas ajustadas de manga larga de color gris claro—casi blanco—y pantalones holgados. Tanto los pantalones como las camisas tenían una única línea estrecha de color gris oscuro a cada lado que emulaba la trayectoria de sus marcas. Para ella, un top ajustado con mangas largas y una falda similar del mismo color que la nuestra. Las mangas y la falda tenían grandes aberturas a los lados que se extendían a lo largo de toda su longitud y dejaban entrever sus marcas al caminar.

Hace dos semanas, me habría opuesto con vehemencia a ese color. Al menos para mí, puesto que Khel ya no mostraba ningún signo de la Mancha. Según la ley Xelixiana, sería clasificado como Prime. En cuanto a mí, atiborrarme de la oxitocina de Amalia desde nuestro apareamiento, dejó mi cara libre de la Mancha y mi piel era de un impecable tono gris oscuro claro. Los únicos

rastros de la Mancha que me quedaban eran unas manchones oscuros en el pecho. Para los estándares Xelixianos, yo era un Norm.

Eso aún me dejaba perplejo. Era el mismo macho de siempre. Pero mi mundo había cambiado por completo. Ocultar mi cuerpo y mi cara cuando salía de la hacienda ya no era necesario. Podía vestir tonos grises más claros, en lugar de negro bajo los soles sofocantes. Podía aspirar a cualquier puesto en cualquier empresa con buenas condiciones de trabajo. Lugares prominentes, clubes, restaurantes y tiendas me acogerían ahora con respeto. Eso estaba tan mal...

Terminamos de vestirnos y me miré por última vez en el espejo. El conjunto que había elegido Amalia era favorecedor y elegante. Sintiéndome expuesto y desnudo, ansiaba ponerme una capucha o un velo. Con un suspiro, me di la vuelta y vi que Amalia y Khel me miraban fijamente; ella con abierto deseo, él con admiración. Se me coloreó la cara.

—Eres tan hermoso, Lhor. Esas zorras que te consideraban indigno se van a retorcer de la envidia —Amalia me miró con aire de propiedad y orgullo—. Pueden mirar y babear todo lo que quieran, pero toda esa sensualidad es solo mía.

—Deja de avergonzar a tu pobre compañero, corazón mío —dijo Khel, acudiendo en mi ayuda. No sabía cómo manejar los cumplidos, pero me encantaba la atención.

—¡Pero es tan divertido! —sonrió, con los ojos brillantes—. ¡Vamos, mis compañeros! Es hora de hacerlos *oficialmente* míos.



Llegamos a la Sala de Unión en un tiempo récord. Ghan, Sohr e Yhan nos acompañaron para mayor seguridad. Era la primera vez que Amalia se encontraba en un lugar tan público desde que su elección había saltado a los titulares. Sabíamos que habría muchos curiosos, ya que Amalia y Khel se habían convertido en superestrellas. Sin embargo, el enjambre que nos recibió superó todas nuestras expectativas. Todos los ojos estaban puestos en Amalia y Khel. Pero yo atraje mi parte justa de atención debido a los posesivos brazos que ella enlazaba entre el brazo de Khel y el mío.

La Ceremonia de Confirmación tuvo lugar dos horas antes de la Selección de Unión. Los aspirantes llegaban a esa hora para inscribirse y entregar sus estandartes. Con gran simpatía, observé a dos docenas de machos, la mayoría de ellos Manchados, caminar hacia la Sala de Aspirantes.

Uno de ellos se fijó en nosotros y se detuvo, deteniendo también a los que venían detrás. Siguieron su mirada y sus ojos colectivos se abrieron de par en par. El primer macho miró a Amalia con una mezcla de asombro, anhelo y esperanza. Saludó a Khel con respeto y el resto no tardó en imitarle.

Tanto él como yo nos sobresaltamos cuando Amalia se acercó a los machos y los saludó según la tradición Verediana. La multitud que nos rodeaba se quedó en silencio, absorta en la

escena.

—Les deseo la mejor de las suertes en este día, buenos *Sehrs* —dijo con voz ronca—. Los veo y son todos hermosos. Pase lo que pase hoy, saben que cada uno de ustedes es digno y merece ser elegido. Que la Diosa los ilumine con su bondadosa luz.

No tenía ni idea del impacto que tendrían sus palabras. Pensó en dar esperanza a unos pocos machos, pero estaba poniendo un bálsamo calmante en una herida mucho más profunda. Los Manchados la amaban antes, ahora la venerarían. Ser tratado con tanta amabilidad y respeto públicamente, ser visto y considerado digno por una Perla era algo inaudito. Esto se transmitiría por todo Xelix Prime. No podría haberlo orquestado mejor si lo hubiera planeado. Los machos se ahogaron de emoción cuando correspondieron al saludo. Amalia volvió a enlazar sus brazos con los nuestros y nos dirigimos al altar central. El fuerte zumbido de la conversación nos siguió.

Estábamos a punto de subir al altar cuando Fihn se nos adelantó, mirándome fijamente.

—Mis disculpas, *Sehr* —me dijo firme, pero amablemente—. Solo se permite la presencia de parejas en este momento. Los testigos deben subir al balcón. Los aspirantes a la Sala de la izquierda.

—Pues es exactamente por lo que viene conmigo —Amalia le mostró el anillo de mi mano.

—Pero… —miró a Khel sorprendido.

Los ojos de Fihn se desviaron hacia la mano de Khel y se fijaron en su propio anillo. Miró a Amalia por un momento antes de recuperar la compostura. Negó lentamente con la cabeza, con una sonrisa incrédula en los labios.

—Nunca hacéis las cosas según las reglas, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

No tenía ni idea de lo acertada que era su apreciación. Con una leve reverencia, nos saludó antes de saludar a las otras parejas. Las conversaciones en las gradas de los Testigos aumentaron de volumen cuando nos vieron a los tres de pie en el altar. Todos nos miraban, muchos me miraban a mí. Toda mi vida había deseado que me vieran. Ahora mismo, daría cualquier cosa por no ser el centro de atención.

—Está bien, Lhor —dijo Khel, sintiendo mi angustia—. No dejes que te perturben. Estás donde debes estar.

Diosa, cómo amaba a ese macho. Deberíamos haber nacido gemelos. Estaba a punto de responder cuando el Magíster Zhef marchó en nuestra dirección, frunciendo el ceño. Fihn lo interceptó segundos después y le habló rápidamente al oído. Sin duda le puso al corriente de que Amalia me había reclamado como Segundo Compañero. Los ojos de Zhef se abrieron de par en par y se clavaron en cada una de nuestras manos, como si buscara la confirmación de nuestros anillos de apareamiento.

Respirando hondo, el Magíster Zhef reanudó su avance hacia nosotros. Fihn lo observaba con expresión preocupada. Zhef se detuvo ante nosotros, saludó a Amalia y a Khel, pero me ignoró descaradamente. Apreté los dientes ante el escozor del rechazo.

—*Seha* Praghan, *Sehr* Praghan, el Asesor Fihn me informa de que desean añadir otro macho a su vínculo.

—Así es —Amalia agarró mi mano—. Lhor es mi Segundo Compañero.

Todavía ignorándome, dijo,

—Es tu prerrogativa manejar tu apareamiento como mejor te parezca. Sin embargo, la Ceremonia de Confirmación es entre una hembra y su elegido. Nadie más. El segundo macho puede ir al Registrador en la oficina de atrás para registrar tu enlace una vez concluida la ceremonia.

La amarga bilis de la humillación volvió a golpearme en las entrañas. Me preparé mentalmente para el paseo de la vergüenza fuera del escenario. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de lo mucho que deseaba que me reclamaran públicamente.

—No lo creo, Magíster Zhef —replicó Amalia, dando un paso hacia él—. Lhor no es un secreto vergonzoso que deba quedar registrado en algún despacho. Es mi Segundo Compañero, elegido libre y orgullosamente. Lo reclamaré aquí para que todo el mundo sepa que es mío y yo suya. A menos que quieras violar la ley.

No sé quién estaba más atónito, Zhef, Khel o yo mismo. Solo sabía que no podía amarla más que en este momento, fuera cual fuera el resultado.

—La ley dice que los segundos matrimonios no requieren ceremonia —odiaba su tono de superioridad.

Amalia entrecerró los ojos.

—El artículo 2:14 de la Ley de Emparejamiento establece que se puede elegir a un Primer *y* a un Segundo Compañero durante la misma Selección de Unión. Todos ustedes olvidaron mencionarlo durante nuestra introducción a la Unión. Esto es altamente cuestionable y perseguible —dijo Amalia ante la total consternación de Zhef—. El Artículo 2:17 establece que durante la Ceremonia de Confirmación, si una hembra desea formalizar su apareamiento con *ambos* machos, puede hacerlo durante la ceremonia. Cosa que estoy haciendo. ¿Estás desafiando esa ley, Magíster Zhef?

Se quedó mirando a Amalia sin habla. No era de extrañar que se hubiera dedicado tanto a aprender la ley durante las últimas semanas. Debería haber sabido todo esto, pero los machos Manchados no se preocupaban por el Derecho de Familia; normalmente nunca se nos aplicaba. Ella lo tenía en un aprieto, y él lo sabía.

—Simplemente... no se hace en el Distrito Capital —dijo como último recurso.

—Bueno, a partir de hoy, lo será —dijo Amalia—. A menos que quieras explicar a la multitud de medios de comunicación que hay ahí fuera por qué estás negando a una hembra su derecho legal a confirmar su apareamiento con su elegido.

Emitió un sonido ahogado antes de lanzar una mirada desesperada hacia el Prime Whil Dervhen, el imbécil que irritó a Khel tras la Selección. Interesante que buscara su apoyo en este asunto. Archivé esa información para más tarde.

—Muy bien —Zhef se alejó furioso hacia su posición para comenzar la Ceremonia.

—Mi compañera... —Khel susurró—, ¡eres increíble!

—¡Mejor que lo creas! —dijo ella con suficiencia—. Nadie volverá a joder a mi familia.

Me apretó la mano cuando empezó la ceremonia. Pasó como un borrón, tan insípida como había sido la Ceremonia de Unión. Estaba demasiado eufórico para preocuparme. El rugido de las gradas cuando Amalia me reclamó como su Segundo Compañero fue ensordecedor. No sabría decir si fue de aprobación o de indignación. En cualquier caso, me importaba una mierda. Yo, Lhor Kirnhan, había sido reclamado públicamente ante todo Xelix Prime por la hembra más increíble del mundo.

Después de la ceremonia, al no querer asistir a la pequeña recepción, intentamos hacer una salida discreta. Un enjambre de gente y periodistas, cámaras en ristre, nos esperaban en las escaleras de la Sala. Había que actuar con cautela. Ghan, Sohr y Yhan estaban cerca, observando a la multitud en busca de problemas. Teníamos que acabar con esto y salir rápidamente. No era seguro. Nos lanzaban preguntas de todos lados, pero una llamó la atención de Amalia.

—*Seha* Praghan, Nikha Drubhen, del Expreso Xelix —gritó la reportera por encima de la alborotada multitud—. ¿Cómo conseguiste que el Magíster te permitiera un Segundo Compañero?

—No le correspondía al Magíster permitir o desautorizar nada —Amalia levantó la barbilla —. El Libro de Leyes Xelixiano establece claramente que toda hembra tiene derecho a un segundo compañero y que se le permite registrarlo durante la Ceremonia de Confirmación. Yo simplemente ejercí mis derechos legales.

—¿El Libro de la Ley dice eso? —Nikha enarcó una ceja dudosa.

—Derecho de Familia, artículos 1:94 a 2:33. Debería resultarte revelador —dijo Amalia con una sonrisa burlona—. La pregunta no debería ser por qué me acogí a esos derechos, sino por qué la mayoría de los Xelixianos parecen desconocerlos... Excepto los del Distrito de Xelhon, claro.

Hasta ese momento, nunca me había dado cuenta de que una hembra citando artículos de leyes pudiera ser tan excitante. Menos mal que mis pantalones eran lo bastante holgados como para ocultar lo duro que estaba por mi compañera en ese momento.

La reportera escuchó durante un segundo una comunicación personal del auricular en sus oídos antes de mirar sorprendida a Amalia.

—Acabo de recibir la confirmación de mi colega de que, efectivamente, la ley lo permite —parecía atónita—. Así que has reclamado al más poderoso... —sus ojos recorrieron a Khel—, ...y al más hermoso... —sus ojos me desnudaron lentamente—, ...que Xelix Prime puede ofrecer. Podrías haber compartido.

—Sí. Mis compañeros son magníficos, ¿no? —dijo Amalia. Nikha respondió con un voraz asentimiento—. Y, sin embargo, podrían haber sido tuyos o de cualquier otra hembra si les hubieras prestado atención. Estaban fuertemente Manchados durante la Selección. Yo era la

única hembra que se molestaba en mirar a los machos más allá de los Norms. Todos estos años, fueron ignorados como indignos. Pero vi a los increíbles machos debajo de la Mancha. Odio que hayan sufrido años de rechazo, pero estoy agradecida de haber podido reclamarlos. Pregúntate, ¿cuántos otros tesoros así fueron descartados?

Antes de Amalia, habría dado la bienvenida a cualquier hembra que me aceptara. Ahora, agradecía a la Diosa aquellos dolorosos años y su culminación en el mayor de los regalos.

—Las cosas no son tan sencillas —dijo Nikha a la defensiva.

—Las cosas son tan complicadas como nosotros las hacemos —Amalia observó a la multitud —. Acabo de ver a dos docenas de machos entrar en la Sala de Aspirantes. En unos minutos comenzará su Selección. La mayoría de ellos muestran una Mancha avanzada. Todos merecen ser elegidos, pero probablemente serán ignorados. Ruego a las hembras que al menos se tomen el tiempo de mirarlos y vean al macho detrás de la Mancha.

Nikha se volvió hacia Khel.

—General, ¿podría este segundo apareamiento debilitar su posición en el Consejo? Ya ocurrió con el Consejero Xelhon.

Khel pareció complacido por la pregunta.

—En realidad, renuncio a mi puesto en el Consejo —murmullos sorprendidos surgieron de la multitud—. Soy un guerrero, no un político. Cuando Lhor se convirtió en el Segundo Compañero de Amalia, también se convirtió en mi Consorte. Según el Libro de la Ley, un Consorte puede asumir las funciones del Consejo de un titular.

—¿Es cierto que hay más Casas de Sangre en Xelix Prime? —exclamó, encantada con las jugosas primicias que estaba recibiendo en directo en la cadena nacional.

—Si hay más, las encontraremos —dijo Khel con un cortante movimiento de cabeza.

—Consejero Kirnhan, ¿qué te parece este nombramiento? —preguntó Nikha—. ¿Cuáles son tus primeros planes de acción?

—Me siento honrado de asumir esta responsabilidad en nombre de Khel —mi voz era tan segura como me sentía. Este era mi elemento—. La política y la ley siempre han sido una pasión para mí. Como macho Manchado que ha estado en ambos extremos del espectro, hay una serie de temas muy queridos para mí por los que lucharé en la cámara. A saber, salarios mínimos, condiciones laborales y derechos sociales.

Una luz parpadeó en una ventana al otro lado de la calle, distrayéndome. Khel lo vio al mismo tiempo. Por instinto, ambos nos lanzamos sobre Amalia, derribándola, y la abrigamos con nuestros cuerpos. A nuestro alrededor resonaron gritos y alaridos de miedo mientras la gente se alejaba en estampida. Oí el chisporroteo de una explosión de iones. El dolor que esperaba no llegó, ni sentí nada de Khel. Confundido, levanté la vista.

A cada lado, un macho y una hembra Tuureanos sostenían un escudo de partículas ante nosotros. El macho disparó su bláster contra la ventana. Entre la multitud que huía, dos machos dejaron caer sus capas encapuchadas, revelando un par de asesinos Guldanos. Se dirigieron hacia

nosotros. Tras echar un rápido vistazo a su colega, la hembra Tuureana dejó caer la mitad del escudo y sacó su espada de celesio. El macho extendió el escudo para compensar.

Bajando las escaleras, Ghan luchaba contra otros tres Guldanos, mientras Sohr y Yhan se dirigían a su propio grupo de Guldanos no muy lejos del macho Tuureano.

—¡Quédate con ella! —me gritó Khel. Desenvainó su propia espada para ayudar a Ghan.

La hembra Tuureana detuvo al primero de los dos Guldanos que se acercaban de la forma más espectacular. Agitando la cabeza, la punta de su trenza blindada se extendió hasta rodear la garganta del macho. Echando la cabeza hacia atrás, tiró de él hacia su espada, empalándolo. El Guldano solo se dio cuenta de lo ocurrido cuando vio la espada que le atravesaba el pecho. Ella se deshizo de él sin darle otra mirada, enfrentándose a su aliado entrante.

Lucharon con las espadas en un elegante ballet. El macho Guldano era bueno, pero la hembra Tuureana era impresionante. Desesperado, el macho intentó agarrarse a su trenza. Lanzas afiladas como cuchillas sobresalieron de su armadura, destrozando su mano en pedazos, seccionando al menos un par de sus dedos. Cayeron al suelo. Se soltó con un grito agónico y las lanzas retrocedieron. Ella lo tiró al suelo de una patada en la nuca. Cogió su bláster y le disparó una vez. Creí que lo había matado, pero el sube y baja superficial de su pecho me confirmó que aún respiraba.

Estaba paralizado.

Por supuesto, querrían uno vivo para interrogarlo. Un tercer Guldano marchó hacia ella y trabaron espadas. Era hábil y desafió a la hembra Tuureana. Mirando hacia mí, gritó: "¡Detrás de ti!" Intentó correr hacia nosotros, pero su oponente no cedió. Instintivamente, desenvainé mi espada y me giré a tiempo para ver a un Guldano cargando contra mí. Bloqueé su espada descendente, empujando a Amalia detrás de mí. No solía luchar contra oponentes no virtuales, pero aquel macho no era rival para mí. Pronto vio cómo mi espada le atravesaba la garganta. Sus otros dos amigos eran otra historia.

Levantaron unas pistolas bláster de aspecto extraño y apuntaron a los Tuureanos. Lo primero que pensé fue que era una estupidez. Todo el mundo sabía que los bionanitos de la armadura Tuureana desviaban o absorbían prácticamente cualquier tipo de disparo. Entonces dispararon. Parpadeé a través del brillo cegador. El sonido de las espadas cercanas chocando fue sustituido por el chisporroteo de lo que parecía una red eléctrica, inmovilizando a cada Tuureano. Sus armaduras de celesio se movieron y sus afiladas cuchillas intentaron cortar los hilos de la red, pero ésta pareció moverse con ellos.

¡Por la sangre de Gharah!

Esto no era bueno.

El Guldano que luchaba contra la hembra Tuureana se alzaba sobre su cuerpo inmovilizado. Levantó su espada.

—¡No! —gritó Amalia, corriendo hacia la hembra.

Se me paró el corazón.

—¡Amalia, no!

Quise correr tras ella, pero los Guldanos que habían disparado las redes blandían sus espadas contra mí. Esquivando y desviando a mis atacantes, intenté no perder de vista a Amalia.

El Guldano blandió su espada con la intención de decapitar a la Tuureana. La hoja rebotó en su armadura, dejándola ilesa. Su rugido de rabia se apagó en su garganta cuando Amalia recogió la espada de la hembra Tuureana y se abalanzó sobre él. A duras penas consiguió bloquear su ataque, antes de contraatacar. Veloz como el viento, Amalia lo esquivó y volvió a golpearlo. Le hizo sangrar. Enfurecido, se abalanzó sobre ella con frenesí. Esperaba que ella no intentara esquivar el golpe; él era demasiado fuerte. Gracias a la Diosa, no lo hizo, y esperó a que él volviera a cargar contra ella. Amalia aprovechó su impulso para colocarse detrás de él y le asestó un tajo en las corvas con la espada. Cayó de rodillas, gritando. Un rápido movimiento de la mano de Amalia convirtió sus gritos en gorgoteos y la sangre brotó de las marcas de las garras en su cuello.

Amalia se inclinó hacia delante y le siseó en la cara antes de que cayera muerto.

¡Por los dientes de Gharah! ¡No te metas con una Verediana en su período!

Un dolor punzante en el brazo izquierdo me recordó que estaba librando mi propia batalla. Me encogí al ver el corte, pero, afortunadamente, parecía poco profundo. Con un par de movimientos, logré desarmar a uno de mis atacantes y pateé su espada fuera de mi alcance. Por el rabillo del ojo, vi que Amalia tocaba la red que sujetaba a la hembra Tuureana. La red dejó de moverse y las afiladas cuchillas de la armadura de celesio cortaron los hilos. Los hilos se rompieron con un siseo y desprendieron un olor acre a ozono al caer alrededor de la hembra Tuureana, liberándola.

El Guldano desarmado fue a coger la espada del macho Tuureano. En cuanto la sujetó, de la empuñadura sobresalieron unas púas feroces que le cortaron la mano por encima de la muñeca. Cayó al suelo con un ruido sordo y metálico. El Guldano se desplomó con un grito agudo, sujetándose el muñón sangrante contra el pecho. Sus gritos fueron acallados por el bláster de la hembra Tuureana. El oponente que me quedaba miraba horrorizado a su acólito lisiado. Aprovechando la ocasión, le golpeé la nuca con el pomo de la espada.

La batalla terminó. Amalia liberó al macho Tuureano de la red. Lo vio soltar su espada de celesio de entre los restos destrozados de la mano cercenada del Guldano. Sus ojos se posaron cautelosos en su propia mano, que aún sostenía la espada de la hembra Tuureana. Los mecanismos de defensa basados en la biofirma eran de dominio público, aunque pocos equipaban sus armas con tecnología costosa.

—¿Por qué no me ha hecho daño? —susurró Amalia.

—Eres Verediana —dijo el macho Tuureano, antes de recoger los blásters que habían disparado las redes.

Khel y Ghan arrastraron a un superviviente Guldano hasta unirse a los tres a nuestros pies. Todos los demás aspirantes a asesinos, diecisiete en total, estaban muertos. Khel fue

directamente hacia Amalia, que estaba curándome la herida. La examinó para asegurarse de que estaba ilesa.

—Gracias —le dije a la hembra Tuureana con una respetuosa reverencia—. Sin tu escudo y tu ayuda, nos habríamos visto desbordados.

—Consejero —dijo con su voz hueca y metálica, haciendo una leve reverencia.

—Sí, gracias por proteger a nuestra compañera —repitió Khel, abrazando firmemente a Amalia contra él.

—Siempre. El Almirante os envía saludos.

—Por favor, extendedle los nuestros a cambio —dijo Khel—. Y aseguradle nuestra amistad y nuestra continua alianza.

¡Magnífico!

Las cámaras se cerraron sobre nosotros en el momento en que terminó la batalla. Sin duda, también captaron la mayor parte del combate. Los dos Tuureanos se declararon públicamente protectores de Amalia. Insinuaron una amistad entre Khel y su Almirante, el macho más temido del espacio conocido. Khel ni siquiera se dio cuenta del poder político de su educada respuesta. Me había estado preguntando cómo revelar esa alianza sin exponer a las Veredianas refugiadas. Esto no podría haber salido mejor. Solo esperaba que las cámaras no hubieran captado la habilidad de Amalia para desactivar las redes...

Amalia le devolvió la espada a la hembra Tuureana.

—Quedádtela, hermanita. Y seguid haciendo buen uso de ella —dijo la hembra en su escalofriante tono monótono.



CAPÍTULO 32

KHEL

Amalia, Lhor y yo nos acomodamos a nuestro apareamiento. Por fin aplastamos cualquier torpeza persistente hace una semana, y más de un mes después del día de nuestra Confirmación. Las últimas siete semanas me habían desafiado hasta el límite. A pesar de su apoyo y comprensión, no podía evitar irritarme cada vez que Amalia y Lhor se tocaban. Cuando invadía nuestra cama, quería estrangularlo. Otro macho no debería tocar a mi compañera y vivir.

Y ese era el quid del asunto.

Lhor era mi Gem, y sin embargo pensaba en él como en otro macho en vez de como en otra faceta de mí mismo. Fue Bhek quien me hizo darme cuenta de que nunca le había reconocido realmente como mi Gem. Había amado a Lhor como a un hermano con el que compartía un vínculo especial, y como a una celebridad que se deleita con la adoración de un fan devoto. Me aterrorizaba la posibilidad de no superarlo nunca. Pero peor aún, me avergonzaba haber fallado a mi Gem, que me había abrazado incondicionalmente.

Desde el apareamiento de Lhor con Amalia, había dejado caer los muros entre nosotros. Sus emociones me acompañaron constantemente y llenaron un agujero en mi alma que nunca me di cuenta de que existía. Por primera vez, me sentí completo, en paz. Al crecer, era propenso a los ataques de ira. A menudo, la presencia de Lhor era lo único que me impedía perder los estribos. Con los años, la disciplina militar me enseñó a controlar mi temperamento, la mayoría de las veces. Pero las últimas semanas me convencieron de que mi rapidez para enfadarme había sido causada por el vacío interior, la sensación de estar incompleto.

Después de estos dos meses de simbiosis psíquica, por fin supe lo que era ser un Gem, ser uno en el plano espiritual con otro. Lhor había vivido con mis emociones toda su vida, convirtiéndome en parte integrante de él. Al bloquearse de mí todos estos años, también había bloqueado mi capacidad de abrazarle como él me había abrazado a mí. Ni siquiera podía culparle porque lo hacía para protegerme. Las señales habían estado ahí, pero yo había optado por ignorarlas. Pero ya no; por fin, éramos uno. Y a medida que el vínculo se estrechaba, mis celos e inseguridades se desvanecían.

Durante los doce días siguientes a la Ceremonia, Amalia estuvo insaciable. De hecho, me

sentí aliviado de contar con la ayuda de Lhor para saciar sus necesidades. El decimotercer día me enteré de que la diablilla había dejado de tomar su té de Rehmannia, como descubrió Lhor cuando se le echó encima en su despacho. Ella le dijo entonces que no lo necesitaba porque tenía dos compañeros. Pero cuando terminó su período, se lo confesó. El té disminuía su deseo sexual y ahora quería formar una familia, así que lo dejó de lado.

Las imágenes de Alleria, esa preciosa niña Verediana, inundaron mi mente. Me moría de ganas de que tuviéramos la nuestra. Tendrían que inventar una nueva palabra para describir lo malcriada que estaría. Amalia no tenía ni idea de lo que le esperaba. Nos daría una paliza si supiera que Lhor y yo estábamos apostando sobre quién engendraría a nuestra primera hija. Las probabilidades estaban a mi favor, ya que había tenido unos días de ventaja durante su período. Solo el tiempo lo diría, suponiendo que nuestra semilla echara raíces. Pero Diosa, no sería por falta de intentos. Pasarían unos días más antes de que lo supiéramos.

Amalia y yo hablábamos a menudo de que Lhor se sentía como un intruso. Ella sostenía que seguiría sintiéndose así hasta que obtuviera mi bendición inequívoca para tener relaciones sexuales con ella. Darle el derecho no era lo mismo que estar de acuerdo. Aunque podía soportar saber que estaban teniendo sexo en mi ausencia, no había estado preparado para presenciarlo sin asustarme. Ya no lo estaba. Casi dos meses después de su apareamiento con Amalia, tendí una emboscada a Lhor cuando entró en nuestro dormitorio.

Amalia y yo estábamos tumbados en el sofá de la zona de estar. Estaba acurrucada contra mí, sentada en mi regazo, cuando Lhor entró. A pesar de su expresión neutra, sentí su culpabilidad por entrometerse en lo que él consideraba mi momento de intimidad con Amalia.

—Por fin estás aquí —le dije, interrumpiendo sus pensamientos de hacer una retirada precipitada.

—No sabía que me estuvieras esperando —dijo Lhor, cerrando la puerta.

Sus emociones se debatían entre la confusión, la sospecha, la curiosidad y la inquietud. Me divertía molestar a Lhor haciéndole creer que estaba tramando algo que le asustaría.

—Desde luego que sí —dije con una sonrisa malévola. Amalia soltó una risita mientras los ojos de Lhor nos miraban con recelo—. ¿Por qué no vas a saludar como es debido a tu compañero, Amalia?

No aparté los ojos de la cara atónita de Lhor mientras Amalia se desplegaba con elegancia de mi regazo antes de pavonearse hacia él. Estaba para comérsela, con su hermosa piel cobriza apenas cubierta por un camisón blanco transparente que le llegaba hasta los muslos. Lhor me lanzó una mirada cautelosa mientras le rodeaba el cuello con los brazos y apretaba el pecho contra el suyo.

—Hola, amor —susurró Amalia antes de besarlo.

Su beso fue vacilante al principio. Al no sentir ninguna agresión por mi parte, se relajó y la rodeó con los brazos. Temí que mis celos se desataran a medida que su beso se hacía más profundo, pero fue el calor de la excitación floreciente lo que se instaló en mi estómago.

No en el mío, en el suyo. No... en el nuestro.

Joder, era confuso no saber de quién eran las emociones que sentía. Ver a Lhor tocar íntimamente a Amalia ya no me provocaba celos. Desde su apareamiento, Amalia había aumentado lentamente la frecuencia con la que lo tocaba en mi presencia para ayudarme a superar mis inseguridades. No podría haberlo hecho si su otro compañero no fuera Lhor. Me pondría como una fiera con cualquier otro macho, incluso con Ghan, al que apreciaba mucho. Pero ahora que Lhor ya no bloqueaba su habilidad, sentía de verdad que éramos una extensión el uno del otro.

Lhor puso fin al beso y le pasó el pulgar por los labios. Ella fingió morderlo y él apartó rápidamente la mano.

—Desnúdala —le dije—. Despacio.

Lhor giró la cabeza hacia mí, con ojos de insecto. Le sostuve la mirada, dejándole mis emociones a flor de piel. Por un momento, pareció a punto de desplomarse del susto. Luego me golpeó con una extraña mezcla de alivio, felicidad, gratitud y anticipación antes de dirigir una mirada lujuriosa hacia Amalia. Mi Gem tenía una vena exhibicionista, probablemente una reacción a haber sido un fantasma para nuestra sociedad toda su vida. Podía sentir su excitación. En realidad, había sentido curiosidad por saber cómo sería hacer el amor con Amalia, sentido a través de Lhor y potenciado por sus emociones. Mi propia excitación aumentó ante la perspectiva.

Lhor se inclinó hacia ella para besarla y le acarició la cara con las manos. En una lenta y sensual caricia, sus palmas se deslizaron por el cuello de ella hasta posarse en sus pechos. Después de apretarlos suavemente, sus pulgares rodearon sus pezones. Quería tener esos pezones en la boca, pero no se trataba de mí. Lhor se movió ligeramente, obligando a Amalia a girarse también, de modo que los vi de perfil y me aseguré de no perderme ninguna de sus acciones. Sus labios siguieron el mismo camino que sus palmas, mientras sus manos se deslizaban por la cintura de ella y rodeaban su espalda para envolver su trasero. Amalia le peinó el pelo con los dedos y un leve gemido escapó de su esbelta garganta.

Amasó las mejillas perfectas, presionando su pelvis contra la de ella. La sangre corrió a mi ingle. A través de él, podía sentirla contra mí. Amalia le rastrilló suavemente la espalda con las uñas. Lhor se estremeció, pero fue una llamarada ardiente que recorrió la mía. Había olvidado cuánto ansiaba el tacto y lo sensible que era a él. Redescubrir el tacto de Amalia a través de él iba a ser de lo más placentero.

Lhor chupó uno de sus pezones erectos a través de la tela transparente del camisón. Siguió bajando y le besó y pellizcó el vientre, deslizando la mano bajo el camisón para acariciarle la parte posterior de las piernas. Se arrodilló frente a ella y sus labios rozaron el interior de sus muslos. Al igual que a mí, su olor le excitó e inhaló profundamente. Frotó la cara contra su entrepierna, mientras sus dedos se enganchaban en la cintura de su tanga.

—No —le dije—. Primero quítale la bata.

Con una leve inclinación de cabeza, Lhor la acarició por los costados, levantándole la bata. Su boca y su lengua dejaron un rastro de carne desnuda. Me removí en mi asiento, sintiendo que me ponía duro. Detuvo su ascenso en su pecho turgente y se metió en la boca un pezón de color moca. Sin embargo, sus manos no dejaron de levantarle la bata y ella levantó los brazos para que se la quitara. Con los labios aún pegados a su pecho, Lhor la estrechó en un fuerte abrazo. Podía sentir el ardiente deseo que surgía en su interior y que avivaba el mío. Si hubieran estado solos, seguro que ya la habría tirado sobre la cama y desatado su pasión.

Todavía no, primito...

Los dedos de Lhor bajaron por su espalda hasta la tanga. Me miró, buscando aprobación. Me deleité con la sensación de poder y asentí con la cabeza.

Hmmm... Podría acostumbrarme a esto.

Un rayo de lujuriosa expectación recorrió a Lhor y resonó directamente en mi polla. Volvió a arrodillarse y le bajó la tanga. Apenas le había bajado la tanga hasta la mitad de los muslos cuando Lhor hundió la cara entre sus piernas. Amalia echó la cabeza hacia atrás con un gemido y le retorció el pelo con las manos. Casi podía saborearla mientras la lengua de Lhor la lamía. Le bajó la tanga hasta los tobillos. Ella levantó un pie y, cuando procedió a hacer lo mismo con el otro, Lhor le sujetó la pierna, abriéndola a su exploración.

Me sentí palpitar en los confines de mis calzones, mi única prenda.

—Para —aún no se había ganado ese capricho.

Aunque podía sentir su frustración al ver interrumpido su festín, Lhor obedeció. Su placer era mío para guiarlo, controlarlo o permitirlo. Ese no había sido el plan. Al principio, solo pretendía poner las cosas en marcha, jugar un poco al voyeur para saciar la vena exhibicionista de Lhor y ver adónde nos llevaba, si me unía o no a la acción. Sin embargo, dirigir el espectáculo estaba resultando mucho más divertido.

Extendí la mano hacia Amalia.

—*Falihna*.

Temblando ligeramente, se acercó a mí, con los ojos febriles de deseo. La subí a mi regazo, frente a Lhor.

—Desnúdate para tu compañera, Lhor.

Una sacudida de excitación lo recorrió mientras se levantaba lentamente. Con los ojos clavados en Amalia, empezó a quitarse la ropa. Separé las piernas de ella a cada lado de las mías.

—Sube los pies al cojín —le susurré al oído. Una vez que lo hizo, le dije—: Ahora no te muevas, no toques, solo siente y admira a tu compañero.

Ella estaba totalmente expuesta a los ojos ávidos de Lhor. Mis dedos rodearon sus resbaladizos pliegues y ella se estremeció contra mí. Le acaricié la nuca y la rodeé con el brazo para acariciarle uno de los pechos. Amalia apoyó la cabeza en mi hombro, sin apartar los ojos de Lhor, que se despojaba de su camisa. Introduje dos dedos en su interior y el pulgar acarició su pequeño nódulo. Sus manos se agarraron al sofá en un esfuerzo por resistir la tentación de

tocarse. Estaba empapada y el aroma de su almizcle me hizo la boca agua. Sin embargo, fue Lhor quien se lamió los labios, mirándola fijamente.

Aceleré el movimiento de mis dedos mientras Lhor se quitaba los pantalones, acelerando también el ritmo. Amalia jadeó mi nombre, con la respiración agitada. Mi lengua lamió las manchas cada vez más oscuras de sus marcas. Gritó de placer. Lhor apretó los dientes mientras se quitaba los calzones, luchando contra el impulso de lanzarse ante la provocativa visión de Amalia expuesta ante él. Podía sentir cómo las paredes internas de Amalia empezaban a apretarse espasmódicamente alrededor de mis dedos, precursoras de su inminente liberación. Eso no serviría.

Saqué mis dedos de ella y los lamí lentamente.

—¡Noooo! —gimoteó, incrédula.

—Todavía no puedes correrte, mi amor —le dije, mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. De hecho, ninguno de los dos puede correrse hasta que yo lo diga.

—Pero...

—Nada de peros, Amalia —dije con voz severa—. No te correrás hasta que yo te lo diga, ¿entendido?

Tragó saliva, con los ojos ardientes, y luego asintió.

—Buena chica. Ahora, tu compañero parece muy... tenso. ¿Por qué no te portas bien y cuidas de él? —volvió a asentir, esta vez con entusiasmo, y se puso en pie—. Ponte en la cama, a cuatro patas, frente a él.

No necesité decir nada más para que entendiera lo que esperaba. Se puso en posición, con las palmas de las manos apoyadas en el borde de la cama. Mirando a Lhor, le hice un gesto con la cabeza para que se acercara a Amalia. Su sonrisa era casi aterradora en su ferocidad mientras merodeaba hacia ella. A Amalia se le puso la piel de gallina al verlo acercarse y colocarse a escasos centímetros de su cara. Sus delicados dedos revolotearon a lo largo de sus muslos, sobre sus cincelados abdominales y hasta su pecho. Inclinándose hacia delante, aspiró su aroma antes de besarle el hueso de la cadera. Le frotó la cara alrededor de la ingle, pero no llegó a tocarle la polla hinchada, que ascendía hacia el vientre.

La exquisita tortura que sentía era también la mía. No sentí su piel contra la mía mientras tocaba a Lhor; solo una sensación fantasmal de ella. Sin embargo, sentí al cien por cien las sensaciones que sus acciones despertaron en él. Observé con lujuriosa expectación cómo envolvía por fin con sus carnosos labios su rígida longitud, preguntándome qué sentiría.

El siseo de éxtasis de Lhor se mezcló con mi propio jadeo de placer. Era como si lava fundida se hubiera acumulado en mi entrepierna y luego se hubiera arremolinado y girado alrededor de mi pene, enviando chispas de relámpagos por todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

¿Así se sentía Lhor cada vez que hacía el amor con Amalia antes del apareamiento?

Acallé la culpa que quería resurgir por haber negado a Lhor durante tanto tiempo debido a mi

estúpida posesividad e inseguridades. Lhor echó la cabeza hacia atrás y exhaló un suspiro tembloroso, entregándose a la boca experta de Amalia. Mi polla palpitaba de necesidad, se tensaba contra mis calzones.

Amalia se volvió ligeramente para mirarme, con un brillo perverso en los ojos. Se balanceaba sobre Lhor con gran ardor, acariciándole la base de la polla con una mano. Su ministración vaciló ligeramente para poder dedicarme una sonrisa triunfante, al ver cómo me afectaba a través de Lhor. Ambos estábamos a punto de perder el control y ella lo sabía. La muy descarada se estaba vengando porque yo le había negado el orgasmo. Podía seguir jugando a eso.

Me levanté con una sonrisa depredadora, me quité los calzones y me acerqué a la cama. Me subí y me arrodillé detrás de Amalia. Incapaz de resistirme a la llamada de su hermosa piel, pasé las palmas de las manos por la curva redondeada de su trasero en lentos movimientos circulares. Seguí acariciando su espalda, a lo largo de su columna vertebral, antes de girar alrededor de su frente para acariciar sus pechos de seda. Lhor pasó los dedos por el pelo de Amalia. Los movió hacia un lado, dejando al descubierto las marcas entre los omóplatos y en la base del cuello. Me incliné hacia delante y pasé lentamente la lengua por las marcas más oscuras, saboreando la dulzura salada de su piel bronceada. Su gemido estrangulado fue música para mis oídos.

Me enderecé, metí la mano entre sus piernas y froté varias veces su pequeño nódulo, insinuando lo que se avecinaba. Estaba empapada, caliente y apretada cuando la penetré. Lhor gritó cuando la sintió a mi alrededor, acariciándome con sus paredes internas. Me sentí identificado. Mi propio cerebro casi explota ante nuestro placer combinado. El plan había sido que nuestro pequeño juego durara un rato, pero ni en un millón de años habría imaginado la intensidad de estas sensaciones.

Aumenté el ritmo, queriendo sentir cómo sus resbaladizos pliegues acariciaban mi polla unas cuantas veces más antes de sacarla de dentro. Por mucho que me doliera correrme dentro de ella, esta vez tenía que ser Lhor. Necesitaba saber que realmente aceptaba que éramos uno y que ella era nuestra, por igual. Hice que se tumbara boca arriba, con las piernas colgando sobre el borde de la cama. El ardiente éxtasis que me recorrió cuando Lhor la tomó fue aún más exquisito que cuando ella se la había chupado.

Arrodillado frente a su cara, sostuve su cabeza con una mano mientras ella se introducía mi miembro rígido en la boca. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no perder el control e introducirme brutalmente en su garganta. Lhor la tomaba a un ritmo enérgico. Estaba al límite y yo estaba a su lado. No duraríamos mucho más.

—Córrete para tus compañeros, Amalia —dije, con voz grave.

Como si me hubiera leído el pensamiento, el pulgar de Lhor empezó a frotarle el clítoris mientras seguía metiéndose y sacándose de ella. Cambió de ángulo hasta que su grito de placer le confirmó que había encontrado su objetivo. Las vibraciones de su grito contra mi pene me arrancaron un gemido torturante mientras luchaba contra las ganas de correrme. Acaricié sus pechos y pellizqué sus pezones mientras Lhor aceleraba el movimiento de su dedo sobre su

pequeño nódulo.

De repente, la espalda de Amalia se arqueó sobre la cama y sus manos se agarraron a la sábana mientras gritaba su orgasmo. Su orgasmo provocó una reacción en cadena. Sentí cómo las paredes de ella apretaban a Lhor y el éxtasis cegador que le recorrió mientras caía al borde del abismo. La intensidad de su clímax se abatió sobre mí como un tsunami. Con un rugido, di la bienvenida a mi propio éxtasis. Intenté apartarme de la boca de Amalia, preocupado por si la ahogaba con mi semilla, perdida como estaba en su propio y feliz olvido. Pero ella me agarró por las caderas y me chupó hasta la última gota, mientras su cuerpo seguía estremeciéndose de placer.

Los tres nos arrastramos por la cama, Amalia en el centro. Esta vez, apoyó la cabeza en el hombro de Lhor y yo me acurruqué detrás de ella, con el brazo alrededor de su cintura. Levantó la muñeca frente a la cara de Lhor e inclinó la cabeza, exponiendo su cuello para mí.

—Beban, mis compañeros —susurró.

Lhor le cogió la mano y nuestros ojos se encontraron por encima de ella. *Mi Gem*... Mi sonrisa se hizo eco de la suya y hundimos los colmillos en nuestra compañera al mismo tiempo.

~

En las semanas siguientes, la capacidad de Lhor para sentir mis emociones y compartir las suyas se convirtió tanto en una bendición como en una maldición. Cuando él y Amalia sentían que había estado trabajando demasiado o simplemente para fastidiarme, se acercaban lo suficiente para que la capacidad de Lhor funcionara. Ella lo acariciaba para desconcentrarme u obligarme a parar. Lo peor fue cuando se la chupó durante mi vidcom con el Primer Oficial de la base Xelhen.

Estaban compensando sus terribles infancias... a mi costa. Pero eran tan adorables juntos...

Para mi desgracia, Amalia se había aficionado seriamente a la ley. Esperaba que adoptara sus habilidades como hacker. Quería especializarse en Derecho de Familia y Derecho de Gentes. Después de haber sido privada de su familia y de cualquier tipo de derechos, estaba decidida a defender estas causas. Lhor estaba encantado con su decisión. Sus conocimientos y su pasión serían decisivos para ayudarle a sacar adelante algunas de sus reformas. Los discursos de ambos fuera de la Sala de Unión habían conseguido el apoyo de la población. Aunque los Norms y, sobre todo, los nobles se opusieron enérgicamente, se vieron superados en número por las masas de Manchados que clamaban por un cambio.

Amalia contaba con muchos seguidores entre los machos Manchados. Su apasionada petición de que las hembras al menos miraran a los Manchados durante la Selección estaba dando sus frutos. Ese mismo día, un macho Manchado había sido elegido. La semana pasada, otro más. Todos los distritos informaban de algún segundo apareamiento confirmado. Las cifras eran extremadamente bajas, y algunos se quejaban. El cambio no fue fácil, pero fue un comienzo.

Lhor y Amalia eran una pareja impresionante. Aparecían en las portadas de todas las revistas electrónicas. A mí no me molestaba. Yo tenía más fama de la que me correspondía, aunque en realidad no me importaba. Lhor prosperaba. Su porte, elegancia y elocuencia tenían al Consejo, al pueblo y a los medios ronroneando como un neption sobrealimentado. Él había nacido para esto. La admiración descarada y la desnuda lujuria que despertaba su aspecto aún le inquietaban, pero poco a poco se iba acomodando a su nueva piel.

La confianza en sí misma de Amalia no había dejado de crecer desde la primera vez que la conocimos. Seguía torturándose el pelo de vez en cuando, cuando los nervios la dominaban, pero ese comportamiento ya no era tan repetitivo. Dejamos de darle clases de natación. Amalia era lo suficientemente hábil como para disfrutar del estanque con seguridad, pero no lo suficientemente buena como para ir a la parte más honda. Sin embargo, era implacable con la lucha. La mañana siguiente a nuestra Confirmación, Lhor y yo también recibimos una espada de celesio, cortesía del Almirante. Eran regalos que no tenían precio. La hembra Tuureana, Kamala, de vez en cuando le daba a Amalia entrenamiento extra.

La batalla fuera de la Sala de Unión nos dio mucha más visibilidad de la que esperaba. La población se había indignado de que alguien atacara a su amada. Que Lhor y yo no hubiéramos dudado en protegerla con nuestros cuerpos nos valió muchos elogios, al igual que nuestras habilidades de combate. Lhor había sido un Magíster con la espada. No pude evitar sentirme orgulloso de mi pupilo. Sin embargo, nuestra aprobación no fue unánime. Muchos Norms, y sobre todo Primes, no veían con buenos ojos nuestro apareamiento. La población nos aceptaba porque éramos “famosos” y los famosos tenían fama de excéntricos. Pero las demás unidades familiares que desde entonces habían recurrido a un segundo apareamiento se enfrentaban a un gran ostracismo.

El gran número de Guldanos que nos habían atacado había puesto a su gobierno en un aprieto aún mayor que las incursiones de la Casa de Sangre. Se decretó un embargo total de las naves Guldanas, mercantes o no, en Xelix Prime, Avea, Terra y todas las colonias Terranas. Esto supuso un duro golpe para la economía Guldana. Su gobierno se apresuró a resolver la situación. Lo que me preocupaba era que los Guldanos que nos habían atacado habían sido agentes durmientes en Xelix Prime todo este tiempo.

Los Tuureanos, reservados como siempre, no dieron mucha información sobre sus descubrimientos sobre ese net bláster. Con su larguísimo tiempo de recarga, era un arma de un solo uso. Eso explicaba por qué los Guldanos no las habían usado con Amalia y Lhor, las habían estado guardando para incapacitar a la amenaza mayor en su lugar. Los Tuureanos se apresuraron a confirmar que esas nets ya no podían superar a los bio-nanitos de sus trajes.

Yo estaba felizmente instalado de nuevo en lo que conocía y amaba: ser general y dirigir mi ejército. De hecho, me estaba preparando para embarcar. Tras un mes de duro trabajo, localizamos a Gruuk. Zalgar era una roca desolada e inhóspita. Las constantes tormentas de iones hacían que viajar allí fuera peligroso, y los dispositivos de escaneo casi inútiles. Nos

encontraríamos con los Tuureanos a un parsec de esa luna, dentro de veinticuatro horas.

Cenamos con Ghan y luego hice el amor con Amalia antes de prepararme para la misión. Esta sería mi primera vez fuera del planeta desde mi apareamiento. Nunca esperé que fuera tan duro separarme de Amalia. No había más amenazas ni ataques contra su vida desde la Sala de Unión. Si esta misión iba según lo planeado, Gruuk moriría. Entonces Lhor y yo celebraríamos nuestro cumpleaños, el suyo vigésimo noveno, y el mío trigésimo, al día siguiente de mi regreso, eliminando para siempre la amenaza de la Ley de Propiedad que se cernía sobre mis tierras.

~

El Almirante ya nos esperaba cuando llegamos a las coordenadas de encuentro. Nos encontramos a bordo de la nave de batalla Tuureana. Babeé tanto que podría habernos ahogado a todos. Los avances tecnológicos de esa nave eran demenciales. Daría mi huevo izquierdo por tener una como esta.

Había al menos dos docenas de Veredianas en la nave. No visitamos todas las habitaciones, así que probablemente había más. Para mi alivio, todas parecían felices y bien tratadas. Esta alianza aún era frágil. Los Tuureanos eran aliados formidables. Habían salvado a mi compañera y me estaba encariñando con el Almirante, al igual que Ghan. Lee era una versión más pequeña de Ghan—pequeño es un término relativo. Todos parecían escuálidos en comparación con Ghan.

Repasamos el plan de batalla por última vez antes de regresar a mi nave, no sin una ligera punzada de arrepentimiento. Deberían regalarme uno de estos bebés por mi cumpleaños.

Ojalá...

Entramos en el sector Sarkesiano y nos posicionamos cerca de Zalgar. Los Tuureanos extendieron sus escudos de camuflaje sobre nuestra flota. Nadie había conseguido atravesar su tecnología de camuflaje.

El Specter orbitaba exactamente donde esperábamos. Estaba camuflado, pero los Tuureanos podían ver a través de él, igual que veían a través del nuestro. Impedirían la huida del Specter encadenándolo con sus rayos tractores. Los escaneos de la nave revelaron que no había tripulación a bordo. Ninguna Verediana. Así que o la Nana de Amalia estaba en la superficie o Gruuk la había dejado en otro lugar. Esperaba que fuera lo primero, ya que estaba decidido a reunirla con Amalia.

El fuerte frente iónico de la luna hacía inútil nuestro escáner de superficie, incluso utilizando tecnología Tuureana. Entraríamos a ciegas, pero eso también significaba que no nos verían venir. Golpearíamos ambos frentes simultáneamente aunque era poco probable que la nave huyera sin Gruuk.

A mi señal, cinco naves de guerra—tres Xelixianas y dos Tuureanas—aterrizaron en la luna a menos de una milla de la fortaleza. Lo ideal habría sido desplazarnos a pie, pero la exposición prolongada a la tormenta de iones era demasiado arriesgada. Utilizamos rovers híbridos en modo

sigilo para llegar a las paredes exteriores.

Un Tuureano ajustó un disruptor a la frecuencia de radio de la fortaleza. Una vez fuera del rover, interrumpiría su sistema de seguridad. Con el disruptor en su lugar, corrimos fuera de los rovers, hasta la pared lateral. El escáner de proximidad, aunque un poco inestable, confirmó que la habitación al otro lado de la pared estaba vacía. Cuando el Almirante Lee me dijo que tenían una forma de abrir una brecha en la pared, nunca habría imaginado lo que resultó ser.

Uno de sus guerreros colocó un campo de fuerza protegido por un marco desionizador contra el lateral de la estructura. Evitaría que la base perdiera oxígeno y presión una vez que la atravesáramos. Lee atravesó el campo y apoyó ambas manos contra la pared. La armadura que lo rodeaba se desdibujó y los nanocitos se entrelazaron con el metal, formando un disco alrededor de sus manos extendidas. Un temblor sacudió la pared y el Almirante deslizó las manos hacia los lados como si abriera unas puertas correderas. La pared se abrió como una boca vertical.

Casi me caigo de culo del susto. Ghan y yo intercambiamos una mirada de desconcierto. Lee se apartó para que nuestros guerreros pudieran entrar en la base. Entró el último, volviendo a sellar el muro tras nosotros. ¡Esta tecnología era demasiado poderosa! Y yo la quería, joder. Sin embargo, había algo que me molestaba, y no sabía qué.

Ya protegidos de la interferencia iónica, escaneamos la base. Había muy poca gente: dos Veredianas, cinco Terranos y catorce Guldanos. Esto sería más fácil de lo previsto. Un par de habitaciones parecen contener un gran número de cajas y contenedores, pero sin biofirmas, probablemente mercancía. Esto no era una bodega de esclavas, lo que significaba que las posibilidades de que una de las hembras fuera la Nana de Amalia eran muy altas. Se me aceleró el corazón.

Dividimos nuestras tropas en tres equipos y nos dispersamos. Las órdenes: asegurar a las Veredianas. Quería a Gruuk vivo. Todos los demás eran prescindibles. Lee y yo enviamos un mensaje a nuestra flota en órbita para desembarcar y abordar el Specter. Usando su tecnología de punta, Lee y un pequeño contingente de guerreros se dirigieron a la sala donde estaban las Veredianas. Ghan y yo, con un puñado de tropas, nos dirigimos a lo que parecía el centro de mando, con la esperanza de encontrar a Gruuk. Las unidades restantes despejarían el resto de las salas.

Estábamos a medio camino del centro de mando cuando sonó la alarma. Corriendo hacia adelante, tratamos de cortar cualquier ruta de escape. Los disparos de los blásters nos frenaron. En otras circunstancias, habría jugado con mis oponentes, arrinconándolos pacientemente hasta que estuviera listo para matar. No había nada como la emoción de la caza. Ahora mismo, sin embargo, tenía otras prioridades. Manteniéndome agachado, fuera de su línea de fuego, lancé dos granadas de concusión, una detrás de otra. Silencio. Reanudamos la persecución. El centro de mando estaba sellado con una puerta blindada. Atravesarla llevaría más tiempo del que me gustaría, pero no teníamos elección. ¿Dónde estaba Lee cuando necesitabas sus artilugios superpotentes?

Debía de haber una salida secundaria en el centro de mando porque los tres Guldanos que lo ocupaban ya no aparecían en el escáner. No había ninguna otra sala más allá, así que solo podíamos suponer que había un ascensor. Estábamos a medio camino de la puerta cuando recibimos una transmisión entrante de los guerreros que custodiaban nuestras naves en el exterior. La tormenta iónica impedía la comunicación directa. El retraso, aunque breve, fue muy inconveniente.

—General, acaba de abrirse la puerta de un hangar de lanzaderas en el lado norte-noroeste de la base. Dos lanzaderas han despegado, cada una con un solo pasajero. Moviéndose para interceptar.

Dos lanzaderas, dos machos... Alguien se quedó atrás o se quedó deliberadamente. De alguna manera, dudaba que fuera Gruuk. Sabía que lo encontraríamos si trataba de esconderse. Tenía que estar en una de las dos lanzaderas.

—Dañen las naves, pero no las destruyan. Quiero a Gruuk vivo. ¿Me copian?

—Mensaje recibido alto y claro —dijo el alférez, tras el retardo de la transmisión—. La primera lanzadera se ha estrellado. Tres unidades están en movimiento para su recuperación. La segunda lanzadera ha salido de la estratosfera. Las naves en órbita están en rumbo de intercepción.

Esto podría ponerse feo rápidamente. No podíamos dejarlo escapar ahora. Pero no había nada que pudiera hacer en mi posición actual. Avancé para encontrar al macho que se había quedado atrás.

La desdichada puerta se abrió y corrimos hacia el ascensor de la esquina más alejada. Las puertas se abrieron, revelando la forma tendida de un macho Guldano que apenas respiraba. Como dijo Amalia, Gruuk era un macho práctico, y este pobre desgraciado había sobrepasado su utilidad.

Una vez asegurada la base, me dirigí a la sala donde estaban las Veredianas. Un mensaje entrante confirmó que mis tropas habían apresado la segunda lanzadera; Gruuk no estaba a bordo. Eso significaba que su lanzadera era la que se había estrellado poco después de despegar. Una sonrisa feroz se dibujó en mi rostro: el bastardo era mío.

Dos Tuureanos montaban guardia cuando llegué a la sala. Me cerraron el paso cuando me dirigía a la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Lo siento, General —dijo uno de los Tuureanos con una dura reverencia—. Tenemos órdenes estrictas de no dejar entrar a nadie sin permiso del Almirante.

Me invadió un frío pavor. ¿Qué le estaba haciendo allí a la Nana de Amalia?

—Me importa una mierda lo que haya dicho —gruñí—. Abrid esa puerta o vamos a tener un grave problema.

Los Tuureanos se tensaron. Ghan bajó la mano cerca de su espada.

—Esto es innecesario —dijo la voz robótica del Tuureano—. Somos aliados.

—¿Aliados? Entonces, ¿por qué coño nos mantienen fuera? ¿Qué esconden?

—Nada. No haríamos daño a las Veredianas. No hay razón para preocuparse. El Almirante saldrá en breve.

—No, va a salir ahora —dije, desenvainando mi espada.

La puerta se abrió en ese momento, revelando al Almirante.

—Calmaos, General —dijo impasible—. Guardad esa arma, Ghan. Todo este drama es innecesario. Adelante.

—¿Qué estabáis haciendo? —pregunté, mi tono era prohibitivo.

—Hablando.

—¿Teníais que cerrar la puerta y prohibirnos el acceso para hablar?

—Era una conversación privada —Lee se encogió de hombros—. ¿Todo este jaleo para entrar y ahora no queréis hacerlo?

Le gruñí y me abrí paso entre los guardias para entrar en la habitación. Una hermosa anciana estaba sentada en una litera, y una adorable niña de unos ocho años, acurrucada a su lado. No había duda de que la anciana era Maheva. Podía ver con qué elegancia envejecería mi compañera. Me acerqué con cautela. Maheva me miró con una sonrisa serena, mientras la niña observaba con curiosidad.

—Gran Madre Maheva —dije sin poder disimular la emoción en mi voz—, te hemos buscado durante mucho tiempo. ¿Te encuentras bien? —lancé una mirada suspicaz al Almirante.

La risa de Maheva resonó en la habitación.

—Sí, hijo mío. Me encuentro bien. Perdona al Almirante por no haberte dejado entrar antes. No ha ocurrido nada inapropiado. Simplemente teníamos algunas cosas importantes que discutir que eran solo para nuestros oídos. Acércate. Déjame verte —extendió dos delicadas manos hacia mí.

Me acerqué obediente. Tomé sus manos entre las mías y me arrodillé para que no se forzara el cuello al mirarme. Después de apretarlas suavemente, me soltó las manos y me acarició la cara con las suyas, absorbiendo cada detalle de mis facciones.

—Así que eres tú. El elegido de mi Amalia.

—Sí, Gran Madre.

—¿Te preocupas por ella? —preguntó, escrutadora.

—Ella es mi corazón —dije—. Haría cualquier cosa por ella.

—¿Ella está bien?

Sonreí con cariño, pensando en mi compañera.

—Sí. Está estudiando Derecho. Quiere luchar por la protección de las familias y los derechos civiles. También se está entrenando en combate y defensa personal.

—¿Ha hecho todo eso en tan poco tiempo? —exclamó Maheva, encantada.

—Todo eso, y aún tiene energía para hacer travesuras.

Se echó a reír.

—Ella soñaba contigo, ¿sabes? —dijo Maheva—. Durante muchos años soñó con su guerrero Xelixiano, que la liberaría y la mantendría a salvo. Me alegro de que te encontrara.

—Me alegro de que me encontrara —apreté sus manos curtidas—. Le alegrará saber que te hemos encontrado. No ha pasado un día desde su huida sin que haya rezado por encontrarte.

Miré a la niña y luego al Almirante.

—Sí, el Almirante me lo ha dicho —respondió. Me dio un suave beso en la frente antes de soltarme y abrazar a la niña—. Talisa nació en una de las fortalezas de Gruuk. Tiene una habilidad parecida a la de Amalia. Gruuk se dio cuenta de que nunca recuperaría a Amalia, así que Talisa debía reemplazarla y yo debía cuidar de ella. Pero ahora, ella tiene muchas hermanas con los Tuureanos para cuidar de ella. Y yo deseo ir con mi Amalia.

Mi corazón se alegró y no hice ningún esfuerzo por ocultar mi sonrisa. Temía que el Almirante le hubiera lavado el cerebro para que se fuera con ellos. Me sentía un poco culpable por mi anterior postura agresiva, pero mi instinto me decía que los Tuureanos no eran del todo sinceros con nosotros. Aun así, aunque mi flota superaba en número a la suya, no estaba seguro de que pudiéramos derrotarlos.

Lee tendió una mano a Talisa. Tras una rápida mirada a Maheva, se acercó a él de buena gana y le cogió la mano. Liviano y andrógino, el Almirante intimidaba con su oscura armadura y su voz antinatural. Sin embargo, tanto la pequeña Alleria como Talisa reaccionaron ante él como si se tratara de un amigo o pariente de confianza. Era... intrigante.

—La tormenta es cada vez más fuerte, General. Mientras os ocupáis de Gruuk, podemos escoltar a las Veredianas de vuelta a nuestras naves o podemos dejar a la Madre Maheva a vuestro cuidado.

Mi reacción instintiva fue decir que cuidaríamos de Maheva. Pero mi arrebato anterior había fracturado nuestra incipiente alianza. Me estaba ofreciendo una salida para mantener la paz, fuera cual fuera mi respuesta. Quería arreglar las cosas entre nosotros. Esta alianza era demasiado importante, no solo para el pueblo de Amalia, sino también para Xelix Prime.

—Si no es demasiado inconveniente, aceptamos encantados vuestra oferta de escoltarlas —acepté con amabilidad, haciendo una reverencia—. Ghan, mis guerreros y yo tenemos una cita pendiente con Gruuk.

Su postura se relajó casi imperceptiblemente, sugiriendo que no había esperado esa respuesta. Su voz sintética fue menos cortante cuando contestó,

—Será un honor.

—Hasta pronto, Gran Madre —con una última reverencia, salí tras Gruuk.

~

Tras el aterrizaje forzoso, Gruuk había huido del lugar en el aerodeslizador de su nave. Probablemente esperaba perdernos en la perturbación iónica que dificultaba el rastreo.

Tardamos en encontrarle. El motor de su transporte, ya dañado por el aterrizaje forzoso, sucumbió a la tormenta. Lo encontramos varado a cinco clics al suroeste del lugar del accidente. Nuestras lanzaderas le rodearon, a unos metros de distancia para garantizar la mejor comunicación a pesar de las interferencias iónicas. Le llamé.

—Hola, General —la imagen ligeramente distorsionada de Gruuk apareció en la pantalla, con la voz llena de estática.

—Gruuk, por fin nos conocemos —respondí con frialdad.

—Así es. ¿Qué tal le va a mi pequeña mascota? —cruzó los brazos sobre el pecho.

—Amalia no es tu mascota. No es nada tuyo —me di una patada por haberme enfadado.

—¿En serio? Ella es mi creación, mi proyecto de cría... Una herramienta bien perfeccionada como su madre.

No debería discutir con ese bastardo, pero una parte de mí quería entender.

—¿Es así como justificas tu crueldad con todas estas hembras?

Gruuk se erizó ante eso. Apretó la mandíbula y sus ojos oscuros se endurecieron.

—Nunca he sido cruel con mi propiedad. Mientras se comportaban, estaban cómodas.

Amalia ya lo había dicho, pero su reacción me sorprendió. Parecía realmente ofendido por ser considerado un amo cruel. Su imagen parpadeó en la pantalla.

—Sin embargo, las crías como ganado y vendes su descendencia a bastardos maltratadores —aplasté las imágenes de las pequeñas Talisa y Alleria temblando ante su amo.

—Son negocios. Las personas no *son* más que enseres —se encogió de hombros Gruuk. Empezó a hacer rodar lo que parecía una moneda o un medallón sobre sus nudillos—. Yo no dicto cómo mis clientes manejan los bienes que les vendo. Francamente, tu indignación es hipócrita. Tu propio planeta trata a sus Manchados como mano de obra esclava. La esclavitud existe porque los esclavos lo permiten. Me quitaría la vida antes de dejarme enjaular o dominar.

—¿Así que esa es tu respuesta? ¿Tus víctimas deberían acabar con sus vidas para demostrar que la esclavitud está mal? —exclamé, estupefacto.

—Sí —Gruuk asintió como si hubiera dicho una verdad obvia—. No sería rentable capturar esclavas que siguieran suicidándose. Pasaríamos a otra cosa. Con su habilidad, mi mascota podría haber estrellado El Revenant o escapado un millón de veces. No lo hizo, por miedo a las represalias de mis otras mascotas. Podría haber acabado con esto hace años matándome a mí y a mi tripulación, evitando otra década de cientos... miles de esclavos más.

—¿La culpas de tus acciones porque tiene una brújula moral? —ya había tenido suficiente de esta tontería.

—Moral, sentimientos... inútiles y poco prácticos cuando se trata de negocios o de autopreservación —resopló con un gesto despectivo de la mano—. Su compasión la convirtió en una mascota obediente y una cautiva voluntaria.

—Bueno, ella es libre. Todas están a punto de serlo. Y tú estás a punto de probar de tu propia medicina —le espeté con un movimiento cortante de mi mano—. Prepárate para ser abordado.

—Te equivocas, General —rio entre dientes, con una mirada indulgente—. ¿Recuerdas lo de no dejarme enjaular nunca? Vivo y muero en mis propios términos. Incluso sin mí, la esclavitud seguirá prosperando porque la gente son enseres. Yo no lo soy. No me enjaularás, ni me torturarás, ni conseguirás mis secretos. Fue, sin embargo, muy entretenido conocerte. Por favor, envía mis saludos a mi mascota. Ah, y te quedan menos de treinta segundos para salir de alcance.

Los escáneres aún no mostraban nada, pero no podía arriesgarme. Di la orden de salir inmediatamente. Con la tormenta intensificándose, una explosión cargaría las partículas iónicas, causando una reacción en cadena con tantas naves agrupadas. En cuestión de segundos estábamos en el aire, dispersándonos para evitar daños colaterales. Justo a tiempo, el rover de Gruuk explotó veintiocho segundos después de su última transmisión. Con él, también murieron la identidad de su socio Xelixiano, sus socios comerciales y la ubicación de sus bastiones. Práctico macho hasta el final.



CAPÍTULO 33

AMALIA

Estaba que explotaba de la emoción. Recibimos un mensaje de Khel sobre el éxito de la misión. La cara de Maheva apareció en la pantalla, diciéndome que iba a venir y que Khel la estaba cuidando bien. Reí y lloré al mismo tiempo. El pobre de Lhor no sabía qué hacer. Es difícil alegrarse cuando tu compañera está llorando, aunque sean lágrimas de felicidad.

Gruuk estaba muerto. Yo era libre. El único inconveniente era que sus secretos habían muerto con él. Una vez detectada la incursión, Gruuk había lanzado un virus para borrar la información relevante de los ordenadores. Si hubiera estado allí, podría haberlo detenido. Pero esas misiones no eran para mí. Por mucho que me gustara practicar con la espada, no tenía instintos de guerrera. Durante el ataque Guldano en la Sala de Unión, ni siquiera se me pasó por la cabeza intentar luchar. Claro, es un reflejo que se desarrollaría en las condiciones adecuadas. Después de todo, mi lado primitivo se había apoderado de mí cuando Kamala había quedado atrapada en aquella red. Si no fuera por mi período, sin embargo, probablemente no habría saltado a la refriega de esa manera. La verdad es que no me importaba mucho exponerme al peligro. Al igual que Lhor, luchaba con palabras... actitud... y picardía.

Una oleada de mareo me invadió: había estado conteniendo la respiración mientras veía aterrizar su lanzadera. Me apoyé en Lhor, la emoción me ahogaba. Toda mi vida, ella había sido mi roca, mi consuelo, mi fuerza. Con sus incesantes esfuerzos, mis compañeros, Ghan, los Tuureanos y yo le habíamos dado el mayor regalo imaginable: la libertad.

Cuando se abrió la puerta de la lanzadera y salió mi Nana, me derrumbé. Corrí hacia ella, con la cara empapada en lágrimas. La abracé con tanta fuerza como para hacerle moratones, lloriqueando sobre ella. Me acariciaba el pelo y me susurraba palabras tranquilizadoras al oído. No sé cuánto tiempo la abracé. Podría haberme quedado allí para siempre. Lhor acabó interviniendo.

—Suéltala, mi amor —dijo, acariciándome la espalda—. No querrás asfixiarla antes de que haya puesto un pie en Xelix Prime.

Cierto. Seguíamos de pie en la rampa de la lanzadera. Resoplé y me limpié la cara con la manga. Dios, estaba hecha un desastre. Ese no era el aspecto que quería tener cuando Khel me

viera por primera vez después de tres días separados. Sin dejar de limpiarme la cara, me volví hacia Khel. Su mirada me derritió el corazón.

—Hola… be… bé —dije, con la voz aún entrecortada por la emoción.

—Mi amor —me abrazó y me besó apasionadamente—. Te he echado de menos —dijo Khel cuando los dos nos besamos apasionadamente.

Maheva soltó una risita y nos soltamos, avergonzados por nuestra exhibición pública. Me aclaré la garganta, miré a Lhor y le cogí la mano.

—¿Y quién es este apuesto joven? —preguntó Maheva.

—Nana, este es Lhor, mi Segundo Compañero —la miré nerviosa. Cuando insistió en que asistiera a la Unión, monté un buen escándalo por aparearme con un simple desconocido. Sin embargo, aquí estaba, tres meses después, apareada con dos. La poligamia no era frecuente en la cultura Verediana, pero estaba bien aceptada. Simplemente no quería que pensara que soy voluble o imprudente.

—¿Segundo? ¿Tienes dos compañeros? —me miró con los ojos muy abiertos, sorprendida.

—Sí —murmuré—. Técnicamente, la ley dice que puedo tener tres.

—¡Tres! —exclamó Maheva. Luego entrecerró los ojos y se volvió hacia Ghan, que estaba en la rampa junto a Khel.

—¡Oh, no! Ese no —negué con una risita—. Es mi hermano adoptivo.

Maheva se rio, meneando la cabeza divertida.

—Es un placer conocerte, Lhor —dijo, poniendo la mano contra su corazón y luego contra el de él, en el saludo Verediano para los seres queridos y la familia.

—El honor es mío, Gran Madre —respondió Lhor—. Hemos oído hablar mucho de ti. Estoy impaciente por conocerte.

—Guapo y encantador. Ya veo por qué le elegiste a él también —dijo Maheva guiñándole un ojo.

La cara de Lhor se sonrojó ante el cumplido, y se hizo a un lado para que pudiera presentársela a Jhola, Sivh y Minh. Jhola y Maheva se cayeron bien al instante. Me alivió y me reconfortó que las dos hembras más importantes de mi vida se llevaran bien.

Pero fue la mirada entre Maheva y Minh lo que me intrigó. Mi Nana, como todas las Veredianas, era atractiva. Tenía sesenta y ocho años, con otros sesenta o setenta por delante. Probablemente no podría tener más descendencia, pero aún podría empezar una nueva vida. Me estaba adelantando mucho, pero Minh era un buen macho y amigo íntimo de la familia. Tenía setenta y un años, Prime y viudo. ¡La pareja perfecta!

Queríamos que Maheva se sometiera a un examen médico adecuado después de sesenta y un años de cautiverio. Si acababa llevando a más, no me opondría. Estaba a punto de sugerir que entráramos cuando vi que Jhola miraba boquiabierta a Ghan. Estaba claro que algo no iba bien, pero al principio no me di cuenta de qué. Entonces lo vi.

—¡Tu cicatriz! ¡Ha desaparecido!

Lhor jadeó, que también se dio cuenta por primera vez. Ghan me miró con dolor y frunció el ceño hacia Maheva, sin llegar a fulminarla.

—¡Buen trabajo, Nana! —le sonreí.

Mi Nana sonrió con satisfacción y luego se encogió de hombros. Dios mío, cómo la quería.

—Ya veo de dónde has sacado esa manía tuya de agarrar y tocar —murmuró Ghan—. Está constantemente tocando y curando cosas que no hacen falta.

Todos nos echamos a reír.

—Ignóralo —le dije a Maheva—. Le encantó. Solo finge que no.

Con un largo suspiro, cargó con las pocas pertenencias que tenía Maheva y nos condujo al interior. Jhola y yo habíamos redecorado la antigua habitación de Khel para preparar su llegada. Maheva casi lloró cuando le dije que era suya. Le habían negado tantas cosas, y yo pretendía estar a su lado mientras experimentaba todo lo que el mundo podía ofrecerle.

¡Bailaremos juntas bajo la lluvia!

Cenamos todos en el jardín, junto al estanque, para que Maheva pudiera disfrutar del aire libre después de décadas encerrada en una nave. Mostré con orgullo mis habilidades culinarias—bueno, las de Jhola con mi ayuda. Fue un gran éxito. Pero, aunque excelente, la montaña rusa emocional del día me quitó el apetito. Aparté el plato, saciada, y me acomodé más cómodamente en la silla, escuchando el relato de Khel sobre el rescate.

—¿No has terminado de comer? —preguntó Maheva cuando Khel hizo una pausa para beber un sorbo de vino.

—Ya no tengo hambre —sonreí.

—Eso es irrelevante —hizo un gesto despectivo con la mano—. Ahora comes por tres. Las pequeñas necesitan una nutrición adecuada para crecer fuertes.

El silencio estupefacto que siguió a sus palabras la hizo mirar confusa alrededor de la mesa. Entonces comprendió y se tapó la boca.

—¡No lo sabías! —exclamó Nana—. Lo siento, hija. Los sentí cuando te abracé antes. Supuse que lo sabías.

—¿Dos? ¿Vamos a tener gemelas? —mis manos descansaban protectoras sobre mi estómago. Había soñado con esto y acosado a mis compañeros sin descanso durante mi período para aumentar las probabilidades. Sin embargo, en ese momento, me quedé perpleja.

—Sí, hija mía —asintió sonriendo.

—¡Oh Diosa! —las lágrimas inundaron mis ojos y mi corazón se hinchó, abrumado por la alegría.

Extendí la mano hacia mis compañeros, que me estrecharon en un fuerte abrazo. Volví la cara hacia Khel, que me dio un beso apasionado, mientras colocaba una mano posesiva sobre mi vientre plano. Lhor me acarició el cuello. Agarré su mano y la coloqué sobre mi vientre, justo debajo de la de Khel. Acurrucada entre mis compañeros, oía los vítores y las felicitaciones de Jhola, Sivh y Minh. Incluso Ghan sonrió.

—Vamos a tener dos niñas —susurró Khel, con la voz llena de asombro.

—¡Qué bien! Así no tendremos que pelearnos por quién la cogerá en brazos —bromeó Lhor.

Me reí de mi tonto compañero. Entonces mis ojos se encontraron con la expresión seria de Maheva, y mi sonrisa se apagó.

—¿Nana? ¿Qué te pasa? —pregunté con recelo.

Todos se giraron hacia ella y volvieron a guardar silencio. Ella desvió la mirada y se me encogió el corazón.

—¿Nana? —mi voz se endureció.

—Son... son mellizos —dijo vacilante—. Solo uno de ellos es niña.

Un escalofrío helado se apoderó de mi corazón mientras la miraba con incredulidad.

—¿Un hijo? —preguntó Khel. Ella asintió lentamente y él se volvió para mirarme confundido—. Creía que...

—Esto no puede estar pasando —susurré, sacudiendo la cabeza en señal de negación.

—Está sano. Su corazón es fuerte. Lo he sentido —Maheva argumentó—. Puede lograrlo.

—¡No lo logrará! —grité desesperada—. ¡Nunca lo hacen! ¡Ciento cincuenta años desde el cataclismo, Nana! ¡Ni un solo niño ha sobrevivido!

—Entonces el tuyo será el primero —espetó Maheva en un tono que no admitía discusión—. Tu hijo es fuerte, Amalia. Mis manos estuvieron sobre ti, lo sentí. No te busques problemas. He sido sanadora durante décadas y he visto bastantes embarazos Veredianos, y muchos eran machos. Ninguno era ni remotamente tan fuerte como el tuyo. Ni de lejos —señaló mi silla con un dedo firme—. Ahora, vas a sentarte y terminar tu comida como una buena chica.

—Nana... —sollocé, cubriéndome la cara con ambas manos.

—Basta niña —dijo suavemente—. Mírate. Mírame a mí. Sesenta y un años de esclava. ¡Sesenta y uno! Sin oportunidad de salvación, hasta tu intervención. Tú hiciste posible lo imposible. Has vencido todas las probabilidades y vencerás esto también. Deja de preocuparte y deja que tu familia cuide de ti. Dentro de seis meses, tendré al primer macho Verediano nacido en más de un siglo. Se lo presentaré a la Diosa el día de su nombre, según nuestras tradiciones ancestrales. Así que come, mi niña. Necesitarás fuerzas.

Khel y Lhor me animaron a volver a mi silla. Habíamos vencido todos los pronósticos. No creía que pudiera vencer a esta, pero lucharía con todo lo que tenía para que mis dos vástagos vivieran. Un hijo... Miré el rostro de Khel, que me devolvía la mirada con adoración, y recé para que la Diosa protegiera a este niño. Un heredero, fuera él o Lhor el progenitor, aseguraría la continuidad del legado de su familia.

—Ya has oído a tu Gran Madre —intervino Jhola con falsa severidad—. Sigue y come niña —se encaró con Maheva—. ¿Dijiste seis meses? Los embarazos Xelixianos tardan ocho.

—Lo sé. He estado leyendo mucho sobre los Xelixianos desde que nos llegó la noticia del apareamiento de Amalia —respondió Maheva con suficiencia—. Las Veredianas son de seis meses. Ella lleva al menos cuatro semanas, más o menos un par de días, de lo contrario no podría

haberlos percibido. Pero si mi evaluación es correcta, su desarrollo está ligeramente por detrás de donde debería estar si fueran Veredianos puros. Necesitaremos que el Dr. Volghan confirme su crecimiento con más precisión, pero predigo una gestación de siete meses.

El Dr. Volghan se aclaró la garganta.

—Por favor, llámame Minh.

Ella bajó los ojos con recato.

—Solo si tú me llamas Maheva.

Él sonrió y dijo,

—Estaré encantado de verificar tus hallazgos. Son noticias maravillosas.

—Sí, lo es —exclamó Jhola—. Pero seis meses no es tiempo suficiente.

¿Qué?

Hizo una mueca como si fuéramos tontos cuando se dio cuenta de nuestra expresión confusa.

—Tenemos que preparar la guardería. Hacer que la hacienda sea segura para los bebés. Conseguir ropa, accesorios, juguetes... Tengo que aprender sobre el cuidado de los bebés Veredianos. ¿Tienen una dieta especial? ¿Y cuál es esa tradición ancestral de la que hablabas? ¡Oh, esto es tan emocionante!

Oh Diosa...



EPÍLOGO

Los seis meses siguientes pasaron volando. Maheva se adaptó a la vida en Xelix Prime como si hubiera nacido para ella. Jhola y ella eran inseparables. Tras un comienzo muy lento y vacilante, Minh empezó a cortejar formalmente a mi Nana. Tardó cuatro meses en armarse de valor y pedirle que tomara el té con él. ¡El té!

Ella quería trabajar con él en su clínica, pero no queríamos que se supiera públicamente que las Veredianas tenían habilidades psíquicas. De hecho, la población aún no conocía la existencia de Maheva. Sin embargo, a ella no le importaba. Se conformaba con vivir en la hacienda, teniendo más libertad y espacio abierto del que había tenido en toda su vida.

Continué mi entrenamiento de combate hasta bien entrado el quinto mes. Entonces parecí inflarme de la noche a la mañana. Cuando no estaba dando vueltas por la casa, ayudaba a Lhor con sus tareas del Consejo. Me volví bastante competente en Derecho de Familia y de la Gente, aunque aún se me escapaban sutilezas de la ley. Me esperaban muchos años más de aprendizaje. Nuestra primera gran victoria fue la aprobación de la reforma del salario mínimo. Nuestro proyecto de ley de Salud y Seguridad, que pretendía garantizar unas condiciones de trabajo seguras, también estuvo a punto de aprobarse.

Dejé de cocinar. Después de su primera lección con Jhola, Maheva declaró que la cocina era su dominio y me echó. No me importó. De todas formas, tenía los pies y los tobillos demasiado hinchados para estar de pie la mitad del tiempo. No era precisamente una gran cocinera. Aunque mi comida era comestible, los chicos nunca parecían especialmente deseosos de probar mis últimos brebajes. Lavar los platos tampoco estaba muy arriba en mi lista de cosas divertidas que hacer. Así que sí, las viejas eran bienvenidas a la cocina. Nana Maheva y Jhola me darían una patada en el culo si me oyeran llamarlas así.

Con esa barriga que tienes, no lo harían.

Me reí entre dientes.

De tanto sentarme, me convertí en la reina del Bakhol, fregando el suelo con los chicos a menudo. Ghan ya ni siquiera jugaba conmigo, era mal perdedor. Bueno, yo también era una mala ganadora. Pero lo dejaremos pasar.

Pocos días después del regreso de Khel a casa con Maheva, sus guerreros llevaron al Specter a Órbita. Ghan había establecido una comunicación directa para que pudiera hackear su sistema sin salir de la hacienda. No había mucho que encontrar, el virus hizo un trabajo de limpieza a fondo. Fue una completa casualidad que me tropezara con uno de los diarios personales de la tripulación. El contenido escabroso y bastante repugnante casi me hizo vomitar. Pero entre toda la basura, una referencia a una parada en la colonia abandonada Antares Uno despertó mi curiosidad.

Una semana más tarde, una incursión conjunta de Tuureanos y Xelixianos reveló otro reducto de cría, más pequeño que Crebios, pero se rescató a noventa y dos Veredianas. Cincuenta y ocho de ellas eran niñas menores de doce años. Mis tías no estaban entre las adultas. Nos alegramos del rescate, pero también nos dimos cuenta de que alguien más se había hecho cargo de las operaciones de Gruuk.

En Xelix Prime, tardamos casi cinco meses en encontrar una segunda Casa de Sangre, la de Xelhin. Sorprendentemente, el consejero Paldhin, cuyo ADN se encontró en una de las esclavas de sangre de Xelhin, no había hablado a pesar de su duro castigo. Una minuciosa investigación de sus bienes y propiedades incautadas acabó por darnos las pistas necesarias. Llevaría tiempo, pero encontraríamos a las dos restantes.

El cumpleaños de mis compañeros llegó y pasó. Organizamos una gran fiesta que también marcó oficialmente el final de la amenaza de la Ley de Propiedad para Khel. El patrimonio y la riqueza de la familia estaban seguros. No había habido más amenazas ni ataques contra mí. Seguíamos siendo muy cuidadosos. Hasta que no detuvieran a V o al cerebro de las Casas de Sangre, no podíamos bajar la guardia.

Ante mi insistencia, Khel accedió a regañadientes a liberar a Letha Colbhen de la celda de detención. Sus acciones imprudentes casi me cuestan la vida, pero nunca había querido hacerme daño. Aún no había dado a luz, pero ya haría cualquier cosa por mis hijos. Podía enmendar su error haciendo aquello para lo que la habían contratado: facilitar la unión entre machos Xelixianos y hembras compatibles. Los machos Manchados tenían mala imagen, tanto a nivel local como fuera del mundo. Esto tenía que cambiar si queríamos atraer a más hembras a la Unión y que consideraran a los Manchados, no solo a los Primes. La condición para su liberación era que se comprometiera a encabezar la campaña interplanetaria de promoción de la vida en Xelix Prime, destruyendo ideas erróneas sobre la Mancha y alardeando de los beneficios de aparearse con un macho Xelixiano. Pero la vigilaríamos de cerca.

Mi embarazo transcurrió sin incidentes. Seguía temiendo por mi hijo, pero su salud y su corazón eran fuertes. Lo único notable era mi hambre voraz de ryspak. Hervido, frito, a la plancha, crudo, me daba igual. Mientras tuviera mi dosis. Lhor me miraba atónito mientras me atiborraba de fruta. Despertaba a mis compañeros tan a menudo por la noche para que me trajeran un poco que empezaron a acumularla en nuestro dormitorio.

Estaba descansando en una tumbona junto al estanque cuando me entró otro antojo. Me puse

en pie con mucho esfuerzo y me dirigí a la cocina, donde Maheva y Jhola estaban, una vez más, preparando una comida gigantesca. Nunca sabría cómo no estábamos todos gordos teniendo en cuenta la cantidad de comida que nos daban. ¡Y qué comida! Se me hizo agua la boca. Estaba cogiendo un ryspak maduro cuando el dolor más atroz me desgarró las entrañas. Me di cuenta de que había gritado cuando Jhola y Maheva me ayudaron a enderezarme.

Había roto fuente. Estaba a punto de ser madre. El pánico se apoderó de mí y balbuceé que necesitaba a mis compañeros. Segundos después, Lhor me llevó en brazos a una de las habitaciones que Jhola había transformado recientemente en una enfermería. Como estaba a punto de dar a luz, Lhor y Khel se habían propuesto trabajar desde casa. Solo pasaron un par de minutos antes de que Khel irrumpiera en la habitación desde el recinto, convocado por las emociones de Lhor.

Minh se quedó en la hacienda tanto por mí como por Maheva. Naturalmente, rompí fuente en su ausencia. Pasarían al menos treinta minutos antes de que llegara, y los bebés no estaban de humor para esperar. Lhor apenas me tumbó en la cama cuando sentí la necesidad de empujar. Khel y Lhor se colocaron a ambos lados, cada uno cogiéndome una mano. Mi Nana tomó las riendas, ya había hecho esto antes. Otro calambre desgarró mis entrañas y Maheva me dijo que empujara. Empujé. Una, dos, tres veces, y salió el bebé número uno. Esperaba largas y angustiosas horas de parto, pero no me quejaría de la impaciencia de mis bebés por conocer a sus padres.

Quería preguntar qué era, por qué no lloraba, pero otra punzada insoportable me desgarró. Mi grito de dolor fue secundado segundos después por los llantos de mi primogénito. Mi risa sollozante se vio interrumpida por gruñidos de dolor. Maheva le hizo un gesto a Khel, que dudó un momento, reacio a abandonarme. Ella le gritó que trajera su culo aquí y él obedeció, un poco abrumado por la situación. Maheva le puso un bisturí láser en las manos y le hizo cortar el cordón umbilical. Luego le pasó el bebé a Jhola para que lo limpiara y lo envolviera en una manta caliente.

Otro dolor agudo me atravesó. Maheva me ordenó que empujara. Obedecí, mientras intentaba ver al bebé en brazos de Jhola. Khel volvió a apoyarme, con los ojos llenos de asombro. Éste tardó un poco más, pero después de algunos empujones más, el segundo bebé hizo su gran entrada. Me desplomé exhausta en la cama. Maheva hizo que Lhor cortara el segundo cordón umbilical. Luego procedió a limpiarme mientras los primeros llantos lujuriosos de mi segundo hijo llenaban la habitación. Jhola le pasó mi primogénito a Khel para que pudiera limpiar a mi segundo hijo.

Khel me trajo al mayor con lágrimas en los ojos.

—Amalia, Lhor, les presento a nuestro hijo —dijo, poniéndolo en mis brazos.

Lágrimas de alegría me ahogaron mientras miraba al pequeño milagro en mis brazos. Era un niño precioso. Su herencia Verediana era inconfundible y dominante. Su piel era color bronce, una mezcla perfecta de mi piel cobriza y el gris claro de su progenitor. No tenía pupilas y sus

iris, aunque grandes, no eran tan blancos como los de los Xelixianos. Eran del mismo púrpura oscuro que los de Khel. Sus marcas Veredianas a lo largo de brazos, piernas y columna vertebral tenían manchas de forma diferente a las mías o a las de Maheva. Aparte de sus ojos, su único rasgo Xelixiano eran las sutiles crestas en forma de chevrón de su frente.

—Es perfecto —susurré asombrada.

—Más que perfecto —repitió Lhor, pasando la mano con cuidado por la cabeza del bebé, cubierta de suaves rizos oscuros.

Jhola se acercó y puso al segundo bebé en brazos de Lhor para que me lo presentara.

—¿Significa esto lo que creo que significa? —pregunté, estirando el cuello para ver al bebé.

—Es costumbre Xelixiana que el padre corte el cordón —confirmó Jhola con una sonrisa.

Khel me quitó a nuestro hijo de los brazos para que Lhor pudiera darme a nuestra hija.

—Amalia, Khel, les presento a nuestra hija —dijo Lhor, poniéndola en mis brazos.

Era impresionante. Su cara, una mezcla perfecta de Lhor y yo, con sus adorables hoyuelos. Su piel era exactamente del mismo gris claro que la suya. A diferencia de su hermano, tenía pupilas. Sus iris eran grandes y del mismo color que los míos: marrón amarillento con motas verdes. Ella también tenía mis marcas Veredianas. Los chevrones de su frente eran tan discretos como los de su hermano, pero sus orejas eran Xelixianas. Su pelo era castaño dorado, como el de mi madre.

—Y yo que pensaba que Alleria era adorable —se rio Khel.

~

No podía creer que ya hubieran pasado dos días desde el nacimiento de nuestros hijos. Nuestro hijo prosperaba, sin mostrar signos de debilidad o enfermedad, aunque estaba muy tranquilo en comparación con su hermana, más activa. No podía explicar este milagro. ¿Por qué mi hijo, después de casi ciento cincuenta años? Minh no tenía respuestas, pero sospechaba que era gracias a la mutación causada por la saliva y el veneno de mis compañeros. Lamentablemente, mi oxitocina no le dio a Minh el milagro que esperaba. No estaba curando a otros machos Manchados como lo había hecho con mis compañeros. Peor aún, todas sus propiedades curativas murieron a los pocos minutos de ser extraídas de mí. Algo se le escapaba a Minh y estaba decidido a averiguar qué.

Llamamos a nuestro hijo Vahleryon Praghan. Vahl por el hermano de Khel y el Xelixiano que intentó salvarme en mi primer intento de huida, y Eryon por el nombre de mi padre. Llamamos a nuestra hija Zharina Kirnhan, combinando los nombres de Lhor y de mi madre, Zhara y Sevina.

Aunque teníamos la guardería perfecta, colocamos otro juego de cunas en nuestro dormitorio. Quería estar cerca al menos las primeras semanas. Estar lejos de ellos por mucho tiempo me resultaba demasiado incómodo. No podía dormir sabiendo que estaban solos en otra habitación.

Después de darles el pecho y dormir la siesta, me di un relajante baño de burbujas.

Casi me da un ataque cuando volví al dormitorio y me encontré con una figura oscura que sujetaba a mi hijo.

—¡Aléjate de él! —cogí mi espada.

—No pasa nada, *Falihna*.

Sobresaltada, me fijé en Khel, de pie junto a la cuna de Zharina. La figura oscura se volvió hacia mí. Era el Almirante, que llevaba la capa que usaban los Manchados sobre su armadura.

—¿Almirante? —pregunté confusa, con el corazón aún martilleándome—. ¿Qué hacéis en mi habitación? —le pregunté, aunque mis ojos volvían a estar puestos en Khel.

Lee ladeó la cabeza.

—Disculpad la intromisión, pero no podía esperar a ver vuestro pequeño milagro. Vuestro compañero tuvo la amabilidad de concederme su permiso.

Khel se acercó a mí y me besó la frente.

—Lo siento. Debería haberte avisado.

El Almirante acarició suavemente la cabeza de Vahleryon y las marcas de su brazo izquierdo antes de volver a colocarlo con cuidado en su cuna. Se alejó unos pasos. Inmediatamente levanté a mi hijo y apoyé su cabeza en el pliegue de mi cuello. Aunque no creía que el Almirante fuera a hacerle daño, su inesperada presencia me estremeció.

—El Almirante tiene un mensaje para nosotros —dijo Khel cuando Lhor entró en nuestra habitación.

—Se está corriendo la voz sobre el nacimiento de vuestro hijo —dijo Lee—. Alguien del Salón de los Registros filtró esa información poco después de que lo registrarais. Los canales de los cazarrecompensas rebosan de ofertas escandalosas de los coleccionistas. Vuestra hija también está despertando mucho interés por ser la primera hembra híbrida Xelixiana-Verediana conocida —dijo mirando a Lhor—. Os pediría que me dejaráis llevar a vuestros vástagos a un lugar seguro, pero ya conozco vuestra respuesta.

—Nadie se llevará a mis hijos. No serán las mascotas de nadie —espeté con rabia—. ¿Cómo se atreven a pensar en apropiarse de mis hijos?

Lhor me frotó suavemente la espalda. Inspiré profundamente, conteniéndome.

El Almirante asintió.

—No, Amalia. No lo harán. Vuestro hijo es más que un milagro. Es la esperanza, el futuro de toda una especie. Debe ser protegido a toda costa. Cuando os propusimos una alianza, General, pensamos que nos ayudaría a salvar a las dispersas supervivientes de una especie moribunda. Nunca esperamos que fuera hasta este punto. Lo que necesitéis para mantener a salvo a estos niños, cuando sea y donde sea, solo tenéis que pedirlo y acudiremos a vos.

—Agradecemos la generosidad de vuestra oferta —dijo Khel.

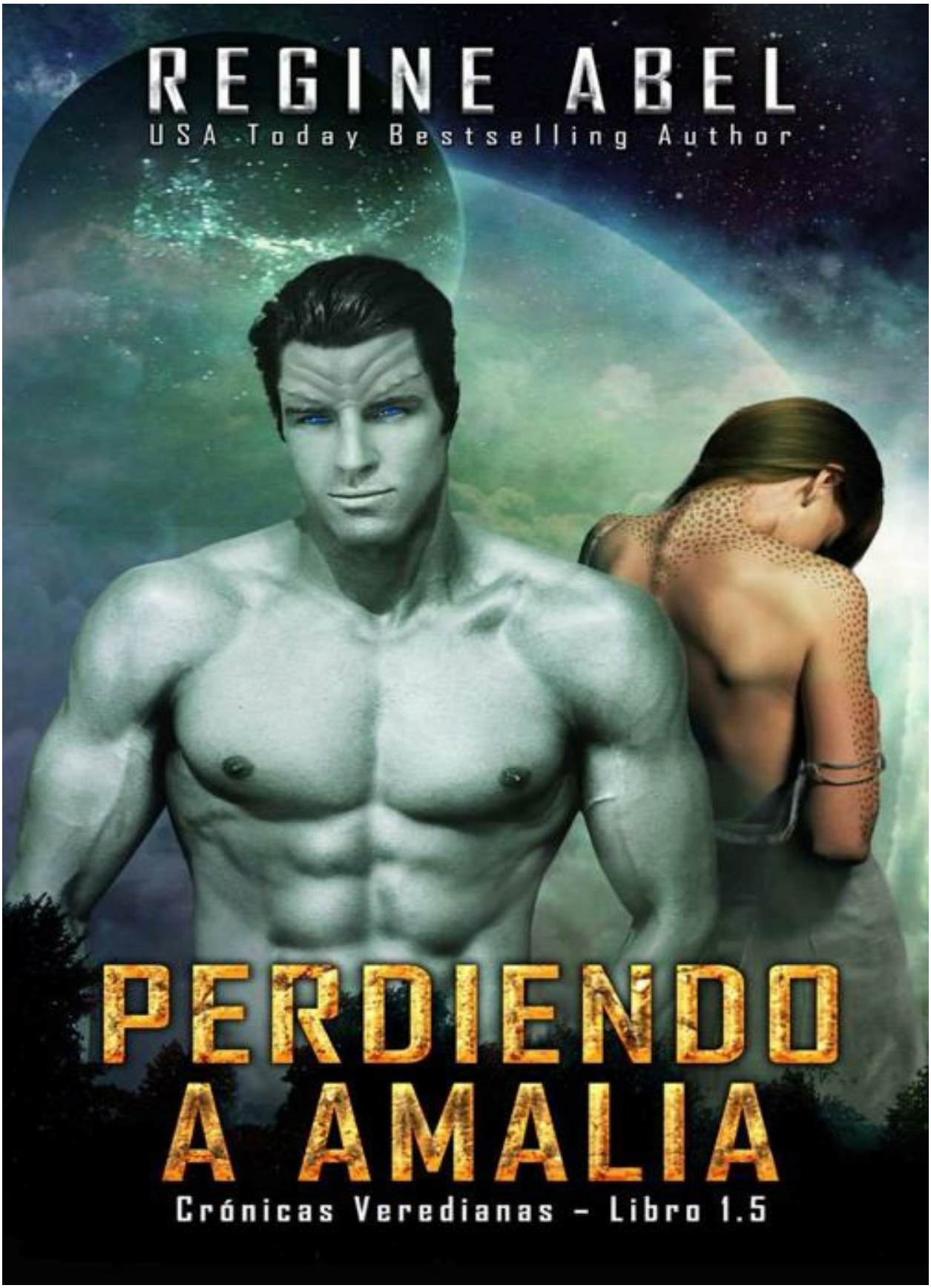
Con un respetuoso saludo, Lee se dio la vuelta y se marchó.

Miré a los ojos inocentes y confiados de mi hermoso hijo. Lee tenía razón. En mis manos

tenía el futuro de toda una raza. Siempre habría buitres buscando apropiarse de lo que no era suyo. Pero no conseguirían este milagro de niño ni a nuestra preciosa princesita. Ambos tenían poderosos protectores que, como yo, habían superado la horrible mano que nos había tocado afrontar. Habíamos vencido a las adversidades. Teníamos amor. Teníamos libertad. Teníamos futuro.

FIN

Sigue leyendo para ver la escena extra Perdiendo a Amalia, para experimentar la Ceremonia de Unión desde el punto de vista de Lhor.


REGINE ABEL
USA Today Bestselling Author
PERDIENDO A AMALIA
Crónicas Veredianas – Libro 1.5



LA CEREMONIA DE UNIÓN

LHOR

Las parejas felices pasaban a nuestro lado mientras se dirigían al Salón Principal para su Ceremonia de Confirmación. Siempre me pareció un poco cruel convocar a los Aspirantes justo antes de que empezara la Confirmación. Uno podría pensar que querían que viéramos lo que soñábamos, pero que nunca tendríamos.

Este constituyó el primero de los cinco momentos de mierda de cualquier día de Selección de la Unión.

Estábamos apiñados junto a la entrada, esperando a que las últimas parejas entraran en la sala para poder pasar a la Antecámara de Aspirantes. Según mis cuentas, hoy había veintiún machos, incluidos Khel y yo. Veintiuno... Vaya broma. Mi última participación en una Selección de Unión databa de hacía seis años. Sin embargo, no recordaba haber visto nunca tantos participantes masculinos. Esto parecía tan inútil. Odiaba estar aquí. Odiaba pensar en la humillación y la decepción que nos esperaba. Pero, sobre todo, odiaba la desesperación en la que sentía ahogarse a Khel. Como siempre, lo ocultaba con orgullo. No tenía muchas esperanzas de que una hembra lo eligiera, pero con tanta competencia hoy, las probabilidades parecían peores que nunca.

Por fin llegó la última pareja, y el Asesor Xhar nos hizo un gesto para que entráramos en la Antecámara. Entramos en silencio. La gran sala me recibió con la familiaridad de una vieja herida, despertando antiguos dolores mejor olvidados. El suave chasquido de la puerta al cerrarse rebotó en las paredes grises sin ventanas que nos rodeaban. Miré las dos docenas de sillas dispuestas en seis filas de cuatro. También eran casi el doble de asientos que antes. Se extendían frente a una pequeña plataforma para que el Asesor Xhar pronunciara las directrices de la Selección.

Como si lo necesitáramos.

La mayoría de nosotros ya habíamos pasado por este proceso más veces de las que queríamos recordar. Por otra parte, había dos Primes entre nosotros. Era la primera vez que venían, y probablemente también la última.

Un secretario nos hizo señas desde un pequeño mostrador de registro junto al andén. Nos

alineamos frente a él, esperando nuestro turno. El primer aspirante era un noble menor. Tras inscribirlo, el secretario colocó su estandarte en un aerodeslizador junto al mostrador. Cinco estandartes más se unirían a él cuando todos se hubieran registrado. La conversación en voz baja entre los dos Primes zumbaba en la sala, por lo demás silenciosa. El secretario no se molestó en hacer preguntas ni en dar instrucciones. Era innecesario. Cuando llegó mi turno, agité mi carné de identidad ante el escáner y entregué mi pancarta. El secretario asintió, tanto para saludarme como para confirmar que había terminado.

Khel se acercó al secretario después de mí y repitió el proceso sin mediar palabra. Una vez hecho, tomamos asiento, ignorando la mesa cargada de refrescos sin alcohol. Los Primes se acercaron a la cabecera de la mesa y se sirvieron vasos altos de un ponche afrutado. Se lanzaron a una animada discusión sobre el tipo de hembra que esperaban conseguir, desde atributos físicos hasta temperamento y mundanalidad. Con la cara enrojecida y los ojos febriles por la excitación, los insensibles bastardos parecían ajenos al sombrío ambiente de la sala. Uno de ellos, Whil Dervhen, era primo del Consejero Zhul Dervhen, el némesis de Khel. Whil era un imbécil glorificado y un fracasado que vivía de la riqueza y la reputación de su familia.

Tres de los siete Norms se reunieron en el lado opuesto de la mesa. Mientras sorbían sus propias bebidas, charlaban en voz baja. Su presencia aquí era una mera formalidad. Ya habían intercambiado promesas con sus respectivas hembras, pero la ley exigía su participación en la Selección. Los otros cuatro Norms también rondaban la mesa, pero permanecían en silencio.

Los doce Manchados habíamos bebido demasiadas veces aquel ponche amargamente dulce. Lo ignoramos y nos sentamos en las sillas, esperando un discurso que todos conocíamos de memoria. Sus pensamientos actuales tampoco eran ningún misterio para mí. Siete Norms y dos Primes... Nueve machos entre los que las hembras elegirían primero antes incluso de considerar a cualquiera de los demás. Con solo cinco participantes femeninas de media en cada Selección, estar aquí no tenía sentido.

Si la desesperación tuviera un olor, impregnaría la habitación.

Aunque su rostro permanecía impasible, de Khel rezumaban oleadas de culpa, tristeza y abatimiento. Hizo cuentas y se reprochó haberme convencido para venir. Si nuestra situación no fuera tan grave, seguro que se iría. Pero dadas las circunstancias, incluso contra probabilidades tan imposibles, él—nosotros—teníamos que intentarlo.

El último aspirante completó su inscripción. Antes de que pudiera sentarse, el secretario nos trajo los Calzones de Unión: plateado cegador para los Primes, gris oscuro para el resto de nosotros. A continuación, utilizó una discreta salida trasera hacia la zona principal para colocar nuestros estandartes y etiquetas de linaje sin perturbar la Ceremonia de Confirmación en curso.

No había vestuarios en la Antecámara. Una serie de taquillas se alineaban en la pared del fondo. Este fue el momento de mierda número dos: desnudarse delante de todos. Fingimos no medir el nivel de la Mancha de la competencia. Sobre todo, intentamos no mirar con envidia la piel impecable de los Primes. Para la mayoría de nosotros, los Manchados, la Selección era la

única ocasión que teníamos de ver el aspecto de un cuerpo inmaculado, a menos que trabajases en la morgue.

Lo más difícil era ignorar las miradas de repulsión apenas disimuladas que los Primes y los Norms lanzaban a los más infectados de entre nosotros. La población "sana" rara vez—más bien nunca—veía de cerca la piel Manchada, si es que la veía. Sin embargo, los machos Manchados se veían desnudos a menudo, ya que la mayoría realizaba trabajos pesados y compartían duchas comunes después. Dado que dos tercios de la población Xelixiana son bisexuales, las duchas y la Antecámara de la Sala de Unión se convirtieron en lugares habituales para la formación de parejas Manchadas. Al fin y al cabo, eran los dos únicos lugares en los que los machos podían verse las caras y no a un fantasma encapuchado o a un don nadie con velo.

Con las miradas que algunos de los Manchados intercambiaban entre ellos, si no eran elegidos hoy—mejor dicho, como *cuando* no lo eran—buscarían consuelo el uno en el otro. Demasiadas miradas de ese tipo me apuntaban a mí. Khel sonrió ante mi incomodidad. Sabía que me avergonzaban. Obviamente, su interés era halagador. Pero, al igual que Khel, nunca me había sentido atraído por otros machos. Sabiendo que todos seríamos rechazados por las hembras, odiaba estar haciendo lo mismo con cualquiera que se me acercara. Esperaba que mi actitud cerrada fuera lo suficientemente disuasoria.

En cuanto a esos malditos calzones, eran más que absurdos. Claro, las hembras necesitaban ver nuestros cuerpos y nuestra forma física en general. ¿Pero esto? ¿en serio? Era peor que una segunda piel y no ocultaba nada sobre la forma y el tamaño de nuestro paquete. Pobre el macho que se excitara llevando estas cosas. La forma en que delineaba y abrazaba cada curva no solo te delataba, sino que lo transmitía a todo el mundo. Menos mal que la Mancha se estaba metiendo con mi libido. No necesitaba esta humillación extra.

Metiéndome en los calzones, volví a nuestros asientos, sintiéndome vulnerable y expuesto ante las miradas inoportunas que se posaban sobre mí. Faltaban quince minutos para que terminara la Ceremonia de Confirmación. El Asesor Xhar subió al estrado y procedió a recordarnos los protocolos durante la Selección. Lo esencial: no intentar atraer a las hembras. ¿Cómo? No intentes establecer contacto visual. No inicies una conversación a menos que ellas lo hagan. No intentes retenerlas si quieren terminar la conversación. En otras palabras, quédate ahí parado como una estatua durante una hora y reza a la Diosa para que el tiempo vuele porque ninguna de las hembras se molestará contigo.

Mi mente se alejó de la voz monótona del Asesor Xhar. Estaba enumerando mentalmente las tareas que requerirían mi atención una vez llegáramos a casa cuando sentí una oleada de excitación por parte de Khel. Volví a centrarme en el presente.

—Sí, han oído bien —dijo el Asesor Xhar—. Catorce hembras participarán hoy en la Selección. Es un récord histórico. Al menos la mitad de ellas son Terranas o Aveanas, lo que también significa un número récord de Perlas.

La melancolía que había pesado sobre la sala desde que entramos se aligeró un poco. Aún

sabíamos que la mayoría de nosotros se iría a casa solo, ya que las hembras no estaban obligadas a elegir a un macho. Sin embargo, con tantas hembras presentes, lo más probable era que se eligieran más machos de lo normal. Eso, en sí mismo, era motivo de celebración. Aunque sabía que era inútil, elevé una plegaria silenciosa a la Diosa para que Khel estuviera entre los bendecidos.

Khel y yo intercambiamos una mirada, con el mismo sueño improbable parpadeando en sus ojos. Me apretó el hombro en señal de ánimo. Yo sonreí. El secretario regresó durante las instrucciones de Xhar. Tras el discurso, nos alineó junto a la puerta en el orden en que se habían asignado nuestros pedestales. Los dos Primes hincharon el pecho al ocupar el primer y segundo puesto. Khel ocupaba el decimoquinto y yo estaba justo detrás de él.

Eso me hizo fruncir el ceño.

Tres de los machos después de mí eran menos Manchados que yo. Como tales, deberían tener una posición por delante de mí en la alineación. Sin embargo, yo pertenecía a una casa noble, aunque mi título ya no tuviera ningún poder. También era primo de Khel, el heredero de una de las casas más grandes de Xelix Prime, Consejero y General de nuestro ejército. Creía que esta posición más alta en la alineación era en deferencia a él.

Los dos machos más Manchados que había visto ocupaban los últimos puestos. Capilares oscuros cubrían cada centímetro de sus cuerpos, de sus rostros. Su piel naturalmente gris parecía de obsidiana. No creía que nadie pudiera seguir viviendo con tanta toxina recorriéndoles. Peor aún, no podía ni imaginarme el dolor que debían sentir constantemente a causa de la Mancha. Uno de ellos se estremeció y se llevó la mano al costado como si lo hubieran golpeado. Se estremeció y cerró los ojos. Unas gotas de sudor perlaban su frente mientras intentaba controlar lo que le atormentaba.

Uno de sus capilares se rompió.

Estaba a punto de morir ante mis ojos. La Mancha se lo llevaría en cuestión de días, tal vez incluso en las próximas horas. Una vez más, me di cuenta de lo absurdo de estos procedimientos. Encontrar una pareja era una cuestión de vida o muerte inminente para estos dos machos. Y, sin embargo, fueron relegados al fondo de la sala. Incluso con catorce hembras, la probabilidad de que estos machos fueran vistos por una sola hembra era nula. Los Manchados en fase terminal deberían ser los primeros en la fila para al menos tener una oportunidad.

Esperamos unos minutos más mientras las hembras recibían sus instrucciones.

—*Sehrs* —dijo el Asesor Xhar—, es hora. Buena suerte, y que la Diosa los favorezca.

Abrió la puerta y nos presentamos ante las hembras. Era impresionante ver a tantas de ellas mirándonos fijamente... bueno, a los Primes y a los Norms. Fríos zarcillos de miedo me recorrieron la piel a medida que nos acercábamos a ellas. Este fue el momento de mierda número tres. Nunca olvidé mi última Selección de Unión. Una de las hembras tuvo arcadas al ver a los machos Manchados. Las otras hembras comenzaron a tener arcadas también en respuesta. Había sido desgarrador. Ser rápidamente conducido de vuelta a la Antecámara y excusado del

procedimiento fue un antes y un después para mí.

Y ahora, a medida que avanzábamos, el entusiasmo inicial de las hembras disminuía. Cada vez más machos Manchados pasaban ante ellas. No miré a las hembras, no solo porque esas eran las reglas, sino porque temía el asco que sin duda acechaba en sus rostros. Sin embargo, se me revolvió el estómago cuando, por el rabillo del ojo, las vi alejarse de nosotros. Me sentí desfallecer, temiendo el momento en que volvieran a tener arcadas. Las oleadas de culpa que emanaban de Khel aumentaron mi ansiedad. Para mi eterno alivio, las hembras no tuvieron náuseas. Fuera cual fuera mi opinión sobre los Primes, agradecí en silencio a Whil Dervhen que hubiera marcado un ritmo bastante rápido para que todo este desfile terminara pronto.

Tomamos posiciones en nuestros respectivos pedestales, y el Asesor Fihn dio oficialmente por abierta la Selección de Unión. Hay cosas que nunca cambian. Nada más salir de sus labios, la mitad del grupo de hembras se dirigió en estampida hacia el pedestal del Prime. Mientras luchaba por no poner los ojos en blanco ante su vergonzosa exhibición, pude sentir el divertido desdén de Khel—cuyos sentimientos se hacían eco de los míos.

Así empezó el interminable momento de mierda número cuatro. Una puta hora entera con nuestros cuerpos Manchados a la vista de los testigos en el balcón, de los que sin duda se burlarían. Sí, los testigos, ya que las hembras participantes no se molestaron con nuestra sección. Una hora entera durante la cual esperabas no tener ganas de estornudar o un súbito picor que necesitabas rascarte desesperadamente. No se nos permitió hacer ninguna de las dos cosas. Esos movimientos de un macho entre todos los demás que permanecían completamente quietos se interpretarían como un intento de llamar la atención de las hembras. Todo esto porque algún macho, hace mucho tiempo, utilizó deliberadamente tal subterfugio para promover su causa.

Por el lado bueno, eso me daba una hora para sopesar los pros y los contras de algunas de las empresas tecnológicas en las que quería invertir. Una fuerte oleada de emociones procedentes de Khel me sacó de mis cavilaciones: conmoción, esperanza e incredulidad. Sorprendido, luché contra el impulso de girar la cabeza para ver por qué estaba tan emocionado. Eso también iba contra las normas.

Entonces oí sus pasos. En el límite de mi visión, vi una hermosa piel cobriza con un elegante patrón moteado a lo largo de un brazo esbelto y una pierna sexy. El corazón me dio un vuelco cuando me di cuenta de que se había detenido delante de Khel.

Oh, Diosa, ¡por favor, que así sea! Por favor, haz que lo elija a él.

Las hembras nunca llegaron tan lejos en la sección de los Manchados. Sería realmente un milagro en el momento en que más lo necesitábamos. Ella aún no había iniciado la conversación, pero seguía de pie ante él. Tantas emociones pululaban en su interior, que era casi abrumador. Y entonces, sentí su excitación, seguida de una oleada de vergüenza.

¡Oh, Khel! ¡No!

Esos malditos calzones... Esto era tan incómodo. Sintiendo que me estaba entrometiendo en su intimidad, casi bloqueé su emoción. No recordaba haber estado nunca en una situación así.

Cada vez que Khel había intimado con una hembra, había sido fuera del planeta. Percibir tales sentimientos de él era... extraño y bastante incómodo.

Entonces algo salió mal. De excitado y esperanzado, Khel pasó a estar completamente perturbado. ¿Qué coño había pasado? Y entonces entró en mi campo de visión.

¡Por los dientes de Gharah! Ella es impresionante.

No es de extrañar que Khel reaccionara tan fuertemente a ella. Quiero decir, su mera presencia en nuestra sección era increíble. Pero que alguien de tal belleza pusiera sus ojos en nosotros era imposible. Y, sin embargo, allí estaba, mirándonos—mirándome. Su especie me era extraña. Parecía Terrana, pero las hermosas manchas de sus brazos y piernas lo desmentían. La única especie que conocía con marcas similares se extinguió hace décadas. Pero no me importaba.

Ella me ve. Me ve de verdad.

Se me calentó la piel y me mareé bajo su mirada abiertamente admirativa. La gente no me miraba así—no a Lhor, el repulsivo. Sin embargo, no podía negar la calidez de sus ojos. No parecía ver mi Mancha, solo al macho que había bajo ella.

Nuestros ojos se conectaron y, en ese instante, el mundo se desvaneció, absorbido por el vacío. Ya no había testigos, ni Manchados desesperados, ni Sala de Unión. Solo nosotros. Algo poderoso pasó entre nosotros: un reconocimiento, una reunión de las dos partes de un todo. Mi alma conoció la suya y la suya conoció la mía. En mis veintiocho años de existencia, casi veintinueve ya, solo otra alma había tocado la mía a un nivel tan profundo, y era mi Gem, Khel.

Khel.

Pensar en él cortó la conexión entre la exótica hembra y yo. La realidad se vino abajo, casi haciendo que se me doblaran las rodillas. Las luces demasiado brillantes de la sala me cegaron mientras el zumbido de la charla de los testigos rugía en mis oídos. Parpadeé, intentando estabilizar la habitación que giraba a mi alrededor, aunque mis pies se mantenían firmes sobre el pedestal.

Una oleada de celos, vergüenza y pena me martilleaba. Khel la deseaba con una ferocidad irracional. Y yo sentía lo mismo. No me sorprendió, teniendo en cuenta nuestro vínculo. Por primera vez, y a pesar de la culpa que se agitaba en mis entrañas, quería ganar. Toda mi vida, siempre que se presentaba la oportunidad, me ponía por detrás de Khel. Le debía la vida, y él había sacrificado tanto por mí. Pero ella no. No quería—no podía—renunciar a ella.

Miró a Khel antes de volver a mirarme a mí. Estaba claro que se debatía entre nosotros dos, pero se inclinó hacia mí. No sé cómo lo supe, pero lo supe. Se mordió los labios un momento y me miró con extrañeza antes de volver a caminar por la fila de aspirantes que quedaba. Aquello desoló a Khel—pero no a mí. Una vez más, supe sin lugar a dudas que volvería con nosotros, conmigo. Nada podía explicar mi reacción ni mi profunda convicción de que estábamos hechos el uno para el otro. Sin embargo, ahí estaba.

En circunstancias normales, calmaría el dolor de Khel. Con mis propias emociones

completamente revueltas, temía darle más de lo que podía soportar. Pronto, el sonido de sus suaves pasos regresó. Como era de esperar, se detuvo entre los dos, sopesando a quién elegir. Deseaba que fuéramos los dos, pero no podía. ¿Querría siquiera dos compañeros? Khel deseaba con todas sus fuerzas que ella viniera a él. La culpa y el deseo luchaban en su interior. Seguramente, se estaba dando patadas por haber insistido en que participara hoy. Sin mí aquí, ella ya lo habría elegido. Pero la conexión entre ella y yo era innegable. Éramos almas gemelas, y ella parecía reconocerlo también.

Lo sentí en el momento en que decidió iniciar una conversación conmigo. Sentí un hormigueo de excitación en la piel y un vuelco en el estómago. Le echó una última mirada a Khel. Su mirada se desvió por su estandarte, luego por su linaje.

Y entonces todo se vino abajo.

Algo la afectó profundamente. Se estremeció y su cuerpo se tensó ligeramente. Vástagos de miedo recorrieron mi espina dorsal y se arrastraron por todas mis terminaciones nerviosas.

No puedo perderla. No ahora.

Se volvió hacia mí y le desnudé mi alma. Volvimos a conectar, pero el daño ya estaba hecho. Algo había cambiado. La mirada en sus ojos decía “Lo siento. Adiós”. Y entonces se apartó de mí.

—Hola —le dijo a Khel—. Me llamo Amalia. ¿Os gustaría conversar conmigo?

Amalia... ¿Por qué?

El dolor y yo fuimos compañeros toda la vida. Primero durante mi enfermiza juventud, y luego cuando vivía a diario con el latido de la Mancha. Esto, sin embargo, me aplastó. Cada fibra de mi ser fue desgarrada. Garras viciosas me desgarraron de adentro hacia afuera. Mi visión nadaba ante mí. Unas manos fantasmales me oprimieron la garganta, impidiendo que el aire llegara a mis pulmones. La alegría de Khel por haber sido elegido fue como una lluvia ácida cayendo sobre mí. De todos los rechazos a los que me había enfrentado en mi vida, este me destrozó. No era solo que ninguna otra hembra me hubiera mirado como a un macho en lugar de como a una enfermedad andante. Pero esta conexión entre nosotros... Ella era mi alma gemela.

La Diosa me dio fuerzas para aguantar la siguiente media hora sin mostrar la devastación que llevaba dentro. Solo escuché a medias su conversación, con los oídos zumbándome. Mi parte racional sabía que era lo mejor para Khel, la hacienda y nuestra familia. Si me hubiera elegido a mí, en unos años la Mancha habría reclamado a Khel. Sin mi ancla, moriría, dejándola viuda y huérfanos a nuestra descendencia.

Nuestra descendencia...

Un dolor punzante me apuñaló en el pecho. Traté de encontrar consuelo sabiendo que al menos habría descendencia. No serían míos, pero los amaría tan ferozmente como si lo fueran durante el tiempo que me quedara. Para cuando Amalia le pidió que se uniera a ella, me había envuelto en la felicidad de Khel en un intento de calmar parte de mi dolor.

Por fin había terminado. Mientras las parejas se reunían en el altar central para la Ceremonia

de Unión, el secretario nos condujo a los demás a la Antecámara por la puerta trasera.

Y esto nos llevó al momento de mierda número cinco, el último y peor de todos. Aunque para mí, nada sería más doloroso que la Selección de Unión de hoy. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de nosotros, las máscaras cayeron. Durante las últimas dos horas, actuamos como si no sintiéramos nada, no sintiéramos dolor ni nos ahogáramos en la desesperación. Dimos la cara primero ante los Primes y los Norms, y luego ante la multitud. Pero ahora, con solo Manchados reunidos en la sala, dejamos de fingir.

Uno de los dos últimos machos de la fila rompió a llorar. Me escocían los ojos, pero enjugué las lágrimas antes de que se formaran. Era un espectáculo demasiado familiar. Un macho alto y musculoso lo condujo a una silla y se sentó a su lado. Lo abrazó y le permitió llorar sobre su hombro.

—Todo saldrá bien, hermano —le dijo el macho musculoso—. Habrá otro momento. ¿No has visto el milagro que ha ocurrido hoy? ¡Uno de nosotros fue elegido! Una Perla eligió a un Manchado. Ahora hay esperanza, para todos nosotros.

Los otros susurraron su acuerdo.

—No para mí, no la hay —sollozó el macho que lloraba. Señaló su cuerpo—. ¡Mírame! Solo me quedan días. Días. Ni siquiera una semana. No viviré para ver la próxima Unión. Hoy era mi última oportunidad. Solo tengo treinta y dos años, y esto es todo.

Con los ojos encendidos, tragué saliva y pasé el nudo que tenía en la garganta. Que Amalia eligiera a Khel me había destrozado, pero esto ponía las cosas en perspectiva. No sabía cómo me las arreglaría para compartir techo con la hembra que me había afectado tan profundamente. Pero al menos, pude vivir un poco más. A pesar de mi autocompasión, Khel me había dado una vida buena y cómoda. Las manos fuertemente callosas de este pobre macho hablaban de una vida de penurias y trabajo duro.

El macho musculoso susurró palabras de consuelo al oído del macho que lloraba. Su gran mano le frotó la espalda con un movimiento tranquilizador. Otros machos se abrazaron, buscando consuelo. Con los hombros caídos, me dirigí a los casilleros para cambiarme. Si no volvía a ver un par de Calzones de Unión, sería demasiado pronto. Además, odiaba sentirme tan expuesto. Con los años, mi capa con capucha se convirtió en una especie de manta de seguridad.

Me quité los calzones y los tiré a la cesta que había junto a los casilleros. Cuando me volví para recoger mi ropa, me di cuenta de que uno de los chicos observaba mi cuerpo desnudo. Mis músculos se tensaron y sentí una gran inquietud. Me aparté de él y me puse la ropa. Por el rabillo del ojo, vi cómo se quitaba los calzones y se acercaba a mí.

Mi espalda se puso rígida.

—Relájate, hermano —me dijo mientras caminaba junto a mí hacia el tercer casillero desde el mío. Mientras se vestía, me miró de reojo, con una sonrisa burlona en los labios—. Cualquiera con ojos puede ver que no eres bisexual. Eso no significa que no podamos admirar la vista.

Se me calentó la cara y se rio de mi vergüenza. Sonreí con autodesprecio y terminé de

vestirme. Aunque dejé la capucha bajada, envolverme con la capa por encima de la ropa me hizo sentir mejor, seguro, protegido. Mientras me preparaba para salir, el Asesor Xhar nos informó de que la Ceremonia de Unión terminaría pronto. Esto significaba que los machos elegidos se reunirían con nosotros en la Antecámara para vestirse. Era una cortesía de su parte para aquellos que deseaban hacer una salida rápida. A los Manchados no les interesaba exponerse al brillo alegre y a menudo insensible de las fanfarronadas de los Primes.

Al salir de la sala, eché una mirada anhelante al altar central, donde el Magíster Zhef envolvía las manos unidas de las parejas con el paño de unión. Mis ojos se detuvieron en Amalia, un apretón me oprimía el pecho. Era tan hermosa. Con los labios gordos y carnosos ligeramente entreabiertos, miraba a Khel con una expresión de asombro y admiración mientras Zhef completaba su unión.

Debería haber sido yo.

Aparté los ojos de ella, tragando el sabor acre de mi boca. Con pasos pesados, salí de la Sala.

Khel tardaría al menos otros quince minutos en cambiarse y ellos en registrar su Unión en la Sala de los Registros. Aproveché la oportunidad para acercar nuestra lanzadera a la entrada.

A mi regreso, me abrí paso entre la multitud de testigos. Un único tema zumbaba en todos los labios; una Perla de especie desconocida elegía a un Manchado. Me dolía el pecho mientras el mismo pensamiento volvía a resonar en mi mente

Debería haber sido yo.

De pie junto a la puerta de la Sala Principal, observé a Amalia y Khel juntos mientras firmaban el acta. Una punzada de envidia me recorrió. La aplasté, sabiendo que era solo otra de las muchas que me atormentarían en el futuro.

A pesar de mi pena, no pude evitar reírme cuando Khel le enseñó los dientes al secretario. Sentí cómo se enfurecía cuando el secretario interrogó a Amalia. Fuera cual fuera la causa, Khel lo acobardó para que completara su registro rápidamente.

Siempre fue un tipo rudo.

Mientras Amalia recogía su abrigo del Asesor Fihn, me preparé y me dirigí hacia Khel. Nuestras miradas se cruzaron.

Mi Gem...

La felicidad, la culpa y la preocupación guerreaban en su interior. En ese momento supe que, por muy devastadora que hubiera sido la pérdida de Amalia, nada se interpondría entre mi Gem y yo. Este era un día para celebrar. No se lo quitaría.

Sonriendo, dejé que una pizca de mi amor por él se filtrara a través de nuestro vínculo. No era suficiente para revelar mi habilidad, pero lo aliviaría y tranquilizaría. El alivio y el afecto de Khel fluyeron a través de mí. Su mano se apartó de la espalda de Amalia y se dirigió hacia mí. Nos abrazamos ferozmente, ignorando los ceños fruncidos de desaprobación ante nuestra exhibición pública.

—¡Felicidades, primo! —le dije—. Ningún otro macho se merece esta felicidad tanto como

tú.

A pesar del dolor que sentía en el pecho, lo decía en serio.

—Gracias, hermano. Gracias por todo —Khel se volvió hacia Amalia y le tendió la mano. Ella la cogió y se puso a su lado—. Amalia, te presento a Lhor. Es mi primo de sangre, pero hermano de mi corazón.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando me giré para mirarla. Conteniendo el malestar estomacal, le dediqué lo que esperaba que fuera una sonrisa cálida y acogedora.

—*Seha* Amalia, es un honor —puse la mano sobre mi corazón e incliné la cabeza en el tradicional saludo Xelixiano—. Larga vida y la bendición de la Diosa sobre vos.

—El honor es mío, Lhor —dijo ella.

Su sensual voz avivó las brasas de un fuego que no había sentido en años. La misma poderosa conexión me absorbió cuando nuestros ojos se encontraron. Sentí un hormigueo en la piel y se me aceleró el pulso. Se le hizo un nudo en la garganta y se le dilataron las pupilas. Apartó rápidamente la mirada, rompiendo el vínculo.

Que la Diosa se apiade de mí.

La afectaba tanto como ella a mí. Estábamos jodidos.

Obligando a mis pensamientos a alejarse de este camino prohibido, le dirigí a Khel una mirada inquisitiva.

—Si los dos están listos, puedo llevarnos volando a casa.

—Sí, vamos —dijo Khel—. Estoy deseando enseñarte tu nuevo hogar, Amalia.

FIN

AMALIA





KHEL


LHOR



OTRAS OBRAS DE REGINE ABEL

AGENCIA PRIMARIA

Casada Con Un Hombre Lagarto

Casada Con Un Naga

Casada Con Un Hombre Pájaro

Casada Con Un Minotauro

Casada Con Wonjin

Casada Con Un Tritón

Casada Con Un Dragón

Casada Con Una Bestia

Casada Con Un Dríade

Casada Con Un Íncubo

LOS GUERREROS XIAN

Doom

Legion

Raven

Bane

Chaos

Varnog

Reaper

Wrath

Xenon

Nevrik

Rogue

CRÓNICAS VEREDIANAS

Escapando Del Destino

LA NIEBLA

El Mistwalker

La Pesadilla

VALOS DE SONHADRA

La Ciudad de Hielo

La Prisión de Hielo

CUENTOS OSCUROS

La Maldición de Barba Azul

El Jorobado

DONCELLAS DE SANGRE DE KARTHIA

Seduciendo A Thalia

OTROS

Un Alien Para Navidad

Despertar Alienígena

El Hombre de Acero



ACERCA DE REGINE

La autora de best-sellers de acuerdo a USA Today, Regine Abel, es una adicta a la fantasía, lo paranormal y la ciencia ficción. Todo lo que tenga un poco de magia, un toque inusual y mucho romance la hará saltar de alegría. Le encanta crear guerreros alienígenas y heroínas sin pelos en la lengua que se desenvuelven en nuevos mundos fantásticos mientras se embarcan en aventuras llenas de acción, misterio y giros inesperados.

Pero antes de dedicarse a la escritura a tiempo completo, Regine se había entregado a sus otras pasiones: ¡la música y los videojuegos! Tras una década trabajando como ingeniera de sonido en el doblaje de películas y en conciertos en directo, Regine se convirtió en diseñadora profesional de juegos y directora creativa, una carrera que la ha llevado desde su casa en Canadá hasta los Estados Unidos y varios países de Europa y Asia.

Facebook
Sitio web
Grupo de lectores Regine's Rebels
Boletín informativo
Goodreads
BookBub
Amazon